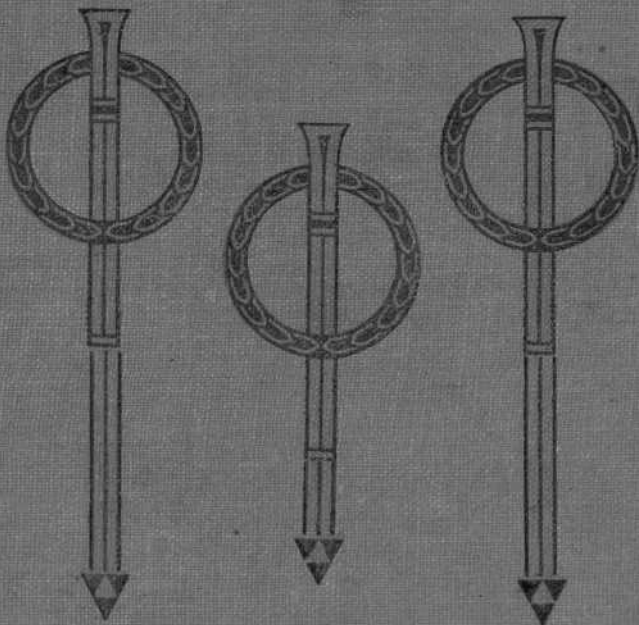


Navarro Villoslada

Amaya

ó

Los Vascos en el Siglo VIII



Apostolado de la Prensa



12
CMI

AMAYA

o

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

Miquel Puig Poma.

AMAYA

○

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. F. NAVARRO VILLOSLADA

TOMO III

MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

7 — San Bernardo — 7

1914

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



CAPÍTULO III

En que el santo obispo Marciano se muestra cada vez más prendado de García.

ACERCÓ García su taburete al asiento del prelado como atraído por el imán de paternal mirada, y prosiguió, dando a su voz las más dulces inflexiones de la confianza:

—Al cruzar el Ebro dejóse Eudon en Tutela los bucelarios que le venían acompañando desde la Bética. «Son—dijo el conde,—priors y seniores de la ciudad, muchos para la rapidez con que tengo que atravesar hasta Ologitum y Pamplona, y pocos para defenderme de emboscadas como la de Ranimiro.» Tengo, sin embargo, para mí que no fué ésta la verdadera razón de entrar en Vasconia con escolta.

»Vuestro nuevo duque, reverendo padre, ha sido siempre nebuloso, despegado y poco accesible a la amistad con los hombres de valía que pudieran hacerle sombra; pero en los últimos tiempos, sus misterios y desvíos llegaron hasta infundirnos desconfianza. Vino tarde a la batalla, y se retiró demasiado presto. Así que la vió perdida, sin despedirse de Pelayo ni de Teodomiro, sin haberse puesto de acuerdo con nadie, so pretexto de acudir a Cantabria, cuyo mando le había

sido encomendado por Rodrigo, emprendió precipitadamente la fuga. Esto nos dió margen a sospechar, no que estaba de acuerdo con los árabes, sino que abrigaba pensamientos ambiciosos sobre el gobierno que con tanto ahinco había solicitado.

»Si de la piedad y la fe de Eudon hubiésemos tenido la misma seguridad que de su lealtad y gratitud al último monarca, es probable que, a pesar de todo su desapego, le habríamos visto satisfechos marchar a fundar un reino en cualquier rincón de su vastísimo territorio. Pero el conde de los Espatharios, que le había conocido en la corte toledana, lo tenía por más hombre de Estado que de religión; y ahora veo patente que estos juicios no pecaban de temerarios. Si Eudon es Asier, dudo que esté siquiera bautizado.

—¿En qué te fundas, hijo mío?

—O engaña a los cristianos, o engaña a su madre. Ni con Amagoya se puede contemporar, ni en cosas de fe caben subterfugios. Sea lo que fuere, bastaron las indicaciones de Pelayo, juntas a nuestro convencimiento de que sólo un vasco podía mandar en esta región, para que Teodomiro firmara ese decreto, quitándole a Eudon el pedazo vascónico de la provincia de Cantabria; y fueron causa también de que me encomendara vigilar los pasos del nuevo duque y la mayor diligencia en llegar a Pamplona, antes de que se comprometiese de modo que no pudiera fácilmente retroceder. Tales fueron las razones que tuve para entrar en Tutela y tomar informes acerca del personaje que pocos días antes había pasado por allí. Eudon no quería que en Vasconia se supiese el desastre de Rodrigo, y con este fin dejó su escolta allende el Ebro, encargando la mayor reserva a los bucelarios.

»Como podéis suponer la reserva no pudo prolongarse más de breves horas. Diez o quince hombres de semejante condición, acosados de curiosos importunos, comiendo y bebiendo entre ellos, con la imaginación exaltada por las pavorosas y descomunales aventuras de que habían sido actores y testigos, y por la insólita correría del privado fugitivo, no era posible que guardaran el secreto. Eudon contaba sin duda con su debilidad, y por eso mismo les obligó a permanecer donde la indiscreción le perjudicara menos. Lo que no presumió tal vez fué que la noticia produjera el efecto que yo acabo de ver, y que cruzara tan velozmente de una a otra margen del río.

»Al oír a los bucelarios de Eudon, creyó el vulgo sentir a lo lejos el relincho de los caballos, el estrépito del galope, el grito de los vencedores, el humo del incendio, y ciego y desatentado, trató de huir. ¿Y qué os parece que los clérigos y monjes, los siervos y plebeyos llevaban en sus brazos? No su tesoro, no sus alhajas, no su ropa y ajuar, no; lo primero que se les ocurre poner en salvo es sus queridas imágenes, sus reliquias, los vasos sagrados y ornamentos de las iglesias, para que no sean despojo y escarnio del sacrilego musulmán. Lloraban menos por el hogar que abandonaban, que por los templos convertidos en cuadras, los altares en pesebres y el monasterio en albergue de paganos y descreídos. ¿Y adónde acude esa gente afligida con las santas imágenes al hombro, los cálices y relicarios bajo los brazos, y las albas, casullas y dalmáticas a cuestras? ¿Adónde, padre mío? A tierra de enemigos, a nuestros mismos valles, comprendiendo instintivamente que la desgracia da derecho a la hospitalidad; que la comunión de la fe borra lindes y fronteras, que ante

el peligro que amenaza a la Iglesia, nuestra Madre, todos sus hijos tienen que acudir abrazados.

—¿Y qué han hecho los vascos ante esa invasión de los infelices godos?

—Abrazarlos, enjugar sus lágrimas, aliviarlos de la preciosa carga que traían, llevárselos a sus chozas y caseríos, alentarlos, confortarlos. «Aquí no hay miedo, les dicen; aquí estáis seguros, aquí no ha de poner los pies sino quien doble las rodillas ante el Crucificado». Por eso afirmé que la dificultad que nazca de sentimientos y compromisos anteriores está vencida, hecha la unión por el instinto de los pueblos, ratificada la alianza por los brazos de la fe; que en este momento corren juntas las lágrimas de godos y vascos, y laten con un mismo afán corazones hasta aquí discordes por el odio y la venganza. ¿Quién puede ya dividirlos? ¿Quién separa esos metales amalgamados por la mano de Dios en el crisol del infortunio? ¡Dios ha dado a Teodosio el aura popular, le ha dado también la hija de Aitor, ya convertida; Dios la paz, la conciliación obvia, natural, espontánea, y, por añadidura, necesaria de las razas enemigas; Dios quiere que Teodosio sea nuestro rey.

Las razones de García Jiménez no tenían réplica, y sin embargo, no convencieron al Obispo; todo lo contrario: cuanto mejor defendía el abogado la causa de su cliente, más inclinaba hacia sí propio el ánimo del juzgador. Mirábase éste con la inocente codicia de un niño al divisar el objeto que le embelesa, y decía para sí:

—Cuando el Señor da los tronos, no sale al encuentro de quien los busca para sí, sino que los reparte por adehala a quien sólo pide el reino de Dios y su justicia. ¿Quién más desprendido de sí que este mancebo? Nadie

siente mejor lo que necesita la patria; y casado con Amaya, nadie tampoco más a propósito para tamaña empresa.

Quedóse un rato pensativo, y le contestó por fin:

—García, ¿quieres seguir mi consejo?

—¿Pues a qué he venido aquí sino a pedirlo, dócil a vuestra voz de padre y de anciano?

—Las apariencias te dan la razón—prosiguió el prelado;—pero no debemos juzgar por ellas ni empeñarnos en que prevalezcan nuestros juicios, que por sanos y sólidos que nos parezcan, al fin y al cabo son falibles, y aun aventurados y necios, cuando tratamos de investigar el orden que se reserva la divina Providencia. Siguiendo los sucesos por el camino que llevan, lo probable es que Teodosio llegue a ser rey, como tú deseas, por más que, en mi pobre opinión, le falten condiciones de que yo quisiera verle adornado. Pero nosotros no debemos ir tan lejos, que no hemos de ser juzgados por lo futuro contingente, sino por nuestras obras de cada momento.

»Obremos con prudencia y rectitud, y dejemos el día de mañana en manos del único que sabe lo que ha de suceder en él. ¿Cuál es tu negocio de hoy? Conseguir que la Vasconia gótica quede sometida a tu voluntad, según lo manda Teodomiro. Pues bien, García, yo por mi parte, y en cuanto la potestad eclesiástica se roza con lo civil, me someto a la tuya. Y cuenta que la autoridad episcopal entre los godos, aun en el orden exterior, es muy grande; al Obispo llegan en apelación causas meramente civiles para que las resuelva, más que por el espíritu, a veces estrecho y duro de la ley, por el de equidad y caridad. Te diría también que contases con la obediencia y poderoso brazo

de Ranimiro, si este insigne prócer no estuviese moralmente incapacitado para todo lo terrenal y político.

»Estamos solos, García; no podemos ser menos ni peor avenidos—añadió el prelado sonriéndose dulce y cariñoso.—Tú vas por un camino, yo por otro. Mas no por eso debemos desalentarnos; cuando Dios quiere hacer las cosas, parece que se complace en desdeñar el auxilio de los hombres. Unámonos en la divina voluntad. Hora es ya de que bajes al triclinio, y mientras almuerzas, yo me quedaré pidiendo a Dios que nos ilumine.

Y así diciendo, llamó a un clérigo, que acompañó a García al refectorio. Al verse solo el prelado, se arrodilló delante de un crucifijo, y exclamó:

—¡Dios mío! Si García no ha de ser elegido, haced, Señor, que nuestro futuro rey se parezca a García.

No permaneció mucho tiempo en oración; un cuarto de hora después sintió en el patio y los claustros grande estrépito de gente armada, que le obligó a levantarse en el momento mismo en que el ostiario abría la puerta, y le decía despavorido:

—Señor, la ciudad está alborotada, y el vicario viene a prender a García.

—¡A prenderlo! ¿Por qué? ¿Qué delito ha cometido?

—Como enemigo de Eudon y perturbador del pueblo—contestó el clérigo.

—¿Dónde está Munio?—le preguntó Marciano.

—Aquí llega.

—Está bien; avisa a García de lo que pasa.

Y se adelantó el Obispo al encuentro del amigo de Eudon.

Venía en traje militar, y armado como si fuese a dar una batalla. Mas no era el cambio de la estringe

civil por el escamoso peto de acero, ni el casco y corto caracala de púrpura, lo que más le desfiguraba: la expresión de su rostro le hacía parecer otro hombre distinto del que hasta ahora hemos conocido. El fino y sagaz cortesano, educado en Toledo para tratar con las damas y adivinar el pensamiento de los príncipes, desatento ahora, brusco y receloso, sólo al terror hubiera obedecido, si los celos no le infundiesen el vigor de que su ánimo carecía.

Y el miedo por un lado, y por otro el deseo de deshacerse de un rival inesperadamente vuelto a la vida, le daban cierto aire de tirano de melodrama y modales violentísimos y descorteses, que estaban en pugna con sus hábitos de circunspección. Había dejado su escolta en el patio, y subido al claustro del piso principal con dos bucelarios. Su andar quería ser firme y presuroso como el de persona a todo resuelta; pero se quedaba en atropellado, como el de un hombre aturdido.

—¿Qué es esto?—le dijo Marciano desde el umbral de su celda.—¿Con lanzas y caballos entráis en esta casa, como en la de un enemigo de la república?

Munio se detuvo sin saber qué contestarle; pero con la mirada mostraba harto deseo de entrar en el aposento del obispo.

—Vengo en busca del alborotador de la ciudad, del enemigo del duque—dijo al fin con labio balbuciente.

Y sin aguardar respuesta, hizo ademán de invadir la celda.

—Pasad, señor vicario. No os detengáis por el respeto que debéis al obispo. De antemano os he concedido permiso de honrar mi pobre morada.

Apenas puso en ella los pies la registró Munio con la vista, y se volvió al prelado diciéndole:

—¡Cómo! ¿No está aquí García Jiménez?

—¡García Jiménez! ¿Y es ese el alborotador, ese el enemigo a quien perseguís?

—¡Ese mismo! Y como aquí no parece, lo buscaré en otra parte.

—No, señor conde de Pamplona y vicario del duque de Cantabria—repuso Marciano con firmeza, cerrando la puerta del aposento;—ya que os habéis dignado honrarme con vuestra visita, que estaba aguardando en vano cinco días ha, tened la bondad de sentaros y explicarme cómo puede alborotar la ciudad un hombre que acaba de entrar en ella y no ha visto ni hablado a nadie, absolutamente a nadie, más que a mí.

—¡Ah!—exclamó el vicario con cierta satisfacción.— ¡Sólo a vos!

—Ni cómo podéis llamar enemigo—prosiguió el Obispo desentendiéndose de aquella casi imperceptible interrupción—al insigne joven que, por salvar al rey y la monarquía, ha hecho más que todos los godos juntos, quedando tendido como bueno y leal en el campo del combate.

Tampoco Munio supo qué contestarle esta vez, y por decirle algo le respondió:

—¿Pues qué, tan ignorante estáis de lo que sucede en el pueblo? Toda la plaza está inundada de vascos, los cuales, sabedores de la muerte de Rodrigo y la pérdida de España, en que se complacen, han esparcido noticias que Eudon ha creído prudente ocultar al vulgo...

—Y a mí.

—El pueblo está alborotado; los judíos, en tumulto, pidiendo a voces la muerte de los vascos, y sobre todo la de García, que viene a ponerse al frente de ellos para destronar a Eudon.

—¡Destronarlo! ¿Pues qué, Eudon es rey, por ventura?

—No, no lo es; no me explico bien. Pero lo será—expuso Munio con aturdimiento;—lo será, si nos hemos de salvar los godos de Vasconia.

—Munio—le dijo el Obispo con dulzura,—los godos de Vasconia y los del resto de Cantabria, los godos españoles y los españoles que no son godos, tenemos rey.

—Si eso os ha dicho García, miente, porque Rodrigo ha muerto.

—Cierto; y porque ha muerto el rey, ha sido proclamado Teodomiro.

—¡El duque de la Bética!— exclamó Munio, como quien siente el golpe por donde menos lo esperaba.

—Teodomiro, duque de Aurariola y de la Bética, prepósito general de la hueste, es hoy nuestro rey, y no tenemos otro. Esas son las noticias alarmantes y sediciosas que trae García, posteriores, sin duda, a las del duque de Cantabria. Y habéis de saber, Munio, que yo como Obispo reconozco por rey legítimo a Teodomiro, y estoy dispuesto a fulminar contra quien le sea rebelde las penas eclesiásticas a que me autorizan los sagrados cánones de los Concilios toledanos. Vos, Munio, no debéis ignorarlas.

El vicario quedó aterrado con la noticia y el recuerdo que de su conspiración le hacía el Obispo; recuerdo embozado, pero oportuno y eficacísimo ciertamente, pues le obligó a deponer su fiereza y apelar a su olvidada mansedumbre.

—¿Pero eso es cierto, padre mío? ¿Nueva tan fausta para los godos la tenfais tan reservada?

—De que es cierta no cabe duda, no sólo porque la ha dado García, sino porque he tenido en mis manos

el decreto del nuevo rey disponiendo que Eudon cese en el mando de la Vasconia gótica.

—¡Destituído el duque de Cantabrial!

—Destituído, no; Eudon continúa siendo duque de toda la provincia, excepto de esta pequeña región vasconica, sujeta desde ahora al mando de García.

Si de improviso la tierra se hubiese hundido a sus pies, dejándole al borde del abismo, no habría quedado Munio tan espantado. Resucitado como por encanto su más temible rival, veíale puesto sobre él, sobre su amigo y protector Eudon, sobre todos los godos de Vasconia; y tan natural le parecía ya el enlace del caudillo vasco con la princesa goda, que sin necesidad de su mutua inclinación, la razón de Estado era suficiente para llevarlo a cabo.

Aviváronse las llamas de su odio contra el joven que parecía llegado adrede a Pamplona para arrancarle de cuajo su ventura, dejándolo reducido a la miseria y afrenta del amor propio humillado, y a las amarguras de indeleble desengaño. Levantóse en ademán de despedida sin contestar al Obispo. Pero éste debió de ver en sus ojos el siniestro fulgor de la hoguera que ardía en su pecho, y lo detuvo, diciéndole con paternal inquietud:

—¿Adonde vais, Munio?

—Tenemos la ciudad amotinada, y mi primer deber es apaciguarla.

—Bien está—contestó el Prelado, que no podía dar crédito a palabras desmentidas por el sordo zumbido del rencor con que vibraban;—como habéis entrado, podéis salir de aquí. Pero tened presente que los vascos, hasta con solicitud llamados a Pamplona por vos y el duque de Cantabria, han sabido las nuevas de la Bé-

tica, no por García, sino por los godos de la ribera del Ebro, los cuales, ante el peligro común, deponen sus odios y rencillas, y buscan refugio entre sus antiguos enemigos. La unión está hecha; los deseos del rey Teodomiro se van cumpliendo con facilidad providencial. Si continúa el motín, puede convertirse en rebelión y delito de lesa majestad; y ya sabéis de cuán terribles facultades revisten nuestras leyes a los obispos contra los rebeldes y traidores.

—Padre—repuso Munio, entreabriendo la puerta de la celda,—para ser rebelde necesito ante todas cosas que se me notifique el decreto del duque Teodomiro, a quien sólo vos llama rey; necesito que se me presente García, que no huya ni se esconda de mí.

Y la puerta se abrió entonces de par en par. Sereno, pero con talante de soberano, se presentó el señor de las Amezcuas.

—Aquí me tenéis—le dijo;—acabo de saber en este momento que me andabais buscando, y vengo a daros gracias por haberos adelantado a mis deseos. Aquí está también el decreto del rey Teodomiro; yo, en su nombre, y por encargo suyo, os lo notifico.

Y le entregó a Munio el pergamino.

El vicario no tenía serenidad para hacerse cargo de su contenido. Era la primera vez que veía al célebre y temido joven de Abárzuza, a quien tan incautos elogios había tributado cuando lo creía muerto, y el despecho de su propia impresión y la rabia de los celos le cegaban. Porque desde el primer instante comprendió que aquel mancebo gallardo y afable, tanto por sus prendas personales, como por su magnanimidad y bizarría, se elevaba a inconmensurable altura y era digno del amor de la princesa. Pasó los turbados ojos por el do-

cumento, y se lo quiso guardar, quizá maquinalmente, pero García se apoderó del pergamino, diciendo:

—Poco a poco, señor vicario: ese documento es mío.

Munio le contestó, como subyugado y sin saber lo que se decía:

—¿Y qué me mandáis? ¿Qué tengo yo que hacer?

—Habéis entrado con vuestros bucelarios en el palacio episcopal; ponedlos bajo mis órdenes, y de mi cuenta corre apaciguar el motín.

—Esos bucelarios son siervos míos; como no sois godo, ignoráis leyes y usos de gentes a quienes pretendéis gobernar.

—Precisamente porque estoy bien enterado de la organización y costumbres de los godos os ruego que bajéis conmigo y los pongáis a mis órdenes; porque si la escolta no hubiera sido de gentes a quien vos pagáis y mantenéis, yo, antes de subir aquí, hubiera hecho que reconociesen mi autoridad y me obedecieran.

—Pues bien, salgamos; venid conmigo.

García le siguió, y cuando se vieron solos en el claustro, Munio hizo señas a los dos bucelarios que le estaban aguardando, y al tenerlos cerca de sí les dijo:

—Prended a este hombre.

Los siervos se pusieron uno a la derecha y otro a la izquierda de García, el cual retrocedió un paso, y con la mano en la empuñadura de la espada, contestó al vicario:

—Munio, no hagamos campaña en esta santa casa, que tiene sus libertos y siervos de iglesia, como parece que ignoráis aunque sois godo. Idos en paz; pero antes de salir del Conclave canonical, reflexionad que de vuestra decisión y conducta en la hora presente depende vuestra suerte el día de mañana.

Y como los bucelarios que le tenían en medio permanecieran inmóviles, añadió García:

—Acompañad a vuestro patrono; yo no necesito escolta.

Y les volvió tranquilamente la espalda, marchándose por el claustro en dirección de la celda prelacial, desde cuya puerta presenciaba Marciano esta escena.

Munio, cortesano toda su vida y muy avezado a las intrigas políticas, se había detenido un momento rumiando la especie que el joven acababa de lanzar, y en la cual iban envueltas una amenaza y una promesa si el desenlace de aquel terrible drama era contrario a las miras y esperanzas de Eudon. De sus dudas, de su perplejidad se había aprovechado el vasco para escapar de entre los bucelarios.

Pero obedeciendo el vicario a los compromisos contraídos con el personaje de quien era representante, consecuente al juramento de lealtad que le había hecho, y avergonzado por otra parte del papel de servidor del rival afortunado, y perpetuo testigo de la ventura que había soñado para sí propio, iba a seguir los impulsos de su despecho, mandando a sus siervos que alcanzaran a García y se lo trajesen muerto o vivo, cuando le detuvo la voz de una persona para él de sumo respeto, y a la cual ciertamente no esperaba hallar a la sazón en aquel sitio.

Era su víctima, era Ranimiro, que por vez primera, después de su larga y terrible enfermedad, salía de casa con los sayales de penitente y la tonsura especial de decalvado; el único que como hombre privado, como conde, como prócer, podría eclipsar a Eudon en Pamplona y mantenerlo a raya, y aun desbaratar sus planes en el caso de que no le pareciesen rectos, claros y lim-

pios; era el hombre a quien Munio, adivinando los más íntimos pensamientos de su impenetrable protector, había inutilizado para todo cargo civil, para toda empresa militar.

Desde que el vicario puso los ojos en Amaya buscando el galardón de tan ruin servicio; desde que cayó en la cuenta de que él, magnate godo, se había ido convirtiendo en siervo del hijo de Amagoya, cada vez que veía a Ranimiro sentía vivos remordimientos de conciencia y bajaba los ojos avergonzado. El príncipe, transformado en monje; el hombre de Estado, en mudo espectador de tantas catástrofes; el insigne y bizarro capitán, en penitente público, por un godo que se complacía en adular los desconocidos proyectos de personaje tan enigmático como el duque, lo llenaban de confusión.

Cierto que la decalvación era inevitable, según las costumbres de aquellos tiempos; pero ni la intención del decalvador había sido muy piadosa, ni su conciencia quizá estaba exenta del conato de alevoso crimen en la enfermedad de Ranimiro.

Y para colmo de vileza, se había enamorado de la hija del decalvado, y se atrevía a pensar en ofrecer a Amaya, como único apoyo de su orfandad, la misma mano con que la había dejado huérfana.

No era, pues, extraño que Munio temblara en presencia de Ranimiro.

—¿Qué hacéis aquí?—le dijo éste.—Estáis corriendo gravísimos peligros. Habéis sembrado vientos y recogéis tempestades. Salid presto: calmad el tumulto si podéis, si ya no llegáis tarde.

—El motín no va contra mí, sino contra ese perturbador, contra García.

—¡García perturbador! ¡García, que ha ido por nuestro bien a la Bética, y que vuelve tal vez herido por salvarnos! No podéis creerlo vos, aunque os lo hayan asegurado—le contestó el penitente.

—Sí, lo creo. Ha llegado esta mañana, y los vascos, que hace meses no parecen por aquí, hoy han invadido el pueblo.

—Porque hasta hoy ignoraban el edicto de Eudon, excitándolos a presentarse como antes.

—Y todos están sabedores de nuestro infortunio.

—¿Y quién tiene la culpa de que se sepa en todas partes menos en Pamplona?

Cuando el joven vasco, que milagrosamente y a fuerza de serenidad y grandeza de ánimo se había escapado de entre los satélites del vicario, sintió la voz de su antiguo amigo, no pudo contener los impulsos del corazón, y se detuvo; volvió el rostro para mirarlo, y al contemplarlo por primera vez, tras de su larga ausencia, completamente desfigurado por los hábitos, por la tonsura y, sobre todo, por su enfermedad, corrió desolado, compasivo y cariñoso hacia él, sin acordarse de que allí estaba Munio, sin ocurrírsele siquiera que iba a caer nuevamente en las garras de su rival, y abriendo los brazos, un momento después estrechaba al padre de Amaya contra su pecho, exclamando tierno y compungido:

—¡Ranimiro! ¿Por qué habéis salido de casa en ese estado?

—¡Por salvartel—le contestó el penitente al oído y en voz apenas perceptible.

Y volvió los ojos hacia Munio.

El vicario había desaparecido. La magnanimidad de García le era insoportable: parecía ver en ella la subli-

midad del desprecio con que su rival le miraba, y descendió al patio, huyendo del hombre a quien más aborrecía, a quien podía asesinar acaso impunemente, y a quien, sin embargo, se veía obligado a respetar por esa oculta fuerza que llevan consigo los rasgos heroicos, sobre todo cuando se ejecutan con sencillez y naturalidad.

El santo Obispo, que había salido a la puerta de su celda resuelto, en caso necesario, a impedir cualquier atropello, sintióse tan dulcemente conmovido al ver abrazados al príncipe godo y al caudillo vasco, que con los ojos enturbiados por lágrimas entró en su aposento para que nadie sino Dios fuese testigo de su dulcísimo llanto.

CAPÍTULO IV

De la falta que cometió Amaya, y del castigo que recibió.

La marejada que tan inesperadamente vino a despertar a los pamploneses del sopor en que yacían, ya convertida en tempestad deshecha, iba apretando furiosa contra las puertas del Conclave canonical.

Pudo el vicario lograr pasajera calma entrando en el convento con ruido y aparato de soldados, y prometiéndole a las turbas, con imprudencia o mala intención, escarmentar al principal culpable; pero cuando los alborotadores le vieron salir sin el caudillo, cuya prisión pedían a gritos, él mismo se vió en peligro de ser atropellado.

El ecónomo a cuyo cargo estaban el régimen interior

y custodia del edificio, había reunido a precaución gran número de ostiarios y siervos de iglesia, con ayuda de los cuales consiguió volver a cerrar las puertas a la salida del último bucelario. Munio se abrió paso con su escolta, engañando a los amotinados con la promesa de tornar con más gente después de dictar nuevas órdenes para la seguridad de la plaza. Pero así que desapareció para encerrarse en el Dominio, rompió de nuevo la tormenta, negra y atronadora como nunca.

—¡El Obispo! ¡Queremos entrar a ver al Obispo! ¡Munio nos engaña!—gritaban hombres, mujeres y niños con temerosas voces, agudos chillidos, gesto feroz y ademanes de endemoniados.

—¡Los vascos! ¡Que nos entreguen el caudillo! ¡Mue-
ran los vascos! ¡Muera García!—clamaban otros, cuyo
aguileño semblante indicaba la casta semítica de que
procedían.

De muro a muro hervía la ciudad a borbollones. Munio a la sazón podía temblar con fundamento, no sólo por la suerte de la metrópoli que le estaba confiada, sino por su propia vida. Si había encendido las primeras chispas de la hoguera; si acaso llegó a contar con el auxilio del motín contra García, Dios le castigaba presto, porque en aquellos momentos sentía muy en lo vivo cuán peligroso para gobernadores era jugar con fuego de populares.

Munio atribuía el desorden de aquella mañana al caudillo vasco, lo cual, además de falso, resultaba inconcebible y absurdo. No pudiendo sostener semejante calumnia, quiso acusar a los montañeses que llegaron con subversivas noticias del ejército godo. Al entrar en el mercado les había faltado el tiempo para preguntar lisa y llanamente qué se sabía allá de la Bética, hablando

a cuantos querían oírles y entendían su mal chapurrado latín, de la muerte y derrota de Rodrigo, del pánico de los emigrados de Tutela y otras poblaciones de allende el Ebro.

Tremenda y pavorosa para todos la noticia, debía de producir aún más terrible impresión que en circunstancias ordinarias, por las voces esparcidas después de la entrevista de los nobles con Eudon acerca de los grandiosos pensamientos del nuevo duque. Cuando se estaba soñando con glorias y triunfos; cuando salían a relucir como flamantes las rancias aunque nunca desacreditadas frases de «conquista definitiva», de «último esfuerzo y postrera campaña», cruel debía de ser el desengaño.

La imaginación popular fijóse al momento en el doble peligro que amenazaba a Pamplona con la invasión de la morisma y la tenacidad de los vascos; la situación del presidio, hasta la sazón inexpugnable, no podía ser más precaria. El terror fué general.

Faltábale, sin embargo, cierto impulso y dirección para convertirse en asonada de rebeldes, en tumultuario desorden; necesitábalo aún más para que los amotinados tomasen como grito de rebelión el nombre de García. Pocos le habían visto entrar; ninguno podía atestiguar un acto que infundiera la menor sospecha. Por otra parte, los ánimos estaban más dispuestos en su favor que nunca. Mirábalo el pueblo como suyo; creíalo objeto especial de la merced divina, que de prodigio en prodigio lo había conducido a salvar a los godos.

¿A quién se debía el vuelco de las cosas? ¿Quién había dado fuego al combustible hacinado, y movido aquellas muchedumbres en son de guerra? ¿Quién ins-

piraba un odio tan repentino como ciego y brutal contra García?

Al anochecer del día anterior, momentos antes de que se cerrasen las puertas de la ciudad, entraba en ella el rabino Abraham, no con su disfraz de ermitaño, sino con el sayo y las bragas teutónicas de liberto godo. Pasó a la aljama sin detenerse, y se hospedó en casa de Respha, donde supo la presentación y coronación de Aser en el sanhedrin judaico.

Ni sorprendieron ni halagaron demasiado estas nuevas a Pacomio. Venía asaz preocupado, con agrio gesto y sombrío talante. Si recordamos que dos días atrás había salido de casa de Millán con el exclusivo afán de apoderarse del tesoro, motivos tenemos para sospechar el fracaso de sus criminales tentativas. Y en efecto: los diamantes y perlas de Aitor no parecían; el viejo israelita cavó, sudó, se desesperó en la cueva por espacio de doce mortales horas, al cabo de las cuales quedóse rendido, mas no desengañado.

Conocía bien a Eudon; sabía que no obraba de mala fe, y que tampoco Amagoya era capaz de mentir. Pero en las señas, en el nombre del cerro y la caverna podía haber alguna equivocación, algún olvido. Urgía consultar de nuevo con Aser. Si la boda de Constanza se efectuaba, lo natural era que Teodosio fuese inmediatamente proclamado rey, y que Petronila le entregara el depósito sagrado.

Pacomio no podía perder momento si había de llevar a cabo el robo que intentaba. Recordando que el envío de un mensajero portador de cualquier anillo de hierro indicaba que Eudon hacía indispensable falta en Pamplona, no titubeó en apelar a semejante medio de obligarle a presentarse en la capital.

Calculó muy bien que a la sazón el duque habría salido del valle pirenaico, y que a la llegada del mensajero estaría en Aitormendi o Butron, desde donde tenía que tardar un día en volver a Pamplona. Con ánimo, pues, de esperarlo y recibirlo, y de enterarse también de los acontecimientos de la invasión sarracénica, se había dirigido a la aljama, donde creía hallar pliegos de los conspiradores judíos y cristianos de Toledo.

Mas no tenía cartas ni avisos de ninguna especie; los astrólogos sectarios, o demasiado entretenidos con el botín, o tal vez avergonzados del triste papel que hacían ante el altivo vencedor (cruel con los leales, pero insolente y desdeñoso con los traidores), no se acordaban del Observatorio de Pamplona, ni se dignaban tener al corriente de los sucesos a personaje tan importante como al rabino Abraham Aben Hezra.

El despacho le hizo desear con más vivas ansias que nunca el codiciado tesoro. Con su posesión quedaba vengado del desdén y del olvido; nada tendría que partir con quien no contaba ya con él para nada.

Antes de acostarse y descansar breves horas, acompañado del físico Simón Aben Isaac fué también a ver al vicario Munio, a quien halló tranquilo y feliz, con una confianza que le pareció estúpida porque contrastaba con sus temores y desengaños; y al amanecer, devorado por la impaciencia, vestido nuevamente de eremita, salió de la aljama con Simón, sorprendiendo a García cuando éste entraba por la puerta del Sur.

Verle, oírle decir a los centinelas que iba a la basílica, fué para Pacomio gran motivo de alarma; pero como en aquellos momentos nada le importaba tanto como encontrar a Eudon para interpellarle acerca del tesoro, no quiso detenerse a contrarrestar los planes

del joven montañés, dejando este encargo a Munio y los judíos, por medio de Simón y del decano jefe de los portarios.

La sorpresa y los celos, el temor de perder la amistad de Eudon y la metrópoli del ducado, bastaban para trastornar a Munio y hacerle tomar resoluciones violentas que difundieron el espanto en la población; pero a mayor abundamiento, los moradores de la aljama, excitados por los príncipes de la sinagoga, se derramaron por calles y plazas propalando los más absurdos rumores contra el señor de las Amezcuas. La noticia de la muerte del rey y de la completa ruina del imperio gótico tenía consternada a la plebe, privándola de todo discernimiento.

Munio, según antes hemos sospechado, tuvo a gran suerte el alboroto popular, y lejos de pensar en contenerlo, lo fomentó bajo cuerda, esperando que el desenfreno de las turbas le diese por resultado la muerte de García. Después que el atentado se hubiese cometido, pensaba él salir con talante de justiciero a sosegar el motín y castigar a los criminales. De este modo se lograban sus más vivos deseos sin cargar con la odiosidad de haberlos ejecutado.

Las cosas, sin embargo, habían ido más allá de lo que Munio necesitaba, sin darle aún la venganza que apetecía. Cuando él, después de disponer que se cerraran las puertas de las murallas, se dirigía al palacio episcopal, en apariencia para acudir en auxilio del prelado, y en realidad para indicar a las turbas el punto adonde debían encaminarse, el temido rival del vicario, el objeto de la ciega saña del gobernador y los desgobernados, estaba tranquilamente almorzando en el triclinio con un apetito que, si desdice un tanto

de su categoría de héroe, no parece impropio de sus pocos años, de su forzado ayuno, y sobre todo de la vida andariega que por aquellos tiempos trafa.

Absorto en sus grandes pensamientos, en el fondo de los cuales siempre brillaba la imagen dulcísima de Amaya, y forzado además por la necesidad imperiosa de satisfacer el hambre que sentía, comía como un navarro y callaba como un filósofo, sin reparar en el asombro que producían su tranquilidad y su apetito a los clérigos que, de cuando en cuando, entraban en el comedor para conocerle, y a los mismos criados que le servían.

Había terminado ya el almuerzo cuando se dejó sentir el estrépito de los caballos, que batían el resonante casco en el pavimento granítico del patio. Aquel extraño ruido, tan impropio del pacífico recinto canónico, le distrajo bruscamente de sus gratas y espléndidas imaginaciones, obligándole a preguntar la causa del insólito aparato militar. El ostiario conocido nuestro, que descendía del aposento prelacial, llegó a tiempo de informarle de cuanto ocurría, avisándole de que Munio le buscaba para prenderlo, por lo cual era preciso que se escondiera.

García creyó, por el contrario, que, en ausencia del duque, lo regular era presentarse francamente al vicario y enterarlo de las órdenes del rey Teodomiro.

Ya sabe el lector cómo escapó García de esta imprudencia, que estuvo a punto de costarle cara. Pero en los cálculos de aquel mancebo no entraba nunca por nada el miedo de perder la vida. Erále tan natural el valor, que ni siquiera comprendía el mérito que generalmente se daba a la serenidad y arrojo ante el peligro.

Sólo Ranimiro le hizo entender lo inútil de su biza-

rría y la necesidad de abandonar aquella casa, no tanto por su propia salvación, como por evitar conflictos al prelado y graves atropellos tal vez a los imbeles habitantes del Conclave canonical.

—García—le dijo el decalvado,—tienes que salir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque las turbas amotinadas están a las puertas del edificio y piden a voces tu cabeza.

—¿Y para qué la quieren?—contestó el mancebo sonriéndose.—Tranquilizaos, Ranimiro, yo me presentaré a esas buenas gentes; les diré que tienen un rey que se llama Teodomiro, duque de la Bética, el cual acaba de conferirme el mando de la parte de Vasconia que habéis conquistado.

—¡A ti, García!—exclamó el penitente con verdadero asombro.

—A mí; porque vos, con esos hábitos y tonsura, no lo hubierais admitido. Aquí traigo el decreto; se lo leeré al pueblo como se lo he leído al vicario.

—Imposible por ahora, García. Ni los amotinados te entenderán, ni te querrán oír. Si te ven, se arrojan como lobos sobre ti, te embisten ciegos y te arrastran. Como lleguen a saber que traes esa orden, verán en ella la prueba de las miras ambiciosas que te suponen. Los godos sucumbiremos a los vascos; pero, créeme, nos costará trabajo el sucumbir. Las turbas invadirán el Conclave; ya están rompiendo las puertas. ¿Oyes esos golpes? Piensa en el Obispo, piensa en los ancianos sacerdotes que aquí se albergan.

—¿Y por dónde queréis que salga?

—García, estás sitiado; tanto a la puerta principal como a la del templo, las turbas te aguardan impacien-

tes. La ciudad está cerrada; tu gente, dentro, expuesta a perecer.

—¡Mis vascos!—exclamó el caudillo fuera de sí.—Ranimiro, saldré por donde pueda y como quiera.

—Eso es lo que venía a proponerte. Debajo de aquella ventana está aguardándote una silla de manos. Oculto en ella irás seguro a mi casa.

—¿A vuestra casa? ¡Eso, no!—replicó García.—¡Iré al lado de mis vascos!

—Los vascos estarán allí. Les he mandado a decir que mi palacio, por de pronto, les servirá de asilo. Los godos me respetan; la gente plebeya adora a mi hija. Para cubrir las apariencias, para mayor seguridad, Amaya ha salido públicamente en esa misma silla, y se habrá vuelto a pie, con sus siervas, por sitio retirado. Cierra las cortinas, y puedes atravesar sin riesgo por toda la ciudad; las gentes creerán que mi hija va dentro de ese mueble, que sólo ella usa.

García no quiso saber más. Todo estaba previsto, y dado lo crítico de aquel trance, todo bien dispuesto y admirablemente ordenado. En los detalles de semejante plan de salvación, el joven adivinó la delicada mano de la mujer querida.

Con pasos agigantados se adelantó hacia la ventana indicada por Ranimiro, la cual estaba al extremo de una crujía que formaba ángulo recto con el claustro de la celda episcopal.

Asomóse García, y una ojeada le bastó para hacerse cargo de todo. La ventana daba a calle angosta y solitaria, detrás de la fachada principal del Conclave; al pie le estaba esperando, en efecto, la silla de manos, con los conductores correspondientes, que debían ser escogidos entre los siervos de mayor confianza, según

el significativo gesto que hicieron al ver al mancebo, por cuya tardanza parecían impacientes.

También midió García con la mirada la altura de la ventana, y mandó por señas a los siervos que arrimaran el vehículo a la pared. Mas ¡ay! también notó que las cortinas de cuero labrado, echadas a prevención, se movían discretamente, y ya no fué dueño de sí. Su corazón principió a dar saltos, su memoria quedó desvanecida, su fantasía se descarrió de todo lo presente, perdiéndose rauda y lozana por el vago campo de las ilusiones.

Entre tanto, el penitente había tenido tiempo de llegar y desceñirse una cuerda de cáñamo que llevaba como cingulo de su burda túnica; pero García, descolgándose del antepecho sin aguardar el auxilio de la soga llena de nudos que le echó Ranimiro, se dejó caer suavemente sobre la silla, y de allí saltó fácilmente al suelo.

Era ya hora, según el estruendo que se sentía en el patio; los amotinados habían roto la puerta, dispuestos a derramarse por todo el edificio. En medio de la gritería ronca y desaforada percibíase la voz del Obispo, que se esforzaba por contener a los desalmados, ebrios de ira, y quizá del vino que Munio y los israelitas les habían proporcionado.

Pero Marciano, que no los quería engañar; Marciano, que ignoraba la fuga de García, se veía muy apurado para impedir que los revoltosos se abalanzaran por claustros, ánditos y celdas contra el caudillo vasco, de cuya sangre parecían sedientos.

Fué preciso que el príncipe decalvado acudiera en ayuda del Obispo. Tiró a la calle la inútil cuerda que le habría acusado como cómplice del fugitivo, y bajó al patio.

Dejémoslo allí por ahora, y vamos a ver lo que sucedió en la calle o ronda, felizmente despoblada, que daba al Norte.

Formábanla por un lado la fachada posterior del Conclave, y por otro, la muralla,alzada sobre un precipicio. En todo aquel largo y solitario trecho no había ni viviendas, ni transeuntes, ni centinelas.

Con la cuerda de Ranimiro y el auxilio de los siervos, fácilmente hubiera podido García arrojarse al campo y escapar de la ciudad, donde tan insana y despiadadamente se le perseguía; pero ni se le ocurrió siquiera semejante pensamiento, ni de egoísmo y ruindad era jamás tentado. Sólo pensaba entonces en salvar a los vascos a riesgo de muerte comprometidos, y hablando en puridad, ni de vascos ni de nadie en el mundo se acordaba entonces.

Así que puso los pies en tierra alzó la cortina de la silla, y se quedó trémulo y deslumbrado. Estaba dentro Amaya con dos siervas, pálida y acongojada, puestas entrambas manos en los ojos, sin atreverse a mirar al joven desde el momento en que le vió descolgarse de la ventana.

Sintió el ruido de sus pies, el tenue crujir del cielo de la litera, el estrépito del salto al pavimento, y se estremeció creyendo que García se había estrellado.

Cuando el mancebo la vió en aquel estado, no fué dueño de sí, y exclamó con un acento cuyas vibraciones eran dardos de amor que traspasaron las entrañas de la dama:

—¡Amaya! ¡Amaya de mi vida!

—¡García! ¡García!—contestóle la princesa, y le tendió la mano sin saber tampoco lo que hacía, sin disi-

mular su gozo ni el intenso y purísimo fuego en que ardía su noble corazón.

Y ni uno ni otro se dijeron más. ¿Ni qué más tenían que decirse? El rubor, la alegría y la mirada de los amantes lo expresaban todo.

Solamente añadió Amaya: «¡Bendito sea Dios!» como pesarosa de que no hubiera sido ésta su exclamación primera.

El idioma instintivamente escogido por entrambos era el vascongado. ¿Cómo no? Desde aquel punto se había consagrado Amaya al país de su madre.

Al acabar de proferir su exclamación postrera, le faltó tiempo para salir del vehículo por la portezuela opuesta, adelantándose a las siervas para no quedar ni un momento sola delante del joven; y cuando se vió en la calle, le dijo:

—Entrad presto.

Y mientras salían las siervas por un lado, pasó García por el otro.

No estaba a la sazón el mancebo ni para replicar, ni para hacer observaciones. Entró, obedeció como un niño, ocupó el asiento de Amaya ebrio de felicidad, gozándose con amar y ser amado.

No cabía la menor duda; el acento de la dama goda iba acompañado de mirada tan expresiva, tan pura y diáfana, que permitía ver el fondo de un amor inconmensurable para todo el mundo, menos para García, que en su corazón tenía la medida del amor de la princesa.

—Cuidad de llevar siempre echadas las cortinas; si llegan a veros, peligra vuestra vida—le dijo Amaya.

—Pues si mi vida está en peligro, y no os vuelvo a ver, Amaya, no os diré que os amo, porque ya lo sa-

béis; sólo sí que os amo para Dios y la escualerria. ¡Amaya! ¡Vos y yo! ¡Dios y los vascos!

La dama no le contestó: volvió su rostro para que no la viese García; dejó caer su velo para que tampoco pudiesen verla los siervos, y con voz apenas perceptible dijo a los conductores de la silla:

— A casa.

Alguna otra advertencia quería hacerles; pero no podía articular una sílaba más sin dar a conocer la conmoción, la zozobra, la dicha, la pasión de que estaba poseída, y confió el resto a la divina Providencia. Jamás se había sentido tan agitada: no había en su corazón un átomo tranquilo y sosegado.

Los siervos echaron a andar con aire acompasado y vivo, con un paso que hoy llamaríamos gimnástico, y desaparecieron al punto por una travesía que, por el interior de la población, acortaba la vuelta de la ronda.

Cuando Amaya lo perdió de vista apoyóse contra la pared del convento, y con los brazos caídos y las manos cruzadas al través de su manto, se quedó mirando al cielo. Apenas podía sostenerse en pie, y no quería apelar al auxilio de las siervas, ante las cuales se avergonzaba y trataba de ocultar su debilidad. ¡Ay! Más hubiera querido esconderse a los ojos de su propia conciencia.

¿Qué acababa de hacer? Se había detenido algunos instantes al pie de la ventana, contra lo indicado por su padre; considerándose sin valor, sin fuerzas para resistir a la tentación, no pudo, no quiso abandonar la calle antes de ver en salvo a García, y después de esta flaqueza incurría en la de haber dado a conocer, o más bien, confesado su amor con mudas voces al joven de las Amezcuas.

Dos jueces tenía de su conducta: su padre en la tierra, Dios en los cielos. Ni uno ni otro condenaban la inclinación que sentía; segura estaba de ello, sobre todo después de haber oído aquella mañana al santo Obispo Marciano; pero esto no disculpaba la debilidad de haber aguardado algunos momentos a García, dando ocasión a que el joven le manifestara terminantemente su amor, y a que ella, con arranques harto expresivos en aquella situación, le correspondiera.

Declaración semejante era, por su parte, irreflexiva. Amaya había visto a García cariñoso y apasionado, mas no tan olvidado como ella de sus deberes. En medio de su amor, delante de su amada, el joven caudillo tuvo presente a Dios y a la patria. Pero ella, ¿no había prescindido de todo al faltar a lo dispuesto por su padre? ¿Se acordó siquiera de que había godos ni vascos, guerras ni paces en el mundo, cuando se asomó García a la ventana, y se arrojó a la calle, y sano y salvo levantó la cortinilla de labrado cuero? ¿Pensaba en nadie más que en él cuando le vió vivo, ileso y ágil como siempre, y más gallardo y enamorado que nunca? Bien pronto comenzó a recibir el castigo de sus faltas, pero castigo tremendo.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, cubierta con su manto a pesar del sol canicular, se dirigió hacia la parte meridional del burgo, buscando, no la sombra, sino las calles más silenciosas. No tenía que detenerse mucho en la elección, porque la ciudad, por aquel lado, parecía a la sazón un cementerio. Ya hemos dicho que el continente de la dama era apuesto y majestuoso como el de Juno; pero en aquellos momentos su andar pasaba de vivo para ser comparado al de la diosa. Las siervas que la seguían, y que nada tenían de deidades,

sudaban y trasudaban, perdóneseme la expresión, por no quedarse atrás de su gentil y muy impaciente señora.

Al llegar a una calle que daba a la basílica por la mano izquierda, sintióse bocanada de espantosa vocearía y confuso tropel. El ruido era lejano; pero resonaba con pavor en el silencio de aquel barrio. Quedóse Amaya inmóvil como una estatua, escuchando lo que le daba miedo de oír, y fascinada y sin fuerzas para dejar de escuchar. Palpitábale violento el corazón, presintiendo alguna terrible desgracia.

De repente, por las revueltas de la calle, que nada tenía de recta y bien alineada, desembocaron en pelotón mujeres desgreñadas como furias, y chiquillos también despeluznados.

—¡Huid, señora, huid!—exclamaron con descomunales voces.

La princesa ignoraba que de garganta humana pudieran salir tales acentos.

—¿Qué es esto? ¿Qué gritería es esa?—preguntó.

—¡Los vascos que nos cercan y asaltan la ciudad para degollarnos como carneros!—dijo una de aquellas Euménides.

—¡Este rato nos degüellan!—repuso un rapazuelo tan travieso como andrajoso.—Nosotros somos los que no vamos a dejar con vida a ningún vasco.

—Ahora mismo llevan uno de ellos por la calle arriba, arrastrado con una soga al pescuezo.

Amaya, que estaba como petrificada de terror, hubo de acordarse entonces de la cuerda que había arrojado su padre, y que los siervos habían recogido y echado dentro de la silla de manos.

—¡Con una cuerda!—repitió casi maquinalmente.

—Y llena de nudos de trecho en trecho; yo lo he visto—dijo el rapaz, muy satisfecho de aparecer como testigo ocular del trágico suceso ante señora tan principal.

—¿Y qué señas tiene ese vasco?—preguntó Amaya, alzando ya el manto sin ningún reparo, y descubriendo el rostro pálido como la cera y desencajado por la angustia del corazón.

—Vestido de negro, como todos ellos.

—¿Joven?

—Arrogante mozo.

—¿Alto?

—Como una torre.

—¿Moreno?

—Como el pan de los pobres.

El chico, por lo visto, no estaba por contradecir a una princesa. Parecía, al contrario, que se complacía en acrecentar su horror, no por la malignidad de su corazón, sino en interés del cuento. Nadie sabe lo que influye la dramática en el relato y transmisión de las malas noticias. Pero una de las Furias, que aunque Furia era mujer, hizo callar al chico diciendo:

—¿Qué sabes tú, arrapiezo del diablo? ¿Quién puede decir si es joven o viejo, feo o guapo, si llevaba ya la cara hecha una carnicería?

—Vamos a verlo—dijo Amaya a las siervas.—Me arrastrarán a mí también.

Mujeres y chicos se alejaron gritando muy ufanos del efecto que sus nuevas habían producido, y deseosos de repetir la escena en otro encuentro tan afortunado como éste. No bien había dado algunos pasos, retrocedió la dama: ciertos sentimientos que nunca asaltan en vano el alma de una mujer, la obligaban a de-

sistir de su primer propósito. Era capaz de dar la vida por García; mas no de exponerse inútilmente a los insultos y atropellos de turbas desalmadas cuya muestra acababa de ver.

—¡A casa! volando a casa—tornó a decir a las siervas.

Una de ellas le advirtió, para consolarla, que García llevaba distinta dirección que la del sitio probable del asesinato: otra le dijo que los siervos de la silla de manos, según encargo de Ranimiro, debían tomar la ronda del muro, que abrasada a la sazón por el sol del medio día, se hallaba sin más vivientes que las moscas.

Las palabras de aquellas buenas mujeres caían sobre el corazón de la princesa como plácida lluvia sobre el sediento prado. Pero las escuchaba andando, corriendo cuanto le permitía el decoro, sin compasión de las viejas que no estaban enamoradas, ni en edad siquiera de pensar en Alcides vascos ni godos.

Por fin doblaron una esquina, y vieron la casa romana que por el Sur daba a la sierra, y por el Oriente a la calle; por fin llegaron al pórtico, Amaya la primera, y subieron las tres gradas de mármol pirenaico que conducían al vestíbulo. Esperaba encontrar allí la silla, a Ranimiro quizá, a García, a la servidumbre de la casa; pero no vió a nadie: reinaba espantosa soledad. Pasó el primer patio: nadie tampoco. Aquello parecía un palacio encantado.

Comenzó entonces a llamar, a dar voces, y saliendo del segundo patio, se le presentó el liberto principal con algunas siervas que acudían a los gritos de la dama.

—¿Y García? ¿Dónde está García?—les preguntó.—
¿No ha venido el huésped vascongado a quien estábamos esperando?

El liberto movió triste y negativamente la cabeza.

—¿Y la litera?

—¿No la habéis traído vos?—le contestó una de las siervas.

Aquella pregunta le hizo comprender toda la verdad de su horrible situación.

Ni su padre, ni García, ni la silla, ni los vascos; no había en aquella casa la menor noticia de nada ni de nadie.

Casi todos los siervos, en la ausencia de los amos, andaban a la husma del motín. Tantos y tan tremendos golpes eran para abatir el ánimo más esforzado; pero Amaya, en semejantes ocasiones, se mostraba varonil, y comprendiendo que en aquellos momentos de prueba necesitaba hacer frente al infortunio, se esforzaba por dominar el terror y desaliento.

Las fuerzas físicas le faltaban, sin embargo; el calor, la precipitación con que había venido, el manto y sobre todo el sobresalto, la tenían como si acabara de salir de larga enfermedad y no pudiera sostenerse en pie. Sentóse en el jardín; dispuso que las siervas salieran en busca de los que estaban fuera, y cuando se vió sola, pensando en las faltas que había cometido, y reconociendo la justicia del castigo que estaba sufriendo, como no tenía regazo de madre donde reclinar la frente y llorar arrepentida, se quitó el brazaletes y lo besó una y mil veces con hondos sollozos.

Aquella joya, como recordará el lector, ostentaba por principal adorno la imagen de la cruz. El corazón de Amaya pasaba de la memoria de Paula al amor de Jesús y de María, saltando, por decirlo así, de madre en madre.

—¡Perdón!—decía.—Yo reconozco mi culpa; y si es

la voluntad de Dios que renuncie este amor, dispuesta estoy al sacrificio. Pero ¡salvado, Virgen purísima! ¡Salvad a García! El es inocente, yo soy la culpable. ¡Caiga sobre mí sola la pena que yo sola merezco!

CAPÍTULO V

En que todo da vueltas, menos la veleta.

Pasión no quita conocimiento, dice un refrán, que rara vez ha podido aplicarse con tanta oportunidad como después de las razones que acabamos de oír a la princesa.

Enamorada hacía mucho tiempo de García, lo amaba ya con toda su alma. Creyéndolo mártir por la fe, se había abandonado sin reparo ni temor a su pasión, y ningún empacho tuvo en confesársela a su padre y al venerable Obispo. El idealismo y la santidad del objeto amado parece que cubrían con manto de armiños y azucenas la inevitable escoria de aquel oro purísimo y bien acrisolado.

Sin violencia ni esfuerzo, el ave enemiga de rastrero vuelo tendió sus alas a las regiones etéreas, pasando con natural arranque del amor del bienaventurado, al amor del Sumo Bien y último fin de toda bienaventuranza, al deseo de consagrarse enteramente a Dios por vida de perfección, para unirse en espíritu al hombre a quien creía muerto en defensa de la cruz con la abnegación del cristiano y la bravura del caballero.

El prudentísimo varón que dirigía su conciencia procuró, sin embargo, moderar los ímpetus de aquella

alma apasionada, cuyo extravío era fácil si la dejaba revolver a su antojo por los espacios de la imaginativa.

Ni escucharla quiso cuando le significó la idea de ligarse desde luego, y bajo la primera impresión de la muerte de García, con votos o prometimientos de encerrarse en el claustro.

—Los silbos del Pastor divino—le dijo—son dulces y delicados, y no se perciben ni saborean bien sino en la calma de la noche serena. Todavía sentís el aturdimiento de los tumultos del día, y mientras no lleguen horas de silencio, no distinguiréis con claridad hacia dónde os llaman las voces del Señor.

El momento solemne y decisivo, la hora del místico silencio, había llegado en la basílica, y en esa hora fué precisamente cuando se presentó García como bajado del cielo. Amaya no dudó ya de su verdadera vocación. Antes que el caudillo de las Amezcuas le dijese: «Vos y yo, para Dios y los vascos», ella se había dicho a sí propia: «García y yo, para restaurar la monarquía cristiana y la memoria de mi madre».

Y con este pensamiento por escudo, y los peligros del vasco por acicate, la pasión de la hija de Ranimiro en breves instantes había recorrido el campo de la idealidad, y salvado todos los obstáculos imaginables.

Con la ayuda de Dios y el amor indudable ya de aquel joven, esperaba Amaya desvanecer los escrúpulos de su padre, las antipatías de Amagoya, la rivalidad de Teodosio, el rencor de los linajes, y aun la misma arremetida, por de pronto irresistible, de los bárbaros africanos.

Ilusión podría ser todo ello, sutilezas y disculpas acaso del afecto a que se entregaba; pero la conciencia de Amaya no se adormecía al abrigo de semejantes

pensamientos. Recta, severa consigo misma, no se perdonaba la menor falta. Quizá exageraba un poco la que había cometido, midiéndola por la fuerza del golpe que con admirable resignación estaba sobrellevando. ¡Qué angustia la suya! ¡Qué incertidumbre!

Había ido a casa creyendo salir de dudas y quebrantos, y en su casa se le aumentaban. Sola estaba, desamparada, sin su padre, sin García, sin noticia de los vascos perseguidos, sin criados apenas de que disponer; y en tanto su padre y el Obispo dentro del Conclave amenazado, y García acosado por el motín, García, único objeto de la saña popular, cruzando la ciudad hirviente en tumultos, quizá descubierto, quizá arrastrado por las calles con el mismo cordel que Ranimiro había llevado para salvarlo. ¿Qué hacía la infeliz en aquel trance?

Con la firmeza y elevación de su carácter, todo menos perder el tiempo en vanas lágrimas y gemidos. ¿Qué hacía? Dominarse, y superior a su duelo, llamar a los siervos de quien esperaba noticias de lo ocurrido, encomendarse a Dios, comenzado por reconocer sus propias faltas, implorando perdón de todas ellas, y aceptar humildemente el castigo, dispuesta a satisfacer a la divina justicia con todo linaje de sacrificios.

Estaba deseando ver a su padre para confesarle su yerro, para decirle: «He sido débil; heme detenido, contra vuestra voluntad, a ver a García; os he desobedecido». ¡Ay! Pero con mayores ansias, con más inquietud lo esperaba para saber lo que sucedía, para recibir alguna indicación de que no peligraba la vida de su amante.

Aun después de repetidos actos de conformidad y resignación, los momentos se le hacían siglos. Sobre-

poniéndose a su postración física, se levantó, fué de ventana en ventana, de puerta en puerta, a ver y escuchar lo que desde casa se percibía; y aterrada por el silencio y soledad de aquellos alrededores, pasó al vestíbulo con ánimo de salir otra vez a la calle en compañía del anciano liberto Isidoro, su ecónomo y mayordomo, cuando al fin quiso Dios que principiaran a volver los siervos que habían desamparado el palacio en ausencia de los señores.

—¿Qué nuevas traéis? ¿Qué ocurre en la ciudad?—les preguntó la dama, sin darse por entendida de la falta que acababan de cometer.

Los siervos, sin embargo, comenzaban dando explicaciones que la excusaran o la atenuaran por lo menos.

—Nada de eso me importa ahora—les dijo Amaya, atajándoles en sus disculpas;—sólo quiero saber lo que hayáis visto, y si no habéis visto nada, quiero saber lo que se dice, lo que os han contado.

Bien pronto se convenció la infeliz de que por semejante medio ni lograba salir de confusiones ni averiguar la verdad. Todo era cuentos, o minuciosos relatos de cosas que ella mejor que nadie conocía. Dijéronle que los árabes habían entrado en Tudela y principiaban a cruzar el Ebro; que los vascos descendían por cerros y laderas circunvecinas a sitiar a Pamplona para entregársela a los musulmanes, y que con este designio se habían introducido en la plaza, llevando ocultas las armas en costales de trigo y haces de leña.

—Pero ¿vive García?—preguntaba la dama queriendo oír lo que deseaba aun de labios que tan neciamente mentían.—¿Qué sabéis del capitán de las Amezcuas? ¿Qué de un vasco a quien las turbas han asesinado?

¿Quién puede darme alguna noticia de mi silla de manos?

—Señora—contestó una de las siervas que la habían acompañado al palacio episcopal,—de eso yo os puedo decir algo, aunque poco bueno.

—¡Tú, Alodia!

—Yo, sí, señora. A pesar del cansancio y del bochorno, viéndoos en ese estado... vamos... no me sufría el corazón quedarme aquí mano sobre mano. Sabiendo que la silla debía de venir por la ronda, he salido a su encuentro, y por fin la he visto.

—¿Y viene, viene a casa?

—La he visto hecha pedazos y ceniza. ¡Lástima de mueble! Ya está quemado—repuso Alodia, única racional criatura entre aquel enjambre de noticieros, que sólo decían desatinos.

—¿Y García?—le preguntó la princesa harto inmutada, sin embargo del sobrehumano esfuerzo que hacía para disimular su turbación.

—Nada se sabe de él.

—Pero ¿qué dicen los conductores? ¿Dónde andan los siervos encargados de la silla?

—Tampoco se sabe de ellos; también han desaparecido.

—¿Y dónde están los restos de ese mueble? ¿Dónde los has encontrado? ¿Quién lo ha destruido?

—En la ronda estaba ardiendo, no lejos de aquí, cuasi enfrente de la puerta del muro por donde se baja al río.

—¿Y estás segura de que esa silla es la de casa?

—Segurísima, patrona, segurísima. Todavía humeaban algunas tablas, y se dejaban conocer por el oro y las labores.

—¿Y quién las ha quemado?

—Los portarios y vigilantes de las torres de ese mismo portal.

—Alodia, pues entonces ellos mejor que nadie sabrán qué ha sido de García y de los siervos.

—Señora, no he querido volver a casa sin averiguarlo.

—Mujer, habla de una vez, y dí sin ningún reparo lo que sepas.

—Cuando los bucelarios de Munio que custodiaban la puerta vieron venir la silla de manos, salieron en tumulto creyendo que traían algún magnate herido de gravedad o muerto... Por ventura, temieron que fuese Ranimiro, vuestro padre. Hoy no sé lo que pasa en la ciudad, ni qué vientos corren por ella: todo se convierte en barullo, todo en substancia contra los vascos. Los bucelarios salieron alborotando; al sentir el tropel y los gritos, los siervos temieron por su vida, dejaron la silla en el suelo y apretaron a correr a la población.

—¿Y el caballero que iba dentro?

—Cuando llegaron los de la guardia, no había nadie.

—¡Nadie!

—Ni un alma; la silla estaba completamente desocupada.

—¿También huyó con los siervos el vasco a quien conducían?

—No, patrona; la silla venía de vacío.

—¡De vacío! Mirad bien lo que decís, Alodia. Reflexionad lo que eso significa después del atentado que nos han referido esta mañana.

—Señora, que no venía nadie, debe de ser positivo. Los bucelarios sólo vieron huir a los conductores, a

quien conocieron. Cuando se hallaron chasqueados, la emprendieron a golpes con el mueble. En un día de tanto desorden, parece como que tenían que hacer algo malo y fuera de lo regular... El cuerpo les pedía jarana y desacato; y golpe va, golpe viene, acabaron por destrozarlo y quemarlo todo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—No os apuréis, señora—añadió compasiva la sierva,—que en medio de tan malas nuevas, aún os puedo dar una... vamos, algo satisfactoria.

—Dámela, y pide en albricias lo que quieras.

—¿Os acordáis de la cuerda que el señor arrojó por la ventana?

—Sí, los siervos la echaron dentro, sin duda para que no llamase la atención. Tenía nudos de trecho en trecho.

—Cierto, yo también lo reparé. Pues bien, la cuerda estaba ardiendo con los tizones. Todavía llegué a ver algún pedazo, y la conocí; no se me había despintado.

—Entonces el vasco arrastrado por las calles no debe de ser García—exclamó la dama, comenzando a respirar.

—O por lo menos, García no ha sido arrastrado con esa cuerda.

—Entonces, tampoco es cierto que el caudillo vasco se ha descolgado por la muralla abajo con una soga que le dieron con este objeto—exclamó uno de los recién llegados, terciando en la conversación con la licencia que daban de sí las de aquel tremendo día.

—¿Quién dice eso?—preguntó Amaya, de nuevo alarmada por un peligro imaginario, cuando realmente tantos otros motivos tenía de fundado temor.

—Patrona, no le hagáis caso—contestó a la sazón

otro criado, que también acababa de entrar y andaba buscando modo y manera de que le perdonaran la tardanza.—En eso de la fuga de García, lo cierto y claro como el sol que nos alumbraba, lo que se sabe al fin—y aun por saberlo y averiguarlo me he detenido un poco—es un prodigio estupendo, una cosa que parecería mentira si no estuviéramos en tiempos nunca vistos hasta lo presente.

—Decidlo, pero no contéis paparruchas—le advirtió el liberto ecónomo, pues la señora, aunque con los ojos indicaba deseos de oír, no podía con la conmoción abrir siquiera los labios.

—¡Paparruchas, Isidoro! ¡Paparruchas un hombre como yo!—dijo el siervo con cierta gravedad que hubiera hecho reír en trance menos apurado.—Señora, dicen que García, encontrándose de sopetón con un paisano y amigo a quien los alborotadores llevaban arrastrando, tuvo tal miedo...

—¡Miedo García!—exclamó la dama, interrumpiéndole casi ofendida.

—Eso es lo que yo repliqué: ¡miedo García, que acaba de aparecer como un héroe en esa batalla de la Bética, donde ni para contarle ha quedado vivo ningún cristiano! Mas luego lo explicaron, y dijeron que no era miedo, sino aviso de Dios, que preparaba un grandísimo milagro. Fuese temor o corazonada, ello es que huyó espantado, y corría como un gamo; de tal modo, que los sabuesos que le seguían no pudieron darle alcance. Y hallándose entre la espada de los sabuesos y la pared del muro, porque todas las puertas de la ciudad están cerradas, trepó a las almenas, y puesto de pie sobre la más alta, ¡pataplum! se arrojó al foso. Yo lo vi sano y salvo tomar el camino de las Dos Hermanas.

—A quien tú has visto, o podido ver—dijo a la sazón una de las siervas, a las cuales parece que se había refugiado el sentido común de los domésticos,—es a Joziz Aben Joseph, judío de Aquitania, que, disfrazado de vasco, salió por la puerta con un salvoconducto del vicario, y portador, según se supone, de mensajes para el duque de Cantabria, dándole cuenta del alboroto.

La dama se retiró. Del trastorno de la ciudad se resentía hasta el palacio mismo del príncipe decalvado. Aquellas escenas violentísimas y terribles para el corazón de Amaya eran además irregulares y contrastaban con los hábitos de dignidad y decoro que en la casa constantemente reinaban.

A pesar de lo singular y extraordinario de los acontecimientos, que motivaban y en cierto modo requerrían la familiaridad de los siervos con su señora, ésta se sentía como humillada de verse en aquel sitio y en la necesidad de tolerar lenguaje cada vez menos respetuoso, que en trance menos fuerte no hubiera consentido.

Bastaba ya; la naturaleza eminentemente patricia de la hija de Aitor y nieta de reyes de Toledo se sublevaba contra aquella precisión de oír disparates de ínfimo orden, sin poder averiguar la verdad. No esperando ya nada de sus sirvientes, ni pudiendo permanecer un punto más en tan angustioso estado, llamó al ecónomo y le dijo:

—Isidoro, no he querido que salieses tú de casa, porque estaba esperando la llegada de mi padre, de García y de los vascos. Pero nos haces falta en otra parte: ve inmediatamente y tráeme noticias, noticias ciertas, acerca de ellos. Sepa yo al menos si García es muerto o vivo; qué es de él y de los vascos, y en dón-

de está mi pobre padre. Ve, Isidoro; lleva contigo la gente que te inspire más confianza, y por Dios te lo ruego, vuelve volando.

El liberto se lo prometió, y la princesa se fué a las habitaciones que daban vista a la calle o la ronda, con ánimo de observar lo que pasaba fuera. Pero no bien hubo desaparecido, tornó a salir despavorida.

Resonaba en la calle formidable estruendo de gentes, armas y voces. Sintiéronse de pronto clamores ininteligibles, semejantes al mugido del ábrego en las selvas durante las noches del invierno. Al propio tiempo retumbó el palacio con temeroso estrépito, seco y estallante como el del trueno cuando la nube que nos envuelve deja caer el rayo a nuestros pies.

Los amotinados se dirigían contra la casa de Ranimiro; las puertas de la casa se cerraron de golpe por los siervos que se hallaban en el vestíbulo, cuando el ecónomo iba a lanzarse a la calle. Y detrás del ruido de las puertas, el de las ventanas, que como por arte mágico también se cerraban fragorosas por mano de las siervas aturcidas y guiadas del instinto de salvación.

—¿Qué es eso?—gritó Amaya saliendo otra vez al vestíbulo.

—¡El motín! ¡El motín contra nosotros!—contestaron todos con la hueca voz del miedo.

Y temblaban, y balbucían, y daban diente con diente.

—Es un pelotón de gente alborotada—añadió Isidoro, quien por dicha tenía alguna más serenidad;—no pasarán de treinta. Traen armas y chuzos, y parecen demonios del infierno.

—Abrid la puerta—repuso Amaya;—serán los vascos que vienen a refugiarse aquí.

—No son los vascos, señora; los he visto bien: estaba ya en el umbral del pórtico cuando aparecían. Vienen de lo interior de la ciudad... armados, flechados contra esta casa... ¿Oís? Ya están aquí.

La dama se detuvo a reflexionar algunos instantes. Toda resistencia era inútil. La casa aislada por sus cuatro costados, las ventanas bajas y muchas, poca la gente de armas tomar, y sin jefe ni persona de autoridad y respeto que dirigiera la defensa. A menos de un socorro inesperado, inverosímil, dado el desorden y confusión de la ciudad, el palacio tenía que sucumbir o arder, y la sangre que pudiera costar la lucha sólo serviría para exacerbar al vencedor y dar pretexto a los excesos y horrores consiguientes al asalto.

Imposible de toda imposibilidad que Amaya consintiera un momento en exponerse a sí propia y a todas aquellas mujeres que llorosas la rodeaban, al furor y barbarie de turbas ebrias y desenfrenadas que entrarán a saco, llevándolo todo a sangre y fuego, con la ceguedad de la venganza y los fueros y desmanes de la conquista.

No siendo posible resistir, lo más prudente y hasta lo más hábil era mostrar confianza, ganar poco a poco la voluntad de la muchedumbre, haciendo de la necesidad virtud. Y en medio de todo, no le pareció la empresa temeraria.

Amaya no sólo era querida, sino estimadísima y respetada en el pueblo. La dignidad, el renombre y prestigio de su padre se reflejaban en ella, que por cierto tenía asaz con su bondad y virtud para brillar con resplandores propios.

Por otra parte, debía aceptar las cosas tal cual las disponía y ordenaba el cielo. No era lo mismo ir ella

por su voluntad, quizá por impulso de su pasión, al encuentro de los amotinados, como antes quiso, que presentarse a ellos cuando no los buscaba, cuando acaso por ocultos designios se los mandaba la Providencia.

Esta reflexión era capital; Amaya no seguía su capricho, ni su voluntad siquiera, fuese o no juiciosa y recta, sino la voluntad de Dios, lanzándose por el único rumbo que la razón le mostraba.

Y al decidirse a tomarlo, se acordó de la sangre que corría por sus venas, de su dignidad de primogénita de la casa de Aitor, de hija de Ranimiro y nieta de Recesvinto, y desterró de su corazón todo miedo, y de su rostro y continente toda apariencia de bajeza y cobardía.

—Hija de reyes y con misterioso llamamiento al trono—decía para sí,—ni faltaré a mi vocación ni a mi linaje. Ciegos vienen; yo les arrancaré la venda de los ojos, y verán cómo triunfa una mujer, o cómo muere una princesa.

La dama, en efecto, estaba completamente transformada desde que vió a García de regreso de la Bética. Lo que antes vislumbraba con inciertos y vagos contornos, ahora lo veía claro, distinto y vigorosamente trazado. Ella había nacido para García, y García para emprender con ella la restauración del cristiano imperio que acababa de hundirse en los campos de Algeciras y Sidonia.

Pero ¿existía ya el joven caudillo a quien creía tan altamente predestinado? Esa era su principal, su más angustiosa duda, y de ella se imaginó también que podía salir al fin acercándose a los amotinados.

—¡Abridles!—dijo a los siervos.—Pero que no entren todos. Advérteles, Isidoro, que yo recibiré tan sólo a dos o tres. Los espero en el jardín.

—¿Y si quieren veros todos? ¿Y si invaden en tropel? ¿Quién es capaz de contener a chusma tan desalmada? ¿Qué será de vos si se desatan sin Dios ni ley, como salteadores? ¿Qué responderé a vuestro padre cuando me pregunte por su hija, si por ventura quedo con vida para contarlo?

Y como en apoyo de las razones del ecónomo, comenzaron a sonar hachazos descomunales a la atrancada puerta, acompañados de voces contra los vascos.

—Abrid presto—dijo Amaya a los siervos con valor asombroso.

Y acercándose al liberto, añadió:

—Para defender la casa somos pocos, y nos falta un hombre. Vale más ser confiados. ¡Esperanza en Dios! ¡Abrid!

Y con fe viva y entrañable amor, acercó a los labios el medallón del brazalete. A tan repetidas órdenes, las puertas del palacio se abrieron de par en par. Momentos de terrible ansiedad eran aquéllos. Inundóse el zaguán de luz, que no iluminaba más que rostros macilentos y consternados.

Hacía un calor canicular y bochorno que encendía la sangre y enervaba el cuerpo. Día espantoso de calma irritante en la atmósfera, y desencadenamiento y ebullición de malas pasiones en la población. Ni un soplo de aire, ni un punto de reposo y tranquilidad. El cielo, ni azul ni nublado; no lucía el sol con esplendor, pero lanzaba dardos de fuego con verdadera saña.

Era una escena dantesca; dentro del vestíbulo, el terror de los condenados en los primeros momentos de su eternidad; fuera, los espíritus infernales asomados a las puertas que jamás traspasan ni el amor ni la espe-

ranza, y dispuestos a comenzar con los recién llegados el oficio de verdugos.

¡Qué rostros tan pálidos, polvorientos y sudosos! ¡Qué dientes de tigres entre labios denegridos! ¡Qué miradas de gentes sin conciencia, medio espantadas, sin embargo, por el remordimiento! ¡Cargadas de crímenes, y buscando en nuevos crímenes el alivio de su carga! ¡Qué hervor en el pecho y qué sequedad en las fauces! ¡Qué aullidos de lobos, y al propio tiempo qué súbito miedo de corderos! Armas, harapos, desnudez, cabellos erizados... ¡Espectáculo horrible, sobre todo para los ojos de Amaya!

La dama se había retirado un poco para no ser vista; pero observando que todos los suyos vacilaban, y que nadie tenía aliento para proferir una sola palabra, no quiso que se prolongara situación tan peligrosa, de la cual dependía quizá su propia vida, la suerte de su casa y de la ciudad entera.

Adelantóse, pues, determinada, pero tranquila, grave y majestuosa. La palidez, las huellas de tanto pesar, habían desaparecido súbitamente de su semblante. Parecía más hermosa que nunca.

—¿A qué venís?—les dijo con acento que ablandaba las rocas y amansaba las fieras.

Nadie le contestó.

—¿Qué queréis, amigos míos?—prosiguió.—¿Qué pedís? ¿Qué necesitáis?

—¡Agua!—contestaron los más próximos al umbral.—¡Agua y vino!—repetieron los de atrás.—Estamos muertos de sed y no nos dejan salir al río.

Efectivamente, debían de estar sedientos. Parecían tigres jadeantes, con lengua que oscilaba fuera de las fauces abiertas y espumosas. Ni en los arenales de la Libia

abrasa más el sol ni se crían más espantosas alimañas.

—¡Pobrecillos! Entrad, entrad todos. Aquí en el zaguán hará menos calor. Isidoro, que les saquen agua y refrescos, y pan, de todo lo que haya en casa.

—No tenemos hambre, sino sed. Nos han dado licores endemoniados, y no sabemos lo que nos pasa.

—¡Infelices!—exclamó la princesa con sincerísima compasión.—Tenéis sed, y aplacada la sed, tendréis hambre. Que les traigan de todo, que les den hasta mi comida. Y ahora, dos de vosotros venid conmigo al jardín. Me contaréis lo que sucede en la ciudad. No os digo que vengáis todos, porque aquí estáis bien.

—Muy bien, patrona, muy bien. Nos han engañado, nos han dicho que aquí se ocultaban los vascos.

—Y sin querer estropearéis mis plantas y mis flores—prosiguió la dama desentendiéndose de aquella última especie.

—Estamos aquí como en la gloria. Que vayan dos...

—Braulio y Tulga, que son los más leídos.

—¡Y Habacuc Aben Jacob!—añadió un mozo que parecía de la aljama.

—No—contestó con firmeza la hija de Ranimiro,—quiero entenderme sólo con cristianos; ni vosotros ni yo tenemos nada que ver con los judíos. Que coman, que beban, que les den cuanto les haga falta; pero que no se mezclen en cosas nuestras.

En poco estuvo que no estallara de nuevo la tempestad. Pero la supo conjurar con valor y energía la princesa.

—¿Qué murmuráis? ¿Qué tenéis que decir? ¿De cuándo acá los judíos se quieren sobreponer a los cristianos? No; mucho hemos descendido los godos, pero todavía no nos rebajaremos a tanto.

—Señora—contestó refunfuñando Habacuc,—venimos a buscar a la gente de García, y contra rebeldes y enemigos, lo mismo sirve el cuchillo del israelita que la espada del nazareno.

—¿Qué decís? ¿Qué lenguaje es ese en esta casa, delante de mí, delante de gente bautizada? Salid de aquí, dejad esta morada, indigno como soís de permanecer un instante más en ella. Salid, si no caéis de hinojos y pedís perdón a todos los cristianos aquí presentes del agravio que nos acabáis de hacer, no dándonos el nombre de fieles hijos de Cristo, nuestro Dios, a quien habéis crucificado. Salid, e id diciendo a todo el mundo que yo he ido al Conclave con intención de salvar a García, y que los vascos no están aquí porque no han querido aceptar la hospitalidad con que en pago de la suya les hemos brindado.

»Decid que los godos, ni en valor ni en generosidad nos dejamos vencer de nadie. A García yo misma le he prestado mi silla de manos; pero ésta ha sido quemada, no por vosotros, que sois pamploneses y me conocéis, sino por los bucelarios de Munio. Decís bien: os han engañado, os han mentido miserablemente; García no es rebelde, es un bravo defensor de nuestra santa fe, y por el estandarte de la cruz pelea, que la enarbolen godos o vascos.

»Como ese joven, han acudido a la batalla contra los sarracenos cien y cien de esos a quien hasta ahora llamábamos enemigos. García, el primero, ha dado aviso al rey de la traición que se estaba preparando. ¡Ojalá que el monarca le hubiera atendido! ¡Ojalá que no le hubiese menospreciado! ¡Otra sería hoy nuestra suerte, la suerte de España y de la cristiandad entera! ¿Y sabéis quienes han sido los principales traidores? Esos, los

judíos. ¿Y queréis confesar quién os induce hoy contra García? Esos, los judíos. ¿Y queréis que os diga por qué? No; vuestra conciencia os lo está diciendo, repitiendo, y no os dará paz hasta que confeséis y reparéis el mal que por involuntario error habéis hecho.

—Tiene razón la princesa—exclamaron algunos.

—¡Sí, sí! Tenéis razón: nos han engañado.

—¡Cierto!—tornó a decir Amaya, que comprendía el partido que podía sacar de aquella gente, y no trató de dejar a medio concluir su trabajo.—Cierto, los enemigos de Cristo ven en García el mayor y más temible enemigo de los invasores; quien persiga a los defensores de la cruz, corre con los clavos y el martillo a crucificar a Jesús por el pecado. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué estáis haciendo, infelices? ¿A quién queréis condenar? ¿A los judíos o a los cristianos?

—¡A Barrabás! ¡A Barrabás! ¡Afuera los judíos! ¡Mue-
ran los traidores!

El triunfo de Amaya era completo; la vuelta de las turbas quedaba terminada.

Nada más fácil cuando se trata de muchedumbres, y sobre todo de vascones amotinados. Su misma impetuosidad, su horror a la traición, los hace suspicaces, recelosos, muchas veces en menoscabo de la prudencia, de la justicia y hasta de la sensatez. Y al horror de la traición se juntaban, en la ocasión presente, la fuerza de la verdad, el respeto y simpatías que inspiraba mujer tan buena como hermosa.

Amaya lo comprendió, y teniendo ya por suyos a los rebeldes, hízose cargo del deber de dirigirlos que sobre ella pesaba.

—Comed ahora—les dijo,—bebed y descansad. Estáis en vuestra casa, en casa de Ranimiro, de regia

estirpe, de raza de leales y valientes. Aquí no se miente jamás, ni se engaña a nadie; ni mi padre ni yo hemos tenido miedo nunca a nada, sino a la ruindad y la mentira. Y ahora me confío y abandono a vosotros, como si fuerais mis propios siervos. Aquí no están los vascos ni García; nada sabemos de ellos, y nos hallamos inquietos por su suerte. Sacadnos de la incertidumbre; hablad con verdad y lisura, aunque sea en contra vuestra: ¿qué habéis hecho de García?

Era oportuna la pregunta; los hebreos que venían en aquel pelotón de revoltosos, dirigiéndolos contra la casa del antiguo tiufado, se habían escurrido y deslizado poco a poco hacia la calle; por manera que a la sazón no quedaban en el vestibulo más que cristianos.

Si Amaya hubiese querido, aquellos siervos, poco antes acaudillados por Habacuc, secretamente movido por Respha, se habrían revuelto contra sus mismos cabezas y aun contra la judería entera. Pero es bien seguro de que a nuestra heroína, ni aun en momentos en que todo en torno estaba abrasado por el furor y la venganza, se le ocurrió siquiera abusar del imperio que sobre aquellos ciegos infelices ejercía. Sólo anhelaba por tener noticias del caudillo vasco.

La idea de que hubiese perecido a manos quizá de los mismos que estaban allí comiendo y bebiendo, le horrorizaba. Pero a costa de su vida, aunque la verdad le hubiese de hacer pedazos el corazón, quería averiguar lo ocurrido.

Por eso les preguntó por García apenas vió que toda aquella gente estaba subyugada. Nadie le contestó, sin embargo. Mirábanse los unos a los otros, consultándose recíprocamente con la mirada, o quién había de contestar, o qué era lo que contestar debían.

—Que hable uno, cualquiera, con tal de que no mienta ni disimule la verdad. ¡Tú!—añadió de pronto Amaya, dirigiéndose a un anciano, en quien se fijó por parecerle que tenía cara de hombre de bien.

El amotinado se vió sorprendido con el ademán, la expresión y energía de la princesa, y contestó sin querer:

—¡Yo no he sido!

—¿Pues quién?

—Los otros... ¡los judíos!

—¡Los judíos! ¡los judíos!—exclamaron a coro los sublevados.

—Nos han engañado, patrona; son unos perros rabiosos. Nuestra es la culpa de consentir en Pamplona gente que no esté bautizada.

El corazón de Amaya cesaba de latir, y un frío glacial se apoderó de sus mejillas. Pero tuvo miedo, horrible miedo de caer desmayada entre aquellos asesinos, y su propio espanto la sostuvo.

—¿Y el muerto, el arrastrado, ha sido García?—preguntó con un acento sordo y hueco, que nunca había salido de aquella garganta de ruiñeñor.

—No lo sabemos; ninguno de nosotros conoce a García—respondió el anciano designado para llevar la palabra.

—Pero los judíos lo conocerán—prosiguió Amaya;—esos miserables que en él pusieron las manos... esos que os indujeron al crimen... Y si ellos no, la gente que lo vió cuando le llevabais de la cuerda...

—¡La gente! Los unos decían que sí, los otros que no.

—Patrona—exclamó Tulga, que, en testimonio de los sublevados mismos, era uno de los más leídos de toda

la chusma; —patrona, no le hagáis caso. Hoy todos son Garcías; hoy no resuena en Pamplona otro nombre que el del vasco. Todos Garcías, y García no parece.

—Tiene razón Tulga—añadió Braulio, otro de los distinguidos como letrados;—el muerto no podía ser García, porque lo llevábamos... es decir, lo llevaban con la soga al cuello, que era un cordel de la cama de Sara la hechicera, cuando los demás del... movimiento clamaban a la puerta del Conclave canonical pidiendo a grito herido que se les entregase a García.

—¡Ah!—exclamó Amaya, con un salto de gozo de su abatido y cien veces estrujado corazón.—¿El vasco estaba por ventura en vuestro poder cuando las turbas cerraban contra las puertas del Conclave?

—Sí, señora. Venía por una de las calles que dañan al muro y como si ignorase lo que ocurría; iba al palacio.

—¿Al palacio del Obispo?

—Y a pedir auxilio a Marciano.

—¿Estáis seguro de ello?

—Como que el pobre mozo lo decía, pidiendo que se le dejara pasar.

—¿Y vuestros compañeros de motín estaban ya entonces delante del Conclave canonical?

—¡Sí, señora! ¡Pues ahora caigo! Cuando los judíos le echaron el lazo, García se hallaba en el convento con el obispo.

—¡Bendito sea Dios!—tornó a exclamar la dama, apoyándose en una de las pilastras de mármol que sostienen el arquitrabe de la techumbre. — Que Dios os perdone el crimen que habéis cometido.

—¡Nosotros, no! Limpias están nuestras manos de la sangre de ese desdichado.

—Limpias, al menos, de la sangre de García.

Y la princesa no quiso saber otra cosa; no estaba ya en disposición ni de permanecer un solo instante más entre aquella gente, ni de contener las lágrimas que, con el primer consuelo, comenzaban a nublarle los ojos. Tenía necesidad de postrarse delante del Señor, y llorar en el regazo espiritual de su santa madre.

Sin embargo, mucho le quedaba que hacer, mucho que averiguar y disponer, y no ignoraba que cuando el deber lo exige, cuando la caridad lo reclama, no hay murmullo de plegaria más grato bajo la bóveda de los cielos que el rumor de nuestras buenas obras. Ni aun aquel desahogo, ni el corto descanso que por ventura necesitaba para inspirarse y respirar y recobrar las fuerzas perdidas, le fué concedido.

Cuando quiso volver la espalda para dirigirse un instante a su aposento, los siervos y siervas, los bucelarios y libertos que se hallaban a la sazón en el vestíbulo acampanando a su señora, dispuestos a sacrificar por ella su vida en caso necesario, exclamaron a una voz con acento en que vibraban la lealtad, el júbilo y la sorpresa:

—¡El patrón! ¡El patrón!

Amaya volvió el rostro, y en el umbral del pórtico vió resaltar sobre la claridad del sol que reflejaba la pared de enfrente, la altiva aunque un tanto encorvada figura de un monje, que no podía confundirse con otro ninguno, el cual dirigía miradas tan rápidas como inteligentes a la dama, a los siervos y a los invasores del palacio.

—¡Padre mío! ¡Padre de mi alma!—exclamó Amaya, corriendo desalada a los brazos del penitente.

Y teniéndolo abrazado, levantó un momento la ca-

beza, miró hacia la calle, y por encima del hombro de su padre vió al caudillo vasco, que a pocos pasos detrás, con rostro apacible y embelesados ojos, estaba contemplando aquella escena.

—¡García!—gritó la dama irreflexivamente, con un acento que le salía del corazón.

Aquel grito despertó la mal adormecida saña de los amotinados, que respondieron dentro del vestíbulo:

—¡Muera!

CAPÍTULO VI

Aventuras de García Jiménez durante el motín de Pamplona.

Mientras la pobre Amaya tantos sobresaltos y congojas estaba pasando por el vasco perseguido, y la plebe se revolvía furiosa hasta la insania contra el joven recién llegado de la Bética, iba éste muy alegre, tranquilo y cual nunca feliz en la silla de manos de la princesa.

Por vez primera se gozaba en la dicha de amar con anchura de corazón, sin temor ni remordimientos, seguro además de ser correspondido y vislumbrando, aunque en remotos confines, el colmo de la ventura, la dulce y santa posesión del objeto amado.

¿Cómo pensar a la sazón en la postiza rabia con que se le buscaba, en aquel motín inexplicable, en los escándalos de la ciudad y los peligros que le amenazaban, y que sólo confusamente comprendía por los descomunales medios a que recurrían sus amigos para salvarlo?

Amaya era su único pensamiento; la sin par, la incomparable rica-hembra que, si de palabra no, con el acento, las obras y las miradas acababa de significarle su amor, y de rendirle y entregarle en cautiverio el corazón más hermoso del mundo. Hermoso principalmente porque en Dios le amaba, y era en su mismo amor partícipe de los reflejos de la hermosura divina.

¡Inefable ventura la de aquel joven! Los cielos y la tierra como a porfía le sonreían y acariciaban, cuando se mostraban con los demás tan preñados de cólera y ceñudos. Pelayo y Teodomiro le insinuaban en la Bética la conveniencia de que los vascos se fuesen uniendo a los godos con vínculos indisolubles; el santo Obispo Marciano bien claramente acababa de indicarle en Pamplona el gozo con que veía su inclinación a la hija del príncipe decalvado. No cabía duda: cuando el prelado y nuevo rey patrocinaban aquellos amores, señal era de que Dios los bendecía.

Podía ya regalar su pecho con la imagen que hasta entonces había procurado vanamente rechazar; era quizá un deber luchar con varonil fortaleza contra cualquier obstáculo que vulgares preocupaciones y hábitos de casta pudieran oponer todavía a su felicidad.

Es verdad que si Marciano miraba este afecto con benignos ojos, era por creerlo conducente a la unión de godos y vascos por medio del matrimonio de la princesa con el primer caudillo y señor de Vasconia; es verdad que en este punto, García, campeón de Teodosio, no pensaba como el Obispo; pero ¿qué importaba tan leve diferencia de opiniones, nacida del equivocado concepto del estado de las cosas?

Lo esencial era para García que el Prelado aprobara su amor a la princesa; lo demás quedaba a cuenta de la Providencia, que indudablemente lo disponía y ordenaba todo en favor del hijo de Goñi, y muy a gusto de quien ni forzado quería ser su competidor. ¿Qué más podía apetecer? Casado García con Amaya, ésta podía renunciar todos sus derechos, y ambos vivir felices en Pamplona y las Amezcuas, siendo los primeros servidores y vasallos del futuro monarca, y el más firme apoyo del nuevo trono de los Pirineos.

Habría que rechazar a los árabes y berberiscos, si osaban invadir el territorio vasco; irlos a buscar más allá del Ebro, si no se acercaban, y extenderse y dilatarse por el suelo invadido hasta darse la mano con Teodomiro y Pelayo.

La restauración y reconquista dejaban, pues, ancho campo a la noble ambición del pecho más sediento de gloria, y oficio al brazo menos avenido con la ociosidad y regalo.

El caudillo vascón, cristiano y enamorado, presentía ya el grito caballeresco que más tarde formulaba la Edad Media: «Por mi Dios y por mi dama». Por la cruz y por Amaya quería seguir peleando contra los musulmanes, con el rey y los vascos. La fe y la lealtad, el amor y el amparo de los menesterosos, el pueblo y la caballería, el valor y la abnegación, todos los gérmenes que habían de hacer tan vasta y fecunda en proezas y maravillas la monarquía española, todos estaban depositados en el corazón de García.

—¿Qué mayor gloria para la princesa—decía para sí—que contribuir con el sacrificio de sus derechos a la fundación de un reino cristiano y expulsión de los enemigos de la religión verdadera? ¿Qué mayor dicha

para mí que volver de la batalla cargado de trofeos y despojos, y depositarlos a los pies de la esposa más tiernamente amada, para que los reparta entre la casa de Dios y la del pobre?

Confusa y rápidamente pudo vislumbrar todo esto el joven fugitivo, porque, en honor de la verdad, lo que entonces más clara y vivamente percibía era lo interior del vehículo en que iba conducido, lo rico y delicado de aquel mueble construido para Amaya, las tablas pintadas y doradas a gusto de ella, los almohadones por ella sin duda recamados; en suma: aquel camarín en que los bellísimos ojos de la dama tan frecuentemente se posaban, y aquel ambiente todavía embalsamado con la fragancia de la mujer querida. Y fijándose en esto, y sintiéndolo y contemplándolo todo, hubo de reparar en una vitela que sobresalía en la bolsa del paño que cubría el respaldo delantero.

—¿Será, por ventura—dijo para sí,—algún aviso que Amaya quiera darme?

Y tomó en sus manos el pergamino. Se equivocó García: no era aviso, ni billete. Era una oración recientemente escrita por Amaya, compuesta quizá por ella para pedir a Dios por el eterno descanso de aquel a quien creía muerto en defensa de la cruz contra infieles mahometanos. «Haced, Señor—decía,—por intercesión de vuestra Madre María Inmaculada, que goce pronto de bienaventuranza perdurable, y que yo sea digna de vuestras promesas, para que juntos os alabemos, ensalcemos y bendigamos por los siglos de los siglos.»

—¡Amén! ¡Amén!—exclamó el joven con una conmoción y un fervor que nunca hasta la sazón había sentido.

—¡Juntos — prosiguió, — juntos nuestros corazones en la tierra, y juntas nuestras almas en el cielo!

No se necesitaba de tanto ciertamente para que el mancebo cayera en una especie de arrobamiento, quedando lejos, mucho más lejos que antes, a distancia inconmensurable del tumulto que contra él bramaba, y hasta del mundo en que resonaban las voces de «muestra García».

En tanto los conductores, que por abreviar el viaje y huir del sol en lo posible habían tomado cierta calle de travesía, salieron a la ronda para mayor seguridad, y principalmente para conformarse a las órdenes recibidas.

Lo exigía ciertamente la prudencia, porque las turbas, campando ya por su respeto, divididas en cuadrillas recorrían la población entregándose a todo linaje de excesos, dejando sólo en paz los paseos de Occidente y Mediodía, porque ni allí tenían alma nacida que les oyera, fuera de los guardias del muro, ni el sol, allí más que en ninguna otra parte abrasador, hacía la estancia muy apetecible. Pero en la disposición de ánimo en que iba García, ni el rugido del Océano en toda su bravura hubiera ensordecido la voz del amor feliz que resonaba en su pecho.

Respirando el aire del campo al dejar las calles de la población, sintió como deseos de expansión y libertad. Para un montañés acostumbrado a la amplitud y magnificencia de las sierras, aquel angosto, puesto que dorado recinto del vehículo, debía de ser cárcel en que se ahogara. Por muy adornados que estén interiormente, sepulcros son hasta los túmulos de Egipto.

Exento de todo temor, y sin el menor riesgo de ser visto por nadie en aquel desierto, creyó que podría

relajar el sentido literal del precepto que Ranimiro y Amaya le habían impuesto, y describió las cortinas de cuero con doradas labores para tender la vista por el espacio y las montañas, cuyos contornos, conocidos y nunca borrados de su imaginación, resaltaban confusos en el cielo, más plumizo entonces que azulado.

Quería hacer a las sierras vascongadas la primera confianza de su felicidad; quería, en su transporte, que las rocas de su nativo valle palpitasen de júbilo, como su propio corazón, al dulce nombre de Amaya, cuando de estas imaginaciones le distrajo grupo de gente bastante numeroso y apiñado, que desafiando al sofocante calor, permanecía inmóvil y en pie cerca de los adarves y a la escasa sombra de algún árbol solitario, mirando con sorpresa y recelo la silla de manos. Eran los vascos.

García se quedó confuso al verlos, apretados allí como rebaño que sesteaba al aire libre, sin otro amparo que la soledad harto precaria de aquel sitio, sin más defensa que el sol abrasador y el inexplicable olvido de los mismos que contra ellos se movían y vociferaban en calles y plazas.

Por casualidad, sin duda, o por instinto, habían elegido el paraje más apartado del tumulto. Pero ¡qué espectáculo tan triste y lastimero el de aquellos inocentes indefensos, que de un momento a otro tenían que ser víctimas del odio estúpido de la plebe! Hombres y mujeres, y algunos niños también, achicharrados, muertos de sed, parecían manada de reses que en el corral del matadero esperan la hora del degüello.

¿No habían recibido el aviso de Ranimiro? ¿No sabían que el príncipe decalvado les ofrecía refugio en su propia casa? Sí; pero ninguno de ellos quiso acep-

tar la hospitalidad y protección del inolvidable invasor de Aitormendi.

Repugnábales además encerrarse en un edificio, y acostumbrados a pelear a campo abierto, entre selvas y peñascos, dado que de todos modos iban a sucumbir, preferían morir bajo la bóveda del cielo y a la vista de sus montañas.

Desde los primeros indicios de alarma se habían unido como hermanos; nadie pensó en esconderse y salvarse a sí propio, sino en salvar a todos, en seguir la suerte de los demás.

Cuando vieron en el mercado que ni uno solo faltaba, se fueron a las puertas de la ciudad a salir juntos, aunque luego tenían que separarse para tornar a sus respectivos valles, y no volverse a ver quizá. Pero la guardia, bien advertida por Munio, les obligó a retroceder.

Sintiendo el alboroto de las calles, tuvieron que fijarse en aquel punto de la ronda como el más solitario y el más apartado del burgo, en que dominaba la plebe, y de las puertas defendidas por los siervos del vicario.

Allí deliberaron acerca del partido que podían tomar; querían algunos arrojarlos por la muralla, mas no podían dejar abandonados a los niños y las mujeres. Proponían otros reclamar a la autoridad; pero ni el vicario ni los priores y seniores les inspiraban confianza. ¿No eran ellos por ventura quienes les impedían el paso? Sólo Marciano podía ser su valedor, porque a Ranimiro les repugnaba recurrir; la protección del tiufado por todos había sido rechazada; pero era preciso que alguien enterase al prelado de la terrible situación en que se hallaban.

Uno de los montañeses, que personalmente lo conocía, ignorando que el Conclave canonical estuviese asediado por las turbas, quiso hablar al Obispo, y se dirigió al efecto por calles pacíficas y sosegadas; mas al revolver una esquina dió de improviso con la banda de salvajes capitaneada por Habacuc.

Ya sabemos cuán aciaga fué la suerte de aquel infeliz. Cuando los vascos se enteraron de la catástrofe por haberla presenciado algunos, aunque de lejos, quedaron aterrados y convencidos de que no tenían otro recurso que el desesperado de morir matando, y matando se proponían morir, no sólo cuantos empuñaban las armas, sino los mismos ancianos, los pequeñuelos y las mujeres.

Iba transcurriendo el tiempo, sin embargo, y nadie los perseguía ni hostilizaba. Las turbas buscaban a los vascos por todas partes, menos en la ronda del muro donde podían hallarlos. Tan extraña anomalía requiere alguna explicación.

Las instrucciones secretas que los cabezas y fautores del motín habían recibido de sus verdaderos instigadores no se dirigían precisamente contra los montañeses, sino contra el caudillo recién llegado de la Bética. Ni Munio ni Pacomio tenían especial motivo para enojarse con ellos.

Si el vicario había dispuesto que a ninguno se le dejara salir de la plaza, era porque no se le escapara García; si los moradores de la aljama esparcían absurdos rumores contra los vascos, debemos atribuirlo al deseo de evitar el escándalo de perseguir únicamente al vasco menos sospechoso para los godos, y a quien debían estar más agradecidos.

Ordenar el desorden, llevar el tumulto a compás,

con peso y medida, arduo empeño es, por no llamarlo irrealizable; por eso las turbas, ciegas, desenfrenadas, iban a veces muy más allá de lo que a sus capataces convenía; pero los jefes, bien enterados de la situación de los vascos, sabedores de que García se hallaba en el Conclave del Obispo, procuraban alejar del muro a los amotinados y exagerar con toda intención el número, las armas y recursos de los perseguidos.

De aquí resultó que éstos, con hartos motivos para temer por su propia vida y temblar por la de sus hijos, esposas y madres, infundían miedo a sus perseguidores, los cuales sólo cuando llegaran a ser invencibles y a proveerse de arcos y flechas para herir de lejos y a mansalva, osarían atacar a gente dispuesta, según la voz general, a defenderse a todo trance y vender cara su vida.

Cuando García vió en semejante apuro a sus amigos, sintió el remordimiento de su propia felicidad. Punzadas de dolor le atravesaban el corazón, momentos antes anegado en los transportes y deleites de un amor sin mancilla.

—¡Yo en litera, yo protegido y libertado por godos, yo causa inocente del peligro que a mis hermanos amenaza, y ellos aquí esperando la hora del sacrificio! ¡Yo feliz, cuando ellos son tan desdichados!

Y sacando la cabeza por una de las portezuelas, dijo en alta voz a los conductores:

—¡Deteneos!

—No hay cuidado, señor—le contestaron equivocando el motivo de aquella orden;—son los vascos.

—Con ellos me quedo—repuso el mancebo,—vosotros seguid vuestro camino. Tomad.

Y les dió un puñado de monedas de oro que llevaba consigo. Sin detenerse a más, fué presuroso hacia

los suyos, que a pesar de la sorpresa y la distancia desde que puso los pies en tierra le conocieron por el traje, por su arrogante estatura y gentil continente.

Era un hombre solo el que se les agregaba; pero un hombre a quien todos creían muerto, un hombre que se les aparecía allí como sobrenatural y milagrosamente resucitado, un enviado del cielo para sacarlos del conflicto, para conducirlos a los valles, nunca más que entonces suspirados y queridos. Era un hombre, pero con él recibían el refuerzo de una legión.

Al punto se hizo cargo de todo, y se enteró del estado de la ciudad, y del feo y brutal atentado contra uno de sus amigos cometido. El gobernador, según le dijeron, seguía en el Dominio, cuyos puentes levadizos había alzado para mayor seguridad. Tenía miedo, o lo aparentaba para excusarse de refrenar el desorden.

En las murallas no quedaba más gente de guerra que la precisa, y ésta desmoralizada. Desde que los bucelarios echaron llaves y cerrojos a las puertas, se creyeron horros y exentos de toda vigilancia, y se tendieron a la sombra. Pero toda conmoción popular es contagiosa: el entusiasmo produce entusiasmo; el terror, terrores; el motín, motines.

Cuando los portarios supieron que Munio sólo procuraba por sí, guareciéndose en la ciudadela, refunfunaron y casi se declararon en sedición; pero al oír la algazara y vocerío de las calles, no se contuvieron ya y gritaban ellos también, sintiendo la comezón del barullo y la licencia. Los jefes apenas podían restablecer la disciplina. Para darles algún desahogo en día de tanto desorden, mandaron traer vino, que si por de pronto les calmaba, más tarde producía el efecto de leña echada al fuego.

Los vascos, situados cerca del muro y en punto equidistante de las puertas del Norte y Occidente, se inclinaban, cuando se apareció García, a tomar la desesperada resolución de descolgarse por la muralla, que si bien ofrecía poca dificultad por lo interior, como edificada contra terreno, por la parte exterior tenía una altura formidable. Carecían además de cuerdas suficientes, y como eran muchos y no todos varones, lenta, prolija y sobremanera peligrosa tenía que ser la operación.

Lo primero que hizo el caudillo recién llegado fué separar a los inútiles para el combate, y distribuir las pocas armas que había entre los más valientes y robustos. Acercóse al adarve para juzgar por sí mismo de la posibilidad de descender al campo, y un momento después de haberse asomado a las almenas, retrocedió grata y vivamente sorprendido, hasta el punto de no dar crédito a sus propios ojos.

—Venid algunos—exclamó regocijado.—¿Qué veis allá abajo, más acá del río, a la sombra de aquellos álamos?

—¡Los vascos!

—Vascos son, en efecto; en eso no cabe duda. Pero ¿quién?—añadió García.—¿No distinguís una mujer que ahora se pone en pie y da como señales de habernos conocido?

—Aquello no es mujer... es un gigante con tocas y faldas...

—¡Es la misma! ¡Es Petronila! ¡Ya se ve! Como vosotros no sois de esa comarca... como quizá no hayáis visto nunca a la famosa loca de Echeverría...

—¡Yo, sí!—contestó un mancebo de la ribera.—He pasado antaño por las Dos Hermanas. La loca es... y su

marido, que llaman unos Ochoa, y otros Lope, y otros... Poca gente les acompaña, cual que diez o doce, y si llega a la docena. Y no son de la Burunda, ni de la Barranca... son de nuestros valles... ribereños, amigos, deudos o conocidos nuestros.

—¡Buena vista!

—No se la envidio ni a las águilas de Montejurra.

—Petronila se adelanta... ¡Es la misma! Viva y audaz, ni conoce el miedo, ni aguanta dilaciones—tornó a decir García.—Esperad vosotros. No os mováis de aquí, para que no dejen de veros. Conocen nuestra situación, y están apercebidos a socorrernos.

Y acordándose de que, por distracción sin duda, se había guardado la vitela de la oración de Amaya, cortó con su ezpata una tira en blanco, se hizo en el brazo una pequeña herida, y con la sangre y la punta del acero escribió algunas palabras.

Arrolló el pergamino en una piedra, lo sujetó con bramante, y volviendo a las almenas, lanzó el ovillo con una honda, dirigiéndolo cuan lejos pudo contra su amiga. Esta recogió la piedra, hizo señas de inteligencia después de haber leído el aviso, y se volvió a donde estaba su marido.

García entretanto avanzó hacia la puerta del Poniente con cierta precaución, y sin más compañía que la del ribereño de vista de águila. Los demás quedaron en observación de Petronila y de su gente.

—Les pedirá escalas—decían unos.

—¡Cal! Los verían venir los bucelarios de las puertas.

—O les dirá que vayan a llamar a los nuestros.

—Menos; si Lope de Echeverría no les ha dado aviso, ya es tarde; para cuando lleguen de los valles nos han crucificado.

—Pues aunque no lo entendamos, algo bueno tiene que salir de aquí.

—Eso sí—contestaron todos, hasta los más incrédulos y pesimistas;—ese mozo sabe mucho y hace cosas que no se le ocurren a nadie.

Cuando el mozo, en quien tales esperanzas cifraban, llegó a cierto punto, desde donde comenzaba a verse la puerta, se detuvo detrás de un árbol, observando lo que allí pasaba. Los portarios, después de largos y repetidos tragos, dormían a la sombra de las torres, tendidos como troncos, con las picas arrimadas a la pared, la aljaba al hombro, pero los arcos al pie de las respectivas lanzas.

Alguno que otro soldado estaban despiertos, porque el bochorno y el vino no les dejaban sosegar, y les abrasaban por dentro y por fuera. Los ojos de García se iluminaron con un relámpago de esperanza.

—Que vengan inmediatamente los que tengan armas—dijo el caudillo a su compañero,—y los que, aun no teniéndolas, sean capaces de manejarlas. Que se queden atrás, pero a poca distancia, mujeres y niños. Anunciadles que si andamos listos y tenemos corazón, dentro de poco seremos dueños de esa puerta.

Minutos después los vascos más jóvenes se habían reunido a su caudillo.

—¿Qué han hecho los de fuera?— les preguntó García.

—Avanzar hacia aquí con precaución como nosotros—le contestaron los que habían quedado de vigi-lantes.—Parecen enterados de vuestro intento.

El joven de las Amezcuas les expuso su plan de ataque en breves palabras.

—Iremos sin ruido y con la mayor cautela, mientras

no seamos vistos; al menor indicio de alarma nos lanzamos a la carrera; los armados, a tomar los dos cubos del portal; los que no traen armas, a cogerlas. Estos que tienen hachas y brazos de herreros, que descerrajen la puerta. Echeverría les ayudará por afuera. La empresa es fácil como veis, y su único mérito ha de consistir en que no cueste una sola gota de sangre, ni goda ni nuestra.

La empresa, en efecto, estaba muy lejos de ser irrealizable; mas no parecía tan sencilla y hacedera como García, para animar sin duda a sus gentes, se complacía en pintarla.

Era probable que dentro de los cubos o torreones que guarnecían sendos lados del portal hubiese gente más despierta y no tan aficionada a báquicas libaciones como la que al aire libre yacía. Los vascos armados, o de armas tomar, apenas llegaban a dos docenas; los que detrás venían sólo servían de estorbo.

Si los soldados de las torres no estaban ebrios o dormidos, con cerrar las puertas de su respectiva fortaleza quedaban a salvo. Unos a otros podían auxiliarse acribillando á saetazos a los agresores, o dejando caer sobre ellos peñas y proyectiles desde las troneras y almenas de los torreones.

Los vascos no tenían ni escalas, ni armas, ni gente para el asalto, ni tiempo suficiente para intentarlo; porque de un momento a otro llegarían refuerzos a los bucelarios, si no de las guardias inmediatas, de la tiufadía del Dominio y de los mismos amotinados, más que nadie dispuestos al degüello y a la matanza.

Pero aunque habló García de apoderarse de las torres, su verdadero intento debía de ser atacar a la puerta y escapar de la ciudad. Contaba el caudillo con la sorpre-

sa y estupor que produciría en los portarios la llegada de Echeverría, de Petronila y de los vascos acampados en el río.

Y en esto daba pruebas, o de bien enterado de lo que en el pueblo ocurría, o de muy conocedor de los inverosímiles vuelos de la imaginación popular en días de pánico y alboroto. A la sazón, uno de los rumores más fácilmente acogidos y acreditados, era precisamente el más absurdo. Decíase que los vascos venían coligados con los moros a conquistar a Pamplona. Si esto se inventó, se creyó y se difundió como la luz; si tamaño dislate bastó para alarmar y exasperar los ánimos, ¿qué no lograría la súbita, verdadera y real acometida de Ochoa a la puerta de la ciudad? ¿Hasta dónde no llegaría el terror de los bucelarios desamparados de Munio, y encogidos y embargados por el miedo que las terribles nuevas de la pérdida de rey y reino les había infundido?

La empresa del joven caudillo exigía evidentemente arrojo; pero más que nada serenidad y buen juicio para aprovechar con rapidez el menor descuido, cualquiera favorable coyuntura.

El plan que instantáneamente trazó García al conocer a sus amigos de las Dos Hermanas, su presteza en comprender el partido que podía sacar de aquella aparición inexplicable en semejante día, le acreditaban nuevamente de ingenio pronto, agudo y perspicaz.

Apresurémonos a decir que todo le salió como lo había imaginado. Los godos dormidos, durmiendo continuaron cuasi hasta que la gente de García los despojó de las saetas mismas que llevaban en el carcaj; los borrachos se echaron a reír al ver a los vascos, tomándolos por sublevados, y gritaban, o más bien querían

gritar por imitarlos: ¡muera García! Sólo en las torres, donde estaban, en efecto, dos decanos y un jefe centenario, se intentó la resistencia; pero dejando encomendado a los herreros el portal, cifró el joven su principal empeño en tomar la entrada de los cubos laterales, encargándose él de uno y encomendando el otro a su compañero el ribereño.

El centenario jefe de la guardia descendió al encuentro del caudillo, el cual, con una hacha de leñador en entrambas manos, de un mandoble descomunal le arrancó del brazo izquierdo la rodela, y de otro golpe descargado con portentosa rapidez, hizo añicos el casco de hierro que cubría la cabeza de su enemigo, derribándolo al pie de la escalera de caracol, en cuyo primer peldaño cayó de espaldas al retroceder, sin sentido.

Un decano iba a sucederle y reemplazarlo; pero en aquel instante se oyeron por la parte exterior tremendos alaridos, acompañados de martillazos descargados a la puerta que daba al campo, y salieron del adarve temerosas voces de los soldados, que huyendo del peligro allí se habían refugiado.

—¡Los vascos! ¡Los vascos que asaltan la ciudad!

Con aquellas voces y descomunales golpes por fuera de la puerta, incomprensibles antes, y que unos a otros recíprocamente se explicaban ya, desfallecieron los sitiados de mayores bríos. Implorando perdón, depusieron las armas y se rindieron. García se apoderó inmediatamente de los cubos, sin curarse del portal, que dejó como abandonado a sus auxiliares, capitaneados por Echeverría.

Al fin las mujeres, los ancianos y niños que llegaron poco después, se abalanzaron a descorrer los cerrojos y

quitar las palancas, y la cerraja saltó a los esfuerzos inteligentes del buen Ochoa, a quien lastimaba tener que hacer astillas soberbias piezas de roble, por más que fuesen de sus enemigos, y rechinando en sus quicios se abrió de par en par la suspirada puerta, y quedó franca la salida al enjambre de vascos, encerrados durante algunas horas de mortal angustia y de incesante peligro.

—¡Ea!—exclamó Echeverría abriendo los brazos libertadores.—Salid, almas redimidas del cautiverio del demonio, salid cuantos estábais esperando nuestro advenimiento. ¡Al campo, al campo, redentores y redimidos!

—¡Al campo! ¡A la montaña!—gritó la turba saltando de gozo ante el sol que entraba ya bajo la bóveda con una extensión y longitud que indicaba su inclinación al ocaso.

—Sí—dijo a la sazón García apareciendo al pie de la torre que con su valor había tomado;—¡al campo las mujeres y los niños, dejándonos aquí los comestibles! ¡Al campo, a la montaña, a llamar a Teodosio de Goñi y a todos nuestros amigos, diciéndoles que aquí quedamos apoderados de una de las principales puertas de Iruña, y dispuestos a no desampararla hasta que se presente nuestro primer rey y le hagamos dueño de toda la ciudad!

Hubo un momento de general asombro, que frisaba con el estupor. A nadie más que a García se le había ocurrido aquella idea; pero después de enunciada y bien comprendida, a todos les pareció tan natural y corriente, que no encontró ni resistencia ni oposición de ninguna especie.

—¡Soberbio plan!—exclamaron.

—Pero sencillo y de fácil ejecución si aquí se presenta Teodosio con cien hombres dentro de breves horas.

—No lo esperes; ni por una ni por diez ciudades se moverá Teodosio esta noche de Jaureguía—dijo a la sazón el marido de Petronila.

El cual añadió con aquel aire de autoridad y suficiencia, que por recaer en persona de madura edad y de notoria franqueza y buena fe, a nadie chocaba ni ofendía.

—Muchacho, ¿de dónde sales? ¿Estás todavía en el limbo? ¿Has resucitado de veras, o todavía eres ánima o cuerpo glorioso? Antes de hablar y disponer a tontas y a locas, ¿por qué no pides parecer, dictamen y consejo de gente, que si no de letras, sabe de mundo y buen gobierno más que todos los aprendices del Conclave de niños y aun del Conclave canonical? García, no cuentes por hoy con Teodosio, que esta mañana se habrá casado con mi sobrina Constanza de Butron, y esta misma tarde será proclamado rey en Val-de-Goñi.

—¡Magnífico, Echeverría, magnífico!—exclamó el mancebo con un aturdimiento encantador, propio de su edad y de su nobilísimo corazón.—Casado esta mañana, rey esta tarde y dueño esta noche de la capital de su reino.

Y como en aquel punto se presentara Petronila con apariencia de quererle contradecir, prosiguió García, tendiéndola los brazos:

—Y del tesoro de Aitor por añadidura.

A pesar de su carácter enérgico, dominante, que no sufría contradicciones, Petronila se quedó como cortada, mirándole de hito en hito. Un momento después, profundamente conmovida y arrojándose a él, lo estrechó contra su pecho.

—Está visto—decía murmurando, medio irritada por su blandura y enternecimiento, está visto que con chicuelos así no puede una hacer lo que quiere, ni lo que debe.

El marido llamaba muchacho al caudillo; la mujer, chicuelo; el diminutivo denotaba un aumento de cariño, y su terminación despreciativa el mayor grado posible de estimación.

—¿Pues qué queréis vos, amiga mía? ¿Qué más podemos apetecer para Vasconia?

—Que tú seas nuestro rey.

García le tapó los labios sin dejarla apenas concluir la última palabra.

—¡Por Dios, Petronila; por Dios, amiga mía!—exclamó el joven al oído de la loca.— Si me amáis, si amáis a vuestra tierra, si queréis sobre todo el triunfo de la ley de Cristo, desechad esa idea. ¡Teodosio, Teodosio y nadie más que Teodosio! Cualquier otro nombre nos divide, nos desgarrar, nos pierde miserablemente.

Petronila le contestó de la misma manera:

—¿Quién más que yo quisiera ver reinar a mi sobrina, hecha ya cristiana, con sus padres y todos sus vasallos? Pero ni ella ni Teodosio han nacido para el trono. No nos sirven. No me sirve mi hermano.

—Petronila, soy feliz. Amaya y yo nos amamos; godos y vascos peleamos juntos. No vengáis a oponeros a la voluntad divina ni a turbar mi ventura.

—¡Eso más! ¡Paula, Paula! ¡Se aman! ¿Y no has de completar tu obra? ¿Y no has de hacerlo rey? García, tenemos mucho que hablar.

—Tenemos mucho que hacer.

—Es que yo, después de lo que en mis años de loca he recogido y de lo que esta noche he visto, dudo ya...

—Petronila, momentos hay en que no debe dudarse de nada.

Y separándose de los brazos de la gigante, y añadiendo el ejemplo a la sentencia, dirigióse García a las mujeres y les dijo:

—¡Ea! Vosotras a llamar a Teodosio, y si no quiere dejar sola a su mujer, que se venga aquí con ella; dormirán en su palacio.

Y en seguida añadió volviéndose hacia los hombres.

—Traedme los prisioneros.

Su manera de decir y de mandar no daba lugar a réplica ni desobediencia. Desvanecía toda inquietud, inspiraba plena confianza. Al pie de las torres se reunieron los godos, abatidos, avergonzados de su derrota. Miraban, sin embargo, furtivamente al burgo, como si esperasen de un momento a otro ver salir por las bocacalles turbas o soldados, ante los cuales tendrían que huir los vencedores precipitadamente, abandonando a sus cautivos. Para desesperación de éstos sentíase gran bullicio dentro de la población; pero la ronda seguía desierta, y García, según las disposiciones que tomaba, a todo parecía dispuesto menos a emprender la fuga.

—Hemos venido aquí—les dijo—llamados por vosotros, indefensos, confiados en vuestra palabra; pero nos habéis cerrado la salida y nos perseguís de muerte. Uno de los nuestros, solo y sin armas, al acudir pacíficamente a la autoridad, ha sido bárbara y villanamente asesinado. Por ley de guerra, todos estáis condenados a morir aquí mismo, en el acto, pasados a cuchillo, para escarmiento de esos salvajes y en justa venganza de la infamia que habéis cometido y de la sangre inocente que habéis derramado. Pero haciéndome cargo

de que la tropa no ha hecho hasta ahora más que obedecer a los superiores, no sólo os perdono la vida, sino que os voy a dejar en libertad. Unicamente os detendré el tiempo necesario para que os enteréis del cambio ocurrido en las cosas de gobierno. ¿Hay alguien entre vosotros que sepa leer?

Y como el centenario y decanos contestaran afirmativamente, García les entregó el decreto de Teodomiro para que en alta voz lo leyesen a los bucelarios.

—Ya lo veis—prosiguió el caudillo, así que los jefes godos terminaron la lectura.—España tiene ya un rey, y los godos de Vasconia estáis obligados a rendirle homenaje y acatamiento. Este rey, por el bien general, y muy especialmente por el vuestro, en la necesidad de resistir al enemigo común, implacable y soberbio perseguidor de cristianos, sin distinción de pueblos ni de castas, manda que sólo a mí me obedezcáis; me entrega el territorio de Vasconia que estáis poseyendo. Soy vuestro conde en la ciudad, vuestro duque en la provincia, vuestro soberano aquí y en todas partes.

—Y nosotros por tal os reconocemos y acatamos—contestó el jefe de los vencidos, hincando la rodilla y besando la mano de García.

—Y así, y sólo así—contestó el mancebo—podréis salvaros de la inundación sarracénica. Teodomiro desde la Bética y la Cartaginense no puede atender a los Pirineos; perecerfais por consiguiente; serfais inmediatamente arrollados, dado caso de que tuviérais aliento para resistir y sucumbir como buenos. Sólo nosotros escaparemos del presente naufragio en el mismo bajel en que nos hemos salvado de otras tempestades. Pero desde él os tendemos la mano para salvaros también, olvidando de ahora para siempre que hemos sido enemigos.

—García, vuestra conducta—dijo el centenario—no puede ser más generosa ni prudente; y pues en libertad nos dejáis, nos quedamos aquí, sirviendo fielmente al duque y señor a quien hemos reconocido.

—No —repuso el caudillo;— puede quedarse con nosotros cualquiera que tema el despecho y furor de Munio, por la desgracia que la suerte os ha deparado; pero los demás que se vayan, y hagan públicas en la ciudad las órdenes del rey Teodomiro. Yo no temo a los godos enterados de su deber; los temo sólo pérfidamente engañados.

—En ese caso, nos iremos todos—respondió el centenario, joven y noble, a quien no le faltaban, por lo visto, ni penetración, ni dignidad.

Así que los godos se alejaron, contentos en general por verse libres, y prendados en particular de García, éste despachó a las mujeres, a quien la curiosidad de ver el desenlace de aquella escena había retenido.

—Corred vosotras—les dijo;— partid al valle de Goñi. Vos, Petronila, podéis acompañar a toda esa gente; vuestro marido nos hace falta como hombre de valor, de consejo y experiencia.

—¡Y no que no!—exclamó Echeverría.—Para cuando tú vienes, estoy yo de vuelta; gente de refresco tendrás dentro de poco; hombres de pelo en pecho son menester, y, gracias a mi previsión, nos han de sobrar en breve. ¡Bueno se va a poner esto! ¡Zís, Zás! ¡Linternazo y tente perro! ¡Valiente caso hará Munio de tiras de pergamino! El mismísimo que haría yo dentro de su pellejo. García, siempre has tenido para mí el defecto de confiar demasiado en vitelas, letras y sellos de plomo. Buena mano de laya para el campo, buenos dardos y guécias para la guerra, y tendrás buena cose-

cha de trigos y de laureles. Este consejo es para ti, muchacho. Para vosotras—añadió volviéndose a las mujeres—aún tengo otro. ¡Largo de aquí, que nos hacéis estorbo! ¡A hilar las hembras, mientras aquí nos quedamos a morir los hombres!

—Me quedo con vosotros—contestó Petronila.

Su marido, que pese a sus alardes de valor nunca tuvo el de contradecirla, repuso:

—No dice mal, García; mi mujer es casi un hombre, y si dijera que es hombre y medio, quizá andaría más cerca de la verdad.

El joven caudillo, desentendiéndose de las gracias que en aquel trance se permitía el esposo de la gigante, quiso despedirse de ésta con rostro afable y ademán de ruego.

—Petronila—le dijo,— sólo en vos confío; id a Gofi, y que venga Teodosio sin perder momento. Desde que Iruña es ciudad amurallada, jamás hasta ahora ha sido de los vascos. ¡O ahora o nunca!

—No esperes hoy a Teodosio. El quiere ser dueño de Constanza, para tenerlo todo; pero tú lo tendrás todo, porque no quieres nada para ti. Que celebre en paz sus bodas; nosotros celebraremos la toma de la ciudad, y detrás de la ciudad, el reino; y detrás del reino... ¡tu bodal

—Basta, Petronila—exclamó el joven interrumpiéndola;—¡no liguéis el nombre de Amaya a ninguna de mis empresas en este mundo! ¡No suscitéis rivalidades, hoy más que nunca peligrosas!

—No ligués tú otro nombre a la conquista de Iruña.

—Pues sin el concurso de Teodosio, mi empresa es locura rematada.

—Loca yo, loco tú. Los locos han de recobrar lo que

los necios han perdido. ¡García, García! Me siento desde ahora acometida de un nuevo género de locura. ¡Tú la conoces! ¿No has oído hablar de la locura de la cruz? ¡Es la tuya!

Y sin aguardar respuesta del joven, sobrecogido de espanto al ver su rostro descompuesto y su mirada fulminante, se dirigió a los vascos exclamando como frenética, o tal vez como inspirada:

—¡David! ¡Hijas de Israel, éste es David! ¡Idos vosotras, y decid que vengan, no a socorrerlo, sino a presenciar su triunfo, todos los enemigos del filisteo! ¡Que se despueblen montes y valles, villas y lugares, cantando al son de pífanos y tambores: «Saúl mató mil, pero David diez mill!»

Todos movieron tristemente la cabeza al oír semejantes palabras, extrañas, ininteligibles para ellos. García fué el único que comprendió su verdadero sentido, y quedó por lo mismo más triste y apesadumbrado que nadie. Petronila venía decidida contra Teodosio: ninguna mella la habían hecho los ruegos que acababa de dirigirla.

—No me arredra la lucha con los malos—decía el joven para sí;—pero me espanta la división y guerra de los buenos.

CAPITULO VII

En que Petronila vuelve a las andadas, y acaba por dar insignes pruebas de cordura.

Los proyectos de García estaban realmente contrastados por sus más íntimos y verdaderos amigos. Cuantas personas le conocían a fondo, parecían conjuradas

para ponerlo al frente del reino que debía de fundarse en los Pirineos. Pelayo y Teodomiro, Ranimiro y Ama-ya, Marciano y Petronila, mostrábanse inspirados por un mismo pensamiento, movidos por una misma voluntad: que García fuese el rey.

El joven se impacientaba ya con tanta contradicción, se revolvía en su ánimo contra todos sus opositores sin caer en la cuenta de que él era su principal contrario, su enemigo oculto. No conspiraban contra sus planes ni los caudillos de la Bética, ni los príncipes de Vasconia, sino la grandeza de sus ideas, lo peregrino de sus palabras, la excelencia de sus obras, revestidas con el ropaje encantador de la modestia. Cuanto más pequeño quería hacerse, más grande resultaba; cuanto más se olvidaba de sí, más vivamente se presentaba a la fantasía y cautivaba el corazón de sus aficionados. Era la primera entre éstos, la más antigua, la más tenaz, y por ventura la más poderosa, Petronila de Echeverría.

Ciertamente no había salido ésta de su casa con intención de ver al hijo de Jimeno, ni mucho menos con la idea de hacerlo rey. La tarde anterior precisamente llegaron a sus oídos los primeros ecos de la muerte de su amigo en la batalla que llamamos del Guadalete. En los primeros pasos de su jornada aún regaba el camino con lágrimas que le arrancó la memoria de aquel joven.

Los pocos vizcaínos de la mesnada de Andeca que sobrevivieron a su señor, tornaron a su tierra con la presteza proverbial del vascongado, cuando vuelve el rostro a sus nativas montañas, y esparcieron por ellas la pavorosa noticia del desastre de la cristiandad, y del aciago, aunque glorioso fin de los vascos y sus dos capitanes y señores.

Ese viento que reina en todos los climas y vuela en todas direcciones, con alas aparejadas siempre a transportar malas nuevas, llevó la de la muerte del mancebo al caserío o torre de las Dos Hermanas.

Petronila la supo, y el dolor que sintió fué mudo, pero terrible; frunció las cejas, reconcentró sus miradas, inclinó su rostro sombrío, desdeñó consuelos, y no quiso cenar, sentándose al hogar como si fuera invierno y tuviera frío; y lo que a todos pareció más grave, tomó su antigua postura con las manos cruzadas y el cuerpo oscilante y los murmullos de su antigua demencia.

Si la constante amiga de Paula, la implacable enemiga de Amagoysa, la loca de singulares y problemáticas manías, no hubiese estado tan preocupada y llena de pesadumbres, en términos de tener a la familia alarmada y temerosa de un retroceso a los pasados desvaríos, habría caído en la cuenta de que nadie cenaba en aquella casa, a pesar de lo avanzado de la noche, y sin embargo de que la cena parecía más escogida y opípara que de costumbre.

La pobre señora del castillo en nada reparaba: ni en el desusado diámetro de la lumbre, ni en la multitud de ollas, torteras y bien provistos asadores que orlaban la circunferencia. Bastábale que el hogar fuese asaz anchuroso para que ella pudiera permanecer en cuclillas sin estorbar a nadie, y que el calor de aquella parva de brasas no se amortiguara. No hacía ninguna pregunta; a todo se mostraba indiferente, y seguía moviéndose a compás y murmurando.

Mas no eran, como en otros tiempos, canciones éuscaras las que salían de sus labios, sino preces y respuestas en latín, que no se sabía dónde los había aprendido.

Olalla cuidaba del hogar, y sentada en uno de los bancos de roble tendidos contra la pared, se olvidaba de los pucheros y la rueca; y con el huso en el suelo y la hebra en la mano, la miraba tristemente; sus hermanos, a quien no permitía Lope ni un momento de reposo, ni menos de ociosidad, se asomaban de cuando en cuando a la puerta de la cocina, y se alejaban meneando la cabeza; el padre entraba también como a hurtadillas, con la criba en la mano, humedeciendo el pienso con alguna que otra lágrima, la cual se enjugaba con la yema de los dedos, sin soltar la criba. En una de estas ocasiones le dijo la niña con sordo acento:

—Padre, está llorando.

—¡Qué he de llorar yo, muchacha! Es el polvillo de la avena que se me mete por los ojos. Y eso que soy un mandria desde que no cato el vino. Ya tardan, muchacha—añadió bajando aún más la voz.

—¡No lo digo por vos! Mi madre es la que llora—contestó la niña, haciendo señas a su padre de que no hablara.

—¡Pobre García!

La loca, que los había oído, exclamó sin volver el rostro, sin cambiar de expresión ni de postura:

—¡Pobres de nosotros!

—¡Pobres de nosotros! ¿Por qué?—le contestó su marido.—Vamos, Petronila; ya sabe Dios lo que se hace. Se lo ha llevado al cielo cuando menos falta hacía en la tierra. Desgracia es; pero ha venido el nublado después de recogido el trigo de las eras.

—Mis mieses están en el campo todavía; ni un grano se ha traído a casa.

—No digas eso, mujer; no ofendas a Dios. Teodosio será rey el día menos pensado, de la noche a la maña-

na; se casará con tu sobrina, te descargarás presto del secreto de ese dichoso tesoro que no te deja vivir en paz...

—Presto, sí; lo has adivinado.

—No tiene mucho que discurrir—contestó modestamente Echeverría.—Cuando la fruta está en sazón, con menear la rama se viene al suelo.

—Ochoa, no he conocido un hombre ni más cándido, ni más sagaz ni malicioso que tú.

—Mujer, ¿por qué lo dices?

—Porque ese secreto es, en efecto, la pesadumbre de mi vida.

—Pues bien, mujer; a todo le llega su tiempo, y a tu hermano Lartaun el suyo. Y doy por caso de que aquí se presentara esta noche reclamando el tesoro que pertenece a su hija; se lo entregas, si lo tienes a mano, y te vas a dormir más ancha y descansada que nunca.

—Tan a mano lo tengo, que no se aparta de mí.

—Tanto mejor, quien debe y paga, no debe nada.

—Lo tengo; mas no para quien te figuras. Ahí está tu candidez.

—¿Ocurre, por ventura, alguna nueva dificultad?

—Nadie puede disponer de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y dueño del secreto es Amaya.

—Constanza, querrás decir.

—Amaya digo, la hija de Paula.

—Lo que tú quieras, mujer. Sobre esas cosas, sabes en lo olvidado más que tu marido. Ahora en lo tocante a sorpresas, golpes de mano, cultivo y ganado, no se la cedo ni al lucero del alba. Pero mira lo que haces; vas a ponerte a mal con tu hermano, con tu sobrina, con Teodosio, con todos los vascos. Y no digo nada de Amagoya, porque esa nunca te perdonará las malas

pasadas que le has jugado; pero con esta hogaza que le estás amasando, se va a venir sobre ti como loba hambrienta y rabiosa sobre su oveja.

—A nadie tenía yo miedo cuando contaba con García.

—Pues bien, Dios ha dispuesto de él...

—Lucharé sola; yo, como tú has dicho, no busco más que la paz de mi conciencia, y Dios me ayudará. Y luego, lo confieso, no puedo sufrir la soberbia de Amagoya. Quiero acabar de humillarla, quiero derribarla del pedestal de Aitormendi, cuya roca pagana es el lunar y baldón de la escualerria.

Y levantándose hasta tocar con la cabeza en la campana de la chimenea, prosiguió con exaltación:

—Todos la tenéis miedo.

—¡Todos! Pues mira que el pobre Lartaun, digo, Pedro, pruebas acaba de dar...

—Mi hermano más que nadie, siendo quien más motivos tiene para hacerla caer de hinojos, pidiéndole misericordia. Teodosio, el bravo Teodosio, tiembla también delante de la viuda del envenenador, del incendiario...

—Por los clavos de Cristo, Petronila, contén un poco la lengua.

—Y tú, marido de la loca, que sólo ha perdido el juicio para amontonar cosecha de verdades; tú me vienes un día a sonsacar lo del secreto por cuenta de Pacomio, y hoy, no sé por instigación de quién, me recuerdas lo del tesoro, lo de la boda y lo del reinado, en los momentos mismos en que todos debemos llorar a lágrima viva la muerte, aunque envidiable, de García.

—Mira, mujer, te lo recuerdo, porque tengo barrun-

tos de que se trata de adelantar y aun de precipitar la boda.

—¡La bodal—exclamó Petronila.—Boda y elección se suspenderán; los vascos guardaremos el luto de España, el luto de Andeca y el luto de García.

El diálogo quedó aquí interrumpido. Sintióse a la puerta del caserío desusado rumor de gente y de caballerías, y al propio tiempo la voz de Olalla, que discretamente se había salido a tomar el fresco, durante la acalorada conversación de sus padres.

—¡Mis tíos! ¡Mi prima!—gritó desde el zaguán.

Petronila reparó entonces en el hogar repleto de brasas y orlado de viandas, y miró después a Lope de Echeverría, como interrogándole y reconviniéndole al mismo tiempo.

—¿Qué conspiración es ésta?—le dijo.—¿Quién ha mandado preparar la cena que tenéis a la lumbre? ¿Para quién has dispuesto todos estos manjares?

Ochoa bajó los ojos, murmurando:

—Yo me lavo las manos como Pilatos; tu hermano y Teodosio así lo quieren.

La loca se dirigió a Pedro de Butron, que entraba entonces en la cocina.

—¡Vosotros aquí y a estas horas!—exclamó sin saludarlo.—¿Qué es esto? ¿Qué novedad ocurre?

—Ninguna—le contestó Lartaun,—sino que la boda se hace mañana, por lo cual hay que apresurar la cena, para que Constanza pueda comulgar. Te lo explicaré luego.

—Olalla—dijo Petronila,—dale de cenar a tu prima. Tú, Pedro, no tienes tanta prisa. Ven a decirme ahora mismo lo que has de explicarme luego.

Y deponiendo el ceño y aun la gravedad natural de

su semblante para abrazar a su inocente sobrina y su cuñada, se retiró con Lartaun a un aposento inmediato.

Pedro de Butron la enteró con breves razones de la llegada de Asier a Pamplona, como duque de Cantabria; de su encuentro con Amagoya al volver ésta de los valles vascongados de Aquitania, y, por último, de las pretensiones de hijo y madre adoptiva acerca de Constanza.

—¿Y eso te asusta, hermano mío?—le dijo Petronila con talante ya menos adusto, casi compasivo.

Tenía la sonrisa que indica la seguridad de la victoria.

—Las pretensiones no, porque son risibles—repuso Pedro;—pero me asustan los aspavientos y el ruido y alboroto de mi cuñada, y quiero que cuando vuelvan al caserío de Aitor Amagoya y Asier, y Asier y Amagoya, se encuentren con que los vascos tienen ya rey y reina, con el tesoro en casa por añadidura.

—¿Y Teodosio también tiene miedo? ¿Teodosio también se acuerda del tesoro?

—Teodosio nos espera en el valle de Goñi. Para hacerle sabedor de todo, le mandé un propio, el cual, despachado al punto, nos ha encontrado de retorno en el camino. Aquí creo que se ha detenido un momento para hablar con tu marido, por cuya razón te creía más enterada de lo que al parecer estás. Ahora sólo tú faltas. Se susurra que Amagoya ha descubierto en Aquitania el secreto de Aitor, por confesión de un antiguo cómplice de Basurde.

—¿Y eso también te asusta?

—Todo, hermana mía, todo me alarma, como te alarmaría a ti si se tratase del casamiento de tu hija.

—Tranquilízate, Pedro.

—Me tranquilizan, en efecto, tu calma y serenidad; pero...

—Duerme en paz y sosiego toda la noche. Descansa apaciblemente aquí unos días, al cabo de los cuales se hará la boda en esta casa. De ella saldrá Constanza a la de Goñi, no como novia, sino como esposa de Teodosio. Que vengan, que vengan aquí madres e hijos, Asieres y Amagoyas; que se presenten delante de mí reclamando palabras y manos y tesoros. ¡No vendrán! En torno del Aralar perecen cuantos no se acogen al arca salvadora.

—Ya es imposible, Petronila; todos esperan en Valde-Goñi; la boda se ha de hacer mañana, y si nos descuidamos hoy—añadió mirando a las estrellas,—porque ya debe de ser cerca de media noche. Tengo miedo de que se pase la hora.

—Tienes miedo de todo, Pedro de Butron. Siendo cristianos de corazón tú y tu mujer, por miedo de Amagoya no os habéis bautizado hasta que Dios ha querido que se alejara de Aitormendi; por miedo de Amagoya llevas a tu hija a las breñas de Urbasa, y por miedo vas a casarla el día mismo en que sabemos los vascos la muerte de la cristiandad en España, la muerte del señor de Vizcaya, la muerte del señor de Abárzuza y las Amezcuas.

—No puede ser otra cosa.

—Pues si otra cosa no puede ser, menos posible es que esa te salga bien.

Pedro de Butron, que miraba a Petronila con fraternal afecto, pero al propio tiempo con recelo de que todavía no estuviese completamente restablecida de su demencia, repuso con gravedad:

—Medita un poco tus palabras, hermana mía. No

creo proceder en este asunto con ligereza; me aconsejo y guío de la prudencia. Tratándose, como se trata, de una doncella honesta, en quien por su ilustre linaje y singulares condiciones todos tienen puestos los ojos, no puedo consentir que el estrado de su boda se convierta en campo de batalla. Pelea y riñe cuanto quieras con mi cuñada y su hijo adoptivo, pero en otra ocasión. En la presente, cualquier suceso extraordinario sería escándalo, que redundaría en menoscabo del honor y delicadeza de tan principal señora como es mi hija, nacida para espejo, cima y corona de todas las del solar vascongado.

»En medio del esplendor de su boda, cabe la modestia; en el mismo inevitable ruido que lo fausto y celebrado del acontecimiento exige, debemos procurar el silencio y recogimiento que hasta la santidad del acto reclama. Yo creo, Petronila, que esta conducta es el mejor y más racional tributo que podemos prestar en estos momentos al duelo de los vascos que en defensa de la cristiandad han perecido.

—Bien está, Pedro; hasme convencido de que tu hermana no debe asistir a la boda de tu hija. Conmigo iría el escándalo; conmigo al menos el temor de algún nuevo rapto de locura.

—Petronila—exclamó Lartaun,—creo haberte hablado en razón.

—Y con seso y cordura te contesto. Yo también, mal que me esté el decirlo, tengo mi modestia, la cual consiste en no dejarme ver sino en caso necesario. Pedro de Butron, si te hiciere falta, si a pesar de tus buenos deseos hubiese necesidad de luchar, de aplastar y confundir a esas gentes, mil veces más locas que yo cuando tenía perdida la cabeza, llámame. Donde quiera que

yo esté, y a cualquier hora que sea, volaré a defenderos. Y para que veas que no me mueve contra ti ningún resentimiento, te anuncio desde ahora que mañana voy a Iruña; voy a saber quién es ese Eudon o Asier, duque de los godos; si éstos le conocen por su verdadero nombre, qué títulos y pretensiones trae, y sobre todo, voy a consultar acerca del tesoro con Amaya y el Obispo.

Esta última especie no debió de ser muy del agrado de Lartaun, que venía con bien distintos pensamientos.

—Petronila—dijo con voz en que se dejaba conocer sorpresa y aun resentimiento,—yo creía que casada Constanza, proclamado rey su marido, había llegado la hora de que sacudieses de encima esa molesta carga que pesa sobre ti.

—¿Sobre mí, Pedro? Míralo bien; ¿sobre mí, o sobre Amaya, hija de Paula, tu cuñada?

—Tenía entendido, además, que en último resultado el Bazarre decidiría el pleito, y que a su decisión te habías sometido.

—Hablemos como hermanos—repuso la mujer de Lope de Echeverría,—y sobre todo como personas de buena conciencia. Ni tú ni yo tratamos de engañar a nadie, y mucho menos a nosotros mismos. El secreto está en mi poder; no sé por qué... obré irreflexivamente, no estaba entonces en mi juicio... obré por aturdimiento, por instinto, por disposición divina. Pero quizá también por disposición del cielo, en mis manos se ha salvado lo que en otras se hubiese perdido. ¿Es mío el secreto del tesoro, por ventura? Respóndeme, Pedro de Butron; respóndeme tú, que aún tienes húmedo el cabello con el agua del bautismo y resplandeciente el

rostro con la lumbre de la gracia primitiva; dime, ¿no es mi obligación primera devolver lo que no me pertenece?

—Así será. Pero no teniendo la hija del godo ningún derecho...

—Ella hará lo que deba, porque su conciencia es tan recta como la nuestra. A mí no me cabe duda de que debo restituir a tu sobrina lo que es suyo; a mayor abundamiento, en casos de conciencia, no es el Batzarre quien ha de resolver, sino la Iglesia. Por eso, si necesario fuese, acudiría al Obispo. Después que Amaya posea lo que su madre la dejó, que haga lo que quiera; yo confío en que ha de hacer lo que debe. Yo sólo puedo darla algún consejo. Ella, la hija del godo, es tan amante del país vascongado como tú y como yo, y ahora que el reino de Toledo desaparece, tendrá a dicha contribuir a que se levante la monarquía de los Pirineos. Capaz la considero de presentarse al Consejo de ancianos y de someterse a su decisión, si del Batzarre sale rehabilitada la memoria de Paula, y expulsada de Aitormendi la usurpadora Amagoia.

Por más que esta última condición le pareciese fuerte y casi irrealizable al padre de Constanza, que nunca se atrevió a luchar de frente con la Adivina, tan sensatas, tan fundadas eran las razones de Petronila, que no había modo de oponerse a ellas.

La familia de Aitorechea no pudo ponerse en camino para Val-de-Goñi hasta mucho después de amanecido. Los hijos de Echeverría, incluso Olalla, la acompañaron. Petronila no quiso rehusar este favor a la desposada, que se lo pidió con ahinco. En las breves horas que permanecieron juntas las dos primas se habían cobrado sumo cariño, y Constanza tenía necesi-

dad de una compañera, de una amiga en aquellos momentos.

Lope se quedó en casa para acompañar a su mujer a Pamplona. Lo sintió muy de veras, porque hubiera querido hallarse en todo, y particularmente en el tráfico y bullicio de la boda y del Consejo, persuadido de que si él no estaba allí para disponer y arreglar las cosas, no irían éstas en debida forma, o por lo menos carecerían de los últimos toques, perfiles y pulimento. Pero no tuvo más remedio que obedecer a Petronila.

—Al fin y al cabo—decía para consolarse—no me vendrá mal dar una vuelta por el mercado y ver cómo se presenta el trigo nuevo para la siembra, porque éste de la montaña se va convirtiendo poco a poco en centeno. Llevaremos de paso media docena de cabritos; compraré algunos aperos, echaré el ojo a la mejor yunta; porque ahora, mujer, o fallan todos los cálculos humanos, o vamos a vivir en paz, en cuyo caso no hay más remedio que aplicarse, hacer roturos y tirar siembra de largo.

»Si te parece, Petronila, traeremos una carga de melones, que es fruta que por aquí escasea, y en Iruña no dejará de haberlos, si acude gente de la ribera. Y sabremos, por fin, qué es eso de los godos y lo de García. Porque a mí se me hace duro de tragar que mozo como él, tan leído y tan bien hablado, haya ido a perecer lejos de su tierra. De aceite tampoco debemos de andar muy sobrados, y si hacemos las paces, ya no nos queda el recurso de salir a sorprender convoyes; porque una cosa es robar, y otra dejar sin recursos al enemigo. Si te parece, podremos traer de paso...

—Si te parece—le contestó Petronila,—podemos

tomar casa en Iruña para hacer la mitad de lo que te propones.

Salieron ya muy entrado el día, porque Lope, sin los brazos auxiliares de sus hijos, todo lo tenía que hacer por sí, y todo lo quiso dejar arreglado. En el camino vieron venir a un vasco, que, a pesar del calor, traía paso vivo y el aire cómicamente arrogante de persona que va diciendo «llevo aquí secretos de importancia». Era el mensajero que Munio enviaba al duque de Cantabria, con el anillo de hierro y la noticia de la llegada de García y los alborotos de la ciudad.

—¿Adónde vais—le dijo Echeverría—con este sol y este viento que sale como de la boca de un horno?

—Yo os puedo contestar que vuelvo a mi tierra y llevo de espaldas el bochorno, por lo cual no es extraño que no tema ni rayos de sol, ni bocanadas de fuego; pero vosotros, para quien ni el viento sopla más fresco, ni las nubes dan más sombra, ¿queréis decirme quién os ha dado el mal consejo de emprender el camino de una ciudad más alborotada que gallinero sorprendido por la raposa?

El viandante, que parecía alegre y comunicativo, tenía ganas de conversación; y como supondrá el lector, ni Lope ni su mujer le habían de contrariar el gusto, después del cebo que acababa de poner a su curiosidad.

Había encontrado poco antes a Pacomio, que vagaba por aquellos contornos esperando a Eudon, de cuya vuelta a Pamplona no dudaba, si el anillo que le envió anticipándose veinticuatro horas al vicario, había producido el efecto que esperaba.

—Sentémonos si os parece—le dijo Echeverría.

—Que me place—contestó el mensajero.

Y todos tres se acomodaron a la sombra de unos

chopos, a la margen del arroyuelo que sale del valle de Gulina.

—Vamos a ver, ¿qué novedades ocurren en Iruña?— preguntó Lope.

—¿Qué gente ha pasado hoy por las Dos Hermanas hacia Pamplona?—dijo el interpelado.

Y Petronila, que no apartaba de él los ojos, exclamó:

—Os conozco; os he visto antes de ahora.

Tres eran los personajes de esta escena, y cada cual trataba de llevar la conversación por diverso camino. Como era natural, prevaleció el rumbo de la dama.

—Me llamó Uchin.

—¡Uchin!—replicó Petronila, como dudando de la veracidad del caminante.

—No extraño que me conozcáis, porque alguna noche he cenado en la cocina de vuestra casa; ni tampoco que no recordéis mi nombre, porque la única vez que os vi, estábais... estábais...

—Loca. Como ahora, poco más o menos, Jaun Uchin. No me acordaba de vuestro nombre; pero tengo especie de que sois aquitano.

—Vasco de allende.

—Amigo de Pacomio.

—Como todo el mundo,

—Y de Asier.

—Como compañero de la infancia. Hemos nacido en el mismo valle.

—¿Vais, por ventura, en busca del... ermitaño?

—Precisamente lo dejo atrás, a corta distancia de aquí. Os lo encontraréis en el camino.

—¡A Pacomio! ¿Y qué hace ahí el buen eremita?

—Esperar la vuelta de un vasco, en cuya busca voy y para quien llevo cierto mensaje. Por eso preguntaba

a vuestro marido si habíais visto pasar por las Dos Hermanas a un joven en dirección de Iruña.

—¡Mensajes de Iruña para un mozo que de la tierra baja se encamina a la ciudad de los godos! Esto sí que me parece extraño y estupendo.

—Cualquiera puede extrañarlo menos vosotros, que a la metrópoli de los godos vais también desde el riñón de la montaña.

—Pero a nosotros nadie nos manda mensajes.

—Pues dadlos por enviados y recibidos, si os preciáis de buenos euscaldunas.

Y el mensajero de Munio, partidario sin duda del sistema de su amigo Pacomio, que se proponía explotar a unos y a otros, añadió con aire de confianza y de aviso:

—Todos los montañeses que hoy han acudido incautos al mercado, están presos en Iruña; la ciudad alborotada con las nuevas de la Bética, y yo he podido escapar en busca de Asier... para que venga a liberarlos.

—¿De qué Asier?

—Del hijo de Amagoia.

—Pero ese... ese amigo vuestro de la infancia, ¿no murió hace muchos años?

—Vive, y está de vuelta en Aitormendi.

—¿Y al hijo adoptivo de Amagoia es a quien está esperando Pacomio?

—Cierto.

—¿Para qué?

—Para salvar a los vascos prisioneros, y sobre todo a García, que ha llegado esta mañana de la Bética.

—¡García Jiménez!

—El mismo.

—Mensajero, mirad bien lo que decís... Dejaos de embustes y patrañas, porque acá, desgraciadamente, sabemos todos que García Jiménez ha muerto en la batalla, con Andeca, señor de Vizcaya.

—Andeca, sí; García, no. García está en Pamplona, y porque no salga, ni se escape, los godos han cerrado las puertas de la muralla.

Y levantándose para seguir su camino, añadió:

—Y adiós, ahora. Si tropezáis con Pacomio, no os deis por enterados de nada de cuanto os he dicho. Pero si os alcanza Asier sin que yo lo haya visto, haréis un bien a los pobres vascos de Iruña en informarle de todo, y hacerle andar de prisa.

La buena nueva de la resurrección del héroe vascongado se sobrepuso a las demás noticias, por alarmantes que fuesen.

—Ochoa—exclamó Petronila, apenas el aquitano los dejó solos,—la Providencia nos envía al hombre que nos hacía falta. Cuando ese mancebo que acaba de pelear con los godos en la Bética, dando a su madre y a sus amigos al olvido, se mete de rondón en Iruña; cuando sus habitantes, en vez de recibirlo con palmas, tan encarnizadamente lo persiguen, alguna pretensión trae, algún pensamiento que no cabe dentro del angosto cerebro de los godos. Es menester ayudarle. Contra el nuevo duque de Cantabria viene, y ese duque, en efecto, no debe ser otro que Asier. Asier es hoy nuestro capital enemigo. Vamos a salvar a García.

—Y con García a todos los nuestros, que por él acaso han caído en la trampa.

Acceleraron el paso entrambos consortes, tomando a la izquierda la falda de la cordillera, para evitar el encuentro de Pacomio, y el bueno de Echeverría dió

pruebas de la previsión y diligencia que caracterizan al guerrillero. Aprovechó cuantas ocasiones tuvo de difundir la noticia del peligro en que estaban los vascos en Pamplona, encareciendo la necesidad que tenían de socorros, y así que llegó a las inmediaciones de la plaza, recogió la gente, que por haber llegado después de cerradas las puertas, andaba por allá sin saber qué hacer, y sin pensar en volverse hasta averiguar la suerte de los prisioneros. Armas también solicitaba, y no cabía en sí de gozo y orgullo cuando vió que el ejército sitiador que militaba a sus órdenes ascendía al respetable número de doce o quince hombres.

—Pocos somos—decía a su mujer—para conquistar ciudades a que hasta ahora no han podido hincar el diente las tribus reunidas; pero algo hay que hacer, algo que inventar para acudir a esos pobres cautivos. Cualquier cosa menos estarnos aquí mano sobre mano y con la boca abierta, contemplando lienzos de muralla, troneras y torreones coronados de almenas.

Nada de lo que había dispuesto el merodeador de las Dos Hermanas fué inútil, como en el anterior capítulo hemos visto. El ejército sitiador, fuerte de doce a quince hombres, concurrió efectivamente a la toma de la puerta de Occidente; las armas amontonadas convirtieron en soldados a los que de ellas carecían, y los vascos de los alrededores que iban llegando poco a poco, reforzaron la guarnición de las torres, en términos de que García pensó en ensanchar sus dominios hasta ponerse en comunicación con el palacio de Ranimiro.

Petronila quiso acompañar en su expedición al caudillo, por más que éste se resistiese a llevar consigo una mujer, a quien no podía defender la escasa fuerza que sacaba del punto conquistado.

—Déjame, García; ya te ha dicho mi marido que para casos tales soy un hombre. Puede que no te pese de haberme llevado; y de todos modos, si Amaya está en su palacio, necesito verla.

Cuando el caudillo vasco se aproximó al edificio, supo que los amotinados se hallaban dentro, y no titubeó en lanzarse a la defensa de su amada, a quien creía en gran peligro; y al tomar con este objeto la calle de la fachada principal, vió venir al príncipe decalvado.

—Dejadme solo—le dijo éste;—no os presentéis a los insurrectos con tan poca gente. Pretexto dará vuestra presencia a nuevos horrores, que no podréis contener. Volveos atrás.

—Eso no, sin ver a... sin saber la suerte de Amaya—respondió García.

—O por lo menos, aguardad donde no os vean los rebeldes con esa docena de hombres mal armados. Si podéis entrar yo os avisaré.

He aquí explicada la aparición de García a pocos pasos de Amaya, cuando ésta se arrojó a los brazos de su padre.

El joven, dejando a sus vascos en la esquina del Norte, para que no fuesen vistos, no quiso separarse mucho de Ranimiro, ni esperar su aviso; y cuando vió a su Amaya tranquila y serena en medio de los sublevados; cuando la contempló feliz bajo el amparo de su padre, sintió dulcísimo consuelo, y bendijo a Dios, que tan singular e incesantemente le protegía en aquel día tremendo.

Pero estaba dispuesto que sus dichas y consuelos fuesen breves.

Los amotinados le vieron. De los labios de Amaya

se había escapado, involuntaria, irresistiblemente, el nombre de García. «¡García!—exclamaron también algunos siervos y bucelarios, antiguos prisioneros de Gastelúzar.— ¡García! ¡Que viene García! ¡Muera García!» gritó la turba de facinerosos, mal arrepentidos y peor enseñados todavía a la virtud, temerosos de haber caído en un lazo de los vascos, que venían a pedirles cuenta del compañero que habían asesinado, atormentados por la conciencia que les argüía de todos los crímenes y excesos que acababan de perpetrar, y tratando de esquivar con otros nuevos la justicia del castigo.

Sólo Ranimiro pudo contenerlos y refrenarlos. Mas no lo consiguió del todo, hasta que salió a la calle para hacer retirar a su amigo. Estaba enterado, por los portarios vencidos y puestos en libertad, de la increíble hazaña de García.

—Volveos a la puerta—le dijo a éste;—volved con tanto mayor motivo, cuanto que, de un momento a otro, se presentará aquí Munio con las tropas de su tiufadía que guardan el Dominio, y tendréis necesidad de huir a la montaña, o de sostener un sitio en regla dentro de las torres que habéis tomado.

—Pero Amaya...

—Amaya no corre a mi lado ningún riesgo, y el peligro de vuestros vascos es inminente. No perdáis un instante, si queréis salvar la vida de esos infelices.

El enamorado caudillo de los prisioneros montañeses acabó de conocer entonces la imprudencia que había cometido. Quiso engañarse a sí propio, desmentir a su conciencia, que le argüía de temerario, cuando desamparó los torreones por defender el palacio de Ranimiro.

—Necesito extenderme, avanzar hacia la población—se decía a sí mismo.

Pero la inexorable voz interior le contestaba:

—¡No! ¡Sólo quieres ver a la mujer querida!

Y ahora se lo repetía acusadora:

—Por Amaya, por contemplar una vez más a la princesa goda, por confirmarte en su amor y darla nuevos testimonios del tuyo, vas a perecer y sacrificar inútilmente la vida de tu amiga y protectora Petronila, y la de tus valerosos y leales amigos de la sierra. ¡Tu loca pasión será el escollo de la empresa que se te ha encomendado, y en que tanto te ha favorecido la divina Providencia!

Tornó García a reunirse con la esposa de Lope y la poca gente que había sacado del portal, pero ya era tarde.

La tropa del vicario, tendida por la ronda, entre la puerta y la casa de Ranimiro, le había cortado la retirada.

Estaban los vascos en escaso número y muy mal provistos de armas arrojadizas, y los godos pasaban de ciento, y los esperaban a la salida del burgo, con los arcos preparados y las flechas tendidas en puntería. Antes de que la gente de García pudiese hacer uso de la espada y la guacía, tenía que caer acribillada a saetazos.

El caudillo comprendió al punto la inutilidad de un esfuerzo propiamente desesperado, del sacrificio de su vida y la de todos cuantos le acompañaban.

—¡A casa de Ranimiro!—dijo a los suyos, los cuales se lanzaron irreflexiva, inmediatamente al pórtico del edificio, y cerraron las puertas.

Era ya tiempo, porque Munio había hecho la señal de avanzar disparando, y momentos después una nube de flechas vino a dar en la pared de la fachada del Norte,

al pie de la cual habían permanecido los vascos con Petronila.

—¡A ellos!—gritó el vicario.—Ya son nuestros. Ninguno ha de salir con vida.

El palacio, con Amaya y Ranimiro, García y la loca, los vascos y los siervos, revueltos con la gente más desalmada del motín, sedienta de la sangre de García, quedó en breve cercado por la tiufadía de Munio.

—No te escaparás ahora—decía éste;—yo te juro que no has de salir otra vez por la ventana.

CAPITULO VIII

En que el príncipe decalvado echa de menos su cabellera y su francisca.

La situación de los vascos en el palacio de Ranimiro era desesperada. Fuera tenían que luchar contra las turbas y las tiufadías de la guarnición, y dentro con la cuadrilla que más se había señalado por sus desmanes. Ella, y no Ranimiro ni Amaya, por su número y por el terror que infundía su desmoralización, mandaba o podía mandar en la casa. No era ya menester que Munio expusiese la vida de uno solo de los bucelarios para que pereciese García.

Al verlo llegar precipitadamente, el primer movimiento de los bandidos de Habacuc fué de sorpresa y miedo. Creían que entraba al frente de muchedumbre de vascos a castigar el crimen cometido. García, que nunca perdía la serenidad, aprovechándose de aquel instante de inacción, les dijo:

—Quiero entenderme con vosotros. Según decreto

del nuevo rey Teodomiro, soy vuestro duque; pero si desconocéis mi autoridad, pactaremos; no nos hemos de poner aquí a reñir unos con otros, cercados como estamos por el rebelde Munio, que nos amenaza a todos. ¿Quién manda aquí? ¿Dónde está el jefe de esta fuerza?

Los sublevados, que se vieron tan inesperadamente enaltecidos y considerados como tropa regular, depusieron el ceño, pero continuaban mudos. Realmente no sabían qué responder; les faltaba el cabecilla, que había desaparecido con sus convecinos de la aljama. Pero quien manos y lengua les embargaban era Amaya y Ranimiro, que aparecían bajo la bóveda del vestíbulo, subyugándolos con el prestigio de la virtud y la autoridad de príncipes y dueños de la casa.

Amaya, sobre todo, que se había adelantado para interponerse entre el acero de los amotinados y el pecho de García y Petronila, los tenía como fascinados. En su presencia sentíanse incapaces de perpetrar un crimen, de cometer una villanía y hasta de alzar los ojos. Y este efecto lo producía Amaya sencillamente, sin esfuerzos ni ademanes melodramáticos; por el respeto y simpatías que inspiraba, por la hermosura de su rostro y la bondad angelical que en su mirada resplandecía.

Era la Beatriz que por un instante suspendía los tormentos de aquel infierno, y transformaba el rostro de los condenados, envolviéndolos en la lumbre celestial de su aureola. La dama se apresuró a contestar a García:

—Podéis entenderos con cualquiera. Aquí no han quedado ya más que cristianos.

Ranimiro añadió:

—Pasad adelante, García. Yo y mis siervos hemos recibido vuestra hospitalidad y generosa protección en la montaña; los godos os lo pagamos hoy. A vos y a Petronila os debemos la vida, y antes de que nadie os toque en mi palacio, pereceremos todos.

—¡Todos!—contestaron los siervos del decaído.

Y la gente del motín, arrastrada por la corriente, vióse obligada a repetir como un eco:

—¡Todos!

Ranimiro añadió con marcada intención de confirmar este primer efecto de sus palabras:

—He visto la orden del rey que nos manda obedecer. Nuestra salvación está en vuestras manos. Sapien-tísimamente ha dispuesto el sucesor de mi sobrino Rodrigo que godos y vascos nos unamos de hoy en más para resistir juntos a los enemigos de Cristo; y yo, como deudo del monarca que tan gloriosamente ha perecido, me apresuro a rendiros homenaje y solicito vuestros brazos.

A toda muchedumbre convence, persuade y mueve siempre más un hecho que cien razones. Ante el ejemplo del venerado prócer, los rebeldes se consideraban ligados y comprometidos en fraternidad con los vascos.

Petronila entretanto se había retirado con Amaya, y ni una ni otra perdían el tiempo. Lo primero que hizo la esposa de Lope en cuanto se vió a solas con la hija de Ranimiro, fué tocar el resorte del brazalete, quitárselo de la muñeca, abrir el medallón con la destreza que ella sola poseía, y depositar en él un pequeño óvalo de vitela, cerrándolo, y volviendo a colocar la joya en el brazo de Amaya. Mientras hacía estas operaciones, y las ejecutó con suma celeridad, decía:

—Aquí tienes otra vez el secreto de Aitor: aquí está

la alhaja, tal cual me la entregó tu madre, tal cual ésta te la legó. Si por algún tiempo la he despojado del secreto que encerraba, ha sido por conservarlo para ti, según el espíritu de Paula. Ahora ya puedo morir tranquila.

—No moriréis, amiga, salvadora, segunda madre mía; no moriréis. Dentro de casa reina ya la paz, y fuera...

Amaya miró a la calle, entreabriendo una de las ventanas, y tuvo que retirarse trémula y despavorida.

—¡Fuera parece otra cosal—dijo Petronila, sonriéndose amargamente y asomándose también, pero sin ninguna precaución.

El espectáculo era para desalentar el pecho más entero y varonil. El palacio, no sólo estaba cercado por la hueste, sino que, a espaldas de los soldados, aparecía una segunda línea, todavía más apretada y temible, de gente del pueblo, que rugía impaciente por gozarse en el espectáculo de la matanza y carnicería de los vascos por los jinetes del vicario.

Este había circunvalado el edificio y aglomerado en torno todos los recursos de que podía disponer en aquellas circunstancias. En el alcázar y el Dominio, apenas quedaba gente. Lope de Echeverría y los de la puerta estaban completamente olvidados. El principal empeño de Munio era acabar con el señor de las Amezcuas, rival de Eudon en el mando de Vasconia, y rival suyo en pretensiones amorosas. Ya lo tenía cercado, cogido; era imposible, materialmente imposible que se le fuera de entre las manos.

Por respetos a Amaya, por consideración a Ranimiro, no se atrevía a dar orden del asalto, que ciertamente podía ser un tanto costoso si los de adentro se obs-

tinaban en defenderse, más no difícil, dada la poca altura de las ventanas y aun del tejado, adonde por varios puntos podía subirse impunemente con escaleras de mano, sin que los asaltantes fuesen hostilizados, ni siquiera vistos. Pero Munio, seguro de la victoria, quería evitar los desórdenes consiguientes a la violencia de semejante empresa, en la que no podía evitar que la plebe amotinada tomara parte.

En el zaguán de una casa inmediata reunió a los tiufados, quingentarios y demás jefes para hacer un simulacro de consejo, y deliberar acerca del partido que debía seguirse. Todos unánimes rechazaron la proposición de tomar por asalto la casa de un príncipe, antiguo camarada suyo, y por añadidura convaleciente y decalvado; pero convinieron en la necesidad de no dejar que llegara la noche sin que aquel estado de cosas hubiese terminado.

Requisito previo, indispensable, era llamar a la puerta en son de paz, y tratar con Ranimiro, ofreciéndole dejarlo salir en libertad, con su hija y toda su servidumbre, llevando consigo las joyas y objetos de mayor estimación para ellos. Urgía aún más esta resolución, porque el obispo había mandado al anciano Unicomalo, con una diputación de sacerdotes del Conclave canonical, a pedir merced y piedad para los sitiados.

A pesar de la repugnancia de Marciano a tomar parte en negocios temporales, y sobre todo en aquellos que podían comprometer el prestigio de su autoridad, necesario para el bien espiritual de sus diocesanos, las cosas habían llegado a tan escandaloso extremo, que ni el decoro de su persona por un lado, ni la caridad por otro, le permitían dejar de hacer los mayores es-

fuerzos para que cesaran los desórdenes de la población.

Mandó Munio tocar a parlamento, y temiendo confusamente que de nuevo se le escapara la presa, salió a la calle, y encareciendo la necesidad de que terminara al punto aquel incidente, por la proximidad de la noche y el peligro que la ciudad corría si los vascos continuaban dueños del palacio y de la entrada del Poniente, tomó dos centenarios de su tiufadía, y se dirigió al pórtico para tratar con el príncipe, a quien tan pérfidamente había decalvado.

Llamó con fuertes golpes, y no contento con el toque de la corneta, enarboló bandera blanca. Nadie contestó. En los primeros instantes de silencio, temió que la tierra se hubiese tragado a la víctima que con odio tan implacable buscaba; figurósele que todos, patronos y siervos, godos y vascos, habían desaparecido por algún subterráneo; pero en la casa de Ranimiro no había ninguno, según noticias que tomó cuando la puso cerco.

Todos los sitiados estaban dentro, nadie se había fugado; y si no salían era porque ninguno de ellos sabía qué hacer, ni cómo tomar aquella inesperada señal de paz, que creían inverosímil en medio de apuros y angustias, para los cuales no hallaban remedio ni salvación en lo humano. García y el tiufado penitente habían recorrido el edificio, haciéndose cargo personalmente de su defensa, y observando la situación de las fuerzas enemigas.

Por la necesidad de atender al amparo y vida de sus huéspedes, de su hija y a sí propio, Ranimiro se había olvidado del sayal que vestía, de la cabellera que le faltaba, y hasta de la enfermedad de que milagrosa-

mente acababa de salir, de la debilidad que todavía le aquejaba.

El peligro, el espectáculo del asedio y de las armas le daban animación a desusados bríos; le transportaban a sus antiguos tiempos, y le rejuvenecían. Resuelto a ponerse al frente de los sitiados, llamó a su hija.

Cerca se hallaba ésta, muy cerca. En aquel trance no se atrevía a respirar lejos de su padre, y seguía sus pasos, como el perro que tiene el instinto de que va a perder a su amo.

—Amaya—le dijo el penitente,—disponete a salir con Petronila y cuantas mujeres haya en casa. Entretanto, yo voy a conferenciar con Munio.

—¡Con Munio!—exclamó la dama toda inmutada.—¿Para qué? ¿Qué vais a pedir a ese... a ese hombre?

—Lo que no niega jamás un noble, ningún militar honrado: que os permita salir a todas libremente. Munio, además de gadingo y jefe que ha sido de la guardia de los espatharios, nos ha tratado hasta ahora como amigos; fué mi vicario cuando yo tuve el mando de Vasconia; en mi enfermedad ha demostrado verdadero afecto a la familia, a él le debo el Viático, que tal vez me devolvió la vida y la salud, perdidas ya sin remedio, según todos crefais.

—Padre—repuso Amaya,—no quisiera que le pidieis merced ninguna.

—También a mí me cuesta trabajo dirigirle la palabra en esta ocasión. Me está tratando, no como a superior que he sido en gobierno y jerarquía, sino como si yo fuese un rebelde, un malhechor, un foragido. Pero no voy a pedirle gracia, sino justicia; voy a mirar más por su honor, que por mi gusto y conveniencia. Nada le diré de mí, nada de los que aquí se albergan; sufri-

remos todos la suerte que la Providencia nos depare; pero no es justo ni razonable que os exponga a vosotros a los horrores de las armas y del tumulto.

—Padre mío, mi suerte será la vuestra; aquí, como en Gastelúzar, yo no me separo de vos.

—Eso no es sensato ni prudente. Amaya, tenemos que ceder a la ley de la necesidad, tenemos que sucumbir.

—Escuchad, padre mío—dijo Amaya, llevando al penitente aún más lejos de García que lo que estaba.

El joven vasco, ya que no con el oído, les siguió con la mirada.

—Señor—dijo Amaya bajando la voz, pero sin hacerla perder ninguna de las inflexiones de la verdad y del más profundo convencimiento;—señor, estoy vivamente persuadida de que Munio me ama y tiene pretensiones sobre mí. Procede en los desórdenes de hoy por celos de García. Esto os explica lo que de otra manera resulta enigmático, sin sentido y fuera de toda razón. Ved ahora si quien tantos escándalos y crímenes promueve, sólo en odio de un hombre inocente y bueno, será capaz de hacer lo que, según decís, no niega ningún noble, ningún militar honrado. Ved si al pedirle, no merced, sino justicia, alentáis o no sus insanos y ruines pensamientos.

—Basta, hija mía.

—Pues si os parece bastante, no añadiré más; pero aún pudiera...

—Dilo todo.

—Padre, a la luz de los necios pensamientos del vicario de Eudon, he visto con nueva claridad la conducta que observó durante vuestra enfermedad, y abrigo sospechas de que os ha decalvado para que nunca pudiérais hacer sombra al duque de Cantabria.

—Pero la decalvación era indispensable, según costumbre de los visigodos, en el estado a que llegó mi dolencia.

—Sí, padre mío—contestó Amaya con acento sordo, casi imperceptible;—pero esa dolencia estaba en manos de dos físicos judíos.

—Los mejores que tenemos.

—Amigos y confidentes de Munio.

—Basta.

Y alzando Ranimiro la voz de manera que García pudiese oírle, exclamó:

—Nos resignaremos a la voluntad de Dios. Nada les pediremos a los sitiadores. Os encerraremos en el último aposento de la casa, y allí, delante de la puerta, pereceremos todos en vuestra defensa. Aún no he ratificado los votos, aún puedo esgrimir el acero. Veremos si hay un godo que se atreva a cruzar su espada con la de un padre enfermo y tonsurado, que olvida la calentura que le devora y el sayal que le cubre, para defender el honor de su hija.

García, que atento y silencioso había presenciado tan conmovedora escena, dijo a la sazón:

—Ranimiro, yo tengo que sacrificarme por todos, y voy a entregarme a Munio:

—¡Jamás!—replicó Amaya con entereza.

—¡Jamás!—repitió su padre.

—Para convenceros, amigo mío—dijo tranquilamente el joven vasco,—me obligáis a repetiros vuestras palabras: resignémonos a la suerte que la divina Providencia nos depara. Si se salva Amaya, si se salvan las mujeres, y vos, amigo queridísimo y tan venerado como veneré a mi padre; si se salvan estos pobres vascos, a quienes por imprudencia, por aturdimiento

juvenil he comprometido, el sacrificio de mi libertad, de mi amor propio, de mi vida misma, me parece pequeño.

Ranimiro se enterneció al oírle. Desde la enfermedad que acababa de padecer era físicamente débil, y no podía ostentar aquella entereza y dominio sobre la materia, que antes le dió hasta fama injusta de bárbaro y cruel.

Amaya estaba no menos conmovida; la alusión de García a la memoria de su padre al hablar del padre de la princesa fué, por ventura, la expresión que más vivamente le llegó al corazón de todas cuantas muestras de cariño le había dado el joven señor de las Amezcuas. Pero ni uno ni otro, ni padre ni hija, estaban en el caso de contestar. Dado que supiesen qué decir, y que pudieran articular una sola palabra, ésta les habría vendido y hecho traición al sentimiento que trataban de ocultar, por respeto a la situación en que se hallaban, o por su mutuo respeto.

En aquel instante volvió a sonar la trompeta de parlamento. Ranimiro y García entendieron perfectamente la impaciencia de Munio y la significación de aquel toque.

—¿Oís?—dijo el decalvado.— Tienen prisa por intimarnos la rendición.

—¡Saldré yo!—repuso García.

—Yo, yo solo; a mí me corresponde. Estos hábitos, esta tonsura, me recuerdan la obligación de dominar mi soberbia. ¡Oh! ¡Quiero humillarme hasta el punto de escuchar las proposiciones de Munio! ¡Pero en seguida quiero vestir mi estringe de escarlata y empuñar la francisca!...

—Ranimiro—le contestó el joven,—ni habéis hecho

votos, ni debéis hacerlos. Es el encargo que Pelayo y Teodomiro me han dado para vos.

—Sí, sí—exclamó Ranimiro, dejándose arrebatarse por aquellas razones;—¡la espada otra vez! ¡Y ahora, yo veré a Munio, yo le diré que todos estamos dispuestos a morir!

Y Petronila, que había escuchado estas palabras desde la galería del vestíbulo, les contestó:

—¡Dejadme a mí! ¡No ha de perecer nadie! ¡Yo os salvaré a todos!

CAPÍTULO IX

De cómo García, más que navarro, va pareciendo aragonés.

Petronila se había entretenido, previsora, con los insurrectos de la temible banda de Habacuc, para completar en cierto sentido la obra de su conversión, iniciada por Amaya.

Los siervos de Ranimiro que sufrieron la suerte de sus patronos en Val-de-Goñi, conocieron al punto a la loca de las Dos Hermanas, que por tan maravillosa manera salvó la vida de la princesa goda. Contaron a los amotinados aquella aventura y las de Gastelúzar, el terror de Amagoya, el mágico influjo que la demente ejercía sobre los vascos, el singular y siempre creciente cariño que profesaba a la hija de Ranimiro, y no fué menester más para que la plebe, muy dada a todo lo extraño, fantástico y estupendo, la mirase como superior y maravillosa criatura.

Hasta la idea que tenían de su mal seguro juicio,

acrecentaba el respeto que les infundía, siendo la locura perfil de misterioso y descomunal poder. Su talla gigantea, sus vigorosas facciones, enfático lenguaje y enérgicos ademanes, y sobre todo la tranquilidad que mostraba en medio de los apuros y conflictos de situación tan desesperada, completaban el prestigio y fascinación irresistible que ejercía.

Con aquella mujer singular a nadie temían, de ningún peligro se acordaban. Ella les inspiraba confianza verdaderamente ciega y absoluta. La veían alegre y animosa, serena, hasta el punto de parecer indiferente, y sentían cierta curiosidad de ver cómo la loca les sacaba de aquel atolladero, y se creían llamados a presenciar algún nuevo milagro.

Cuando sonaron los ecos de la trompa, y poco después tremendos aldabazos a la puerta; cuando sintieron la voz del vicario, y por el ojo de la cerradura le vieron en la escalinata, volviéronse hacia Petronila y le dijeron:

—Ahí los tenéis; ahí está Munio en persona.

—Retiraos todos —respondió la loca, sabiendo lo que se la exigía;—yo sola quiero entenderme con él. Voy a decir a los señores que me dejen a mí con el gobernador.

En efecto: después de las breves palabras que dirigió a sus amigos, tornó al vestíbulo, ya completamente desierto, recorrió los cerrojos y se presentó al vicario y los dos oficiales de la tiufadía, sin pasar del umbral. Munio se quedó sorprendido, porque esperaba otro recibimiento; pero creyéndola sierva de la casa, le dijo:

—¿No hay manos varoniles en el palacio que se atrevan a volver la llave de la puerta? Decid a vuestros

patronos que el vicario de Eudon, duque de Cantabria, quiere hablar con ellos.

—Ranimiro, decalvado por vos—contestó tranquila,—no puede tratar en cosas temporales; García no se dignará, según sospecho, de cruzar con la vuestra su palabra. Pero aquí estoy yo; conmigo, y sólo conmigo, tenéis que conferenciar.

Munio tuvo impulsos de volver la espalda desdeñoso; pero fijándose en la errante mirada de aquella mujer, en su extraño aspecto y continente, le dijo:

—¿Estáis loca, por ventura?

—Así me llaman: ¡la loca! La loca de Eheverría.

—¿No hay ningún hombre en esta casa? ¿Se los ha tragado a todos la tierra?

—Lleno está el palacio de ellos; pero os repito que sólo conmigo tenéis que tratar, y a solas, y en secreto, si os parece.

—¿Os burláis de mí? ¿Se quieren reir de mí los rebeldes? ¿Me tienen miedo?

—En secreto digo, por consideración a vos—repuso Petronila,—pues a mí no me importa que me escuchen los señores que os acompañan, y todos los vuestros y el mundo entero. Pero os pudiera importar a vos; pudiera pesarle, y mucho, al llamado Eudon, duque de Cantabria, y por ahora no hay necesidad de darle ese disgusto.

—Pero ¿habláis de veras?—respondió Munio, que empezaba a dudar y a tomar por lo serio la escena que le había parecido grotesca.

—Como gustéis—le dijo la loca encogiéndose de hombros.—Yo concluyo en pocas palabras. Si queréis que las diga en alta voz y de manera que todos los vuestros se enteren de ellas, mejor; despacharemos antes.

—Entremos—repuso el vicario.

Y volviéndose a los jefes, que se habían quedado al pie de la escalinata de mármol, añadió:

—Tened la bondad de esperarme aquí. Saldré presto.

—Muy presto—repitió Petronila.

—No pasaremos del vestíbulo.

—No hay necesidad. Aquí estaremos solos.

Y con la calma y serenidad de aquella mujer, crecía el temor y turbación de Munio.

—¿Qué tenéis que pedirme?

—¿Pediros? Nada. Tengo que mandaros que nos dejéis salir completamente libres a los vascos encerrados en esta casa.

—Así venía a proponerlo; saldrán, pero desarmados y después de haberme entregado a García.

—Saldremos con las armas que hemos traído, y García al frente de todos nosotros. Los siervos y bucelarios de Ranimiro y la gente del pueblo, que ya es nuestra, nos darán escolta hasta la puerta del río, donde nos aguardan los demás.

—¿Y para hacerme oír tales sandeces gastáis ese enfático aparato, y os atrevéis a tomar en boca el nombre de Eudon?

—Efectivamente: he hecho mal en no dar su verdadero nombre al mal llamado duque de Cantabria.

El vicario se echó a reír, recobrando su tranquilidad.

—Llegáis tarde, buena mujer; llegáis tarde. Eudon me enteró de todo antes de marcharse. ¿Queréis amedrentarme con el secreto de que Eudon no es godo, sino vasco; de que su nombre es...?

—Aser.

—Asier; ya lo sabía. Vuestro secreto, por consiguien-

te, no vale dos silicuas. Si las queréis, sin embargo, porque no salgan fallidas vuestras cuentas del día, tomadlas.

Y se echó mano al pecho, como buscando alguna moneda.

—¡Quieto, miserable, quieto!—exclamó Petronila, deteniéndole el brazo.—No insultéis a quien con una sola palabra puede confundiros y aplastaros.

—¡Cielos!

—Eudon os ha mentado; Eudon no es Asier, se llama Aser; no es vascongado, sino judío.

—¡Silencio!

—¿Queréis que lo diga más claro? ¿Hay necesidad de que lo repita en alta voz? ¡Es judío! ¡judío! Saldré a la puerta del palacio, y gritaré a la hueste y al pueblo aquí reunido: ¡vuestro duque es un judío!

—Basta, Petronila, basta. Os creo. No alcéis la voz. Esa firmeza no engaña a nadie.

—¿Queréis saber más? Es hijo de Pacomio, el falso ermitaño.

—¡Eso también!

—¿Y sabéis quién es el eremita Pacomio?

—¡Oh! Lo voy sospechando de poco tiempo acá.

—¡Es el rabino Abraham Aben Ezra! ¡El renegado a quien tenéis que ahorcar, si no queréis ser ahorcado!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! Hasta ahí no llevo... hasta ahí no puede seguirlo un caballero, un noble godo...

—Ni un noble, ni el siervo más ruin y miserable, con tal que sea cristiano. Porque ese malvado, ese apóstata, es jefe de la secta secreta que toma por pretexto la astrología, y por único fin la perdición de España y la entrega de toda la Península, incluso la Vas-

conia gótica—y si posible fuera, la genuina, la independiente y libre,— al cautiverio de los feroces hijos de Mahoma. Algo de eso debéis de saber vos, que fuisteis amigo de los hijos de Witiza.

Munio no era un hombre de bien, ni mucho menos; pero no estaba completamente depravado; se resentía de todos los vicios y faltas de su época, mas no se encenagó nunca en la corrupción y alevosía a que tantos personajes de aquel tiempo descendieron contra la religión y la patria. Ambicioso, turbulento, y más propenso a lograr sus fines por la intriga que por el arrojó, en un siglo en que los particulares, sintiéndose débiles, buscaban la fuerza en los partidos, las conjuras y sociedades secretas, procuraba medrar al arrimo de hombres superiores; por eso fué primero amigo de la familia de Witiza, y luego cortesano del maravilloso Eudon, de quien se propuso ser instrumento imprescindible.

Pero en sus mismos excesos no se atrevía a pasar de ciertos límites. Cuando vislumbró los medios de que echaban mano Opas, Sisebuto y Ebbas, retiró la suya y retrocedió asustado. Su adhesión al conde de los Notarios, ya duque de Cantabria, era servil, calculada, no cordial y absoluta.

En medio de sus extravíos conservaba la altivez de casta y aquel fondo de fe cristiana, cuya ínfima expresión era el horror y desprecio a los hebreos. Los excesos a que se abandonó aquel día, sus tratos mismos con la gente de la aljama, movidos fueron por los celos, por el despecho de la pasión que la hija de Ranimiro le inspiraba. Si con secreta complacencia aplicó la tijera a los cabellos del moribundo, fué también porque en el desamparo y orfandad de la princesa vió

la necesidad que ésta tenía de buscar, cual hiedra sin arrimo, la sombra y apoyo del tronco más próximo.

Las solemnes, terribles e inesperadas revelaciones de Petronila, expresadas con varonil acento, con modales sin réplica, por una mujer física y moralmente descomunal, desgarraron, por decirlo así, el odre que encerraba todos sus remordimientos. Salieron éstos desencadenados, y vió de repente el mal que había hecho, y se asustó del abismo adonde iba a caer; y sin poder contener la voz de su conciencia ni dominar la angustia que sentía, exclamó:

—¡Ay! ¡Y que por servir a un hombre como ese haya inutilizado para la patria...!

—¡A un hombre como éste! —dijo Petronila, concluyendo severa y enérgicamente la frase que Munio no osaba terminar. Y señaló con membrudo brazo y vigoroso ademán al príncipe decalvado, que apareció a la entrada del patio con semblante enfermizo, bronca barba, cabello en cerquillo y túnica de lana churra y mal aderezada. En poco estuvo que el vicario no se arrojara a los pies del penitente público, como empujado por invisible y poderosa diestra; pero su mismo terror le contuvo.

Petronila, por otra parte, lo tenía fascinado. Aquella mujer que salía del fondo de la Vasconia y de las nieblas de la locura para poner en claro tanto misterio y arrancarle sus más ocultos pensamientos, era para él un sér sobrenatural que paralizaba sus movimientos y le subyugaba.

—¿Acabáis?—les dijo Ranimiro.—La gente está inquieta, y se viene encima un espantoso nublado.

—Sí, ya hemos concluído—le contestó la mujer de Ochoa.—Podéis decir a García que se prepare a salir con todos los nuestros.

—¡Esperad!—se atrevió a decir el vicario con tan sorda voz, que sólo de Petronila pudo ser oída.

—¿A qué?

—Tengo que exigiros el más profundo silencio acerca de estas cosas.

—Sin necesidad de vuestras súplicas lo he guardado hasta ahora. Hoy lo he roto por vez primera; nadie sino vos ha oído de mis labios el secreto de Eudon. ¡Oh! ¡Si los godos llegan a sospechar que sois vicario de un embaucador, de un judío, y que por servirlo y quitarle estorbos habéis decalvado al insigne Ranimiro, privándolos del tiufado que más confianza les inspiraba, del que pudiera ser hoy salvador de la cristianidad atribulada...

—¡Silencio, por Dios!

—Id presto.

—No sé cómo hacer para salvaros de las turbas.

—Nosotros hemos de salir de aquí, pese a vos y vuestros siervos.

—Venid todos al alcázar. Dejaos conducir como prisioneros, en apariencia.

—Ni García ni yo queremos abandonar la puerta que hemos conquistado.

—¿Cómo conseguir que los amotinados os abran paso?

—Eso no es cuenta nuestra; pero si vuestra intención es buena, y sincero vuestro arrepentimiento, no os apuréis, el cielo os ayudará.

Efectivamente, el cielo se ponía de parte de los vascos. El viento de aquel día había traído en sus alas de fuego la tempestad. Las veletas de la torres se ladearon un poco hacia el Sur, y las crestas de Sárbil y del Perdón se cubrieron inmediatamente de negros nubarro-

nes, que descendieron al valle del Arga y cubrieron con rapidez toda la cuenca.

Parecía que la noche había tendido súbitamente su manto más lóbrego. Por espacio de dos o tres segundos sintióse en el cielo un ruido aterrador, como el del paso de un ejército que avanza en silencio de atambores y trompetas. Cayó luego un granizo seco de piedras enormes y espesas que a grande altura rebotaban del suelo, de los tejados, de las paredes mismas, frente al Mediodía.

El pueblo, los soldados, se tuvieron que retirar en desorden, buscando el abrigo de las casas o la cubierta de los aleros. En breve calles y plazas quedaron como nevadas, con espesa capa de guijos de alabastro.

A la piedra siguió el agua, que caía a torrentes, revuelta con truenos y relámpagos; y sobre el fondo de tenebrosas nubes veíanse cruzar, rodar, volar, otras más negras, que a cada momento se iluminaban con rojiza lumbré, descargando sobre la ciudad andanada de centellas. Y tras unas, otras. Era como especie de simulacro de infernal armada, que pasaba sin cesar de sierra a sierra, de Sur a Norte, rompiendo en truenos y rayos por una y otra banda.

Las calles convertidas en ríos; la ronda, en lago hirviente de cenagoso oleaje, arrastraban granizo, maderos, muebles y despojos de tenduchos o casas viejas que se desplomaban; no era posible que humana criatura pudiese resistir la tempestad, ni había corazón que no se acobardara con tan distintos y siniestros ruidos, estruendos y estallidos. A nadie venía mejor que a Munio aquel fracaso, y sin embargo, quedó sobrecogido.

Petronila, inflexible, inexorable con quien desafia-

ba a la justicia, no era vengativa, ni menos implacable en su aborrecimiento. Viendo vencido a Munio, tuvo lástima de él, y quiso que cubriese al menos las apariencias del decoro y dignidad del cargo que ejercía.

—Entrad—le dijo—y veréis a Ranimiro. No se diga que habéis tomado las graves resoluciones que todo el pueblo ha de presenciar sin haber tratado más que con una mujer. Seguidme.

El penitente, como hemos visto, andaba cerca; y advertido por Petronila, quiso retirarse con el vicario al aposento inmediato.

Munio, resplandeciente, armado, gobernador de la ciudad y jefe de una tiufadía, no se atrevía a quedarse solo con el hombre vestido de sayal, imbele y débil hasta el punto de no poder sostenerse en pie sino por la excitación que sentía. Pero ésta era extraordinaria, y para Munio, aterradora. Y con el espanto del vicario crecía la intensidad de la mirada del penitente, que en el turbado rostro de su verdugo leía las pruebas de sus crímenes.

—Pasad—le dijo con grave acento Ranimiro;—no tengáis miedo al rayo...

—No, no es la tempestad...

—¡Ni a mí! Por ahora sólo quiero sacaros de este conflicto sin que se vierta una gota de sangre, ni el orgullo de los godos quede más humillado.

Entró por fin el vicario, y acordaron lo conveniente, es decir, ordenó Ranimiro lo que más prudente le pareció. Así que se calmó un tanto la borrasca, salió Munio del palacio, reunió a todos los jefes y oficiales de la hueste, y les dijo, según lo acordado y convenido con el prócer decalvado, que los godos, después de la muerte de Rodrigo, habían elegido y proclamado rey a

Teodomiro, duque de la Bética, el cual, para hacer frente a los invasores árabes y africanos y recompensar, hasta cierto punto, los servicios tan desinteresadamente prestados por García, señor de Abárzuza y las Amezcuas, y Andeca, señor de Vizcaya, había celebrado paces con los vascos; que éstos formarían en adelante un solo pueblo con los visigodos, por cuya razón la guarnición de las fortalezas se repartiría en adelante entre soldados de una y otra raza. García, según este convenio, tomaba a su cargo la puerta de Occidente, sin perjuicio de otros arreglos que se hicieran así que volviese a Pamplona Eudon, duque de Cantabria.

Esta noticia cundió muy pronto en la población, y acabó de dispersar a los pocos a quienes la curiosidad, que es la fuerza de resistencia más sufrida que se conoce, retuvo contra la pared durante el aguacero; y en un momento en que aclaraba y parecía que iba a escampar, salieron García, los vascos, y tras ellos Petronila, con algunos siervos y bucelarios de Ranimiro.

Los amotinados de Habacuc, convertidos en hombres de orden, y bien provistos de regalos en recompensa del servicio que acababan de hacer, se habían escurrido poco a poco, y se dispersaron buscando cada cual su guarida, procurando modestamente que quedaran sepultados en el olvido tanto sus crímenes de por la mañana como sus méritos y servicios de la tarde.

La tropa disciplinada que tornó a su puesto, y las comadres de la vecindad, que, dígame lo que se quiera, nunca del todo desampararon el suyo sin embargo del granizo, la lluvia, los truenos, rayos y centellas, notaron que el caudillo vasco, lejos de ostentar en su rostro el insolente orgullo de triunfador, de presunto conde de Pamplona y rey de Vasconia, llevaba talante grave

y melancólico, preñado de inquietudes y tristes presentimientos.

—¿Qué querrá este mozo?—decían los observadores masculinos y femeninos.— ¿Qué se había propuesto? ¿Le parece todavía poco lo que ha conseguido?

Ellos y ellas ignoraban, y no hubieran podido comprender acaso el desprecio con que García miraba pompa y grandezas humanas, y no presumían que su único pensamiento era cumplir lealmente el encargo que se le había hecho de alzar en los Pirineos el estandarte contra los infieles, y su única aspiración el cariño de Amaya.

¡Ay! Pero una y otra ventura acababan de estrellarse contra escollo inesperado, en la más imprevista de todas las contingencias: en la discordia y separación de los dos amantes.

Narraré sencillamente el hecho que tanto influyó en los acontecimientos de nuestra historia. Mientras Ranimiro se encerró con Munio para disponer la manera más conveniente de que saliesen los vascos y se reunieran a los de la puerta del ocaso, Amaya participó a García que Petronila le había devuelto el secreto de Aitor. Sorprendióse el joven amezcuano, y se mostró pesaroso de ello.

—Hoy, por ventura, mañana a más tardar—contestó,—lo exigirá Teodosio en nombre de su esposa Constanza; y la falta de este requisito dará margen a discordias, a la perpetuidad de la lucha, que debe cesar desde este día para siempre. ¿Qué falta os hace el tesoro? Amaya, ¿qué necesidad tenemos nosotros del secreto de Aitor para ser felices? Mi tesoro está en vuestro corazón.

—Es cierto—dijo Petronila, que se hallaba presen-

te;—pero yo tenía obligación de devolver lo que no era mío a su legítimo dueño, sin la voluntad del cual no podía disponer de nada.

—¡Ah, sí!—repuso García.—No hay nada perdido. Esta noche vendrá aquí Teodosio, y yo le daré la ciudad, y vos, amada mía, el secreto. Bien será que todo a un tiempo lo reciba de mis manos y las vuestras.

—De mis manos—repuso Amaya—nunca recibirá Teodosio lo que mi madre dispuso que fuese mío.

—Vuestro es el secreto, Amaya; pero de la primera reina de los vascones, casada ya con el hijo de Miguel de Goñi, es el tesoro de Aitor.

—¿Y dónde está esa reina? ¿Cuándo ha sido proclamada? ¿Quién la ha reconocido?

—Amaya—exclamó García desconsolado y abatido,—¡también vos! ¿También os oponéis a la voluntad del cielo, al encargo que traigo de la Bética, al bien general, claro y patente, que se cifra, a no dudarlo, en la elección de Teodosio y su reconocimiento por vascos y godos?

—García, lo acabáis de decir todo con esa palabra: nuestro rey ha de ser reconocido por todos, y el de Goñi no lo conseguirá. Si se le someten los godos, no será de grado, sino por fuerza. ¿Qué más? Ni los vascos mismos lo aceptan con gusto y plenamente satisfechos. Preguntádselo a Pretronila.

—Harto lo sabes tú, García—contestó la mujer de Ochoa.—Teodosio buscó a mi sobrina para ser rey; la hizo cristiana para casarse con ella; descuidó todos sus deberes por creer que con la mano de la hija de Lar-taun podía prescindir de la suerte de sus montañeses, y hasta abandonar a sus propios padres, ancianos, décréptos y desamparados. Él, hombre de fe, por llegar a

ser rey dobló la rodilla ante la pagana de Aitormendi cuando celebraba los ritos del plenilunio; él, en esta tierra de caballeros, entregó cobarde y villano a los príncipes encerrados en Gastelúzar... Y ¿a quién? A Pacomio y Amagoia. Él, él es el único en la tierra que arruga el ceño cuando habla con esos ancianos a quienes todo el mundo sonríe y venera como santos que ya no pertenecen a este mundo. ¡Y esos ancianos, esos patriarcas vascongados son sus padres, y no tienen otro hijo!

—Callad, Petronila; sois injusta. Estáis prevenida contra él.

—¡Prevenida yo! Antes que con García Jiménez quise contar con Teodosio; antes que la hija del godo Ranimiro debía de ser para mí la hija de mi hermano.

Calló el mancebo, porque nadie como él conocía la verdad y fuerza de estas razones; y calló, sobre todo, porque la delicadeza y la modestia sellaban sus labios. Pero cada vez que se veía como cogido en lazos semejantes sentía la necesidad de romper por cualquier lado, y dar solución con hechos indestructibles a problema tan peligroso. Nunca se han entretenido los Alejandros en soltar nudos; cuando llega el caso, sacan la espada y los cortan.

Amaya prosiguió para ayudar a su amiga y protectora:

—García, tengo que mirar un poco por estos pobres godos, a los que no es justo ni generoso humillar, por lo mismo que hoy se ven en el abismo del infortunio. A los que ayer eran señores no debemos ni podemos tratar hoy como esclavos. García, los godos os aceptarán a vos, que venís de combatir con ellos y traéis las órdenes del rey para que se os sometan; mas no

reconocerán tan fácilmente a quien hasta ahora no ha contado nunca ni con nuestra fuerza ni con mi derecho.

—Pero ni vos, ni yo—replicó por fin el caudillo montañés,—hemos contado con reinar, sino con ayudar en la medida de nuestras fuerzas a la obra de Pelayo y Teodomiro, que es la restauración de la cruz y la reconquista de España.

—¿Y quién me responde a mí, quién os responde a vos de que ese sea el pensamiento de Teodosio? El Obispo Marciano acaba de hablar con mi padre, y le ha confesado que nadie cómo vos comprende el espíritu de la reconquista, ni puede imprimir a las cosas el sello que han de llevar perpetuamente.

—Amaya, pero ese espíritu no se encierra en mi pecho. Está en el corazón de todos los cristianos; es el espíritu de las muchedumbres, que se impondrá al primer rey, aun cuando no piense ni sienta como sentimos nosotros. Los reyes son lo que es su pueblo.

—No, García, no, y harto lo estamos palpando y deplorando ahora; los pueblos son lo que sus reyes: grandes con Wamba, miserables con Witiza. Creedme, García; al nombre de Pelayo y Teodomiro, no corresponde en los Pirineos el nombre de Teodosio.

—Eudon, y sólo Eudon, saldrá vencedor de esta lucha, en que se van a separar aquellos cuyo corazón está más unido.

—Eudon no es temible—replicó Petronila;—ni él ni su madre pueden inspirarnos ya miedo ninguno.

No cedió García, sin embargo: no se lo permitía su conciencia; pero en vista de la inutilidad de sus razones, echó mano de otras armas.

—Amaya—exclamó,—¿no os he dicho que os amo

con todo mi corazón? ¿No lo habíais conocido antes de decíroslo?

—Sí, García; y mi padre y yo correspondemos con creces a vuestro cariño. Os aman Petronila y Marciano, y todos cuantos os conocen; y porque os amamos todos, todos nos someteremos contentos y ufanos a la suave ley del amor.

—Esa ley exige que renunciéis vuestros derechos en favor de Constanza.

—¿Y dónde queda entonces el pueblo godo, dónde la memoria de mi madre?

—Quedan en manos de Dios.

—Pues bien, García; esa memoria no pertenece sólo a su hija, y si mi padre quiere, si mi padre consiente...

—Si todos consentís, si todos lo queréis, no lo querré yo—exclamó Petronila con su desenfado y decisión habituales.—Yo no puedo permitir que Paula... y lo más importante aún, que el reino de Vasconia quede endeble y viciosamente constituido, con gentes mal avenidas entre sí, discordes, enemigas íntimas, enfrente de un invasor poderoso, irresistible, que lo arrolla todo por igual, lo mismo el Asia, que el Africa y Europa. No tentemos a Dios; confiemos en Él, pero poniendo de nuestra parte cuantos medios sugiera la prudencia y estén a nuestro alcance.

—Esos medios son los que yo propongo, Petronila.

Aquí llegaban en su conversación, cuando tornó Ranimiro después de su breve entrevista con Munio.

—Es preciso aprovechar los momentos—dijo;—la tempestad se ha calmado, y la gente que huyó amedrentada no ha podido volver todavía. Salid, García, y volved a las torres de que os habéis apoderado. Munio, completamente transformado y decaído, no puede ope-

nerse a nada, y si el Obispo cree que no quebranto las leyes del Viático tomando parte en negocios temporales, esta misma noche conseguiré tal vez haceros dueño de la plaza, y que seáis reconocido como soberano.

—Con una soberanía que renunciaré en el acto en favor de Teodosio; porque bien os haréis cargo—añadió mirando a Petronila—de que no podemos ser dos; allá él, y aquí yo.

—García—contestó con firmeza el príncipe godo,—ni mi hija se ha de casar con Teodosio, ni a Teodosio, casado con otra, nos someteremos los godos.

Tal era la causa de la tristeza y desaliento que se notaba en el semblante de García. O quebrantaba sus convicciones, desoyendo la voz de su conciencia, o sacrificaba la dicha que había soñado y que en su mano tenía.

Despidióse de Amaya, en apariencia por breve tiempo, por algunas horas; en el fondo de su corazón para siempre quizá; y la dama, que atendía más a la realidad que a las apariencias, y veía más claro el corazón que el rostro de su amante, estuvo a punto de desdeñarse y de significarle de algún modo que se sometía a su voluntad.

Contúvola, sin embargo, la presencia de su padre, a quien por nada en este mundo quería disgustar, y en cuyo buen juicio y desinteresado cariño confiaba.

—Mi padre no se equivoca—decía ella para sí.—Y luego añadía:—Y como mi padre piensa el Obispo, y piensa la amiga íntima, la hermana y albacea de mi madre.

Cuando los vascos llegaron a la puerta encomendada al gobierno y custodia de Lope de Echeverría, éste dijo al capitán expedicionario:

—Vamos, será preciso dejarte sin cenar esta noche,

como a los chicos mal criados. ¿Te parece si son horas éstas de volver a casa?

—¿No ha ocurrido novedad?—le preguntó García, esforzándose por sonreirse.

—Ninguna. Si la piedra ha llegado hasta las Dos Hermanas, buenos habrán quedado manzanos, castaños y nogales, ya que las mieses están por lo menos hacinadas, si no en el granero. Pero sobre los sembrados de tejas y cantos de la ciudad, la he visto caer sin cuidado alguno. Por ahí me las den todas. A nosotros nos ha venido la lluvia que ni de perlas. Escaseaba el agua para los hombres que somos—porque van llegando algunos de refresco—y hemos recogido toda lo posible hasta dejar henchidas las tinajas. ¡Ah! Se me olvidaba. Tendrás aquí esta noche a Teodosio.

—Lo esperaba; no podía menos—dijo García con grandísimo acento.

—Yo, no. Es la primera vez que me equivoco en mi vida; pero de hombres es el errar, y esta vez ha sido de medio a medio. Pero, señor muchacho, no te vayas a envanecer con la victoria, que ese trigo no ha salido de tu costal: es todo de mi era.

—Explicaos, Ochoa; hablad como Dios manda.

—Pues Dios me mandó esta mañana disponer de la gente que encontraba en el camino. A mí me gusta no perder ripio: el mejor labrador es el que no desperdicia ni una paja. Aviso aquí, recado allá, mensajes acullá. Que los vascos están presos en Iruña; que García ha caído en el garlito; que no se puede abandonar a los vascos; que a toda costa tenemos que sacar a García. Pero es lo cierto que, acordándome yo de todo bicho viviente, me olvidé de Teodosio. ¿Quién le arranca de Goñi en este día?

—Su deber, el amor que nos tiene, su honor de caudillo y soberano.

—Y esa es la verdad. La noticia de tus planes le había llegado por uno de los escuderos que de la Bética has traído, y ha dicho: lo primero es lo primero; antes que mi novia, mis amigos; que la boda, la escualerria.

—¿Eso ha dicho? ¡Y dudan de Teodosio!

—Hombre, ¡qué preguntas! Eso se supone, es lo que ha debido decir. Porque en Goñi se han suspendido los cánticos, y sólo retumba el apellido: ¡Al arma! ¡al arma! ¡Guerra, guerra!

—¿Y no se había celebrado el matrimonio?

—No.

—¿De manera que la boda se queda para otro día?

—Tampoco.

—No lo entiendo.

—No lo extraño. Tú eres un chico; no te has casado nunca... Has tirado siempre por la Iglesia. Tú no sabes que en un santiamén queda un hombre uncido y en coyunda para toda la vida. Me quieres, te quiero, y *laus tibi, Christi*. Para que veas que yo sé latín.

—¿Conque es decir que la boda no se aplaza, y que para estas horas se habrán casado?

—¿Quién lo pone en duda?

—Eso es lo que Teodosio ha debido hacer. Mientras la gente tomaba las armas y salía del valle...

—Así lo creo; porque la pobre chica no se ha de quedar en el aire, y mucho más habiendo piratas normandos en la costa.

—¡Casado ya con la hija de Aitor!—se dijo a sí propio el joven caudillo, como afirmándose en la resolución que iba a tomar.

Y alzando la voz, para que le oyesen los vascos que ha-

bían salido de entrambos torreones a recibirlo, exclamó:

—Amigos, compañeros míos...

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó Petronila, interrumpiéndole.

—A cortar el nudo de una vez para siempre.

—Y tus vínculos con la hija de Paula.

—No la conocéis, Petronila. Por hacer lo que debo no perderé jamás el corazón de Amaya.

—Su corazón, no; pero su mano, sí. Te la negará su padre, y ella a su padre no le falta nunca.

—La vida de Ranimiro es toda de sacrificios. Hará uno más en bien de la cristiandad.

—El bien de la cristiandad exige que te aguardes... ¡García!... por lo menos hasta que Teodosio sea rey.

—La tardanza, la irresolución nos dividen, y la división nos mata.

Y dirigiéndose a los vascos allí presentes, tornó a exclamar el mancebo:

—Amigos míos, ha llegado el día de que se cumplan las profecías de Aitor. Teodosio de Goñi, casado ya con una de las hijas del patriarca, viene esta noche a tomar posesión de la capital de Vasconia. ¡Vasconia por nuestro rey! ¡Iruña por Teodosio de Goñi!

—¡Viva!—gritaron los vascos.—¡Viva el rey Teodosio!

—¡Silencio!—dijo Petronila con su voz más fuerte.

—¡Viva Teodosio!—tornó a exclamar el señor de Abárzuza.

—¡Viva García! ¡Nuestro rey ha de ser García Jiménez!—gritaba la mujer de Ochoa.

—No la hagáis caso; está loca. ¡Teodosio! ¡Teodosio es el rey de Vasconia!

Entonces Petronila, cruzándose de brazos, y con la más sublime expresión de amargura, exclamó:

—«¡No la hagáis caso! ¡Está local!» Así os repetirá esta noche el hijo de Miguel cuando yo le diga: «No puede ser nuestro rey quien ha ido a buscar la corona en la roca de los paganos». «¡No la hagáis caso! ¡Está local!» murmurará mañana Eudon, el duque de Cantabria, cuando le diga yo: «Eres un impostor». «¡No le hagáis caso! ¡Está local!» gritará también Amagoya cuando le diga: «Hija del patriarca, te casaste con un asesino y has prohiado una víbora!» ¡Pero tú... García! ¡Tú, escogido desde el cielo por una madre para marido de su hija, tú no debías decir a la amiga de esa madre: «¡Retírate, estás local!»

—¡Y sin embargo, Petronila, esa es vuestra única disculpa!

—¡Ah!—exclamó aquella mujer, dulcificando repentinamente su fisonomía.—¡Merecías que te dejara abandonado a ti mismo; pero no puedo! ¡No puedo! ¡La quiero más que a su madre!... ¡Por ella, García, por ella! ¡Por tu Amaya, que es la mía!

—¡Por Amaya y por la cruz! ¡Por la unión de los vascos! ¡Por España y por la tierra vascongada! ¡Viva el rey Teodosio!

—¡Infeliz! No sabes lo que te haces, ni lo que te dices. Han pasado los tiempos del interés, del cálculo y de las miras personales; llegan los del honor y la abnegación. Por más que digas y hagas, nuestro primer rey ha de ser nuestro primer caballero.

—Pues bien, amiga mía: ¡Iruña por el primer caballero de los vascos!

—A ese grito sí que uno mi voz—exclamó Petronila, loca, verdaderamente loca de entusiasmo.—¡Viva el caballero de Amaya! ¡Viva García!



LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

En que Teodosio de Goñi hace llorar a su padre.

Nada más extraordinario y sorprendente, ni más impropio de los hábitos y preocupaciones mismas del pueblo vascongado, que la resolución simultáneamente adoptada por Andeca y García Jiménez de alejarse de sus montañas para combatir al lado de implacables y poderosos enemigos; nada, sin embargo, mejor y más presto comprendido, ni más alta y debidamente apreciado en aquella tierra, separada del resto de Europa por su idioma y costumbres excepcionales.

Dos palabras acerca de tan curioso fenómeno histórico, sin cuya explicación parecería inverosímil nuestro fidelísimo relato.

Las rápidas y maravillosas conquistas de los árabes en Asia y Africa, y con especialidad la entrega de Jerusalén y cautiverio de la Tierra Santa, hirieron vivamente la imaginación y cubrieron de luto y espanto el corazón de todas las naciones cristianas, principalmente de aquellas más de cerca amenazadas por el feroz y fanático islamismo. Esta comunión de senti-

mientos, fundada sobre la comunión espiritual católica, precedió, primero en la conciencia pública, y más tarde en los campos de batalla, a la que nos atreveríamos a llamar comunión de armas, si la expresión nos fuera permitida.

Enfrente de las hordas de infieles y paganos que surgían de los desiertos, como las aguas del oasis, comenzó a formarse la milicia de Cristo, engendradora de la reconquista española, de las victorias de Carlos Martel y Carlomagno, de la prodigiosa y fecunda efervescencia de las cruzadas. Contra la raza de los enemigos de la verdadera religión ibase propagando aquella raza de la Cristiandad, alma, vida y áncora de salvación del humano linaje y de la civilización europea en la Edad Media.

Cuanto menos corrompidos y estragados en sus costumbres estaban los pueblos, cuanto más pura conservaban la llama de la fe, más pronta y enérgicamente respondían a esta necesidad social, alzando bandera contra bandera, el lábaro de Constatino contra el amarillo estandarte de Mahoma, la religión contra el fanatismo.

La escualerria, separada del mundo, emparedada en los Pirineos, estaba, sin embargo, unida al universo, avecindada en la *Ciudad* y cobijada con el *Orbe*, bajo las alas maternas de la Iglesia.

La decisión del señor de Vizcaya y del joven montañés de las Amezcuas, tan repentina como heroica, tenía todos los caracteres de inspiración: era la expresión más feliz de un sentimiento que todos abrigaban y que nadie sabía formular.

No es menester encarecerla y ponderarla a los ojos del lector: harto se comprende el esfuerzo de celo

abnegación que necesitaban hacer los dos caudillos vascongados para ponerse súbitamente, sin previa celebración de paces, treguas, alianzas ni convenios, al lado de sus ya tradicionales adversarios, sólo porque éstos suspendían la campaña de Vasconia para defender la cruz, aborrecida y ultrajada por los mahometanos.

Sorpresa pudo causar a muchos aquella magnánima resolución; pero no fué tomada por nadie a mala parte, ni ligeramente juzgada. El respeto y veneración de los vascos a sus señores naturales, y la circunstancia misma de ser dos, y de distintas tribus y casi opuestas regiones, los que seguían las huellas de los godos, hizo reflexionar al pueblo éuscaro, el cual muy en breve cayó en la cuenta del peligro de la cristiandad, y la causa de la fe se sobrepuso a las antipatías de raza, a los odios inveterados, a la costumbre de la guerra.

Por el contrario, holgarónse los euscaldunas de verse tan dignamente representados en aquella cruzada contra los profanadores del santo sepulcro y fundadores de la mezquita de Omar; prevaleció la fe contra los agravios de tres siglos, y enmudecieron las preocupaciones al grito de la religión amenazada.

Grande peligro habría corrido la que podemos llamar candidatura de Teodosio de Goñi al trono pirenaico, si Andeca, señor de toda una tribu vascongada, hubiese vuelto de la Bética coronado de laureles, o por lo menos vivo y sano como García, después de haber dejado bien puesto el nombre de los hijos de Aitor en el tremendo infortunio de los godos.

El pretendiente lo comprendió, y aunque le constaba también que la ambición y codicia del mando no era pasión dominante, ni temible siquiera entre los vascos,

pensó en la conveniencia de aprovechar el tiempo de la ausencia de García Jiménez y de Andeca para llegar, sin estorbo ni sombra de contradicción, al término de sus afanes.

Favorecía también a sus propósitos la excursión de Amagoya a las tribus éuscaras de ultrapuertos del Pirineo. Atendidos los antecedentes y carácter de Lartaun, era la ausencia de la pagana felicísima coyuntura que no debía desaprovechar.

Cuando Teodosio se vió sin rivales y, hasta cierto punto, sin enemigos domésticos, creyó llegada la hora de sorprender a los vascos con el golpe que más efecto podía producir entonces en la imaginación popular, a saber: la conversión de la familia de Aitorechea al cristianismo, y la suspirada boda de la hija de Lartaun, sobre la cual caían, como rocío, las bendiciones y profecías del gran patriarca, y se juntaban, como en foco de vívida lumbre, las esperanzas de las tribus.

Grande falta la de convertir la religión en mero instrumento de terrenales grandezas, falta cuyo castigo debía temer Teodosio. Pero lejos de ello, viendo que todo marchaba a son y a compás de sus deseos, se desvaneció hasta el punto de considerarse, no ya como superior a los demás, sino como escogido por la Providencia y favorecido por ella en sus miras y empresas y planes ambiciosos.

Aquel encumbrado valle de Goñi, entumecido por los hielos y cubierto de nieve las dos terceras partes del año, se nos presenta ahora como con traje de fiesta, ostentando rico manto de verdura, frondosos bosques en que resaltan escuetas y desnudas peñas, flores amarillas, azules y moradas, y un sol y calor inverosímiles, que al fin han conseguido convertir los carámbanos en

cascadas bullidoras, y triunfar de los más duros y tenaces ventisqueros.

Risueño llamaríamos hoy a Val-de-Goñi, si la risa no desdijera en todos tiempos de su aspecto siempre adusto y severo; pero la abundancia de luz, poco frecuente; los vívidos reflejos del agua entre pizarras, la dulce obscuridad de las umbrías, el jugueteón follaje de las selvas y los verdes sembrados y praderas de modestas flores, daban a la sazón apacible semblante al paisaje, alegre a su manera, con la alegría del hombre grave y la sonrisa del melancólico.

Nunca lo hemos visto desierto y solitario: por él cruzó García por vez primera con sus vasallos de Abárzuza y las Amezcuas; por él Ranimiro con Amaya y su escolta de siervos y libertos; Pelayo con su natural grandeza, tan bien quista de la sierra que toma allí el nombre de Grande; la Adivina de Aitormendi con el encanto de sus canciones y el estruendo del aura popular; mas ahora, con distintos y más venerables personajes, nos ofrece Goñi, en medio de su animación, cierto aire solemne y augusto de imponente majestad.

El lugarejo, que pudiéramos llamar capital y casi corte de la Vasconia independiente y libre, hallábase en días de íntimo y profundo gozo, de fiesta y esperanzas; fin de tiempos, desdichados como todos los que se prolongan mucho, y principio de una época venturosa, como todo comienzo de nuevas eras. La que entonces alboreaba, no podía ser más peregrina, ni con mayor ansiedad esperada en país vascongado.

Gentes que habían vivido desde los siglos primitivos al uso patriarcal, con leyes y costumbres pastoriles, sintiendo la necesidad de alterar su modo de gobierno, querían tener su rey, duque o principal caudillo, como

todas las naciones conocidas, como sus hermanos de allende los Pirineos; y no ciertamente por espíritu de imitación, sino por la fuerza de los acontecimientos, por el miedo que infundían las conquistas sarracénicas y el riesgo de ver holladas por la planta de los enemigos de Cristo aquellas montañas que palpitaban con la unción de la piedad y sentían el fervor de la fe, más tardía que en otros pueblos, pero más ardiente y firme que en ninguno.

A estas poderosísimas y eficaces causas agregábanse otras de distinto orden, pero decisivas en aquella tierra del respeto tradicional, de veneración a los mayores: habían llegado, en opinión general y común sentir, los tiempos profetizados por Aitor, o lo que era igual para sus hijos, la sazón y vigor de los decretos providenciales.

Teodosio había visto esa ocasión con perfecta claridad, y quiso utilizarla en provecho propio. Sin detenerse jamás, firme, perseverante y pacientemente iba a su fin, y para alcanzarlo daba de mano a cuanto pudiera distraerle de su intento.

Con la veneración que infundía su padre, con la gloria misma de sus hermanos muertos en la guerra de los godos, echó las primeras piedras del pedestal de su crédito, que trató luego de erigir y consolidar con su propio valor, y sobre todo con el amor y la boda de la hija de Lartaun.

No le arredró el paganismo de la obstinada familia del patriarca, para convertir a la cual principió por ganarse el corazón de aquella hermosa y muy celebrada doncella, y el afecto y la confianza de sus padres.

El triunfo hubiera sido completo con la conquista de Amagoia; pero al intentarlo echó de ver que para

lograr las simpatías de la inexorable pagana necesitaba sacrificar su propia dignidad, su inquebrantable fe, y retrocedió, que a tal extremo no llegaba su ambición.

Ni le convenía llegar, aun humanamente consideradas las cosas. Por mucho que le trajese el ya menguado prestigio de la anciana de Aitormendi, todo lo hubiera perdido en la conciencia pública con el menoscabo del concepto que le daban la pureza y rectitud de sus creencias religiosas.

Con el bautismo de la familia de Aitorechea y de los paganos de Butron tenía bastante para eclipsar las glorias de Andeca y García Jiménez; bastante para henchir de júbilo los valles vascongados, haciéndoles esperar para más tarde la conversión de Amagoya, que desde aquel día quedaba completamente sola con sus reducidos vasallos, en el aislamiento del error, del despecho y la impotencia.

Dueño ya moralmente de la escualerria, dominándola con la grandeza de sus hazañas, el respeto de su padre, la popularidad del nombre de Goñi, amasada con la sangre de siete hermanos, y el servicio, no muy conocido aún, de convertir a la familia del patriarca, nada le faltaba sino la elección, verificada con la solemnidad requerida; a cuyo fin iba reuniendo en Goñi a los doce señores más ancianos de Vasconia, sin que faltase uno; cosa difícil por la penuria de los tiempos, como antes de ahora se ha dicho, y que en días de aquella generación jamás se había verificado.

Pero tuvo en ello grande empeño. Sabía prescindir de pequeñeces y formalidades de ritual cuando le estorbaban o no le hacían al caso; mas si el rito o formalidad le servían de alguna manera, aunque sólo fue-

se de lustre y primor de su principal intento, no había nadie más rigorista ni minucioso.

Doce señores ancianos gobernaban, según la tradición; no importaba que la partición de Vasconia entre naturales y advenedizos, conquistadores y conquistados, y las necesidades de una guerra sin tregua, hubiesen obligado a prescindir de la ley; no importaba que de hecho Miguel de Goñi fuese verdadero señor de aquellos señores: seguro ya Teodosio de ser elegido, los doce señores más ancianos de Navarra tenían que venir a levantarlo sobre el pavés, a dar a su nombramiento la legalidad, el aparato y autoridad que le convenían.

Y con la misma firmeza y tesón que había puesto en cosas mayores, consiguió que el Batzarre completo se reuniese en Goñi para presenciar la boda y elegir el rey.

Ardua empresa en tiempos regulares, que eran los de guerra, en que cada cual tenía que procurar por la defensa de su casa y sus vasallos, y no menos dificultosa por la edad de los que componían la Junta; pero Teodosio supo aprovecharse de aquella especie de tregua a que la religión y la nobleza de su espíritu les habían obligado al tener noticia de la invasión sarracénica.

Para facilitar sus correrías por la montaña y la venida de los ancianos, para que todo quedase envuelto en el misterio a que le inclinaban su carácter reservado y las precauciones que exigía el de Amagoia, prohibió a los vascos que fuesen a las ciudades enemigas con la frecuencia acostumbrada, y les encarecía de todos modos la necesidad de guardar el más profundo silencio acerca de las cosas interiores de la Vasconia independiente.

La verdad es que la generalidad de aquellos monta-

ñeses no tenía materia de indiscreción, que no puede pecar de mal guardador de secretos quien nada sabe; pero también es cierto que con afectación semejante de obscuridad y silencio logró poblar de miedo el vacío en que se agitaba la imaginación de los godos, por tantas otras causas exaltada, y que los mismos vascongados, en la expectativa de tiempos misteriosos, se apercibiesen a grandes sucesos que, por mano y mediación de aquel hombre singular, habían de sobrevenir.

El día en que hemos vuelto al valle de Miguel, los doce venerables del fuero se hospedaban en Jaureguía, y se hallaban congregados bajo el árbol del Consejo.

Teodosio, por respeto a los ancianos, había guardado cierta reserva acerca del bautismo de la familia de Aitor y de todos los habitantes del valle de Butron. Al dar cuenta de ello en el Bazarre les enteró también a los doce gobernadores de su proyectado matrimonio con la hija de Lartaun, y aunque ninguna de estas nuevas cogió a nadie de sorpresa, pues de todos eran esperadas y por muchos confidencialmente sabidas, la declaración oficial, por decirlo así, y auténtica de tan fausto suceso, hizo prorrumpir a los circunstantes en exclamaciones y gritos de júbilo.

He aquí la razón de aquel aire de fiesta, de satisfacción y regocijo que hemos notado en la gente que a la sazón moraba en Val-de-Goñi.

Ni uno sólo de los doce ricos hombres faltaba a la mesa de Jaureguía, donde se celebraba con profusión, que si no bárbara, casi nos atrevemos a calificar de escandalosa, el grande y felicísimo acontecimiento, preludio de las dos próximas solemnidades por tanto tiempo esperadas: la boda de Teodosio y su consiguiente elección como soberano señor de Vasconia.

Una vez hecho público el bautizo de la hija de Aitor, de sus padres y de todos sus vasallos, públicos fueron también los amores de Constanza y Teodosio, los conciertos de boda y el lugar en que ésta había de verificarse.

Por común acuerdo se había dado al valle de Goñi la preferencia. Los padres del desposado no podían por su edad abandonar sus dominios, ni menos alejarse hasta Butron, teniendo que cruzar el territorio ocupado por los godos; y nadie podía concebir siquiera que dejaran de autorizar con su presencia aquella fiesta, por tantos títulos augusta.

La Providencia parece que había prolongado los días del anciano secular para que alcanzase aquel día que todos sus antepasados hubieran querido ver. Dios, que había probado el temple de alma de Miguel y Plácida con la muerte de siete hijos, quería, según el abad Juan de Vergara, recompensar con una hora la varonil constancia y cristiana resignación de los padres, colmándolos de gozo y ventura, y no era posible que aquellas gentes, aunque sencillas y rudas, de nobles y elevadas miras, quisiesen contrariar en lo más mínimo los designios del Señor de lo alto.

En Goñi, pues, iba a celebrarse el casamiento; en Goñi, y bajo el roble inmemorial que tendía sus robustos brazos desde el templo a Jaureguía, y a cuya sombra se sentaba el anciano, acompañado siempre de la piedad y la justicia, había de ser alzado Teodosio sobre el escudo, mientras heraldos improvisados gritaban: ¡real, real, real! por tres veces.

Todo estaba dispuesto y aparejado a maravilla. Hasta los acontecimientos que se hallan fuera del alcance de nuestra mano parecían ordenados a gusto y voluntad

de los más exigentes y descontentadizos; la única persona que pudiera turbar aquel cielo esplendoroso de serena felicidad era Amagoya, que continuaba a la sazón al otro lado de los puertos pirenaicos, sin trazas de volver; de los godos no podía esperarse ningún ataque ni desmán que obligara a tomar las armas, y sólo faltaba la anuencia del Prelado para fijar el día de los desposorios, que ya no podían diferirse, cuando llegó la pavorosa nueva de la derrota del ejército cristiano y la muerte de Rodrigo, de García y Andeca y la mayor parte de los vizcaínos, en la batalla de los confines de la Bética.

Aquella consideración del luto por la cristiandad y de los dos caudillos éuscaros, expuesta por Petronila en Echeverría, algún peso debía de tener cuando todos los señores vascones congregados en Goñi convinieron unánimes en la necesidad de suspender por de pronto los regocijos, y de aplazar casamiento y elección para más tarde.

—Pidamos hoy a Dios piedad y misericordia para los muertos, y valor y aumento de fe para los vivos—decía el abad, siempre discreto y circunspecto.

Y no hubo nadie que le contradijera.

—Juremos todos seguir el ejemplo de nuestros hermanos, y derramar hasta nuestra última gota de sangre en defensa de Jesucristo y de nuestra independencia, dos voces santa—exclamaban los ancianos gobernadores de Vasconia.

Y todos lo juraron.

Plácida misma, conmovida y exaltada a pesar de sus años, interesada como nadie por la fecilidad de su hijo, y deseosa de complacerlo, repetía, sin embargo, a todos sus huéspedes:

—Nada de bodas. El eco de nuestro júbilo resonaría en las Amezcuas, y la madre de García pudiera creer que ignorábamos cómo se llora a los hijos que mueren en la batalla.

Sólo Teodosio, vivamente contrariado en sus planes por aquel aplazamiento, era en el fondo de su alma de muy distinta opinión. Pero no hizo más que indicarla: no se atrevía a combatir de frente el común sentir.

—¡Lástima grande —decía— que no podamos responder al estruendo de un reino cristiano que se desploma, con la inmediata proclamación de otro reino más cristiano todavía! La época —añadió— no puede ser más oportuna. Antes que los godos se recobren del golpe y se aperciban a resistir por sí, deberíamos nosotros presentarnos dándoles todo resuelto: imperio y boda. No olvidéis que nos están usurpando el suelo que pisan en la escualerria, y que intentan despojarla hasta del título de madre de las hijas de Aitor. Hay una entre ellos, precisamente la que debe sernos más aborrecida, que se atreve a llevar tan sagrado nombre, y pretende apoderarse del tesoro de los vascos. Luto, sí; luto en el corazón y en los templos; pero después de las exequias no desperdiciemos momento: la tregua con los godos ha concluído.

»Los que no sirven para defenderse a sí propios, ni saben mantener la enseña de la cruz que han enarbolado, sométanse, de grado o por fuerza, a los que a nadie han sucumbido ni sucumbirán jamás. Si reyes quieren, rey tendrán, pero elegido por nosotros; si reinas, no han de ver otra debajo del solio de los Pirineos que la designada, la escogida hace siglos por nuestro progenitor.

Tan graves parecieron estas razones, con tal energía

fueron expuestas, que todos titubeaban en su opinión, y fué menester que el mismo Teodosio los sostuviese en ella, con apariencias de rectitud, desinterés y severidad consigo mismo.

Era esto precisamente lo que él se proponía, porque ya hemos visto la importancia que daba a las formas de legalidad, a los perfiles del aparato y tildes de la conveniencia.

El aplazamiento fué, sin embargo, más breve de lo que el novio mismo se imaginaba. Al día siguiente de estos sucesos llegó a Val-de-Goñi un criado de Lartaun anunciando la vuelta de Amagoya al lado acá de los Pirineos, su encuentro con Asier, su hijo adoptivo, muerto y generalmente olvidado, convertido por maravillosa manera en duque de Cantabria, y pretendiente a la mano de Constanza, con ínfulas de esposo y dueño, alzándose del fondo del Océano, como Adamastor, siglos después, para espanto de la ambición y la codicia.

Noticia tan inesperada, tan imprevista, hubiera aterrado a cualquiera que no fuese el hijo de Miguel. Pero Teodosio la recibió con apariencias de serenidad, y hasta logró mostrarse regocijado y satisfecho.

—Dios nos favorece visiblemente—decía a los ricos hombres hospedados en Jaureguía.—Ya no tenemos que esperar ni guardar consideraciones por nada, y hay que prescindir de llantos y duelos. Pedro de Butron se ha puesto en camino; esta noche duerme en el castillo de Echeverría, y desea que mañana mismo se celebre la boda. Así lo exigen la dignidad y el decoro de la hija de Aitor y la honra de los cristianos de Jaescualerría, y así también nuestra independencia y libertad. Mañana, pues, la boda, y de este modo, si Amagoya y su hijo vienen aquí...

—Vendrán a mesa puesta—añadió Miguel, concluyendo la frase con aquel aire de paternal bondad y candorosa gracia que hacía sonreír a todos.

La sonrisa no era, sin embargo, tan íntima y cordial como fuera de apetecer, por no sé qué vagos presentimientos de dificultades, escándalos y hasta de escenas de sangre y horror.

La Adivina de Aitormendi inspiraba siempre, más que veneración, temor supersticioso; la aparición de Asier en semejante ocasión, y al cabo de los años que había pasado por muerto, tenía todo el aire de evocación gólgica y sepulcral. Pasmó a todos la noticia; pero aún causaban mayor asombro la calma, la indiferencia de Teodosio.

Reservado, poco expansivo, metido en sí, como vulgar pero muy expresivamente se dice, no se le creía, sin embargo, capaz de disimulo tan profundo como impropio de su altivez.

En sus amores, en sus pretensiones al mando y supremo gobierno de los vascos, no había consentido ni tolerado nunca la menor contradicción. Hubo un tiempo en que García Jiménez, saliendo de la obscuridad de las Amezcuas con dotes extraordinarias de valor y entendimiento, se apareció sobre las nieblas de las montañas como el astro que podía eclipsar los resplandores del hijo de Miguel; García Jiménez, acosado por los siempre vigilantes celos de su amigo, que no sufría rivales, se había visto obligado a dejar la tierra vascongada; ¿cómo ahora mostraba tanta impasibilidad el pretendiente cuando contra él se movían Asier y Amagoya, es decir, el primer amante de Constanza y la primera y más audaz y poderosa enemiga de los ambiciosos planes del caudillo cristiano?

Ignorancia del peligro no podía ser; nadie lo comprendía mejor ni veía con más claridad la terrible contradicción que le esperaba. La Adivina ya no estaba sola, y volvía, sin duda, a defender sus derechos de primera de las hijas de Aitor y los intereses y esperanzas del mancebo que le daba el título de madre. Este no era ya un desvalido, un pobre pescador sin deudos ni amigos, sino el hombre a quien debió Rodrigo la corona del toledano imperio, el conde de los Notarios y del Tesoro, tan experto en el arte de gobernar, como fecundo en recursos y derramador de caudales; era el principal gobernador de los godos, el duque de la vasta provincia de Cantabria.

Por otra parte, si alguna confianza le inspiraban el afecto y decisión de la niña que iba a darle mano y corazón, motivos de recelo tenía en el carácter asustadizo de su padre. Las precauciones que tomaba éste para celebrar la boda, la precipitación repentina con que iba a llevarse a cabo, el silencio que guardaba con su hija acerca de la vuelta de Asier, todo le alarmaba o debía de alarmar al futuro esposo.

Y sin embargo, cuando alguno de sus amigos, con la sencillez propia de gentes sin doblez y la franqueza de los vascones, le tocaba este punto delicado, Teodosio le contestaba:

—¡No vendrán!

Como quien dice: no seré yo tan venturoso; no me darán ese gusto; no se pondrán al alcance de mi mano. Este era el secreto de su tranquilidad.

Habíase encerrado breves momentos con el mensajero de Pedro de Butron para enterarse bien de todo cuanto ocurría; por él supo que Eudon se llamaba nada menos que marido de la que iba a ser su esposa, y que

se había jactado de poseer el secreto del tesoro de Aitor como en señal de predestinación al trono pirenaico; por él también, y no era esto lo que menos le espantaba, la predisposición de Asier a favor de los cristianos. Quizá llegó a sospechar Teodosio que el nuevo duque de Cantabria estuviese ya secretamente bautizado, pues de otro modo no concebía los altos cargos y oficios que había desempeñado entre los godos.

Su calma procedía de la firme resolución de concluir para siempre con pretensiones tan locas como audaces, de romper y quebrantar los estorbos que se oponían a las suyas.

Apresurémonos a decir que no se le pasó siquiera por las mientes la idea de un duelo; esta irracional y bárbara costumbre nació, o por lo menos se generalizó después; entre los vascos no era conocida. Pero había determinado encerrar por de pronto en Gastelúzar a entrambos personajes, cubriendo todas las apariencias de la justicia, para conseguir lo cual muy ardientemente deseaba que Asier y Amagoia viniesen al valle de Goñi, de donde quizá no habían de salir.

Tenía que contar para ello con su padre, que al fin y al cabo, aunque anciano ya de noventa años, era señor natural y legítimo de aquella comarca, y por respeto y honor, el primero y principal de toda la Vasconia independiente. Retirado con él aparte en Jaureguía, le dijo:

—Padre y señor, ya lo habéis oído. Amagoia y su hijo están de vuelta, y es probable que se presenten el día menos pensado en nuestro valle.

—Mejor, hombre, mejor—respondió candorosamente el buen nonagenario.

—Sí—repuso Teodosio con voz sombría,—es lo mejor; tal me parece a mí también.

—Cierto—repuso Miguel, tan sencillo y bondadoso como de costumbre;—lo cortés nada quita a lo valiente. La hospitalidad no se le niega a nadie. Vengan aquí la madre y el hijo, norabuena; con un par de asientos más, aunque estemos algo apretados, nada habrá que pedirle al festín de tus bodas.

—¿Y qué? ¿pensáis, por ventura, que Amagoia y el duque de Cantabria han de venir aquí como convidados?

—¿Qué importa? Yo convidó a todo el mundo, sin llamar a nadie. No parece sino que ahora te desayunas. ¿No sabes tú, desde que te han salido los dientes, que en Jaureguía y Gastelúzar no se estilan llamadas ni convites? Aquí caben todos; y si aquí no, ahí están Munárriz, Azanza y demás pueblos del valle; y si no bastan los pueblos, las sierras de Urbasa y Andía son bien anchas. El día en que las viese yo cubiertas de huéspedes... ¡qué sé yo!... reventaría de gozo.

—Padre, Asier y Amagoia no vendrán aquí como huéspedes ni amigos.

—Que vengan como quieran; el caso es que vengan.

—Sí, ese es el caso—repuso Teodosio con siniestra sonrisa.

—¿Pues no han estado aquí nuestros enemigos? ¿Tantos meses hace que vinieron aquí los godos?

—Godo es Asier, y conocido entre ellos con el nombre de Eudon y el título de duque de Cantabria. Con ese título y con ese nombre viene a disputar a vuestro hijo el cetro de Vasconia.

—¡Viene a disputarte el trono! Me alegro, hombre, me alegro. Me estaba dando quehacer eso de que nadie

se te opusiera en pretensiones a la corona. A mí no me gustan artificios, ni cosa que se le parezca. ¡Qué sé yo! No estaba contento con que te comieses la hogaza de mogollón y por respeto y consideración a las canas de tu padre y al nombre gloriosísimo que han dejado tus siete hermanos en la montaña. ¿Viene Asier con ínfulas de rey? ¡Soberbio! Yo lo presentaré y lo dejaré hablar, si no tiene quien lo defienda so el árbol del Consejo. Así verán todos que no tratamos de sorprender ni de engañar a nadie; que sólo buscamos la pro común y el bien general de la cristiandad, que ha de redundar en el de nuestra amada escualerria.

—Padre y señor, no se trata de elegir rey, sino de que hagáis justicia a vuestros pueblos, castigando los crímenes de esa familia de ladrones, asesinos y malvados.

—¡La familia de Aitor!—exclamó el anciano con rostro ya casi tan blanco como su barba y cabellera.— ¡Así habla el hijo de Miguel de Goñi y el futuro rey de los vascos! ¡Así trata a los primeros hijos del patriarca, cuyo nombre le enseñé a pronunciar siempre con respeto!

—Preguntádselo a Petronila, a esa mujer a quien llamamos la loca de Echeverría, y que, por lo visto, es la persona de más juicio y previsión en estas montañas.

—Y bien, ¿qué dice Petronila?

—¿No lo sabéis? ¿No la habéis oído acusar a Basurde de incendiario del caserío de Aitor, de envenenador de su cuñada y de conatos de robo del tesoro de los vascos?

—Pero Basurde no es Amagoya, ni menos el hijo que Amagoya adoptó muchos años después de la muerte de su marido.

—Pero Asier y Amagoia—replicó Teodosio con ira reconcentrada,—no sé por arte de quién, quizá por arte del diablo, al que deben de tener propicio, como paganos y enemigos de la cruz, han averiguado el secreto del tesoro, y tratan de robárselo a Constanza; ¡y a Constanza exclusivamente pertenece, a Constanza, que mañana ha de ser mi esposa!

—No se lo robarán.

—¿Por qué?

—Porque Amagoia, aunque pagana, es la primera de las hijas de Aitor, y siglos y siglos han pasado, y cien y cien generaciones han transcurrido transmitiéndose el secreto de una a otra, de mano en mano, y el secreto existe, y el tesoro se conserva intacto para que llegue a las tuyas. Nada temas, hijo mío; no hay en la familia del patriarca, no hay en Aitormendi, ¿qué digo? no hay en toda la escualerria alma nacida capaz de cometer ese crimen, que en cierto modo, y salvo los debidos respetos, casi me atrevería a llamar sacrilegio.

—Pues es necesario precaverse contra el hijo y la madre; es preciso encerrarlos, si no perpetuamente, por lo menos hasta que yo sea rey.

—Si no se desmandan, si no cometen ningún delito, ¿cómo los hemos de castigar?

—Eudon es duque de los godos; viene a levantar aquí un reino, a disputarme la corona, a continuar la guerra de vascos y godos, a mantener la usurpación de nuestro territorio; Eudon es nuestro mayor enemigo, y como tal lo habéis de tratar.

—Teodosio, mis padres me enseñaron a tratar a los hombres, amigos o enemigos, en ley de justicia, que es la ley de Dios, a juzgarlos según sus obras.

—Ese hombre se opone a mi casamiento.

—¿Y es tu padre, acaso, o padre de tu futura esposa?

—No, pero está enamorado de ella.

—Pues entonces, más digno es de compasión que de castigo.

—Lloraréis vuestra debilidad quizá con lágrimas de sangre.

—Puede que tengas razón, porque ya comienzo a sentir el remordimiento de haber sido débil...

—¿Con él?

—Contigo.

Débil pudo haber sido Miguel, pero nunca hasta ceder a la injusticia. Su energía y rectitud en aquella ocasión eran una prueba más de la fortaleza de los flacos cuando son fundamental y sólidamente buenos.

Teodosio, ciego de cólera, despechado por la inesperada resistencia que hallaba en su padre, exclamó con ronco acento:

—Lo que vos no queréis hacer, tendré que hacerlo yo.

Y el anciano, con voz lacrimosa y trémula, le contestó:

—¡Y será bueno que pongas a tu padre en el caso de proteger a los extraños y castigar a su único hijo!

—¡Oh! ¡Cuando yo sea rey!...

Miguel de Goñi se le quedó mirando con los ojos cuajados de lágrimas.

—¡No lo serás!—dijo murmurando.—¡No puedes serlo!

El hijo le había vuelto las espaldas, saliéndose del aposento. El padre aún permaneció en él largo rato para que nadie fuese testigo de sus sollozos y del llanto que corría por su barba luenga y majestuosa.

CAPÍTULO II

De cómo el abad aconsejó a Teodosio lo que éste quería.

Mucho más de media noche era pasada; todos estaban durmiendo, o por lo menos todos estaban acostados en Jaureguía. Cuasi alboreaba ya cuando a las puertas del tosco y sencillo palacio de la montaña sonaron fuertes y repetidos golpes, desusados y, por cierto, completamente inútiles si quien los daba sólo se proponía que abrieran para entrar en casa, porque la puerta no estaba cerrada.

Pero la persona que tal estrépito armaba sólo quería, al parecer, despertar a los moradores, porque continuaba sacudiendo golpes y más golpes con su robusta guecía de peregrino, y con ella procuraba también espantar a los perros, que fueron los primeros en contestar con tremendos ladridos, dignos de los golpes y bastonazos.

Quien primero, después de los mastines y lebreles, salió al zaguán, fué el monarca futuro, que aquel mismo día se desposaba con la hija de Aitor, con la doncella más rica y noble y, según voz general, más hermosa de toda la tierra vascongada.

El acudir tan presto nos induce a sospechar que Teodosio no dormía, por más que estuviese tendido en el lecho, aderezado y mullido por su madre. Y después de los sucesos del día anterior, no debemos extrañar que huyese de sus párpados el sueño.

Trafale sin sosiego y de mal humor la modestia de su matrimonio, que quasi reputaba clandestino, por

más que se celebrara con los doce señores ricos hombres de Vasconia por testigos, y ante los cinco pueblos del valle y los habitantes de algunos otros del contorno, a los cuales había llegado la noticia de la boda.

Imposible parece que tan pequeño contratiempo en su programa de fiestas le turbara pocas horas antes de ir al altar, y de un acontecimiento que debía de formar época en las montañas de Vasconia y aun en todas las tribus de aquende y allende los Pirineos.

En el egoísmo de su ambición, que al fin iba a ser completamente satisfecha, había soñado con la alegría general, con locuras de entusiasmo, con extremos de júbilo popular; y hasta llegó a recordar entonces, y a sentir más vivamente que nunca, la muerte de García Jiménez y Andeca, a la cual atribuía aquella frialdad, aquella sombra de tristeza que menguaba y obscurecía los resplandores de su próximo triunfo.

Quizá lo veía todo por el prisma de su conciencia; quizá entretenía y apacentaba su imaginación con tan mezquinos y vanos pensamientos por apartarla de otros que le espantaban.

Sondeándose a sí propio en el silencio de la noche y soledad de su aposento, por primera vez encontró miedo y cobardía en el fondo de su corazón.

Una mujer, una anciana, le hacía temblar. Amagoya, enorgullecida y envalentonada con la venida de Asier y la posesión del secreto vinculado en la familia de Aitor, podía turbar la boda, desbaratar quizá sus mal seguros planes, y Asier, dueño de Iruña y de todas las ciudades góticas del país vasco, retardar la elección y acaso arrebatarse el cetro.

Estos debían de ser sus pensamientos dominantes, porque al sentir los primeros golpes a la puerta de

casa se levantó del lecho donde se había acostado vestido, y exclamó con sordo acento de rencor:

—Ellos son.

Y requirió a tientas la espada, ciñéndosela y lanzándose al zaguán con pasos precipitados, siniestras miradas y rostro y ademanes descompuestos.

—¿Quién es? ¿Quién llama y alborota así a estas horas?—gritó desde lo alto de la escalera.—¿Quién ha cerrado la puerta de Jaureguía?

—¡Teodosio, Teodosio!—le contestó una voz que no le era completamente extraña y con muy pronunciado acento montañés.—Sólo en busca vuestra vengo. Os traigo nuevas de un amigo.

Aquello le tranquilizó.

Cuando descendió cerca del umbral quedó sorprendido al ver a un hombre que, no obstante parecer vecino y quizá vasallo suyo, no se atrevía a pasar adelante, como solían, aun a las altas horas de la noche, todas aquellas gentes.

—¿Por qué no entráis?

—Tengo que hablar con vos a solas—le contestó el recién llegado.—Mejor estaremos en la era.

—¿Quién sois?

—Un escudero de García.

—¿De García Jiménez?

Y como el montañés respondiera afirmativamente, prosiguió el hijo de Goñi:

—¡Desdichado amigo mío! Aunque bien mirado, más feliz es él que nosotros: descansa en paz.

—¿También vos creéis que García ha muerto?

—¿Pues qué? ¿nos han engañado? ¿Vive García?

—Vive: está ya de vuelta, y me manda un mensaje para vos.

—¡García Jiménez en Vasconia! ¿Cómo no viene a mis bodas?

—No se ha detenido ni a ver a su madre: tenía que llegar Iruña.

—¡A Iruña, a la ciudad de los godos, antes que a nuestros valles! ¿Qué transformación es esa? ¿Qué novedad ocurre?

—García Jimenez ha sido nombrado conde, duque o rey de Vasconia, y me ha dado este pergamino para vos.

Y así diciendo el escudero, le entregó un pedazo de vitela. El hijo de Miguel lo tomó maquinalmente, sin conciencia de lo que hacía, sin saber a punto fijo lo que le pasaba.

¡García resucitado también; García de vuelta de la batalla, vivo, ceñido de lauros y circundado del prestigio y fama de su empresa, y García, duque, rey, caudillo y señor, dirigiéndose ufano, sin duda, y ambicioso, a la metrópoli, donde sólo como mercaderes podían entrar los vascos! Aquel golpe le irritó, creyéndolo superior a sus fuerzas; era por lo menos brusco, imprevisto y nunca por él imaginado.

—¿Qué es esto?—exclamó al fin, estrujando entre sus manos el pergamino.—¿Cuántos duques, reyes y señores hay en Vasconia? Nosotros no reconocemos a nadie que no sea elegido por los ancianos. Aquí no valen servicios prestados a gente extraña y enemiga, ni nombramientos ni títulos de godos. ¡Aquí no ha de haber más rey que yo!

Y no pudiendo enterarse del pergamino por falta de luz, o tratando de excusar la lectura, en cuyo arte no debía de ser muy experto, preguntó al mensajero:

—¿Y qué me dice aquí ese falso amigo, ese mance-

bo desvanecido y resabiado con el trato y afición de nuestros mortales enemigos?

—Eso vos lo veréis; yo no entiendo de letras.

Teodosio volvió a entrar en su casa con ánimo de acercarse al hogar y encender una tea. Había luz en la cocina. Plácida, que al ruido se había levantado, estaba esperando a su hijo, y se quedó espantada al verlo venir tan inmutado.

—¿Qué pergamino es ese? ¿Qué nuevo mensaje has recibido?—le preguntó.

—La orden, sin duda, del rey de Vasconia para que mi padre y yo nos sometamos a él y le rindamos homenaje.

—¡Del rey de Vasconia!

—García I, hijo de Jimeno; García, señor de Abárzuza y las Amezcuas y caudillo de los godos.

—Lee, hombre, lee. Si estás loco, no trates de que tu madre pierda el juicio. Serénate, y deja en paz a los muertos.

—Viven todos; no ha muerto nadie, ni Asier ni García. Pero yo os juro que, si en ello se empeñan, han de morir entrambos a mis manos.

—¿Quién?

—El impostor Eudon, el miserable García. Y no les han de valer ni su paganismo al uno, ni su hipocresía al otro.

—Lee, y repórtate siquiera delante de mí y momentos antes de recibir un sacramento.

—¡Ellos, y todos cuantos ambiciosuelos se me atravesasen en mi camino!

—Lee.

Teodosio se acercó a la tea y pasó la vista por el escrito, mientras su madre seguía con ansiedad, adivinan-

do por el semblante del lector las impresiones que éste iba recibiendo.

El hijo de Gofñi lanzó un suspiro y cayó confundido y desplomado en un banco de roble arrimado a la pared, dejando al lado el pergamino y cubriéndose el rostro con entrambas manos.

—¿Que tienes?—exclamó la anciana.—¿Qué te dice ese mancebo?

—Madre mía—le contestó, sin poder apenas contener los sollozos,—ese mancebo a quien he llamado falso amigo y miserable, es un hombre que a fuerza de virtud, de lealtad y de nobles y generosos sentimientos me avergüenza y anonada. El miserable soy yo. Y siempre sucede lo mismo. No me miréis así; no me creáis loco. Jamás he visto las cosas con más claridad que en este momento. Oid, madre mía: García Jiménez vive, y ha vuelto aquí después de la desastrosa campaña de la Bética; y sin detenerse un instante ni a verme a mí, ni a su madre, sin cruzar siquiera sus valles, corre a la metrópoli de los godos a desbaratar las intrigas y siniestros planes contra mí fraguados por Asier, y sólo se detiene un momento para decirme: «Vive tranquilo, Teodosio: mientras tú celebras las bodas y eres alzado sobre el pavés, yo voy a trabajar por ti; quiero entregarte, como regalo de boda, la ciudad de Iruña, la sumisión de los godos de Vasconia».

Y después de expresarse con semejantes razones, se levantó de repente en ademán de salir.

—¿Adónde vas?—le preguntó su madre, sin poder disimular la inquietud en que la ponía la exaltación de su hijo.

—¿Adónde queréis que vaya, sino a descargar mi conciencia de las enormes faltas que la abruman?—

contestó Teodosio compungido.— Ahí tenéis esa carta; hacedla pública. Que la lea quien sepa leer, que se entere de ella todo el mundo. Regocijense nuestros valles en la resurrección de García, y resuenen hasta los huecos de nuestras peñas con la magnanimidad y virtudes del mejor de los vascos.

Y en efecto, aquel hombre singular, confusa mezcla de grandeza y mezquindad, de buenas y malas cualidades, en cuyo corazón alternaban las faltas y el arrepentimiento, con vocación hacia lo grande y extraordinario, y débil hasta el punto de no corresponder nunca como debía a los divinos llamamientos, poco tiempo después estaba arrodillado a los pies del abad Juan de Vergara, que le oía en penitencia. ¡Ay de él si resistía a semejante empuje de la divina gracia! ¡Ay si quería engañarse a sí propio, y su transformación se perdía en veleidad!

Habíase esparcido entre tanto por el palacio, por el pueblo y por todo el valle la grata nueva que trajo el escudero amezcuano, al cual rodeaban todos y dirigían mil preguntas acerca de Andeca y sus vizcaínos, de García, de Rodrigo, de Pelayo, de los godos cristianos, de los árabes y moros musulmanes.

En medio de aquella curiosidad y del vivo interés con que se escuchaba el relato, cien y cien veces repetido, del escudero de García, descollaba como sentimiento general y culminante el júbilo por la vuelta del señor de Abárzuza y las Amezcuas, el encarecimiento de sus hazañas, la ponderación de sus virtudes y del gran servicio con que iba a coronar sus glorias, devolviendo a los vascones las ciudades y territorios usurpados.

Aquel servicio era todavía mayor de lo que ellos

mismos al pronto se figuraban. Comprendióse luego que si las esperanzas y prometimientos de García se realizaban quedaba inutilizado Asier y desvanecida, por consiguiente, la nubecilla que se levantaba en el horizonte de los Pirineos, preñada de horror y tempestad.

Mientras Teodosio estaba en el templo habíanse reunido al aire libre, y bajo la copa del roble inmemorial, los doce gobernadores de Vasconia, para deliberar acerca de los acontecimientos de aquel memorable día.

Nunca tan claramente como a la sazón se había visto el cumplimiento de las profecías de Aitor, el logro de las esperanzas unánimes del pueblo vasco. Instrumento de la anhelada redención era indudablemente Teodosio de Goñi, a quien se atribuye la conversión de Constanza, de Lartaun y Usua, de todo el valle de Butron; pero el principal ejecutor de los decretos de la Providencia era, en concepto de todos, García Jiménez, privilegiado por sus dotes de entendimiento y por sus estudios, notabilísimos entre aquellas gentes rudas, impulsado por Dios desde que salió de Abárzuza para las Dos Hermanas, y sobre todo desde que tuvo el arranque de agregarse al ejército cristiano de los godos para guerrear contra los sucesores de Omar, el conquistador de Jerusalén, cada vez más sedientos de sangre, de ruinas y despojos. Aunque joven, tantas pruebas había dado de madurez de juicio, de entereza y prudencia en su conducta, que a todos infundían plena confianza sus palabras.

Y esas palabras debían sonar a voces de ensueño en la tribu más que ninguna otra sufridora en todos tiempos del azote del invasor. ¡Los vascones dueños de Pamplona, siempre cautiva, siempre dominada por ene-

migos desde la época romana, desde edad ya casi inmemorial!

Era, en efecto, dicha soñada, fábula inverosímil a fuerza de ser grata y lisonjera; dulce ilusión muchas veces imaginada, nunca creída. Pero esta ilusión, esta fábula, este ensueño tenía entonces el fundamento de las promesas de García, de la nueva era que daba comienzo con las bodas de Teodosio y la ruina del imperio visigótico. En el calor del misterioso fuego de vocación divina y de venturosos e inesperados acontecimientos, todas aquellas gentes sentían en el rostro el oreo de nuevos tiempos, la frescura de nuevas proezas y el cambio de enemigos.

Sin darse cuenta de ello, por ventura, los ancianos ricos hombres lo vislumbraban ya, lo presentían instintivamente, y guiados de la prudencia y persuadidos del importante papel que tenían que desempeñar en aquel terrible y vigoroso drama en que se interesaba la cristiandad entera, ni un solo momento permanecieron ociosos e inactivos; y animados todos de unos mismos sentimientos, determinaron mandar inmediatamente avisos a las cendeas y valles, dándoles cuenta de lo ocurrido y disponiendo que se armasen por si circunstancias imprevistas hicieran necesario correr, volar, en auxilio del mancebo amezcuano. Al propio tiempo se consideró necesario enviar gente a Pamplona para informarse de la llegada de García y del éxito de la empresa a que se había comprometido.

Cuando Teodosio salió de la iglesia, la asamblea había terminado, y tanto los ancianos como los echecojauas forasteros y del valle se hallaban en Larreñagusia o era principal, desde donde pondrían tender la vista al portillo de Val-de-Ollo, por el cual parecía

probable que entrase la nupcial comitiva. No ocurría novedad; el portillo estaba desierto.

—Es claro—decía Teodosio;—se habrán detenido en las Dos Hermanas. Petronila tendrá que hacer a Constanza la entrega del tesoro de Aitor, y como la mujer de Lope no está completamente curada de su locura, quizá haya ocurrido algún contratiempo. Pero vendrán todos, los de Butron y los de Echeverría. Lo del tesoro deben dejarlo para después.

Así decía el novio disimulando su inquietud; pero más francos sus acompañantes y convidados, murmuraban por la tardanza, y creían que el descubrimiento del tradicional secreto era un signo de bendición del cielo. Todo estaba dispuesto. El abad, si no revestido con los sagrados ornamentos, los tenía preparados sobre la mesa de la sacristía; hasta la campana de la torre parecía impaciente por voltear, como niña que espera en el baile la señal del bastonero. Por el semblante de Teodosio pasaban a veces ráfagas de recelo, nubes que turbaban por un instante la serenidad del júbilo general.

Pero más impaciente que todos, Miguel de Goñi iba y venía a todas partes, sin sentir la pesada carga de los años, y hablaba a todos, y no dejaba en paz a nadie, sin detenerse dos minutos en ningún sitio.

—Bajad y asomaos a la garganta de Ollate—les decía a unos.—¡Como no se les antoje venir por Udeloa, camino más fresco, aunque más largo! Llegaos vosotros a la parte de Arteta. Seguid unos cuantos la enderecera de Idosea hasta salir del hayedo, y si los divisáis, volved de un brinco. No sería malo poner vigilantes en Churregui, que nos hicieran señal desde la cima.

—Padre, para cuando suban allá, ya estarán los de Butron en casa—le contestó Teodosio.

—Hombre, si yo tuviera tus años—le replicó Miguel regañando,—ya habría cogido un caballo y tomado la guecia, y no habría parado hasta encontrarlos.

—Así debiera ser, padre mío; pero tengo que aguantarme aquí por motivos que no debéis ignorar.

—Pues los ignoro—siguió diciendo el anciano;—ayer los comprendía; pero ¿qué miedo pueden inspirarnos ya ni Asier ni Amagoia, cuando tenemos a García en Iruña dueño de la ciudad y del Dominio, y posesionado de todos los presidios góticos en tu nombre y en pro de todos los vascos?

—Yo os juro que si esto no es así, que si los godos se resisten y Amagoia toma a su sobrina la delantera y trata de armar escándalos en Val-de-Goñi, he de cantarles más claro que ella canta en Aitormendi las noches del plenilunio. Yo os juro que hijo y madre, brujas y brujos, han de recibir su merecido.

—¡Todavía, Teodosio, y después de haberte confesado!

—¿Y en qué ofendo a Dios, padre mío, tratando de que alcance el brazo de la justicia a quien se opone a mi dicha, que es la ventura de todo el suelo vascongado?

Y efectivamente, así lo parecía; en el gozo de aquella mañana podía haber oleaje de impaciencia, mas no se mezclaba ni una gota de amargura, fuera de las que de cuando en cuando destilaban del corazón de Teodosio. Todos los aldeanos se habían puesto sus vestidos del día de fiesta, y en todas partes se notaba algazara que no tenía explicación ninguna.

Todos tomaban la boda como suya propia, y el novio verdadero sólo se distinguía de los demás mozos porque, al parecer, era el que menos tranquilo y con-

tanto se mostraba. Lo mismo sucedía dentro de las casas: en todas las del valle parecía que iba a celebrarse el matrimonio del hijo predilecto; sólo en Jaureguía la madre del novio suspiraba; el padre, siempre alegre y de rostro candoroso y apacible, se quedaba turbado a veces y pensativo, y Teodosio todavía acariciaba, maquinalmente quizá, la empuñadura de la espada.

Plácida buscaba en las ocupaciones y quehaceres domésticos el descanso de su corazón. Nunca se la ve entre los que huelgan y se divierten, ni siquiera al lado de los que se gozan contemplando la alegría de los demás. Entremos en Jaureguía o Gastelúzar, y la hallaremos entre los que trabajan. Aquéllos piensan en la dicha que ven o que les espera; ésta en proporcionar a todos lo que han menester para que nada echen de menos en su felicidad.

Ella dispone la comida; ella la habitación de los desposados, cediéndoles su propio lecho; ella es la única que piensa en algo y quiere hacerlo todo. Va del palacio al castillo, y del castillo al palacio; entra en los almacenes y despensas; da vuelta por las cocinas, y cuando atraviesa de uno a otro corredor, y el viento le trae los ecos de la música o de la gritería, se estremece y levanta los ojos al cielo, y se acuerda de los hijos que yacen sepultados en el atrio de la iglesia, y los compara con el único hijo que le resta, y cuyos tormentos adivina, cuyo desasosiego le infunde pavor y cuya ambición le espanta por lo mismo que espera verla satisfecha dentro de breves horas. Mas no por eso se distrae de sus ocupaciones; después de su breve plegaria vuelve a la cocina y dispone comidas y más comidas, camas y más camas en Gastelúzar, en Jaureguía, en Aizpun, Azanza, Munárriz y Urdánoz, y sonríe

de paso a las personas que la encuentran, y que por conocer a Constanza pueden decirle:

—¡Ay, señora! ¡Qué felicidad la vuestra! ¡Qué hija tan buena vais a tener!

—Tenerla es lo que quiero; pero la hija no parece— les contestaba, convirtiéndose, como de costumbre, en eco de la preocupación común.

En cambio el padre de Teodosio no hacía nada más que fatigarse, andando de acá para allá con excitación febril. Esta, sin embargo, se calmaba cuando tendía los ojos por el valle y lo veía cuajado de farasteros. Por de pronto, Jaureguía rebosaba ya en convidados, y había sido preciso abrir de par en par las puertas de Gastelúzar, sin que por esta vez lo exigiesen las necesidades de la guerra.

A Gastelúzar, en efecto, se habían tenido que refugiar Miguel y Plácida, dejando su habitación y su propio tálamo a los novios. Pero el anciano se sonría y celebraba que ni palacio ni castillo fueran suficientes a contener los huéspedes, habiendo sido preciso acomodarlos en los cinco pueblos del valle; y esto, que a cualquier administrador o mayordomo le habría aterrado, para el señor de Goñi era un encanto, el *non plus ultra* de la felicidad.

Y con tanta gente como se iba reuniendo, la expansión del júbilo no se avenía con la angostura del hogar, y se derramaba fuera en todos sentidos y con mil distintas manifestaciones.

Los unos levantaban sencillos arcos de triunfo con ramas de boj, hayas y encinas; los otros comían y bebían sin aguardar la hora del festín, y quiénes entretenían con más cordura el hambre pasajera con silbos y tamboriles y cantares improvisados. Gente aseada

por todas partes, ojos alegres y labios risueños que prorrumpían en gritos inarticulados, mostraban bien a las claras que el gozo requería un ámbito más dilatado que el de chozas y caseríos, castillos y palacios. ¡Qué hogueras en todas partes! ¡Qué danzas alrededor! ¡Qué degüello de reses, y qué destrozo de bosques y ganado!

Todo cambió, sin embargo, de repente. Los emisarios o espías que con tanta previsión habían mandado los ancianos del Consejo a la metrópoli de los godos se apresuraron a volver de la cuenca misma de Pamplona con la irritante y dolorosa noticia de hallarse cerradas las puertas de la ciudad, y dentro de ella, prisioneros y en evidente peligro de muerte, García y los montañeses todos, que, llamados por Eudon, habían concurrido al mercado.

—La boda tiene que suspenderse ya—exclamó Teodosio,—dado caso de que hoy hubiera podido verificarse. Obligación nuestra es acudir en auxilio de García y los vascos, atrapados en Iruña por Eudon como en una ratonera.

Semejantes razones acabaron de aguar la fiesta; pero tan nobles y sensatas eran, que nadie se atrevió a contradecirlas. Volvió el novio hacia el árbol de la iglesia, a cuya sombra estaban esperando los ancianos y echeojaunas, tomando el fresco y bebiendo vino aguado y dulcificado con miel. Teodosio, delante de ellos, se expresó en aquellos propios términos.

—García—añadió—se ha presentado sin duda a los godos irunienses reclamando la sumisión, a cuya intimación, poco prudente, habrán éstos contestado haciendo prisioneros a todos los vascos.

—No hay duda; así ha debido de suceder.

—García es un mancebo de nobilísimos arranques y de muy sanas y rectas intenciones; pero mancebo al fin que no sirve todavía para gobernar.

Y todos, al parecer, convinieron en ello, o por lo menos todos guardaron silencio. Hubo, sin embargo, entre aquellos ancianos rudos, pero maliciosos, quienes se fijaron en el talante del futuro rey de Vasconia cuando acabó de decir estas palabras; por primera vez se les pasó por las mientes la idea de que no les convenía para rey un hombre que en aquellos momentos todavía pensaba en sus rivales imaginarios.

Teodosio cayó al punto en la cuenta de la imprudencia que acababa de cometer dejando escapar de lo hondo de su corazón uno de los secretos que le roían y devoraban.

Quiso subsanar su falta añadiendo inmediatamente:

—Señores que gobernáis a Vasconia, ya lo he dicho antes de llegar aquí: la boda se suspende hasta mañana, o hasta que se pueda.

—¿Por qué?

—Porque no es hoy día de fiesta ni regocijos; porque lo primero es atender a nuestros hermanos, y me temo que a Pedro de Butron y su familia les haya sucedido alguna desgracia en el camino, toda vez que a la hora presente no han llegado a Val-de-Goñi.

—Llegarán muy en breve—contestaron los emisarios,—porque los hemos visto sanos y salvos, tranquilos y alegres, enfrente de Iizarbe.

—Pues en tal caso—dijo el abad,—no hay motivo para dilatar el matrimonio. La suspensión de festejos, sí; pero la del sacramento no es conveniente en el estado a que han llegado las cosas. Si os parece, nobles señores, mientras la gente moza toma las armas y se

prepara y se mueve hacia Iruña, vos, Teodosio, podéis recibir la bendición nupcial, y aún tenéis tiempo de tomar un bocado y alcanzar a los guerreros en el camino.

Esta proposición pareció a todos prudentísima y puesta en el orden. Teodosio, a quien tanto lisonjeaba, se limitó a decir que la creía muy del agrado de Pedro de Butron, cuya prisa para casar a su hija antes de los escándalos y voces de Amagoia, le constaban mejor que a nadie.

Todo se podía llevar a cabo sin perder un minuto siquiera. Por mucho que se acelerase la partida de los montañeses armados, el caudillo llegaría antes que ellos al pie de los muros de Pamplona.

Estaba también persuadido de lograr que entrasen presto en razón los godos, amedrentados y abatidos con la muerte del rey, la derrota de las numerosísimas huestes cristianas y la audacia de los árabes, en todas partes vencedores.

Con este nuevo golpe creía el pretendiente poder subir al trono con más desembarazo, con nuevo prestigio y dando la mano a su esposa, la hija de Aitor.

Aparentó, sin embargo, que se dejaba arrastrar por los consejos del abad y la opinión general. Cediendo, pues, de la suya, avisó a los valles más próximos a la ciudad que todos los mozos obligados a responder al apellido acudiesen como pudieran a las órdenes de Lope de Echeverría, y en Goñi, poco antes alborozado, sonaron de pronto los instrumentos que llamaban a la guerra. Sus ecos disonantes, roncocos y a la sazón temerosos, resonaban con furia cuando Constanza y su comitiva aparecieron en el valle.

—¡Extraña música y desusado recibimiento es éste!— dijo Lartaun.

—No sé por qué me da miedo — contestó Constanza.

—¡Yo que vosotros, me volvía atrás! — añadió la madre. — ¡Aquí va a pasar algo siniestro!

Sin embargo de los sonidos bélicos de las trompas éuscaras y del pasmo repentino del gozo general, cuando la familia de Aitor apareció en el portillo los cuernos de guerra enmudecieron y todas las gargantas vibraron con el grito de triunfo y aclamaciones montañesas que ya conoce el lector.

Teodosio se presentó llevado como por arte de encantamiento. A la vista de su futura esposa, toda inquietud, toda preocupación desapareció de su semblante; el amor le rebosaba del pecho.

—¡Una por una, es mfa! — pensaba.

Y viéndole feliz, también parecía serlo la desposada.

—¿Cómo habéis salido tan tarde de Echeverría? — les preguntó Teodosio.

—Muy tarde no hemos salido; pero topamos con Pacomio, que nos ha obligado a detenernos. Tramábase en Iruña una sublevación contra García, que ha llegado al amanecer, y el buen ermitaño temía que al saberla los godos de las orillas del Larraun y Burunda se volviesen contra nosotros y no nos dejaran cruzar acá. Y en efecto, alguna amenaza hemos escuchado, algún amago hemos visto, que ese honrado eremita ha logrado contener.

No satisfacían completamente a Teodosio los elogios que Pedro de Butron hacía de la solicitud harto sospechosa de Pacomio; pero no era ocasión aquélla de profundizar la materia, ni de hacer sobre el particular observación alguna.

Miguel, entre tanto, oyó el grito montañés desde la

puerta del palacio, cuya fachada principal daba al Mediodía, y con la voz más robusta y alegre que había salido de sus pulmones, dijo a Plácida, que estaba en la cocina abrasada, más que por el fuego, por el retardo, que tanto inflaba en la comida:

—¡Ya vienen, Plácida, ya vienen!

Al poco rato salió la anciana al portal con agua fresca y un cesto de bollos y pastelillos de leche, huevos y miel.

—Pasados de necesidad vendrán esos pobres—exclamó;—más pasados que la comida.

Miguel no la oía. Estaba aguardando a los novios con febril desasosiego, respondiendo distraído a las preguntas que sus amigos le dirigían, y dirigiendo él preguntas que hacían sonreír por lo inocentes. Pero al ver llegar a Constanza entre sus padres y Teodosio, comenzó a temblar de júbilo; y sin moverse de un punto, quizá por no dar a entender la debilidad física a que le había reducido la excitación, alargaba los brazos para acortar la distancia que de los nuevos huéspedes le separaba.

Por fin subieron éstos a la pequeña planicie que se extiende delante de Jaureguía, y Constanza tuvo el buen gusto de apearse en los brazos del anciano, arrojándose en ellos sin reparos ni melindres, como quien se envanece y gloria de tenerlo por padre.

¡Ah! ¡Con qué acento, que salía de lo íntimo del corazón, le prodigaba Miguel al oído el dulce nombre de hija! ¡Con qué puro y santo cariño aplicaba sus blancos labios a las frescas y sonrosadas mejillas de la doncella de Butron! Era tan hermosa y tenía expresión tal de bondad, que Miguel no se hartaba de mirarla, y la abrazaba otra vez, y se enternecía de gozo, y la ben-

decía con aquellas bendiciones de padre, que abarcan, como los brazos de la caridad, el universo mundo.

El semblante de Constanza es uno de los que más se resisten al pincel. Con ser bello, no consistía en la hermosura su principal encanto, sino en su expresión de candor angelical. Era el tipo de su raza, georgiana en opinión de algunos sabios; pero con ojos entre garzos y azules, de dulzura agasajadora, de cierta suavidad que no engañaba nunca. Aquellos ojos podían mostrarse tristes alguna vez: jamás airados. La cólera en ellos debía deshacerse en llanto, y refugiarse el terror en aquel corazón para destrozarlo. Su mirada, siempre suplicante o compasiva. La nariz, de una regularidad admirablemente perfecta; la boca, dulce y afable; la frente, despejada y serena, y la garganta también de asombrosa perfección. El cabello, castaño claro con magníficos reflejos de oro, pero todavía envuelto en toca azul y blanca, y cortado como las solteras. El aire, sencillo y gracioso, aunque lánguido y poco resuelto.

Comparada la hija de Lartaun con Amaya, hubiérase dicho que aquélla atraía y ésta fascinaba; que Constanza era la goda, y Amaya la vascongada. Pero lo que más puede caracterizarlas es que haciendo buenos las dos a cuantos las miraban, la una imponía la bondad como un mandato irresistible, y la otra, como un atractivo.

—¡No la mereces, Teodosio!—exclamó el padre.—Cuidado cómo me la tratas.

Estas palabras, dichas por abundancia de corazón y en tono de amable severidad, descubren la grata impresión que acaba de hacer Constanza en el anciano, que de repente la hizo suya y la puso quizá en lo más íntimo de su pecho, recelando que Teodosio no fuese digno de ella.

—Decís bien, padre mío—contestó éste con sinceridad;—no la merezco.

Y le besó la mano respetuosamente.

Pedro de Butron era alto, delgado, de facciones finas, de cara redonda y pequeña. Tendría de cuarenta a cincuenta años. La expresión, bondadosa y melancólica como la de su hija. Miguel se volvió hacia el futuro suegro de Teodosio, y le dijo sonriéndose:

—¡Pedro, si todavía eres un chico! Vamos, haré cuenta de que tengo otro más. ¡Bendito sea Dios, que me los trae conforme me los quita!

Y diciendo esto tomó un bollo, que aún estaba caliente, y se lo dió a Lartaun como quien da golosinas a un niño.

—¿Y Constanza? ¡Constanza! —añadió.— ¿Dónde anda? Toma tú, muchacha, que debes traer más hambre que un pajarillo en invierno.

Pero Constanza había desaparecido con su madre y la madre de Teodosio. Juntas habían subido al aposento que para los nuevos esposos se había destinado por los antiguos.

—Este es vuestro cuarto—le dijo Plácida al entrar.

—No, señora madre; éste es el vuestro.

—Por lo mismo será el de Teodosio y el tuyo de hoy en adelante. Aquí nació Miguel; aquí hemos vivido en paz sesenta años; aquí viviréis vosotros otros tantos, y sólo para morir en él Miguel os lo pedirá prestado. Porque es grato morir en el mismo lecho en que se ha nacido. Pero veo que te pones triste, hija mía, y yo tengo la culpa de hablarte hoy de estas cosas.

—No es eso, madre mía, sino que...

Constanza se detuvo sin saber cómo indicar a Plácida

lo que le pasaba. Mirábala con todo cariño, con inefable dulzura, y estaba pálida, y no sabía decir más, ni podía expresar mejor lo que sentía.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que revelaros un secreto.

—Primero, la boda; los secretos, después.

—No; primero el secreto.

—Hija mía, Teodosio y tú estáis en ayunas.

—Concluiré en pocas palabras. En el camino de las Dos Hermanas he sabido que Amagoya tenía razón: vive Asier; no murió, como se creía.

—¿Y qué?—preguntó Plácida alarmada.

—Vive, y está en la escualerria con su madre.

—¿Y qué?—tornó a decir la de Teodosio.

—No os asustéis—añadió Columba, interviniendo en el diálogo;—mi hija no ha amado nunca a nadie hasta que ha conocido a vuestro hijo.

—¿Se puede amar a un hombre a los doce años?—preguntó Constanza candorosamente.

—No; no se le ama como a los quince.

—Pues entonces, es cierto; a nadie he querido en el mundo sino a Teodosio.

—Pero de niña, ¿querías a Asier?

—Antes de conocer a vuestro hijo, os hubiera contestado que sí; después de haberlo conocido, os digo que no.

—¿Y ese es tu secreto?

—Ese.

—¿Ese tu pecado?

—Ese.

—Pues bien: en penitencia, un abrazo. Y ahora al altar. Espera, sin embargo. ¿Has hablado de esto con Teodosio?

—¿Cómo podéis suponer que yo se lo haya ocultado? Sí, Andra Plácida, todo lo sabe. A su debido tiempo, y con anuencia de mis padres, le enteraré de todo.

—¿Y qué?

—Teodosio quedó sin duda complacido de mi sinceridad y de la confianza que en él depositaba. Me pareció que desde aquel día se acrecentó su amor. Ya no volví a pensar en Asier, a quien creía muerto ocho años ha...

—Pero desde que sabes que vive y que está de vuelta...

—Amo al que Dios y mis padres me destinan para esposo con más cariño y decisión que nunca.

—Al altar, pues, al altar, que ya se va haciendo tarde.

—¿Y nada más tenéis que decirme como madre de Teodosio?—preguntó Constanza.

—¿Qué más he de decirte, hija de mi vida?—repuso Plácida con inusitada abundancia de palabra.—¿Qué quieres que te diga, palomilla sin hiel, más blanca que los ampos de la nieve? Vamos en paz al templo, hija nueva, que restauras el cariño de todos los hijos que he perdido. Vamos en paz.

—Lo que yo siento, Andra Plácida, es no haber conocido a Teodosio desde mis primeros años. Porque si lo hubiese visto en mi niñez, y mis padres me hubieran dicho: «ámalo», como de Asier me decía Amagoia, a nadie más que a él habría amado. Ahora mismo me parece que no he vivido hasta conocer a Teodosio, porque él ha sido causa de que mis padres y yo hayamos abierto los ojos a la luz de la fe.

—No, Constanza; no te dejes llevar de tu imaginación, que me parece excesivamente viva. Es en vano

afligirte por lo que no estaba en tu mano evitar, ni puede traer ya graves consecuencias. Que antes de conocer a tu esposo otro hombre te haya querido, ¿qué importa? Que tú, dócil a la voz de tu tía, que era como segunda madre para ti...

—Más que madre, era el ave que me amilanaba y aturdiría. Mis padres hicieron muy bien en sacarme de Aitormendi, y apartarme de ella; Amagoia me fascinaba, y sólo desde que soy cristiana me siento libre de la magia que sobre mí ejercía.

—Contra la mirada de esa ave de rapiña tenemos en la montaña los rugidos de una leona. No la temas. Vamos al templo.

Bajaron. Ya era tiempo, porque la muchedumbre estaba inquieta. Teodosio esforzándose en aparecer tranquilo, y Miguel, al frente de los ancianos, rendido de fatiga y obstinado en no descansar hasta sentarse a la mesa.

La distancia de Jaureguía a la iglesia es sólo de algunos pasos; pero éstos se dieron con toda solemnidad, yendo la novia entre Columba, Plácida, Olalla y otras muchas echeoandrias, y Teodosio con su padre, los ricos hombres, Pedro de Butron y multitud de personajes nuevos, que llegan tarde a nuestra historia para darlos a conocer de nombre siquiera.

Entraron en la iglesia. Los que en ella no cabían, se quedaron en el atrio esperando, apiñados y con los ojos fijos en el pórtico.

Merced a la dirección de todas las miradas y al ansia con que todos se agolpaban entre el palacio y el templo, nadie vió entrar en el valle un hombre, montado en una jaca, cuya negra y sedosa piel estaba cubierta de polvo y espuma, y despedía gotas de sudor, como si

acabara de salir de un río. Venía a todo escape; corría a todo correr, tendido el pescuezo al nivel del cuerpo, cuasi en línea horizontal. Enseñaba los dientes, abría desmesuradamente las narices, como si todo el aire de la atmósfera fuese poco para sus pulmones, y miraba al pueblo, que parecía término de su carrera, con ojos de desesperación. Aún le faltaba que subir la cuesta, pedregosa, empinada, superior a sus fuerzas.

El jinete la animaba y la aturdira con descomunales voces; la picaba en el lomo, en el cuello, en los ijares, con la punta de la guercia, y de este modo consiguió llegar a la cima, al borde mismo de la era. Pero al poner los cascos en el llano flaquearon las piernas del caballo, el cual, doblando la cerviz y mirando tristemente y de soslayo al implacable caballero, cayó de pronto al suelo y descendió rodando por un precipicio, y tras una corta convulsión, expiró.

El jinete, afortunadamente, había quedado en pie; y sin corresponder a la postrera mirada del noble y desdichado bruto, se dirigió al pueblo, cuyo silencio le espantaba y le infundía cierta esperanza al propio tiempo.

De repente sonó la campana de la iglesia, y estalló clamor estrepitoso de vivas y aplausos, de alegría y regocijo.

—¡La bendición! ¡Ahora les echan la bendición!—dijeron mil voces.

El recién llegado se detuvo como herido de un rayo.

—¡Tardel!—exclamó con sordo y desesperado acento.—¡Siempre llego tardel! ¡Siempre! Pero ni ahora, ni nunca, me daré por vencido.

CAPÍTULO III

De cómo las niñas dicen las verdades de las locas.

Eudon tendió la vista alrededor.

Nadie había presenciado ni advertido su llegada, ni la caída del caballo al hondo precipicio. Sólo algún desdichado zagal, obligado a fuerza de halagos o de amenazas a cuidar del rebaño en las montañas circunvecinas, y tal cual impedido, recostado a la sombra de los ciclópeos muros de Gastelúzar, podían ser, a la sazón, testigos de aquel acontecimiento, notable para nosotros, insignificante para ellos.

Y que lo viesen o no, ¿que le importaba al duque de Cantabria? Todo lo había perdido, y a todo venía resuelto. Sin amparo de nadie, sin más terreno que aquel en que ponía los pies, en él quería seguir luchando, si no por el triunfo, por la venganza. Confundirse y perderse entre la multitud, acercarse a Constanza y Teodosio y turbar y destruir su dicha, era ya su único afán. Y destruirla pensaba con una palabra, y si esa palabra no bastaba, con el acero. No le arredraba el morir, si moría vengado. Ni deudos y secuaces, ni amigos y prosélitos, ni Amagoia, ni siquiera Pacomio, le hacían falta; para su negra desesperación le estorbaba sin duda la compañía.

Quizá el desamparo y soledad le protegían en los primeros pasos de sus criminales propósitos, que ya se dejan adivinar. ¿Quién en día de tanto bullicio y de continua afluencia de forasteros paraba mientes en la venida de un forastero más? Su mismo apresuramiento

se explicaba naturalísimamente por el ansia de llegar a tiempo de asistir a la augusta ceremonia, que en aquel punto había terminado.

Solo, y por nadie conocido tras ocho largos años de ausencia, ¿quién podía figurarse que aquel joven era el duque de Cantabria, conde poco ha de los Notarios, de las Largiciones y del Tesoro en la corte de los godos, y el hijo de Amagoya, el primer amante de Constanza, el temido Asier, cuyo despecho se quería eludir adelantando la boda?

Enderezó sus pasos a la iglesia del pueblo, en torno de la cual se enroscaba la muchedumbre, apretando el edificio con la fuerza de la curiosidad; andaba con planta firme y determinada y el continente de quien va mandando un ejército.

Para acercarse al templo tenía que pasar delante de Jauregufa. La puerta principal, abierta de par en par y festoneada de bojes y flores silvestres, estaba obstruída por gran parte del público, que aguardaba a los desposados para darles el parabién y conocer de cerca a la novia, de cuya hermosura y bondad se contaban maravillas.

Eudon había resuelto presentarse en el palacio de improvisado y sorprender a su prometida; pero romper aquella falange de entusiastas y curiosos, ardua si no imposible empresa, requería algún tiempo más del que podía disponer, y le obligaba a llamar la atención, excitando la curiosidad. Afortunadamente para su intento, divisó libre y franca la puertecilla secreta que las antiguas crónicas mencionan, y atravesó por ella sin dificultad alguna.

Ni por el traje ni por los rasgos de su fisonomía distinguíase de las gentes que poblaban a la sazón

aquel felicísimo valle. Venía empolvado, sudoso; trafa impreso en el semblante el sello especial y característico de las catástrofes: era su mirada sombría, feroz y de expresión diabólica, que contrastaba con la ingenuidad y alegría general; pero en cuanto a las demás apariencias, podía pasar por un vasco de tribus de la costa, en quien nadie reparaba, porque nadie en tales momentos se detenía en observaciones fisonómicas.

Confundido entre el vulgo, entró en Jaureguía sin llamar la atención. Hallóse al pie de una pequeña escalera, que conducía al piso principal, y luego en obscuro y largo corredor, al fin del cual se veía la luz del aposento en que habitualmente dormían los patriarcales señores del valle. Por el corredor andaban de prisa gentes que sin duda alguna buscaban ventana para asomarse y ver la fiesta desde lo alto.

—Allí—decía uno,—aquel cuarto parece que está desocupado.

Y señalaba el de Miguel de Goñi.

—No, allí no—contestaba otro de los curiosos;—es el aposento de los señores. Ahí no entra nadie. Ahí subirán inmediatamente los novios cuando vuelvan de la iglesia.

Y se retiraron al interior de la casa.

Eudon los dejó marchar sin decirles nada, y sonriendo avieso, repitió murmurando:

—¡Ahí subirán los novios cuando vuelvan de la iglesia! Ahí me encontrarán.

Y con resonantes pasos, que hacían retemblar todo el ándito, encaminóse ciego de ira a la desierta cámara, que, en efecto, a pesar de caer hacia el templo y de ser el punto más a propósito para ver salir la nupcial comitiva, por todo el mundo había sido respetada.

Al entrar en el cuarto donde Miguel de Goñi había nacido noventa años atrás, cerró el duque la puerta que tan raras veces se entornaba, y rendido de fatiga y abrumado por siniestros pensamientos, sentóse en un arcón enorme de nogal, donde guardaba Plácida sus mejores ropas y alhajas.

—Aquí—exclamó con sorda voz,—aquí vendrán, aquí los aguardaré.

Maquinalmente puso la diestra en el puño de la espata, la desenvainó, examinó la punta y entrambos filos, y prosiguió satisfecho:

—No falta nada. Todo está dispuesto para la conclusión de la fiesta.

Quedóse pensativo algunos instantes. Su silencio era más espantoso y preñado de horror que sus palabras.

—¡Los dos!—tornó a decir.—¡Los dos han de perecer a mis manos, después de haberme oído! Ella y él. Ella primero... ¡No, ella no! Me faltarían luego las fuerzas. Que le quede la vida para suplicio; que lo vea a mis pies revolcándose en su propia sangre; que haya en el mundo quien dé perpetuo testimonio de mi venganza. Vendrán aquí después de la ceremonia: esa gente lo dice y no se engaña; subirán en compañía de sus padres, que les dirán con grave y solemne acento: «Este ha sido nuestro tálamo, y desde ahora será el vuestro». ¡El suyo! ¡Oh! ¡Y vacilo y tiemblo! Morirán ella y él; morirán cuantos me estorben y quieran detener mi brazo.

En aquel momento se renovaban las aclamaciones. Se había terminado la misa después del desposorio. Mozos y ancianos salían de la iglesia con el mismo aparato, ostentación y gravedad con que habían entrado;

pero con mayor júbilo. Gozo inefable resplandecía en todos los semblantes, y muy particularmente en aquellas personas iniciadas en los secretos de la familia, que tenían ver profanados los augustos ritos por la súbita aparición de la furiosa pagana de Aitormendi.

Eudon se levantó; fuerza irresistible le impulsaba hacia el espectáculo. Complacíase en acrecentar su propio dolor, en añadir más y más combustible a la hoguera en que se consumía, en desgarrarse las entrañas. Diríase que se sentía débil y quería tomar fuerzas, y alzarse más ahondando su ignominia.

A cierta distancia, y detrás de una cortina para no ser visto desde la calle, pudo contemplar de lleno el triunfo de su enemigo y el regocijo popular. Pero no vió nada, absolutamente nada, desde que sus miradas pudieron clavarse en el rostro de Constanza. Cerca de dos lustros hacía que no la había visto. Nunca soñó que llegara a ser tan bella como entonces la veía. La dejó niña y la encontraba mujer, y casada y enamorada de otro hombre, que le robaba en un día el amor y la corona; la vida, más que la vida, el honor y la felicidad.

¡Qué hermosa estaba! ¡Cuánto había ganado desde la niñez! Por viva, por dulce y grata que fuese la imagen que de ella tenía grabada en el corazón, parecióle débil trasunto, sombra confusa, al lado de aquella joven a quien contemplaba en la primavera de la edad, en la plenitud de las gracias y en el colmo de la felicidad.

Constanza hacía dichosos a sus padres, a su marido y sus pueblos, y la ventura universal se reflejaba en su alma, en sus miradas, en su sonrisa, en su talante y su rubor. La religión, la piedad, el candor y la virtud

embellecen, y Eudon era harto perspicaz para no comprender dónde estaba el foco de aquella riquísima luz que le deslumbraba.

—¡Oh! ¡Y es buena!—pensaba; y a sí propio se decía:—¡Es buena esa mujer que me está matando! ¡Y falta a sus juramentos, y no falta a su concienzual! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué misterio es éste que no pueden taladrar mis ojos? ¿Cómo esa mujer que ayer me dice por boca de Pacomio: «deja a Toledo, vuelve a Vasconia, preséntate a mi padre, mira que te amo de corazón y te espero con impaciencia», cómo se casa con otro sin temor ni remordimientos? ¡Y ni siquiera se acuerda de mí! ¡Y va libremente al altar! ¡Y es dichosa!... ¡Y es buena! Quisiera negarlo, y no puedo; su rostro lo dice: ¡es buena! Por ser amado como Teodosio, por merecer una palabra cariñosa, una sonrisa de esa boca, que tantas me prodigaba, yo lo daría todo... ¡Todo! ¡Mi reino y mi tesoro; mi nombre, mi nombre mismo! ¡Y yo jugaba con ella, y reclinaba mi frente en el mismo regazo en que ella se adormía! ¡Y una misma madre nos arrullaba! ¿Te acuerdas ¡ay! te acuerdas de los cantos de Amagoya cuando ella se sentaba con el arpa en la mano, y nosotros nos recostábamos a sus pies? ¡Ah! Tú no lo recuerdas. Has perdido el corazón, y con el corazón la memoria. ¡Tú no eres la misma, no!... ¡Eres mejor!—añadió sin poderse contener.— ¡Mejor para todo el mundo, menos para mí!... ¡Para mí sólo ingrata, perjura, tornadiza y cruel hasta el olvido y la superchería!

Volvió los ojos, apartóse al interior del aposento para no verla, y fuera ya del círculo mágico que insensiblemente le iba atrayendo a la ternura, exclamó:

—¡Yo haré que de mí se acuerde! ¡Memoria ha de

tener de mí toda la vida! Aunque luego se descubra todo, aunque todo quede luego destruído.

Creyó sentir entonces una carcajada detrás de sí; tornó súbitamente el rostro, pero no vió a nadie. Eudon quedó petrificado. Más hubiera querido encontrarse con un fantasma, con una aparición sobrenatural y diabólica, que con el vacío. Aquel hombre tan sereno, dominante y superior a los demás, acostumbrado a disponer de reyes y mandar en reinos, temblaba ante aquellos pobres y sencillos montañeses, ante aquella niña que no tenía otro escudo que su virtud, su bondad y la dulzura y pureza de sus ojos; se estremecía de pies a cabeza, y apenas podía sostenerse sin echar las manos a la pared al escuchar aquella risa, que el eco sin duda le traía desde la calle o de algún aposento inmediato.

—¡Miserable de mí!—decía murmurando balbuciente.—No soy ya el mismo. Vuelvo a ser lo que fui: un triste pescador, un judío supersticioso y cobarde. Mi raza y mi sangre me avasallan, y en el momento crítico van a faltarme las fuerzas para asestar el golpe al corazón, para sostener siquiera el acero. Es ella, es ella quien me embarga y disipa el encanto de mi poder, y me hunde y anonada. Para ser criminal tengo que dejar de amarla; que si al verla de lejos me siento flaco, desmayado y apartado de mí mismo, ¿qué será cuando oiga su voz, respire su aliento y perciba la agitación de su pecho, los latidos de su corazón? Que vivan, que me vean en el trono. Dueño de la mitad de Vasconia, con las riquezas de Aitor ganaré la otra mitad.

Pero aún le faltaba otro golpe tremendo.

La idea del casamiento de la hija de Aitor y de la monarquía pirenaica eran inseparables en la mente del

pueblo vasco, y al vitorear algunos montañeses a los desposados, prorrumpieron también en gritos de «¡Viva Teodosio, nuestro rey!»

Quiso Miguel imponerles silencio: los ricos hombres, celosos de la autoridad del Batzarre, con la voz y significativos ademanes protestaban contra aquella irregularidad, harto impropia de gente apegada a sus antiguos usos y costumbres. Pero el grito estaba dado, y no dejaba duda de que el hijo de Goñi era el rey de la muchedumbre, aunque todavía no fuese proclamado por los Doce, y Eudon pudo leer en los ojos de su rival el logro completo de los afanes de toda su vida.

Aquella satisfacción, aquel aire de triunfo borraron del corazón del duque de Cantabria los gérmenes de piedad, ternura y compasión que iba depositando en su pecho el dulce amor de sus primeros años. Abrió la puerta del aposento como si quisiera adelantarse a su venganza, como si anhelara por devorar con la vista al autor de su derrota y desventura.

—¡Que vengan!—dijo.—Te llaman rey, pero no calentarás la corona en tu cabeza. Por cerca que te creas del trono, más cerca tienes el sepulcro.

Y con la ezpata en la mano esperaba a Teodosio para abalanzarse a él como un tigre.

Nadie, sin embargo, se presentaba en el claustro. La felicidad no distraía al desposado del cumplimiento de sus deberes. Inmediatamente después de haber salido de la iglesia dió la última mano a sus disposiciones para socorrer a García. Siguiendo los consejos del abad, había consentido en casarse mientras la gente de armas tomar marchaba hacia Pamplona; pero no quiso sentarse a la mesa sin haberse asegurado de que sus órdenes se habían cumplido. Cuando supo que la gen-

te de guerra iba delante, dijo a su padre y los ancianos de Vasconia:

—Ahora la comida, como quiere el buen párroco Juan de Vergara. Puedo disponer de un par de horas, y alcanzar a los guerreros antes de que lleguen a Iruña. El festín para mí será más breve que para vosotros, pero no menos alegre y regocijado.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!—contestaron muchas voces, que resonaron como una sola.

Subieron todos a la sala principal con la solemnidad acostumbrada: primero el abad, después los ancianos del gobierno y los padres de entrambos consortes, y éstos por último, y tras ellos la turbamulta de convidados que no pertenecían al festín de Gastelúzar.

Aunque la cámara nupcial caía a la parte opuesta de la gran sala, convertida en comedor por la insaciable hospitalidad del señor del valle, el estruendo de los pasos y la algazara de tanta gente de boda llegaron a los oídos del duque, puesto en acecho.

Comprendió la causa de aquel ruido, y se avergonzó de tener que esperar allí, solo y escondido como un asesino, largas, mortales horas quizá, que para su rival pasarían en un soplo entre lisonjas, parabienes y esperanzas de ventura.

¡Teodosio y Constanza diciéndose furtivas palabras de amor, mirándose y sonriéndose en la plenitud de la dicha, entre sus padres, no menos dichosos, y ante los gobernadores, expresamente llamados para proclamarlos reyes! ¡Teodosio en el festín sentado a par de su esposa, y él allá, olvidado, desatendido, maltratado por la suerte, que se había complacido en elevarlo a la cumbre para despeñarlo al fin desde la suprema altura! ¡El en aquella estancia y ante aquel tálamo revolvien-

do en su mente proyectos de sangre y horror, teniendo que respirar en atmósfera de ventura, de virtud y de santidad! ¡Su cuerpo en el aposento de los patriarcas angelicales de Vasconia, y su alma en los tormentos del infierno!

—Yo no puedo con esto—decía Eudon;—aquí me ahogo. Moriré como duque de Cantabria, no como un ladrón.

Embozándose en su capa vasca, después de haber envainado la espada y tomando la guacía de peregrino, lanzóse desesperado hacia la sala del banquete. No podía equivocarse el camino: la algazara de los convidados le guiaba.

El último de ellos acababa de entrar, y viendo Miguel de Goñi la mesa completa, exclamó con alborozo:

—La bendición, Juan de Vergara; la bendición antes del primer bocado.

Un desconocido apareció entonces en el umbral.

—¡Antes del festín, justicia! Justicia tenéis que hacerme, como señor de Goñi.

Era Eudon quien pronunciaba con tremenda voz palabras semejantes, que dejaron a todos suspensos y estupefactos. Teodosio, que estaba sentado a la parte opuesta, se levantó irritado contra el impertinente desconocido, con vagos presentimientos de terribles escenas.

—¿Quién eres?—le dijo.—¿Qué pides? ¿Qué horas son éstas de querellas y demandas?

Pero el recién llegado, sin dignarse de mirarle ni de contestar a sus preguntas, traspasó la puerta desde la cual había dirigido la palabra, y echado atrás manto y capucha, se adelantó hacia Constanza, y le dijo, cla-

vando en ella la mirada más terrible que la infeliz había tenido que soportar en toda su vida:

—¿Me conoces, hija de Aitor, me conoces?

Temblaba la novia; temblaba a pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse tranquila.

—¿Me conoces?—tornó a decir Eudon con acento aún más tremendo que su mirada.

—Sí.

—¿Quién soy?

—Eso no lo diré jamás. Eso vos lo sabéis, y yo no debo revelarlo.

El duque de Cantabria quedó sobrecogido y perplejo un solo instante. No sabía a qué atribuir tan inesperada y extraña salida. Pero el rostro de la hija de Lartaun indicaba cierta compasión en lucha con la severidad, y el de su marido, la súbita mordedura de los celos. No necesitaba más Eudon: había descubierto el camino más seguro de la venganza, y creciendo en osadía, continuó:

—Comprendo tu silencio. Mas yo no tengo ningún respeto que guardar. Señor de Goñi, señores del gobierno de Vasconia, soy Asier, hijo de Amagoia. Constanza de Butron, soy tu primer, digo mal, soy tu único marido. Este matrimonio que acabas de celebrar es nulo. Jaun Miguel, entregadme mi esposa. Esa es la justicia que tenéis que hacerme, eso es lo que pido.

Reinó en aquel estrado, repleto de gente, el más profundo silencio, hasta el punto de percibirse el tenue roce de la espada que desnudó Teodosio para traspasar el pecho de su rival. Pero tenía delante la mesa, casi tan larga como la sala, y para cuando quiso saltar por encima, los brazos de los circunstantes le detuvieron.

—Dejadlo que me asesine—exclamó el duque sin pestañear.—¡Dejadlo! Sólo así podrá casarse de veras con la viuda del hijo de Amagoya.

Y por vez primera puso los ojos en el desposado, que pugnaba por desasirse y lanzarse sobre el recién venido.

—Déjale hablar—le dijo el abad;—éste es caso de conciencia.

—Teodosio—añadió Miguel,—se me pide justicia contra mi propio hijo; siéntate y calla.

Los vascos, aun de recia condición y violentas pasiones como Teodosio, nunca desobedecían a sus padres.

—Callo y me siento—respondió con sorda y sumisa voz el rey presunto.—Pero necesito que esta farsa concluya presto. García y nuestros amigos, cautivos en Iruña, nos esperan, y lo que se quiere es que yo no vaya a libertarlos. Que diga ese godo cuanto se le antoje: con tal que sea breve, no despegaré mis labios.

Sentóse cabizbajo, de codos sobre la mesa, con ambas manos en la empuñadura del acero, cuya punta se clavó en la tabla. Las miradas de Eudon, como sabe el lector, eran irresistibles; todo lo empequeñecían y pulverizaban. Cuando él quería, sólo él aparecía grande. Pero su grandeza satánica veíase forzada a rendir parias a la virtud, como se abate Luzbel ante el signo de nuestra redención.

Constanza parecía insensible por la fuerza del terror. Quiso luchar en un principio: cierto vigor oculto la sostenía y animaba; pero no sé qué especie de lástima se apoderó de su corazón súbitamente. Quizá tuvo miedo de su propia defensa; quizá las revelaciones que tenía que hacer eran el principio de escenas sangrien-

tas, que trataba de evitar a toda costa. Tímida y asustadiza, buscaba siempre el camino recto; y aun no se contentaba con lo bueno: aspiraba a lo mejor; nunca, sin embargo, se creía segura de lo que hacía.

En la ocasión presente, y sobre todo después del breve coloquio que tuvo antes de la boda con la madre de Teodosio, y con su prima Olalla al venir del templo, ninguna duda, ningún escrúpulo le quedaba acerca de la libertad de su corazón; pero al oír delante de personas tan respetables aquellas palabras: «El matrimonio que acabáis de celebrar es nulo». «Eres mi esposa». «Soy tu primer marido»; al ver que el párroco Juan de Vergara declaraba caso de conciencia la protesta de Eudon, tuvo desconfianza de sí misma, miedo de su antiguo amante, miedo de los arrebatos de su marido, miedo de sus padres, miedo de todos los presentes. Las protestas de Eudon le sonaban a sentencia inapelable; sus propios escrúpulos le parecían la voz de la conciencia, adormecida por el error y ofuscación de largos años.

Miguel de Goñi quería mostrarse fuerte y sereno; pero estaba a punto de llorar ante el dolor y las angustias que revelaba el semblante de su nueva hija; los arrebatos de Teodosio le parecían presagios de desdichas, y el abortado festín de boda, principio de una serie indefinida de calamidades.

Plácida, en cambio, miraba a todas partes como leona en alarma que guarda la caverna donde duermen sus cachorros. Podía dudar todo el mundo, pero ella no. No sabemos en qué fundaba la seguridad que sentía en lo más hondo del corazón; pero tenía fe en la inocencia de Constanza, y el hijo adoptivo de Amagoya le inspiraba horror. Al través de todos aquellos celajes de

magnificencia llegaba a vislumbrar las negras calumnias del ambicioso y despechado amante.

—Despacha pronto a ese hombre—le dijo murmurando a su marido;—ese hombre es un impostor.

Estimulado y fortalecido Miguel con la voz de su esposa, rompió el silencio general, diciendo en alta voz:

—Despacha pronto, Asier; la comida nos aguarda, y si no fuera por los deberes que me impone la hospitalidad...

—Yo no soy ni quiero ser vuestro huésped—le contestó sin vacilar el duque;—soy un agraviado que viene a pedir justicia, un hombre honrado que os denuncia crímenes perpetrados en vuestra propia casa. Si no me atendéis, os acuso ante el Batzarre. Gobernadores de Vasconia, soy un marido que os reclama su mujer: Constanza es mía.

Y tan firme era su acento, que nadie osaba replicarle.

—Las pruebas—murmuró Plácida al oído de su esposo.

—¡Las pruebas!—repitió Miguel dando un golpe en el suelo con la guécia de plata, que había tomado en señal de autoridad.

Era la mayor muestra de energía que podía exigírsele en aquella hora de alboroto y aturdimiento.

—¡Las pruebas!—repitieron también a coro los presentes, que sentían la necesidad de decir algo y no sabían qué.

—¡Un látigo es mejor!— exclamó con sorda voz Teodosio, quebrantando irresistiblemente la ley del silencio que se le había impuesto.—Un látigo para ese perro gruñón y ladrador, envidioso de la ajena dicha.

—¿Pruebas me pedís?—dijo por fin Eudon con son-

risa desdeñosa y arrogante.— Amaya, hija de Lartaun y de Usua, aquí presente; Amaya, bautizada con el nombre significativo de *Constanza*, ¿es o no cierto que me amabas en tu niñez?

Interpelada tan bruscamente la novia, parecióle que recobraba el valor, principiando por confesar con nobleza la verdad que se le arrojaba al rostro.

—Sí—respondió con firmeza.

—¿Es o no cierto que, no estando ni tú ni yo bautizados, me diste mano de esposa delante de Amagoya, y le pediste el panal de miel con que se simboliza entre nosotros el matrimonio?

—También es cierto.

Y acrecentándose la audacia de Eudon con tamañas concesiones, añadió:

—¿Es cierto que mi madre nos bendijo?

—Tu madre, sí; mi padre, no. Mis padres se rieron de mí cuando les conté el caso, y me alejaron de Aitor-mendi para que no se repitiesen semejantes puerilidades.

Pedro de Butron quiso intervenir en apoyo de su hija, diciendo:

—No tenía Constanza la edad nubil...

—Eso lo veremos.

—Y le faltaba mi bendición, sin la cual nada valía la de mi cuñada.

—Pedro, señor del valle de Butron, que antes os llamabais Lartaun, dueño por vuestra mujer del caserío que lleva el nombre de Aitor—prosiguió el duque de Cantabria,—ahora soy con vos, y tendréis que responderme. Después de los desposorios celebrados con vuestra hija según los antiguos ritos, y a la edad poco más o menos de doce años, me presenté a vos y os

dije: «La Adivina de nuestra raza me ha hecho marido de Amaya y vaticinado que he de ser duque del solar vasco». «Cuando lo seas, me respondisteis, volverás por ella.» Pedro de Butron, duque soy, no sólo de la escuallería, sino de la Cantabria entera. Duque y vasco, os traigo a vos por juro la corona, y a todos los vascongados la paz y las ciudades y fortalezas que hemos perdido hace tres siglos. Ancianos señores de Vasconia, mandando yo, mandáis conmigo en Iruña y en las riberas del Arga y del Ebro. Soy el rey, reclamo la reina. Lartaun, vuestra hija es mi esposa; cumplid vuestra palabra como vascongado y caballero.

—Palabra de irrisión, de burla y desdén—repuso Pedro.

—Burlaros pudisteis vos del hijo de Amagoya—contestóle Eudon con voz de trueno,—mas no la Providencia. Tus burlas me lanzaron a los mares; pero allí estaba Dios, que me salvó en sus brazos del abismo. Y con la fe puesta en mi Salvador, y el corazón en la esposa que me esperaba, me hice rico, batallador, hombre de Estado, árbitro y hacedor de monarcas y monarquías, duque de Cantabria y poseedor, por último, del secreto de Aitor, como sello inequívoco y postrero de mi predestinación y misterioso llamamiento. Aquí no hay más rey posible que yo.

En medio del silencio general percibióse una carcajada.

No salía de los labios de Teodosio, como pudieron creer algunos; el hijo de Miguel seguía cabizbajo y taciturno. Quien de aquella manera intempestiva, irrespetuosa y procaz turbaba la solemnidad del juicio, era una niña, era Olalla, cuyo festivo genio y travesura recordará el lector. Eudon tenía en la memoria las risas

con que fué interrumpido en el cuarto de Miguel, y temió, y depuso por un momento su arrogancia. Pero conociendo que era hombre perdido desde el punto en que diese la menor señal de debilidad, prosiguió:

—Yo soy el único rey posible; pero si entre los vascos hay alguien que no pueda serlo, es ese.

Y señaló a Teodosio.

—¡Mientes!—contestó éste ciego de cólera.—Lo seré, y a palos te arrojaré de mis dominios.

—Ese hombre está mintiendo en todo—añadió Plácida.

—Elegidlo—prosiguió Eudon, sin hacer caso ni del hijo, ni de la madre;—elegidlo, ricos hombres de Vasconia; nombradlo rey si os atrevéis y lo dais por bien casado. Que sea vuestra primera reina la primera mujer vascongada que falta a su palabra; tronco y raíz de vuestra dinastía el primer euscalduna que rompe los vínculos de honor diciendo: «Es cierto que prometí, pero hablaba de burlas al hacer solemnes promesas, al empeñar mi honra».

Estas palabras iban derechas al corazón de los señores de Goñi y Aitorechea, y produjeron espantosa confusión. Arremolináronse todos en tumulto. Eudon acababa de encontrar la fórmula de un sentimiento que estaba en la conciencia del auditorio, el cual quedó dividido en grupos.

En unos se decía:

—Teodosio no puede ser rey: cualquiera menos Teodosio.

En otros se presentaba tímidamente en un principio, y con franqueza después, la candidatura de Asier:

—¿Por qué no ha de ser él? Es doblemente vasco, como natural y como hijo adoptivo de Aitormendi.

Nos trae la paz, la entrega de todos los presidios y fortalezas que los godos nos han ganado. Si es marido de Constanza, que se la lleve. Cristiano debe de ser cuando tanto mando ha tenido en tierra de cristianos. El es el único que puede convertir a su madre; y bautizada Amagoya, ¿qué más puede pedir la tierra vascongada?

—A falta de Teodosio—respondían los del grupo inmediato,—ahí tenemos a García. El hijo de Jimeno promete lo mismo que el de Amagoya, y no cabe mejor ni más cristiano, formal y caballero.

¡Oh inestabilidad de las cosas humanas! ¡Oh vuelcos de la fortuna! Los mismos que una hora antes gritaban ¡viva el rey Teodosio! a cualquiera menos a Teodosio querían hacer rey. Eudon triunfaba; pero su triunfo no podía ser duradero. Desde el punto en que comenzó el desorden, acercóse a él Juan de Vergara y le dijo que se retirase.

—¿Por orden de quién?—le preguntó.

—No os lo manda nadie—respondió cándidamente el anciano monje;—pero lo exige Constanza por evitar escándalos y efusión de sangre.

No deseaba otra cosa el duque de Cantabria. Había sacado todo el partido posible de una situación completamente desesperada, y él mismo estaba revolviendo a la sazón en su mente la manera de desaparecer sin que pudiera motejarse de cobarde. Pero al oír al abad el nombre de Constanza brilló en sus ojos un rayo de alegría, y respondió con maligna intención y de manera que pudiese oírlo Teodosio:

—Pues bien; decidle que la obedezco, y que sólo me marcho porque ella me lo manda.

El hijo de Goñi saltó como picado por una víbora:

—¿Qué le habéis dicho, Juan de Vergara? ¿Qué mensaje le habéis mandado, Constanza de Butron?

—Ninguno, señor marido, ninguno—le contestó Olalla.—Soy yo quien anda en estos negocios; soy yo quien quiere que ese hombre nos deje en paz, y se vaya con sus ducados, mujeres y coronas a otra parte. Aquí me quedo yo para ajustarle las cuentas.

—Cerrad esa puerta—dijo Teodosio a los que estaban más próximos a la salida del estrado.

Y fué instantáneamente obedecido; y una muralla de hombres se puso además delante, de modo que era imposible escapar.

—Ahora—añadió dirigiendo altivo la palabra al perturbador del festín,—ahora vos. Vos, como Asier, tenéis que esperar la sentencia del juicio que habéis provocado; y como Eudon y duque de Cantabria, quedáis en rehenes para responder de la vida y libertad de García y los vascos, villanamente detenidos en Iruña. Sentaos.

—Sentaos, hijo de Amagoya—repitió Miguel,—sentaos todos como yo. Constanza, hija mía... no, hija de Pedro de Butron, acabas de oír a tu acusador; ¿qué tienes que decir?

—Nada, padre mío, sino que soy hija vuestra y me glorío de serlo.

—Pero ¿qué respondes a las acusaciones que se te acaban de hacer?

—¡Responder! No me tendría por digna esposa de vuestro hijo si contestara a los cargos de ese desdichado. Dejadle salir. No me déis el repugnante espectáculo de verle expirar de vergüenza.

—¿Pues qué linaje de secretos tienes que revelar? ¿Quieres hablar a solas y reservadamente a nuestro buen abad Juan de Vergara?

—He hablado ya con el santo Obispo de Iruña antes de dar mi palabra a Teodosio. Mas no lo sabe todo Marciano... Lo ignoraba yo misma... hasta que mi prima, la hija de Petronila, me lo ha revelado esta mañana.

—Pero hoy tienes que declararlo todo en vindicación de tu fama.

—Ni una palabra más.

Sentóse Constanza y rompió en sollozos reclinada en el pecho de su madre.

—Yo, Jaun Miguel, yo lo diré muy claro y en pocas palabras—exclamó a la sazón la hija de la loca.—Si estuviera aquí mi madre, nada de esto habría pasado. Delante de Petronila no hubiera sido ese hombre tan audaz. Pero a falta de pan, buenas son tortas. Yo tampoco suelo morderme la lengua. ¿Queréis dejarme hablar?

—¡Que hable Olalla! ¡Que declare la hija de Petronila!

—¡Que se marche ese hombre primero!—tornó a decir Constanza, tan compungida, que apenas se la entendió.

—Que se quede—exclamó Teodosio.

—Que se quede o que se marche, importa poco. Yo no tengo la paciencia ni los miramientos de mi prima. ¿Hablo, Jaun Miguel?

—Habla lo que quieras, y di si estás haciendo otra cosa hace una hora.

—Pues bien; ese hombre, ni es Eudon, ni es Asier; es un impostor.

—¡Las pruebas!—dijo Miguel, que no había olvidado la lección de Plácida.

—Bien sabéis todos que mi madre estuvo loca—

prosiguió la niña.—Delante de ella todo el mundo hablaba sin reserva. Pero yo no sé qué género de locura era el suyo, y aun sospecho que muchas veces se hacía la loca, con más juicio que los que andaban a su lado. Ello es que mi madre lo recuerda todo, lo sabe todo; nuestra casa es una especie de venta, y nuestra cocina el hogar de todo pasajero. Pues bien: cuando yo era más niña se charlaba y se bebía delante de mí, si no con tanto abandono, con poco menos que delante de mi madre. Niña, curiosa, lo confieso, llegué... Vamos...

—Vamos, llegaste a descubrir...

—Hasta ayer, nada; no me había fijado en ello. Pero anoche, al saber mi madre la vuelta de Amagoya y de su hijo adoptivo, prorrumpió en expresiones que iluminaron mi entendimiento y refrescaron mi memoria. ¿Sabéis quién es ese hombre que ni se llama Eudon, ni Asier, ni es vasco, ni godo, ni franco, ni romano? El hijo de un judío.

—Yo no reniego de mi raza. Judío por mi padre, vasco de Aquitania por mi madre—contestó el duque de Cantabria, levantándose con dignidad.

Era su sentencia de muerte; aún peor, era el hierro candente con que a sí propio se marcaba el rostro con perpetua infamia; pero ni su voz temblaba, ni su mano se estremecía. Es imposible pintar el horror y desprecio que inspiraba. Teodosio los dió bien a entender envainando la espada, abriendo tranquilamente la puerta del comedor, y diciendo al duque con una sonrisa mil veces más cruel que el odio y la amargura:

—Salid; ni podéis hacernos daño, ni servís ya para rehenes de nadie.

—Lo cual no impide que haya sido el primer aman-

te de tu mujer, a quien tú te encargarás de hacerle recordar su amor primero—dijo Asier, y desapareció sin aguardar la respuesta del caudillo vasco, que seguía sonriéndose. Pero su sonrisa, a la sazón, era forzada.

Entre tanto Juan de Vergara estaba explicando a gran parte de los concurrentes que, aun cuando hubiese habido verdadero matrimonio entre Constanza y Asier, lo cual de ninguna manera podía admitirse por falta de edad y de requisitos indispensables, el acto habría sido nulo por error de condición y de persona.

CAPITULO IV

En que se dice quién era el Basajaun, y qué significa su nombre.

Aunque tarde, y con tan malos auspicios, celebróse al fin la comida de Jaureguía, la más importante y solemne parte de la función después de la religiosa.

Faltaríamos a la verdad histórica, y aun a la verosimilitud del relato, si dijéramos que la alteración de los ánimos, producida por los últimos acontecimientos, disminuía y relajaba el apetito de aquella gente voraz, que sólo un par de veces había almorzado. La hipérbole tiene sus límites; no llegaba ni podía llegar a tanto la influencia del asombro y alternación de gustos y disgustos. Entre personas de tan dura epidermis, las impresiones no suelen ser muy hondas, y rara vez afectan al estómago.

Mozos y ancianos, ricos y pobres, hombres dotados de jugos gástricos que disolvían guijarros, y de gargantas

que parecían sumideros, comían y bebían, si en un principio con la medida y comedimiento que lo grave de la fiesta y lo copioso del programa culinario requerían, muy luego, y conocidamente después de los primeros tragos, con franqueza y abandono tales, que dejaban satisfecho al mismo Miguel de Goñi, cuyo primer oficio era estimular con el ejemplo y la palabra el apetito de sus huéspedes.

Plácida, que horas antes se lamentaba de que la comida se iba pasando, pudo consolarse al ver que los convidados, o no andaban en melindres ni repulgos de empanada, o tenían la cortesía necesaria para devorar todas las viandas como si estuvieran en su punto y sazón, exquisitas y admirables.

La regla tuvo, sin embargo, sus excepciones, y primera de ellas fué Constanza, que apenas probó bocado, y sólo por obedecer a su marido y no dar a Miguel pena tamaña, permaneció en la mesa, hasta que, hallándose el festín a cierta altura, y no siendo ya fácil que ausencias cortas fuesen notadas, se retiró silenciosamente a la cámara que se le había destinado.

Tenía necesidad de orar y de llorar; repleta de lágrimas y confusiones, sólo a Dios quería confiar llanto y vergüenza. ¿En cuyo regazo sollozar como vencida, cuando su propia madre celebraba su victoria? ¿Ni cómo confesarse descontenta y humillada ante su prima Olalla, por ejemplo, que le había proporcionado el triunfo?

Sólo a Dios podía decir: «Mi honra está a salvo; duéleme, sin embargo, haberla recobrado a costa de la infamia de mi enemigo; soy la esposa de Teodosio, pero un judío se ha creído durante muchos años mi marido. Petronila hubiera conducido las cosas mejor

que Olalla: la loca habría sido más discreta que su hija».

Pero la loca, la hermana de su padre, faltaba en el banquete; no había querido honrar la boda con su presencia. Constanza, que la echaba entonces tan de menos, cavilaba acerca de su ausencia, y llegó a sospechar que no era muy del agrado de Petronila el matrimonio de su sobrina con el hijo de Miguel. Y dando ya por cierto y real lo que en un principio no pasaba de aprensión de conciencia escrupulosa y tímida, la desposada se preguntaba a sí propia:

—¿Qué motivos tiene Petronila para desaprobar mi casamiento? ¿Habré procedido yo de ligero en negocio en que a mí me va la honra, a mis padres la dicha de toda su vida y la esperanza de salvación a todos los vascongados? ¿Estaré por ventura alucinada? ¿Seré, sin saberlo, sin haberlo sospechado hasta ahora, la esposa de Asier, la mujer de un miserable israelita? ¡No, mil veces no!—repetía escuchando voz interior que la tranquilizaba.—He obedecido a mis padres, he tomado el consejo de los ministros del Señor, he declarado todo con sinceridad, con franqueza: yo no me puedo equivocar. Pero ¡Dios mío! ¿Qué será de mí si los demás se equivocan?

Así pensaba durante la comida aquella pobre niña, que guardaba todos los escrúpulos y tormentos para sí, y todos sus bríos y energía para el honor y ventura de aquellos a quienes amaba. Y amaba a todos: primero a su marido, a sus padres, a los padres de Teodosio; no podía, no sabía aborrecer a nadie... ¡ni al mismo autor de todas sus desdichas, angustias y martirio!

Al oírle hablar así consigo misma, y en lo más recóndito de su alma, tal vez pudiera sospecharse que,

si no rescoldo del antiguo fuego, algún calor guardaban las cenizas, y no era cierto; Constanza, al menos, lo protestaba en su corazón, y una de sus más vivas inquietudes se fundaba en el temor de que a nadie, y sobre todo a Teodosio, se le ocurriese semejante duda.

Deslizóse, pues, hacia su cámara, y al llegar entornó la puerta, y cayendo de rodillas delante de una cruz, rompió a llorar. Saliendo entonces del hueco de la ventana, donde estaba oculto tras el cortinaje, presentóse Eudon embozado, y se interpuso entre Constanza y la puerta. La desposada dió un grito, y levantándose con rapidez, se abalanzó buscando la salida. Por raudos que fueran sus movimientos, llegó tarde: el duque de Cantabria había cerrado la puerta.

—¡Eres mía!—exclamó.—Soy tu marido.

—Abrid—le dijo Constanza.

—Abriré si me prometes oirme un solo instante.

—No prometo nada. Abrid, o me arrojo por la ventana—repuso la novia con energía.

—Serás en todo obedecida—contestó Eudon, empujando la puerta hacia el corredor; —pero has de oirme.

—Dejadme salir—añadió Constanza, resuelta y determinada a todo, a dos pasos ya del umbral.

—Eso no. Tienes que escucharme. No me muevo de aquí, y son dos palabras las que voy a decirte.

Y como la joven, sin titubear, sin mirar más que a su deber, diese un grito llamando a Teodosio, prosiguió el duque:

—Grita, llámalo. Le mataré o me matará: vengo dispuesto a morir; pero mi sangre, vertida en este aposento, echará en tu honra indeleble mancha.

—Tu presencia me está infamando ya.

—Eres mi mujer.

—Sois el primero que está convencido de esa mentira. Jamás habéis creído que yo pudiera ser esposa de un judío.

—Ni judío, ni moro, ni cristiano. Seré lo que tú prefieras. Soy el duque de Cantabria, soy el rey, soy tu antiguo amante, soy tu marido. La ley, las juntas, los obispos, dirán lo que quieran; pero tu conciencia te dicta que sólo conmigo estás casada. Llamándote esposa, me lancé a los mares y crucé la Europa y el Asia. Para ser cada día más digno de ti he dejado atrás en saber, en riquezas, en títulos y honores a la mayor parte de los hombres.

•Cuanto más humildes sean mis principios, más encumbrado he de aparecer a tus ojos. Porque todo es obra tuya: soy la hechura de tu corazón; si tú no me hubieras amado, yo no sería nada en el mundo. ¿Eres reina? Ya soy rey. ¿Eres cristiana? Yo seré cristiano. Contigo, un santo, un héroe, un restaurador de la España que está perdida; sin ti... un desesperado. No te asustes. Dios me inspira altísimos pensamientos, y me inclina a lo mejor. Dios quiere hacerme bueno y grande, porque ha querido hacerme mía.

Constanza le contestó:

—Soy la mujer de Teodosio, amo a mi marido; pero aunque no le amara tanto, daría toda mi sangre, toda mi vida, toda mi reputación, por no ofenderlo, por ser una buena esposa.

Y aprovechándose de la suspensión y embargo que produjeron en Eudon semejantes palabras, muy propias del carácter y muy dignas del fervoroso espíritu de la recién bautizada, pudo salir ésta al claustro. Huyó precipitada hacia la sala del convite; pero antes de entrar

se detuvo, procurando reponerse de la turbación y serenarse. Por más que hizo, no pudo conseguirlo. Cuando tornó a sentarse al lado de Teodosio, éste le dijo muy inmutado:

—¿Qué tienes? ¿Lo has visto por ventura?

Bajó los ojos Constanza, y no le contestó.

—Respóndeme: ¿lo has visto?—repitió su esposo con aspereza.

—Sí; pero no te muevas. Por Dios te lo pido, Teodosio; no más escándalos.

—Quien no se ha de mover eres tú. Te lo prohíbo terminantemente.

Dijo el desposado, y sin cuidarse de llamar o no la atención, prestando más oídos a la voz de los celos que a los ruegos de su mujer, salió de la cámara del festín.

No estaban las miradas de los convidados para detenerse en idas y venidas, expresión y color de rostros, celos y demás menudencias. Fuera de que, teniendo que emprender el novio la marcha para Pamplona aquella misma tarde, nada tenía de extraño que interrumpiese con frecuencia la comida. Constanza se quedó aterrada y aun ofendida, y el menor grito de lo interior del palacio le parecía indicio de una catástrofe.

—No dejéis solo a Teodosio—le dijo a su padre, que al punto se echó fuera, comprendiendo que estaba pasando algo extraordinario.

La ausencia de Pedro de Butron era ya más notable, y estuvo a punto de aguar el malhadado banquete; porque tras de Lartaun fué el abad, y tras éste, Plácida y media docena más de los íntimos y comensales. Todos volvieron luego con Teodosio.

—Nada, no es nada—dijo en alta voz Juan de Ver-

gara.—Se había figurado el novio que Asier estaba aún en Jaureguía, y no es cierto.

—Nadie lo ha visto ni salir ni volver—añadió Plácida.

—Ni da razón de su persona alma nacida.

—El vino, Teodosio, el vino se te ha subido a la cabeza, y te ha montado un judío en las narices—dijo Lartaun, tratando de disimular su propia inquietud con una chanza, que por cierto de nadie fué celebrada.

—Un clavo saca otro clavo—exclamó el patriarca, alargando un vaso a su hijo.

Teodosio se lo bebió, diciendo a su padre con todo respeto:

—Vivid mil años.

—Hombre, si no estuviera mi vida en manos de Dios, sería cosa de ponerla en las tuyas.

Y se aplaudió la ocurrencia.

Entre tanto decía Teodosio a su esposa, con sorda y reconcentrada voz:

—¿Estás segura de haberlo visto?

—Segura.

—Has podido equivocarte... confundirlo con otro.

—No me equivoco, no lo confundo.

—¿Le has hablado?

Constanza reflexionó antes de contestar; le asustaba cada vez más el rostro de su marido.

—¿Le has hablado?—tornó éste a preguntar, exacerbado por aquel silencio.

—Ha querido hablarme, ha intentado detenerme; pero te llamé a voces, y ha huído.

—¿Por dónde?

—Lo ignoro... Por la escalera secreta quizá.

—¡Pero nadie más que tú lo ha visto! Satanás lo

protege y lo hace invisible. Pese al diablo, yo también le veré, yo quiero verle.

Volvió a salir, pero inútilmente. ¿Consistía en que todo el mundo a la sazón estaba comiendo, tanto en la cocina como en la sala, que caían a la parte opuesta del cuarto de los señores del valle, y a gran distancia también de la puerta excusada? ¿Llevaba por ventura Eudon algún otro disfraz debajo del vestido con que se había presentado a pedir justicia? ¿O tenía razón Teodosio cuando en un momento de ira, de celos y confusión, llegó a sospechar intervención diabólica en favor del hijo de Pacomio?

Ni lo niego ni lo afirmo. Que el espíritu maligno tomó parte directa y activa en estos sucesos, todos sus historiadores lo aseguran, y la tradición de once siglos, dándolo por cosa corriente, jamás lo ha puesto en duda. Con hechos de este linaje hay que contar para escribir la historia, la cual, descartada de lo sobrenatural, queda incompleta y mutilada.

Búsquese con diligencia la explicación sencilla y natural de los acontecimientos; pero si en estas investigaciones nos encontramos con otros de un orden superior a las humanas fuerzas, ¿por qué omitirlos ni ocultarlos? ¿Por qué no referirlos con la debida sencillez?

Del caso concreto a que nos referimos, nada dicen las leyendas; pero estando próximo a tantos otros, en que van a luchar contra Dios las fuerzas del infierno, ¿por qué no indicar desde luego que en el fondo de esta tradición hay algo humanamente inexplicable de que no debe prescindirse?

Como quiera que fuese, preocupado Teodosio con tan extraños acontecimientos, habiendo perdido mucho tiempo en pesquisas y averiguaciones infructuosas

acerca del paradero de Eudon, dejó pasar la tarde para salir del valle de Goñi. Anduvo reacio, perezoso y descuidado; ¿quién, sin embargo, le acusará? ¿Quién no le disculpará cuando menos?

Dejar su casa pocas horas después de la boda; desprenderse de los brazos de su esposa en medio de tantos riesgos y conflictos; abandonarla en aquel estado de incertidumbre, de humillación y recelos, por acudir al socorro de amigos a quienes creía comprometidos, era un acto de abnegación y firmeza de carácter. Pero desatender el negocio de toda su vida, su elección de rey, por el cumplimiento de sus deberes; lanzarse a los combates, al asalto quizá desesperado del presidio de Pamplona; convertir la noche de los desposorios en noche de horrores y de muerte, parece a los ojos del hombre rasgo de heroísmo.

Los de Dios, que todo lo ven y todo lo escudriñan con perfectísima claridad, quizá descubrirían en aquel esfuerzo el afán de mostrarse rey antes de ser proclamado soberano, la mancilla del interés y la ambición en la hostia del sacrificio.

Antes que Constanza, antes que sus padres, había notado Teodosio la falta de Petronila y su marido, Lope de Echeverría, en la comitiva de la novia. Mientras ésta departía con Plácida, disponiéndose para ir al altar, el desposado habló con Olalla.

—¿Por qué no viene tu madre?—le preguntó receloso.

—Mi madre tiene que hacer hoy en Iruña, y mi padre la acompaña—le contestó la niña.

—¡Hoy precisamente! ¡Hoy, día de la boda de su sobrina! ¡Hoy que, después de los desposorios, tenía obligación de hacernos la entrega del secreto de Aitor!

—Yo no sé, no quiero saber nada de esas cosas. Lo que mi madre haga, bien hecho estará.

—¡Querrá dárselo a García! Si sabe que se llama duque o rey, habrá ido a rendirle parias.

—Teodosio—le replicó la niña con desenfado,—¡harto sabes tú que mi madre sólo se dobla a la justicia! Todo el mundo se inclina hacia ti; mi madre es la única a quien nadie ha visto encorvada delante del futuro rey de Vasconia.

—¡Sí, Olalla, sí!—repuso el novio insistiendo en sus recelos.—García será dueño del secreto; García, que es el ídolo flamante de la loca.

Y la hija de Lope, a quien éste había transmitido con creces todo su buen juicio con la ruda franqueza de lenguaje, deseando cortar conversación tan enojosa, le dijo:

—Pues, alma de cántaro, ¿qué más quieres tú? Si mi madre pone el secreto en manos de García, ¿qué puedes apetecer más? Quien viene de tan lejanas tierras con tantos ducados y campanillas, y se dirige a la ciudad de los godos para entregártela a ti, ¿ha de guardarse el tesoro que no le pertenece?

Bien podía haber replicado Teodosio que García, sólo de rechazo, sólo casado con Amaya, la hija de Ranimiro, llegaría a ser dueño de aquellas riquezas; pero la consideración de lo expuesto por Olalla, la memoria de la generosa conducta de su amigo, renovada con tan aguda intención por aquella niña, le desconcertó, le selló los labios.

Fué al templo con esta sombra en el corazón, y ahora dejaba al fin su casa, en apariencia sacrificándose por su amigo, en realidad por el compromiso de sus pretensiones al señorío de los vascos, por el afán de

convencer y atraer a Petronila a su partido. Cuando transponía la última roca que le robaba la vista del palacio, volvió la cabeza para dar el postrer adiós al paterno techo donde se cobijaban todos sus amores, y se quedó helado de espanto.

A la confusa claridad del crepúsculo, que bordaba los undívagos contornos de las tormentosas nubes de Pamplona, vió entrar por la puertecilla secreta de Jauregía un hombre, cuyo gallardo continente y resuelto andar le recordó la figura de Eudon en el umbral de la sala del banquete.

—¡Mirad allá!—dijo alterado y trémulo a dos montañeses que, a guisa de escuderos, espontáneamente le acompañaban.

Era uno de ellos el Disgustado, el cual, después de volver el rostro hacia donde Teodosio le indicaba, contestó:

—¿Qué ocurre? No veo nada de particular.

—Juraría haber visto entrar un embozado por la puerta excusada.

—Pueblo y casa están hoy llenos de forasteros.

—Juraría que ese embozado se parece al judío duque de los godos.

—A quien yo veo salir en este momento es al ermitaño Pacomio.

—¿De dónde?

—De Jauregúa... Ya ha desaparecido.

—Estás viendo visiones, Saturnino. ¿Qué tiene que hacer Pacomio en Jauregúa?

—Eso es lo que yo quisiera adivinar: qué tiene que hacer en Goñi el ermitaño.

—Pues es muy sencillo—dijo a la sazón el otro escudero:—comer y beber cual de costumbre, y disfrutar de la abundancia y regocijo de la boda.

Estas razones, dichas con el aire bellaco, ligero y burlón que caracterizaba al acompañante, parecieron tan convincentes, o por lo menos tenían tales trazas de sentido común, que hicieron sonreír y enmudecer a Teodosio, el cual, como avergonzado de sus recelos y desconfianza, siguió camino adelante.

—Yo me volvería atrás—le dijo el Disgustado.

—¿Por qué?

—A mí no me parece bien que dejéis a la novia sola.

—¡Sola con sus padres y los míos! ¡Sola con su prima y sus deudos, y casa y pueblo llenos de forasteros, como hace poco decías!

—Pues en un día de boda y con esas historias de Asier y de judíos, a mí no me gusta que salgáis del valle con empresas tan disparatadas como la de tomar a Iruña.

—Sería la primer cosa que a ti te gustara, Saturnino.

—Pues hay otra que aún me gusta menos.

—¿Cuál?

—La cara de mi compañero. ¿Lo conocéis?

—No, ni me importa; ni cuento con él para nada, ni tengo tiempo que perder con tus aprensiones y tus historias.

Y por no oírlas, aceleró el paso, dejando atrás al escudero complacido y al malicioso Disgustado. Iba como con alas. Transportábale el deseo de gloria, la ambición, más que el deber de salvar a García, a quien acusaba de imprudente, de indiscreto y aturdido; pero sentía también la necesidad de alejarse de aquellos lugares que le recordaban las escenas del festín de boda; necesidad de correr y agitarse materialmente, para corresponder a la agitación de su conciencia atormentada.

Vagaba su fantasía de una en otra idea, aunque todas iban a un mismo paradero. No podía desechar la imagen de aquel embozado, de aquella airosa y gentil figura de paso firme y evidentemente juvenil que había visto entrar en Jaureguía. ¿Quién era? Ciertamente que, habiendo tal confusión de huéspedes en casa, nada tenía de extraño que entraran y salieran unos por la puerta principal y otros por la secreta; pero ¿no cabía en lo posible que Eudon se hubiese quedado oculto en el hayedo, para volver a presentarse a Constanza así que su marido se ausentara? ¿Llevaría el despechado amante su audacia hasta el punto de intentar sorprender otra vez a la novia en el aposento de Miguel, adonde conducía la escalera?

¡Ah! Si la maldad era posible, ya se imaginaba él que Eudon no dejaría de llevarla a cabo por falta de osadía. Quien había sido capaz de presentarse en el banquete diciendo: «esa mujer es mía», ¿no tendría ahora valor para amedrentar y confundir a Constanza, si la encontraba sola?

Ante esas imaginaciones, cien y cien veces tuvo impulsos de retroceder, a pesar de haber salido ya del valle; pero cuanto más le dolía, más andaba; cuanto más era tentado, más firme parecía en su propósito de acudir a la metrópoli. Allí estaba su trono; allí, no en Goñi, quería ser coronado. Hallaría a Petronila, la cual, viéndole ya casado con su sobrina, y mortal enemigo de la viuda de Basurde; viéndole, sobre todo, acudir al socorro de García, no se obstinaría en negarle el tesoro que le correspondía. Atormentado con el tósigo que se había infiltrado en su corazón, se detuvo, aguardó a los escuderos, a quienes se había adelantado largo trecho, y le dijo al Disgustado:

—Saturnino, vuélvete a casa antes que cierre la noche, y advierte a mis padres y mi mujer lo que he visto...

—Yo creo que todas son figuraciones vuestras; yo pienso...

—No te pregunto lo que crees ni lo que piensas—repuso Teodosio;—diles lo que he visto, o creído ver, para que redoblen sus precauciones.

—Tomadlas vos con el escudero que os queda, porque, os lo repito, esa cara de risa no me gusta.

Volvióse a Goñi el Disgustado, y por excepción, con no disimulada alegría, tal vez por perder de vista al complacido compañero, tal vez porque la tempestad descargaba rayos y truenos sobre Pamplona, y hacia la tempestad iba caminando. Al entrar en el valle se halló de manos a boca con Pacomio, a quien enteró del mensaje que llevaba.

—Viaje inútil—le contestó el rabino Abraham Aben Hezra.—Todos quedan tranquilos y sin sombra de temor. Ya les he enterado de que el duque de Cantabria está muy lejos de aquí, y para estas horas, probablemente dentro de Pamplona.

—Y tú, ¿cómo lo sabes, hermano Pacomio?

—Por habérmelo encontrado en el camino al venir a Val-de-Goñi.

—Así es como se saben las cosas—dijo grave y sentenciosamente el Disgustado.—Confieso, sin embargo, que si Teodosio lo ha visto entrar hace poco en Jaureguía, y como tú dices, está ahora cerca de Iruña...

—Dentro de Iruña.

—¡San Fermín, mi santo patrono, me valga! ¡Pues el tal duque se va y se viene a Goñi como las brujas al aquelarrel!

—Eso no es verdad, Saturnino—repuso Pacomio,— porque las brujas discurren por el aire montadas en palos de escoba, y el duque iba orillas del Ilzarbe caballero en una jaca del país, capaz de ganar el premio en la carrera a los mismos palos de las brujas.

—Cosas asaz maravillosas cuentas, hermano Pacomio; pero una de las menos comprensibles para mi pobre caletre es que tú hayas llegado tan tarde a la comida de boda, y tan temprano te retires sin aguardar la cena.

—Pues acabad de confundiros, señor Disgustado; por muy gratas que me sean estas pláticas, tengo que dejarlas para acudir a mi obligación.

—Que es...

—Alcanzar a Teodosio de parte de Constanza, y advertirle de cómo el duque de Cantabria está en Pamplona.

—En cuyo caso, mi regreso a Jauregufa es inútil—contestó Saturnino;—me vuelvo, pues, contigo, y seguimos platicando. Hay para todos.

—¡Hola! ¿Quieres robarme las albricias, hermano Disgustado? No, señor; tu, de Teodosio a Constanza; y yo, de Constanza a Teodosio. Cada cual para cada cual. De esa manera sí que habrá para todos. Más tarde podremos ver, examinar e inquirir quién de los augustos consortes ha sido más garboso.

—Os prevengo, hermano Pacomio, que de vuestras albricias no le deis ni un dinero al incógnito que lleva el señor de Goñi, pues aunque vasco, tiene más traza de judío que de ermitaño.

—Id sin ese temor, señor Disgustado; las primeras monedas de un rey se guardan como reliquias.

Mientras las cosas iban mejorando de aspecto en

Val-de Goñi, si Abrahan Aben Hezra no mentía, el desposado, con la víbora de los celos en el pecho, andaba, corría, volaba, se alejaba como una flecha del valle donde creía que permanecía el duque rondando la casa de Miguel, escondido tal vez en ella, en acecho y con resolución de perpetrar todos los crímenes que exigía la venganza.

Ofuscado ya, ciego, no se detuvo aquí su perturbada fantasía, abandonada al furioso vaivén de las pasiones. Recordaba que Eudon había sido el primer amor de la hija de Lartaun, la cual sólo le había olvidado al cabo de ocho años por creerlo muerto, y tenía más que nunca presentes los sacrificios, los esfuerzos, la constancia de aquel hombre extraordinario, a quien ni diversos climas y lugares, ni vicisitudes de fortuna, ni cargos, honores y privanzas, habían logrado borrar el amor de la niña que partir quiso con él el panal de la boda en Aitormendi.

Es verdad que era judío; que su raza inspiraba universal desprecio; que había engañado a todos, desde Amagoya al último vascongado, desde el rey Rodrigo al siervo más abyecto de los godos; pero ¿no probaba esto mismo su acendrado amor, agudo y singular entendimiento? ¿No era posible que una mujer le perdonara tan grandes faltas por cualidades tan deslumbradoras y pasión tan grande?

¡Ay! La misma audacia, el desprecio mismo de toda consideración humana sólo por conquistar aquel imposible, parecíanle a Teodosio nuevos incentivos para un pecho sencillo, acostumbrado a la atmósfera pura y serena de los patriarcas, de las canciones pastoriles, de la tradición, en cuyo seno los siglos se pasan como durmiendo en lecho de rosas.

Constanza lucharía con su nueva afición, con su deber, con su conciencia, no lo dudaba; pero ¿quién la sostenía en el combate? ¿Quién le daba fuerzas siquiera para emprender la lucha? Estas dudas eran terribles. Teodosio llevaba en su corazón la tempestad, y no advertía que la tempestad bramaba furiosa, deshecha, ensordecedora, en el firmamento.

Habíase corrido de la cuenca de Pamplona. Las nubes se amontonaron de la sierra de Sarbil a la de Andía, desde la cumbre de Urbasa a la cima de Aralar. Ya se acabó el crepúsculo con rojas bordaduras y dudosa claridad: todo era tinieblas; y delante de Teodosio, cielo y tierra habían desaparecido y no se presentaba más que un lienzo de negras murallas, a la luz de los rayos, que las hendían con pavoroso estruendo sin deshacerlas ni derribarlas.

Para mayor espanto, allá en las altas regiones desencadenóse de repente el huracán, tronchando los árboles de las cumbres y arrancando las rocas de su eterno asiento, lanzando al hondo troncos y peñascos, que descendían saltando de precipicio en precipicio. El camino serpeaba por la ladera de la montaña, y era inminente el peligro de que Teodosio muriese aplastado por las peñas que rodaban.

Huyó instintivamente hacia un bosque, donde las hayas y robles espesos y corpulentos le defendían. Prudente parecía esperar en el riñón de la selva; mas no se podía detener. Había perdido mucho tiempo y quería avanzar hacia Pamplona, adonde sus gentes de guerra lo estaban aguardando. En medio de la espesura, rompiendo zarzas y tinieblas, entre lluvia de rayos y relámpagos, seguía andando, pensando unas veces en García, en los prisioneros de Munio, en cumplir

su deber, en conquistar la corona; y otras, y eran las más, en Eudon y Constanza, con la mente ofuscada, la imaginación perdida, dando ya por cierto y positivo lo que momentos antes sólo como sospecha o como ensueño se figuraba.

—¡Y yo, insensato, y más que nadie necio, que me voy alejando del valle, que corro y vuelo a pesar mío, como empujado por el huracán!

Tras un rayo como cien rayos, seguido de un estampido como de cañones de artillería, viva claridad inundó la atmósfera, rojo resplandor, que cada vez se iba haciendo mayor y más siniestro, iluminó las nubes. Estaba ardiendo la selva. Detúvose un momento el caminante, y dijo en alta voz, como si quisiera a gritos ensordecer la de su miedo:

—¡Ya no es posible seguir! ¡Atrás!

Una voz terrible, que más parecía rugido de fiera que humano acento, le contestó:

—¡Atrás!

Y el desposado se quedó inmóvil. Parecía estatua que a la luz del incendio resaltaba en fondo de tinieblas. Hallábase a la sazón en medio del bosque de árboles corpulentos, vigorosos, de anchas copas y ramas encorvadas que llegaban a tocar en el suelo. Teodosio no tenía conciencia ya ni de la hora, ni del lugar, ni siquiera del objeto de su viaje.

¿De dónde había salido aquella voz que respondía a la suya? ¿Era el eco? En tal caso tenía la rara virtud de dar más fuerza, más energía y salvaje acentuación a sus palabras, porque el eco que respondía ¡atrás! las señaló con expresión y rugidos que no puede modular la garganta del hombre. Miró alrededor de sí, y cerca de él, y en el fondo de la selva de trozos rojizos y ne-

gras, pardas y encendidas hojas, divisó un bulto gigantesco de extraño y fantástico continente.

—¡El *Basajaun!* — exclamó Teodosio, y siguió inmóvil.

Era, en efecto, esa terrible aparición tan popular entre los vascongados, ese fantasma que ha creado la imaginación de los primitivos pobladores pirenaicos, y que dura todavía como superstición arraigada en cuarenta o cincuenta siglos. ¿Quién es el Basajaun?

Su nombre puede traducirse por *Señor de la selva* o *Señor salvaje*. Según las leyendas, o más bien según el relato de los campesinos, el Basajaun es fiera de figura humana cubierta de largo vello de la cabeza a los pies, que anda como el hombre, con fuerte y nudoso garrote en la mano. Su estatura es colosal; su fuerza, irresistible; su agilidad, extraordinaria. Trepa como un trigre por árboles y rocas inaccesibles, y las derriba o las remueve sin grande esfuerzo.

Figurémonos qué resistencia ha de oponer el hombre más robusto a fiera de tanto poder. Si el Basajaun esgrime y sacude su bastón, las criaturas humanas caen aterradas, como plantas secas en el estío. Es locura, pues, intentar contra él la menor defensa: la única manera de aplacarlo es obedecerle ciegamente. De este modo el Basajaun puede convertirse en inofensivo y hasta en protector, porque no es de esas bestias feroces que matan por matar y devoran y se complacen en destruir cuanto se presenta al alcance de sus garras.

Tal es el Basajaun de la imaginación popular. Aquellos vascófilos que atribuyen a la raza éuscara origen o larga vida errante por región meridional, creen que esta fábula, semejante a la de los sátiros y silvanos de

la mitología helénica, es una reminiscencia de los gorilas y orangutanes que los primitivos euscaldunas, antes de cruzar el Estrecho y de establecerse en la Península ibérica, solían encontrar en los bosques africanos.

Pero no hay necesidad de recurrir a tan remotos tiempos ni a suposiciones aventuradas para explicar los fantasmas que el miedo y credulidad del vulgo puede crear. Si aun a fines del siglo pasado, testigos oculares y fidedignos cuentan haberse visto en los bosques de Irati dos salvajes que vivían en completa desnudez y apartamiento del comercio humano, figurémonos lo que se contaría del Basajaun en los tiempos de nuestra historia, dentro de cuya obscuridad sólo confusamente vislumbramos algunos personajes legendarios.

Si un pobre aldeano tenía que atravesar de noche selvas poco frecuentadas, y el eco repetía el sonido de sus pasos al cruzar tendidas lastras y peñascales en hueco, no cabía duda: el Basajaun le venía siguiendo, y llevaba el compás de sus pisadas. Quién juraba y perjuraba haberlo visto al asomarse a la boca de una cueva o en el fondo de un barranco. Era la imagen de su propio terror, que se reflejaba en la obscuridad de la caverna.

Propúsose Teodosio escapar de las garras del monstruo obedeciéndole ciegamente, con tal de que nada le ordenara contrario a la fe. Y no vaya a creerse que la aparición era fantástica. Allí estaba el Basajaun en pie, en el fondo de la selva, fornido, robusto, cubierto de vello, con la *maquilla* en la mano; allí estaba quien le había dicho ¡atrás! con voz que retumbaba como los truenos.

—¡Acércate!—prosiguió el monstruo en purísimo vascuence, porque es de advertir que la frase de que se valió la fiera indicaba ya el dialecto a que daba la preferencia.

Teodosio se aproximó sin titubear al señor salvaje. Debemos, sin embargo, suponer que no estaba a la sazón para sutilezas filológicas.

—Sígueme—añadió en tono de soberano el de las selvas.

Teodosio, en vísperas de serlo de toda la Vasconia, le siguió como un siervo. Echaron ambos a correr por la espesura huyendo del incendio. Era ya preciso, si esclavo y señor no habían de morir achicharrados.

Sentíase en las capas inferiores de la atmósfera ráfagas del huracán de las alturas, y del núcleo de árboles secos abrasados por el rayo propagábase el fuego con espantosa rapidez. Ni las peñas y canteras que interrumpían lo frondoso de las umbrías, ni los arroyos y torrentes que cruzaban, eran estorbo a su voracidad.

Con el natural instinto del salvaje conducía el Basajaun a Teodosio por el único punto donde podían tener salvación. Era el más claro y opuesto al propio tiempo al vendaval, que venía encallejonado entre las dos cordilleras como raudo torrente entre las tajadas rocas. Imposible mejor guía que la alimaña.

Sin ella, el hijo de Goñi, aturdido, desconcertado en la espesura y tempestad, deslumbrado por rayos y llamas, tal vez hubiera perecido. Llevábalo jadeante, sin respirar apenas, el Basajaun, que rompía el ramaje, saltaba riachuelos, hendía maleza y salvaba peñascos maravillosamente sereno, como si anduviese por praderas de yerba aterciopelada. No sabemos aún si por conmisericordia a Teodosio, o por otra causa, se detuvo al pie

de un escarpado peñón, donde se percibía la negra boca de una concavidad.

—Siéntate—le dijo al caminante.

Teodosio se sentó en una de las piedras o losas calcáreas, desprendidas sin duda de la cima.

—Come—añadió el gufa, echándole una hogaza a la falda de la túnica vasca.

Teodosio fué a levantar la cabeza para mirar a quien cosa tan inesperada y al parecer tan impropia de la situación le requería; pero el Basajaun no le dió tiempo de completar aquel sereno movimiento.

—¡Come!—tornó a decirle con voz que asemejaba al rugido del león.—No pasarás de aquí—añadió con más templanza;—tienes que volver a Goñi, y necesitas comer y beber para la jornada.

No había soñado nunca Teodosio un Basajaun tan amable, y sobre todo tan racional. Hablaba como un libro, y le fué perdiendo el miedo.

—He comido lo suficiente—le dijo el desposado.

—Bebe.

Y la fiera le alargó un vaso de vino. Como el pan nada tenía del otro mundo, y parecía amasado en artesas y cocido en hornos de éste, Teodosio se bebió de un trago el licor que le suministraba el monstruo bondadoso y paternal. Era vino, en efecto, y de lo mejor de la solana de Navarra; pero con cierto resabio salvajino, al cual no estaba sin duda acostumbrado el paladar del caminante. Teodosio tiró el vaso de cuerno y miró al señor de los bosques, no sabemos si con la osadía que le daba el mosto, o con el recelo que aquel extraño gusto le inspiraba.

—¿No te figuras por qué vas a volver a Goñi?

—Porque tú me lo mandas—le contestó Teodosio.

—No te lo mandaba yo cuando antes de verme dijiste en alta voz: ¡Atrás!

El argumento del salvaje no tenía réplica. El caudillo vasco, que empezaba a sentir cierta turbación, como si el vino se le hubiese subido a la cabeza, no le contestó. Quiso levantarse, pero se sentía pegado a la losa que le servía de asiento.

—Tu conciencia te lo decía; tus presentimientos no te engañaban; querías ir a Goñi a sorprender a tu mujer en coloquios con su primer marido, a quien has visto entrar en Jaureguía por la puertecilla secreta.

—¡Mientes!—exclamó Teodosio, cuya mente se iluminó de improviso, y cuyo pecho se inundó también de repente con borbotones de rabia y de rencor.—¡Mientes! Porque ese a quien llamas su primer marido eres tú, y ¡vive Dios!...

El desdichado quiso hacer el supremo esfuerzo para ponerse en pie y sacar la espada; pero no pudo, y cayó cuan largo era, murmurando:

—¡Dios mío, tened piedad de mí!

—Sí—le dijo Eudon viendo que todavía estaba con los ojos abiertos;— he quedado de acuerdo con ella, y vuelvo a Goñi para llevármela, porque es mi esposa. Tú te quedas aquí sepultado para siempre. Quiero sólo que vivas para que dentro de esta concavidad me contemples sentado en el trono a par de Constanza.

—¡Imposible! ¡Tú, rey! ¡Imposible! ¡Hombre de raza maldita, para ti no tendrá Dios misericordia!

—¡Imposible!—exclamó el duque de Cantabria, riéndose de cruel y amarga manera.—Cuento con el tesoro de Aitor; cuento con los árabes y berberiscos, dueños ya de media España. Mira tú si es imposible.

—¡Jesús me valga!

Tales fueron las últimas palabras de Teodosio.

Al verlo profundamente narcotizado, lo arrastró Eudon al fondo de la caverna. Al poco rato tornó al aire libre con su traje ordinario, cerrando la sima con una losa pesada, a la cual agregó tantas otras, que hacían imposible la salida.

Era probable que no se lograra por completo tan atroz venganza, al menos con la refinada crueldad y ensañamiento con que había sido trazada y concebida, porque el incendio seguía avanzando hacia el peñón horadado; las llamas lo cubrirían en breve, y el humo y el calor sofocarían dentro de su hueca tumba a Teodosio mucho antes de que pudiera recobrar los sentidos.

CAPITULO V

En que no se dice quién era el escudero ni quién el ermitaño.

Ni en extensión ni en magnificencia podía compararse aquella gruta con la famosa de Iturburu, donde creía Eudon que se guardaba el tesoro de Aitor; pero tenía con ella cierta relación y semejanza. Era, si el neologismo se me permite, sucursal de la casa de Pacomio.

Efectivamente, de aquella ya desconocida y olvidada concavidad, abierta en un peñón que siglos y siglos atrás llevaba el misterioso nombre de *Mendiguru*, o cerro de la Cruz, sin embargo de haber servido de altar para los cruentos sacrificios drúidicos, servíase el astrólogo conspirador como de apeadero indis-

pensable en sus frecuentes expediciones a Pamplona, donde por esquivar el báculo del prelado y aun el brazo de la justicia secular, solía entrar con diferentes disfraces, que en el hueco de la peña almacenaba. Del fondo brotaba un manantial que se llamaba *Iturguru*.

Aplicando a la boca de esta caverna el especialísimo cierre de la principal, nadie más que Abraham Aben Hezra sabía manejar el artificio con facilidad y seguridad completas; pero Eudon, apremiado por nuevos y terribles avances de las llamas, suplió su ignorancia, o quizá su inexperiencia, acumulando sobre la enorme losa primera piedras sobre piedras, en términos de que ni un gigante podía removerlas desde adentro. A cuatro varas de distancia torcíase el agujero a izquierda y derecha en ángulo recto, y entrambas rinconadas, interrumpidas por sendos pilares de cristalizaciones, servían de guardarropa al rabino.

Este jamás hacía allí noche. Sin más respiradero que la entrada, contados estaban los días, las horas quizá, de quien se encerrara en tan angosto recinto, incomunicado con el aire libre. No podía prolongarse mucho, por consiguiente, la vida de Teodosio, puesto que no sucumbiera a la fuerte dosis de narcótico que de un trago había bebido. No sucumbió. Eudon, alocado en la escuela de Amagoya, entendía la manipulación de semejantes pócimas, y gracias a la precipitación con que anduvo para cubrir la boca, tampoco ésta quedó herméticamente tapada.

Teodosio fué volviendo en sí con movimientos nerviosos al principio, con vaga y confusa percepción después, sin voluntad ni apetitos, sin más que ciertos instintos, a los cuales no prestaban los músculos obediencia.

No sabía dónde se hallaba. Parecíale unas veces que cabalgaba en negros nubarrones, gritando: «¡atrás! ¡atrás!» y que sus clamores eran rayos y centellas, fragor de llamas y estampido de truenos. Otras se creía en el lecho de sus padres, arrullado por el Basajaun con las canciones de Amagoia. Constanza le daba medio panal de miel; pero la bresca, negra y amarga, destilaba ponzoña. Apartaba con horror el brazo, y al extenderlo así una corona; no teniendo fuerzas para alzarla hasta su cabeza, la colocaba sin saber cómo en la maldita frente del aborrecido Eudon.

Ante esta horrible imagen se despertó del todo. Cruzó por su fantasía la idea de la cueva, del perdurable encierro en agreste sepultura; sintió calor sofocante, abrasadora sed; palpaba, por decirlo así, el humo de las tinieblas, y comprendió que estaba amenazado de muerte al fuego lento de las llamas, que sin duda circundaban y envolvían el peñón de la gruta. Tan inminente peligro le produjo un sacudimiento, que acabó de devolverle la inteligencia y la energía.

Pero ¡qué horrible resurrección! ¡Qué vida aquélla, sólo concedida para que se aparejara a la muerte y se sintiera morir! Alzóse, irguió la frente, y con la cabeza daba en las estalactitas de la bóveda; tendió los brazos, y en las dos paredes del antro tocaba a un tiempo con entrambas manos. Daba algunos pasos, y al punto tenía que detenerse contra la roca.

Sintió la ceguera, la rabia de la desesperación. Perdió toda noción del paraje en que moraba, de la figura y dimensiones de la cueva; no conocía ni cuál era el principio, ni cuál el fin. Si se ponía a trabajar para salir, tenía confundir la boca con el remate y fatigarse en vano, cuando el natural instinto le decía que

por falta de aire y sobra de humo y calor le quedaban muy pocas horas de vida. Agréguese a tantas angustias la completa carencia de conocimiento acerca del tiempo que llevaba en aquel sepulcro. ¿Cuánto había durado su letargo? ¿Qué hora era? ¿En qué día estaba?

Otro tormento mayor: ¿qué había pasado durante su sueño? ¿Qué había sido de su mujer, de sus padres, de García y los vascos de Pamplona? ¿Qué estaría pasando en aquellos momentos? ¿Hasta dónde habría llegado la audacia de Eudon, la venganza del hijo de Amagoia, del prócer avasallador de príncipes y magnates, convertido por Olalla, por una niña de quince años, en baldón y oprobio de godos y vascos? Para ese hombre, ni la religión tenía freno, ni leyes la moral, ni aquella envilecida y desquiciada sociedad respetos. Todo podía temerse de quien ya ni a Dios ni al mundo temía.

Constanza, con la penetración de mujer, con la perspicacia del corazón, comprendía al duque mejor que nadie, cuando huía de exasperarlo y confundirlo delante de los convidados de Jaureguía y echaba de menos en el celo de Olalla la discreción de la loca Petronila. Ciertamente que muy de otra manera había esgrimido ésta el arma de aquel secreto para rendir y postrar a Munio.

¡Constanza! Era la primera y más negra preocupación de Teodosio, su más agudo tormento. ¡El allá encerrado, y Eudon de acuerdo con ella!

—¡Imposible!—pensaba.—¡Ella, tan buena, tan cariñosa conmigo; ella, recién bautizada! ¡imposible! Eudon la ha calumniado para añadir desesperación a mi desesperación, suplicio a mi suplicio.. Pero es mujer, débil... imprudente... lo ha visto durante el festín. Ella

es la única que lo ha visto, y lo que es peor, la única que habló con él a solas; la única tal vez que sabía cuándo y cómo se fugó! Es buena... Era buena cuando yo la conocí... resistirá. Pero Eudon, de la escuela de Basurde y Amagoia, sabe la virtud de las yerbas... ¡El beleño! ¡Un letargo como el mío! También era yo fuerte, robusto, poderoso, rey, casi rey, y estaba entre los míos, en mi valle, y sin embargo, me veo aquí! Como Basurde a Paula, la llevará robada exánime.

»Es ya duque, se llamará rey de Pamplona; matará a García, a los vascos prisioneros, y si de mí se acuerda, vendrá a decirme: «Anda, sal de aquí; ya no sirves para soberano, ¡ya estás deshonorado!» Lo mismo, poco más o menos, lo mismo que le dije yo al despacharlo de la sala del banquete. Aquí me tiene encerrado en mi sepultura. ¡Lo mismo que yo quería hacer con él! ¡Lo que propuse a mi padre; lo que mi padre, débil y blando en demasía, rechazó indignado!

—Él, sólo él, sólo mi verdugo—añadía—puede sacarme de aquí; sólo él por conmiseración, y Dios por un milagro.

¡Milagro! ¿Lo merecía por ventura? Al contemplar la muerte de frente, a dos pasos de sí, con la guadaña tendida ya sobre su cuello, presentáronsele como en tropel los hechos de su vida pasada: el despego, la falta de confianza con que trataba a sus ancianos padres; la envidia con que siempre miró a García desde que presumió que fuese rival suyo en ambiciones; las escenas del Aralar y de Aitormendi; el ansia de reinar, que sobrepujaba el amor. Pensó en Amaya, la hija de Ranimiro, y no le parecieron en aquel trance tan débiles y deleznales las razones en que apoyaba su derecho.

Cierto que era hija de un goda; pero con los godos érale forzoso y conveniente transigir después de la derrota del ejército cristiano; con los godos se habían abrazado ya los vascos próximos a las orillas del Ebro, y vió la inconsecuencia, la sinrazón de mostrarse duro, inflexible, inexorable, cuando la diferencia de razas le perjudicaba, y blando, afable y generoso, cuando su propio interés lo exigía. De aquí llegó a pensar en que ni Constanza tenía tantos derechos como Amaya para ser reina, ni él tantos títulos para reinar como García.

Su conciencia le dictaba que allí, en el acto, para prepararse a comparecer ante el Tribunal de Dios, debía hacer renuncia y desistimiento de sus pretensiones; pero ni aun allí, casi moribundo, allí encerrado en su postrer morada, se doblegaba y vencía. Allí también aborrecía y detestaba al autor de su desdicha, y no le perdonaba su maldad ni su crudeza. ¡Perdonarlo!

—¡Oh!—exclamaba.—¡Si Dios me lo pusiera delante de mis ojos! ¡Si el diablo mismo me lo trajera!

Y en aquel momento sintió un ruido hacia la derecha. Se estremeció; parecióle que los espíritus infernales le habían escuchado, y se prestaban y acudían a sus ruegos. El ruido era exterior, y, por tanto, allí donde sonaba, allí debía de estar la salida. Arrastróse hacia ella como culebra, y dió con un charco de agua, que sin duda había entrado por las junturas de las piedras, y bebió, sació la sed que le devoraba.

Con semejante refrigerio recobró las fuerzas físicas, mas no la serenidad ni el vigor de la conciencia. No veía más que visiones diabólicas; creíase bajo el poder y dominio del enemigo del humano linaje. El ruido, el agua, el hallazgo de la boca de la cueva, todo le pareció obra suya.

Como quiera que fuese, iba a salir. Moriría, pero no enterrado en vida, arañando las rocas de su sepultura; consumido, tostado al fuego, al humo del incendio. Iba a salir; percibía clara y distintamente el roce de las peñas removidas, el chocar de unas con otras al caer arrojadas desde lo alto del declive. ¡Gozo inefable! ¡Inmensa y casi matadora alegría!

Loco, trastornado por ella y por la brusca transición del extremo de la angustia al extremo del placer, gritaba, pronunciaba palabras inconexas que hicieron reír a los de afuera con una risa estridente, burlona, que el infeliz Teodosio atribufa a su mortal enemigo.

—Es Eudon—exclamó sordamente.—Eudon viene a requerirme que ya es rey. He pasado algunos días sepultado... La calentura, el sopor de la fiebre me ha sostenido.

Se levantó; desnudó la espada.

—Le mataré—dijo.—Me echaré sobre él, aunque un ejército lo acompañe. No le daré tiempo de insultarme.

Había cesado el ruido de las peñas. Reinaba profundo y pavoroso silencio. Encorvóse Teodosio para mover la losa. ¡Vano intento! Por segunda vez comenzó a dar voces como un insensato.

—¡Calla! No grites—le dijo al fin una voz murmurando.—¿Quién eres?

—¡Teodosio! ¡Teodosio de Goñi, encerrado aquí por Eudon!

—Mientes. Eres Abraham Aben Hezra. El diablo te ha traído engañado en busca del tesoro, y el diablo se burla de ti cerrándote la puerta. Morirás, morirás ahogado por la codicia.

—¡Petronila! ¡Petronila! ¡Soy Teodosio, soy el marido de tu sobrina, soy el rey!

Nadie contestó, pero al poco rato volvió a sentirse el ruido de los peñascos.

—¿Será ella?—decía el emparedado.—He creído conocer su risa de loca, su voz.... Pero ¡ella aquí! ¿No estaba en Iruña al lado de García? De todas maneras, no es Eudon. ¡Tengo un amigo en el mundo, un protector que acude a salvarme!... ¡No estoy desamparado! Quizá el demonio me ayuda en la venganza, y ha fingido la voz de Petronila...

Calló, porque otra vez dejó de oír el ruido que tanto le consolaba. Cayó de hinojos al suelo para ayudar a su libertadora y alzar la piedra con las espaldas.

—¡Animo!—decía gritando.—¡Adelante, quienquiera que seas!

Silencio completo. Hizo un esfuerzo hercúleo, y desvió por fin la enorme piedra, movida ya por los de afuera. La entrada estaba patente y franca. Con una alegría que le ahogaba interrumpiendo los latidos del corazón, sintió en su rostro la frescura del aire libre, sacó la cabeza, y quedó desvanecido.

Había quedado en su desmayo con los pies dentro de la gruta y el cuerpo sobre las peñas, por oculta y misteriosa mano levantadas; hallóse al volver en sí reclinado en brazos de Petronila. Quiso hablar, pero la mujer de Lope, con el dedo en los labios, le impuso silencio.

—Levántate y ven—le dijo al oído.

—¿Qué noche es ésta?—le preguntó en voz baja Teodosio.

—La de tu boda.

¡Qué noticia tan grata! ¡Qué placer! Miró al cielo, tachonado de estrellas, y comprendió que su sueño había sido de pocas horas, que aún no se había extinguido el día de su desposorio.

La loca llevóle asido de la mano a la frontera selva, y allí, dentro del hueco tronco de una encina corpulenta, sentóse con la vista fija en la gruta que por entre los árboles se divisaba. La luna menguante iluminaba el peñasco. Ellos se quedaron a la sombra.

Si Teodosio hubiese estado para observar, nuevos prodigios se le presentaban alrededor, nuevos motivos de alabar y bendecir a la Providencia. Peregrinos y muy especiales favores que debía a Dios, pero que él, preocupado con las palabras de Eudon y las visiones y negros pensamientos de la caverna, o no quería ver, o no veía.

Los árboles próximos al peñón estaban húmedos, desgajados por el viento, pero verdes y lozanos; la yerba del suelo, enlodada y tendida con señales de inundación o de aguacero.

Una manga transportada por el huracán, deshecha en lluvia torrencial, sin duda alguna había apagado el fuego de la selva al pie mismo de la roca, a pocos pasos de la gruta, en el momento en que las llamas iban a invadir el cóncavo recinto.

El humo que por los intersticios del montón de piedras había penetrado, demostraba que las llamas no se hubieran detenido ante aquel estorbo.

¡Qué milagro! Y si milagro no, rigurosamente hablando, ¡qué suceso tan providencial! ¡Qué favor divino tan señalado y patente!

La borrasca huracanada, seca y polvorienta al principio, había traído al fin la lluvia. Las nubes se reventaron en inmensas cataratas, y cerca de allí se veían los árboles denegridos, los troncos medio quemados, el suelo que todavía exhalaba cálidos vapores, para confirmar a Teodosio en la idea de que no habían

transcurrido muchas horas desde el comienzo de su letargo.

—Petronila—dijo conmovido,—os debo la vida y la corona.

—La vida, Dios te la da; la corona se la dará a García.

Teodosio contestó muy inmutado y torvo, después de un instante de significativo silencio:

—Eso me prueba que no puedo detenerme, que tengo que seguir al punto mi camino.

—¿Adónde?

—A Iruña.

—¿A qué?

—¿Lo preguntáis?—exclamó el de Goñi con amarga ironía.—A... a salvar a García y los vascos allí prisioneros. Para eso, sólo para eso han ido mis vasallos delante de mí.

—Los detenidos en Iruña están ya en salvo; García ha tomado una puerta de las murallas, y esta noche conquistará la población entera, quizá el Dominio.

—¡Sin contar conmigo!

—Se valdrá de la gente que tú le has enviado. Dueño de la puerta del Poniente, tenemos ya franca la entrada y la salida en la ciudad. Ve y ayuda a García en su atrevida empresa. Ponte al frente de los montañeses...

—¡Insensato! ¡Necio de mí!—exclamó con despecho el pretendiente.—¡Yo le he proporcionado nuevas glorias! ¡Yo, el triunfo!

—Necio de veras, que siempre estás pensando en ser rey, y nunca en merecerlo.

—Pues bien: si no subo al trono por unas gradas, subiré por otras; si ese ambicioso se alza en mi ca-

mino, caerá, y por encima de su cadáver seguiré subiendo.

—Ese ambicioso es tu campeón, tu único defensor en Iruña.

—¡Mi único defensor! Petronila, mentís, o estáis loca. Son míos en Iruña todos los vascos, mis gentes; Marciano, el santo Obispo, a quien consta que sólo yo he logrado la conversión de Constanza, de Usua y Lar-taun, de todos los paganos de Butron.

—Amaya está contra ti, Ranimiro contra ti, contra ti el Obispo...

—¡Godos al fin! ¡Santos, todo lo santos que se quiera, pero godos!...

—Y mi marido y yo contra ti, que si no santos, somos vascos. Pero ¡alégrate, regocíjate! No sigas despechado ni seas maldiciente; no te revuelvas contra Dios ni murmures de la Providencia; García está contra todos, y ni el Obispo, ni yo, ni Amaya, enamorada de tu mantenedor, podemos nada contra García.

—Se lo agradezco; pero...

—Pero di la verdad: no quisieras tener que agradecersele.

—Sois feroz, Petronila.

—Te conozco bien: penetro el fondo de tu corazón, y digo sin miedo lo que siento. Sí; te pesa de que García sea grande y bueno; conoces que ese es el derrotero de la restauración, que Dios te ha puesto en él mil y mil veces, y que tu natural rebelde te aparta con horror de ese camino. Hasta que te domes y venzas tu soberbia, no se quebrantarán las cadenas con que el demonio te arrastra. Vanidad es convertir a medio mundo, si no te conviertes tú. Nadie como yo te ha dicho que has nacido para levantar un trono. ¿Quie-

res hacerme caso? ¿Me prometes seguir mi consejo?

—Hablad.

—Vete a Pamplona.

—Así lo hacía, así lo pensaba. Pero... pero tengo sospechas de que Eudon, que es Asier...

—No es Asier, es Aser; es un judío.

—Un judío que me tenía encerrado en esa cueva; que ha prometido arrebatarme el amor y la mano de Constanza.

—¿No es ya esposa tuya Constanza de Butron?

—Sí.

—¿No es cristiana? ¿No es hija de Aitor? ¿No es mi sobrina?

—Sí, sí.

—¡Y temes! ¿No es vascongada?

—Vascongada y de Vizcaya era también la infiel a cuyo marido mató Zara.

Petronila perdió el color, que siempre tiraba a cetrino. Y mirándolo de arriba abajo, con más compasión que ira y desprecio, le contestó:

—¡No te conozco! Eres peor de lo que yo me imaginaba. Algo ha pasado por ti. Vuelve, Teodosio, vuelve al buen camino. Dios, quizá por la vez postrera, te llama por mi voz. Mira: yo no pensaba en ti cuando he comenzado a mover las losas de tu sepulcro; pensaba en Pacomio, que anda rebuscando cuevas para robarnos el tesoro de Amaya. Pero Dios, Dios me trajo aquí para salvarte, porque te quiere para sí. Mira que no hay nada más digno de castigo en este mundo y en el otro que esa resistencia constante, ese continuo desprecio de los llamamientos divinos. Teodosio, tus pasiones me estremecen, y tiemblo, no sólo por ti, sino por aquellos a quienes amas...

—¿Por mis padres, acaso?—contestó el de Goñi con acerba ironía.

—¡Por tu mujer!

—¡Ciertamente!... No son infundados vuestros temores... Al menos, así parece. ¿Y qué gruta es esa?—preguntó como distraído.

—Una cueva antiquísima que hoy no sé cómo se llama; pero que antes, mucho antes de Jesucristo, se llamaba la Fuente de la Cruz. Escúchame, insensato, que éste es un nuevo aviso del cielo, si quieres oír su voz. Los celtas llegaron hasta aquí por el camino del Burunda, reunieron en torno esos peñascos y la respetaron.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Quizá porque en su interior tiene la forma sacrosanta y misteriosa de la cruz. Vete a Pamplona, niégate a ti mismo, ayuda a García en la conquista de la ciudad, y hazlo rey.

—¡Yo!

—Es duque de Vasconia por Teodomiro, rey de los godos; en nombre de los vascos, hazlo tú rey.

—¡Yo! ¡Jamás! García renuncia en mí... García, en nombre mío, tomará posesión del ducado. Así me lo promete, así me lo escribe...

—¡Te lo ha escrito!—exclamó Petronila con un hermoso arranque de mal humor.—¡No se puede contigo, ni con García!

—Rey he de ser pese a vos, pese a Eudon; rey aunque se opongan Amaya y Ranimiro, Marciano y todos los godos; rey aunque se me torciera García. Los Doce son míos y me eligen, los pueblos me aclaman...

—¡Vete en paz, infeliz!—le contestó Petronila—Tus palabras me asustan no sé por qué; tiemblo no sé por

quién. No es por ti, Teodosio, porque los golpes que tú recibes no te hacen mella. ¡Ay de ti, Gastélúzar! ¡Ay de ti, Jaureguía! ¡Ay de Iruña y las Amezcuas! ¡Ay de la escualerria!

Semejantes imprecaciones o lamentaciones, bíblicas más que vascongadas, dieron en qué pensar a Teodosio; pero ciego de orgullo y ambición, las tomó por vaticinios de su propio entronizamiento.

—Esa mujer—decía para sí—ve mi triunfo inevitable, y sólo por ser mío profetiza desventuras. Que venga el triunfo es lo que importa; de las desgracias Dios me librerá.

Creía lo que halagaba sus pasiones, no lo que le perjudicaba. En su mente extraviada y desvanecida por el egoísmo, sus últimos pensamientos significaban lo que gráficamente expresa aquella frase vulgar: hágase el milagro, y hágalo el diablo.

Con tan locas ideas se alejó por el bosque en busca de una senda. Sus pasos se enderezaban hacia Pamplona. Se había olvidado de Constanza. Petronila lo siguió con la vista hasta que desapareció, y mirando entonces muy atentamente a todos lados, pareciéndole que estaba sola, completamente sola, se dirigió con precaución hacia la gruta, y se hundió en ella haciendo la señal de la cruz.

—*¡Jaungoicoa eta escualdunac!* «¡Dios y los vascos!»—exclamó al sepultarse bajo las rocas.

Teodosio halló entre tanto la senda que buscaba, y allí le salió al encuentro un ermitaño muy humilde, con rostro pálido y flaco, rotos los hábitos y comiendo unas yerbas; la pretina, de juncos silvestres. Acariciando con su yerta mano la barba desaliñada, blanca y muy crecida, le dijo afable y cortés:

—¡Oh, Teodosio!

El, admirado de oír su nombre a semejantes horas y cuando menos creía encontrar a nadie, volvió el rostro, y luego que vió al santo varón tan débil y extenuado, se sobresaltó. Parecióle un profeta iluminado de Dios para amonestar a los príncipes, por lo cual se apercibió a escucharle con respeto, que podía interpretarse como temor.

—¿Qué me queréis, padre?—le contestó sumiso.

—Pues aquí en este yermo donde me veis, hace algunos años que vivo entre breñas y selvas, huyendo de todo trato y comercio humano. Pero el Espíritu Santo me avisa de lo que pasa en el mundo, y esta noche inspiróme que saliese a buscaros. Perplejo andabas ¡oh, Teodosio! acerca del camino que debías tomar: si el de Iruña o el de Goñi; y de parte de Dios vengo a decirte lo que te conviene: que luego, sin dar más pasos para adelante, vuelvas a Jaureguía y mires a la honra que tienes y tus padres conservan y extienden. Y siendo de tan alta prosapia y de linaje tan esclarecido, llamado como estáis al trono de Vasconia, es razón que hagáis consideración de vuestra honra, la cual exige que tornéis al punto a vuestra casa.

Cuando oyó el caballero que le tocaba la honra se alteró sobremanera, comprendiendo a lo que aludía; mas no quiso darlo a conocer, y respondióle con mal reprimido espanto:

—Dígame, padre, mensajero de Dios, ¿pierdo acaso mi honra con ir a salvar a nuestros amigos y camaradas, inicuaamente detenidos por el vicario del duque de Cantabria?

El santo anacoreta se sonrió, y le dijo:

—No, caballero.

Y nada más le contestaba.

Aquella sonrisa, aquella calma, acabaron de irritar a Teodosio.

—Hablad claro: ¿por qué tengo yo necesidad de volver a mi casa? ¿Por qué exige la honra mi presencia en Jaureguía?

El ermitaño no le respondió.

—Padre, vos lo sabéis todo, adivináis mis más ocultos pensamientos... ¡Hablad! A mí ya nada me espanta.

Entonces exclamó el ermitaño:

—¡Oh siervo de Dios! No extrañes ni admires mi silencio, que con ser quien soy, tan apartado de todo lo mundano, yo mismo te tengo lástima y compasión, y duéleme grandemente por cierto... Pero no hay remedio: debes mirar por tu viejo y honrado padre, por tu madre, estampa de buena vida...

—Pero ¿qué razón, qué causa me obliga a pensar en mi honor? ¿Quién puede mancillarlo? ¿Soy yo por ventura?

—¿No te parece que sentirte puedes en la honra de tu mujer?

El recién desposado lanzó un grito de cólera.

—Sí—prosiguió el anacoreta;—por virtuosa la has tomado; a título de santa y bautizada poco ha te acabas de casar con ella, y ella en cambio te arma tal maldad, que hoy, hoy mismo te está engañando y te vende.

—¿Con quién?

—¿Con quién ha de ser sino con ese duque, con el mancebo a quien quiso desde sus primeros años, a quien ama hoy más que nunca, a quien fué a buscar durante la comida de la boda, con quien ha concertado tu deshonra y usurparte el trono?

—¡Padre, padre! Mirad lo que decís, porque ese du-

que es un miserable judío, y Constanza está bien sabedora de ello.

—Para una mujer que por amores pierde el seso no hay moros, ni judíos, ni respetos que valgan.

—Pero ¿es cierto?

—De lo dicho hasta aquí puedes colegir si es revelación de Dios o no. Haz juicio tú de dónde he de saber yo todas estas cosas y otras muchas, que por no entretenerme y ser urgente el caso no te refiero.

Y con esto se volvía el ermitaño hacia sus frondosos bosques (1).

Dejóle marchar Teodosio sin decirle al pronto palabra: ni fuerzas tenía para alzar la voz ni para mover los pies. Quería dudar de lo que acababa de oír; pensó en Pacomio, en algún nuevo disfraz del despechado Eudon; pero tuvo que desechar semejantes pensamientos porque el anacoreta denunciador del crimen no tenía ni la más remota semejanza con los personajes arriba indicados. ¿Quién era el santo varón, flaco y amarillento, que se le había aparecido con tan humildes hábitos y penitente rostro?

Un enviado del cielo, no cabía duda a Teodosio; un mensajero de Dios. Jamás en aquellos contornos se le había visto, ni siquiera se hablaba de él ni se sospechaba su existencia. Era una aparición celestial. ¡Ah! ¡si el infeliz caballero se equivocaba, bien merecido lo tenía! Quien había tomado divinos favores por obra del demonio, para su propia vergüenza y confusión

(1) El fondo, y con frecuencia las frases mismas de este relato, están tomadas de una antiquísima Memoria del suceso, a la cual siguen el P. Fr. Tomás Burgui y los demás historiadores. El novelista ha puesto aquí muy poco de su cosecha.

debía tomar las obras del diablo por favores de Dios.

Que el infeliz se engañaba miserablemente, nadie como el lector puede afirmarlo. Mentía aquel hipócrita al decir que Constanza de Butron amaba al duque de Cantabria; mentía al asegurar que había ido a buscarlo y concertar con él la deshonra de su marido, y debemos, por tanto, suponer que en todo lo demás también mentía.

Teodosio de Goñi no estaba en nuestro caso: ignoraba lo que nosotros ciertamente sabemos; pero ¿no tenía a la vista la virtud de su mujer? ¿No la había conocido siempre honrada, aunque gentil, y pura y santa después de bautizada? ¿No sabía que lo amaba? Las razones del anacoreta que comía yerba y sólo hablaba al ofendido esposo de honra y agravios, que trataba familiarmente con el Espíritu Santo y de sus avisos sacaba frutos de linajudo y adulador del pretendiente a la corona, ¿no eran más que sospechosas?

Pero estas mismas razones halagaban al caballero, cuyos celos, ambición y venganza se cubrían con el manto del penitente; cuyas malas y desenfrenadas pasiones se impregnaban en falso olor de santidad. ¿Qué más quería él que autoridad y sanción semejantes para sus violentísimos y ciegos arrebatos?

Loco ya de celos, aún no se hartaba de agravios: quería más, como para justificar su venganza, y desconfiaba, no del denunciador, a quien creía santo y nuncio de Dios, desconfiaba de sí propio, de la realidad de aquella aparición: temía la ilusión de su fantasía.

—Esperad, padre, esperad—gritóle haciendo un esfuerzo.

Y discurrió hacia él hasta darle alcance.

—¿Qué quiere el siervo de Dios? ¿Qué más desea?— le contestó el eremita.

—¿Dónde os volveré a ver, padre mío? ¿Dónde tenéis la vivienda?

—Mi morada es una sima muy honda, muy honda, que casi toca el centro de la tierra. Nadie me ve, nadie me conoce. No salgo nunca sino de noche, a coger las yerbas con que me sustento. Pero yo sabré por permisión de Dios cuándo habéis de volver, y os aguardaré en este mismo sitio.

—Dadme a besar vuestra mano.

—¡La mano! ¡Eso no, eso no!—exclamó asustado el anacoreta, y la retiró.

—¿Por qué lo rehusáis?

—Porque mi mano... porque mi cuerpo miserable es indigno de ese respeto. Postraos, caballero, postraos, y besad solamente el santo hábito que llevo.

Y así diciendo, le alargó la punta de la corta capa que le cubría. Teodosio se puso de hinojos y la llevó a sus labios. Cuando el caballero bajó la frente, alzó la suya el eremita con maligna sonrisa y diabólica soberbia. En el fondo del bosque estaba presenciando esta escena el escudero a quien hemos llamado el Complacido. Hízole seña el ermitaño de que se retirara, y desapareció. Teodosio entre tanto se irguió con ojos de alucinado. Al tocar los hábitos había sentido el extraño calor que despedía el cuerpo casi cadavérico del solitario.

—Padre—le dijo,—ahora me persuado de que esto es cosa de Dios, porque el fuego que os abrasa es celestial.

—De Dios viene, no lo dudes—le contestó con sordo acento el ermitaño.

—Pero el crimen que me reveláis es tan enorme, que yo necesito verlo para creerlo. Yo quiero pruebas.

Y decía el desposado estas palabras con voz casi lagrimosa, desfallecida.

—Pero yo, ¿qué más puedo hacer por ti?

—¡Un milagro! Transportarme a Goñi en alas del viento.

—Milagros no los hago yo—respondió muy humilde el solitario.— Pero si corres, si ni un instante más te detienes y llegas antes de que se escondan las estrellas, tú lo verás, tú lo palparás, tú hallarás la prueba del delito.

—¡Basta, basta!—exclamó Teodosio echando a correr, desatinado de celos y venganza.

—Aguarda, espera—le dijo el ermitaño.—¿Quieres que te acompañe? ¿Quieres que te conduzca y te muestre a los que se tienen por verdaderos esposos y duermen esta noche en tu propio lecho?

—¡Basta!—tornó a decir el desposado con voz atonadora.

—Porque yo, despacio, poco a poco, pudiera seguirte. Pero ¡ya se ve! tú querrás ir de prisa, volar para sorprenderlos.

—¡Agur, padre!—le dijo Teodosio, despidiéndole con la salutación vascongada.

—¡Agur, agur!

—Dadme la mano.

—La mano, ya no. Porque... porque la tuya se va a teñir en sangre de la infiel.

—¡De los dos, padre, de los dos! ¡Los que me usurpan el tálamo y quieren usurparme el trono, a dormir y reinar irán hoy a los infiernos!

Y mirando a las estrellas para orientarse bien y conocer la hora, echó a correr hacia el valle de sus padres.

CAPITULO VI

**En que la historia obliga a decir más
de lo que se quisiera.**

A Goñi, efectivamente, tenía que acudir, si eran ciertas, como creía, y reveladas por Dios, las noticias del ermitaño. García, en salvo ya con sus montañeses en Pamplona, de cautivo y encerrado se había convertido en sitiador. Si quería salir de la ciudad, franca tenía la puerta; si conquistar el burgo y el alcázar, disponía de los guerreros de Val-de-Goñi, de los refuerzos que le llegaban de todos los valles y señoríos inmediatos. Pero ¿quién volvía por la honra del ofendido esposo? ¿A quién le tocaba vengar la afrenta de Jaureguía?

Allí perdía a un tiempo el honor y el trono; allí de un golpe podía alcanzar los dos. Con tales ideas y propósitos, no vaciló un momento siquiera en tornar a casa para sorprender a Eudon y Constanza y lavar con sangre la mancha con que le estaban infamando. Era necesario llegar a tiempo, y corría decidido a no detenerse ante ningún estorbo, a no distraerse con nada ni con nadie en el camino. Así fué que, sintiendo detrás de sí que le llamaban: «¡Señor, señor!», hizo como si nada oyera, y siguió andando. Conoció, sin embargo, en la voz a su acompañante el Complacido, y sin dejar de andar, volvió el rostro y le dijo:

— Sígueme.

—Pero, señor, vais equivocado—le contestó el desconocido escudero.—Ese no es el camino de Iruña.

—Sígueme—repitió Teodosio con perentorio y bronco acento.

El Complacido debía de ser hombre de muy buena pasta, pues a pesar de la sequedad de la orden y del ningún caso que de su advertencia hacía Teodosio, le obedeció sin réplica. Es más: lejos de resentirse del desaire y despego de su señor, mostrábase tan resignado y aun alegre y satisfecho, que, a falta, sin duda, de la conversación que buscaba y parecía echar de menos, se puso a cantar:

¡Lelo, ill Lelo!

¡Lelo, ill Lelo!

¡Leloa Zarác,

ill Lelod!

¡Lelo! Murió Lelo,

Lelo pereció.

Zara mató a Lelo.

¡Zara lo mató!

Lo que el Complacido no pudo lograr ni con sus voces ni con sus advertencias, lo consiguió con sus cánticos. El desposado se detuvo un momento para que se le acercara, y con rostro cada vez más ceñudo y receloso, le dijo:

—¿Por qué cantas?

—Señor, porque hoy es día de regocijo; día alegre, como de bodas.

—¿Y por qué cantas esas canciones de muerte el día de mi boda?

Y al decir esto le indicaba con el gesto y el ejemplo que siguiese andando.

—Señor—respondió sencillamente y sin titubear el desconocido,— porque está mandado de muy antiguo que en todas las *erecias* o cantares históricos se haga mención de la muerte de aquel pobre marido ultrajado y asesinado por Zara.

Era así, en efecto, y el esposo de Constanza nada tuvo que replicar; pero se volvió hacia el escudero y le dijo en tono que hubiera nublado otra faz que la del Complacido:

—¡Esta noche no ha de morir Lelo: Zara y su amante perecerán!

—No sé lo que queréis decir—respondió impertérrito el escudero.— Pero yo voy con el refrán: *Leloán, Lelo, Leoán dot gogo*: «Dale que le das con Lelo, nunca lo puedo olvidar».

El marido tomó estas palabras por testimonio de adhesión incondicional, y se despejó su semblante, y se suavizó su acento.

—¿Has visto al Basajaun?—le preguntó.

—¡Dios me libre! — exclamó el escudero horrorizado.—¿Anda por aquí la fiera? ¿Habéis tenido la desgracia de encontraros con el rey de las selvas? ¡Calle! ¡Pues ahora me explico la cara que lleváis! ¿Se os ha presentado el Basajaun? Bien hacéis en correr. Salgamos presto de aquí: yo le tengo un miedo cervical.

—¿Y el ermitaño?—dijo Teodosio, desentendiéndose de la pregunta.—Anda también por estos bosques un santo penitente...

—No conozco más ermitaño que Pacomio, el cual tanto tiene de penitente como de santo.

—¿Tampoco has visto a la loca Petronila?

El escudero se echó a reír.

—¿De qué te ríes?—le preguntó el novio, que de todo se recelaba y ofendía.

—Señor Teodosio—le contestó su interlocutor, que nunca vacilaba y tenía como aparejadas las respuestas por extrañas e inesperadas que fuesen las preguntas de su amo,—¡no he de reirme, si esa pobre mujer está encerrada en Iruña bajo llave y custodia del vicario de Eudon, el duque de Cantabria!

—También creerás tú que el llamado duque de Cantabria está en la ciudad, y no es cierto.

—No, señor; no es cierto, porque el duque Eudon está en Jaureguía.

Aunque la agitación de Teodosio parecía haber llegado al extremo, se sintió todavía más turbado y sorprendido.

—¡Cómo!—exclamó con voz y ojos de loco.—¡Eudon en Jaureguía! ¡En mi casa ese hombre y en ausencia mía! ¿Por qué lo dices? ¿Cómo lo sabes tú?

El Complacido repuso en el acto, cual de costumbre:

—Lo sé por habérselo oído.

—¡Al duque! ¿Se lo has oído tú?

—Al mismo Eudon, sí, señor.

—Habla, explícate, dime cuanto sepas.

—Pero, señor Teodosio, lo que yo sé nada tiene de extraño. ¡No es ciertamente para que lo toméis así!...

—¡Todo, todo lo que sepas!... ¡No tienes que disimular ni ocultarme nada!

—Pues bien; anoche, desde que se volvió a Goñi el Disgustado y quedé solo, me fuisteis dejando atrás, muy atrás. Hacía tiempo que os había perdido de vista, cuando sobrevino la tempestad. No tuve más arbitrio que meterme en la choza de un carbonero, alzada contra el hueco de una peña. Hallándome en la *chabo-*

la, solitaria por cierto y abandonada, entró por acaso Eudon a guarecerse igualmente de la lluvia.

—¿Y qué? Prosigue.

—Pues nada: no nos conocíamos; pero juntos en aquel escondrijo, comenzamos a charlar.

—¿A qué hora, poco más o menos?

—Al anoecer. ¡Toma! Más de anohecido.

—¿Había comenzado a llover?

—¡Ya puedes! Entró calado como una sopa.

—¿De dónde venía?

—¿Yo qué sé? Pero se me figura que traía el mismo camino que nosotros. ¡Calle! Pues ahora recuerdo que mentó no sé por qué ni para qué... ¡Ah, sí! A propósito del incendio, mentó un cerro de antiguos paganos que hoy lleva el nombre de Mendiguru. De allá debía de venir.

—Sí, de allá vendría. Acababa de cometer un crimen. ¿No lo advertiste en su talante? ¿No te chocó su rostro?

—En efecto, me chocó por lo alegre, risueño y satisfecho, pues a pesar de lo sombrío del tiempo, traía cara de Pascuas. Nos juntamos dos que... ¡ya, ya! ¡Tal para cuál!

—¿Y qué? No te detengas. ¿Por qué venía alegre? ¿Qué hizo? ¿Qué habló? ¿Qué te dijo?

—Al pronto, nada. Habló del tiempo, de la borrasca, del huracán... Dijo que un rayo había incendiado una mata de álamos secos, de la cual se comunicaba el fuego a todo el bosque.

—Bien, todo eso no me importa.

—«¿Vais a Pamplona?»—le pregunté.—«Esta noche vuelvo a Jaureguía»—me contestó.

—¿Así, con esa franqueza? ¿Así, con ese descaro?»—

exclamó Teodosio, no atreviéndose a dar crédito a lo que se le refería.

—Así, ni más ni menos; así, con estas mismísimas palabras: «Esta noche vuelvo a Jaureguía».—Yo le repliqué: «¡A Jaureguía! Y después de lo ocurrido en la sala del banquete, ¿no tenéis miedo de poner los pies en el palacio de los señores del valle?» A lo cual repuso con sordo acento, que parecía salir de un pecho preñado de misterios: «Teodosio no volverá, y los viejos duermen como cachorros en Gastelúzar. ¿A quién he de temer? Los huéspedes mozos han ido a Pamplona, mandando las tropas contra Munio, y en cuanto a los Doce ricos hombres...» No dijo más, pero se reía.

—¿Por qué?

—Porque, según se explicó, contaba con alguno de ellos en el Bazarre.

—Eso es mentira. Con ningún vasco puede contar. ¿No es cierto?

—Yo no lo sé; yo no soy de esta tierra, como en el acento lo habréis conocido. Pero cierto debe de ser. Cierto será cuando vos lo decís.

—¿De dónde eres?

—Vasco aquitano del valle del Adur.

—¿Cómo te llamas?

—Uchin. Mi padre me puso Uchin en memoria de Tamayo, el de la canción de Lelo. Por eso tengo yo cierta afición a la *erecia* de mi tocayo.

Aquel recuerdo mortificaba a Teodosio y le encendía la sangre.

—Prosigue, Uchin—le contestó balbuciente.

—Os refiero lo que él me dijo, no lo que yo pienso. «Mañana —añadió,—y os prevengo, Jaun Teodosio, que este *mañana* es hoy,—mañana he de dar un polpe

que asombre y aturda las montañas; mañana he de ser proclamado rey.»

Teodosio dió un salto como un tigre, y desapareció, dejando atrás al escudero; el cual, con rostro maligno, sentóse tranquilo en un ribazo, sacó del pecho un silbato y lo hizo sonar tres veces.

Al punto se percibieron a lo lejos otros tantos silbidos.

Poco después se presentó Pacomio.

—Maestro, tenéis a Teodosio en Val-de-Gofi, y a Petronila dentro de vuestra cueva—le dijo el aquitano, que, según recordará el lector, era el amigo de Respha y mensajero de Munio.

—¿En cuál de ellas?

—En la vuestra. ¿Qué se yo cómo la llamáis? En la cueva donde habéis encerrado a Teodosio, en la caverna del Basajaun.

—¿A qué ha ido allí?—preguntó Rab Abraham con vagos terrores y vagas esperanzas, presintiendo un golpe fuerte, decisivo, trascendente para todos los días de su vida, pero sin poder fijarse en él todavía, ni menos en su alcance y sus consecuencias.

—Eso es lo que no puedo asegurar, porque no lo ha dicho; sé que Petronila no iba allá con intención de salvar a Teodosio; pero sé que lo salvó, que lo ha sacado de la gruta; en una palabra: que me tomó la delantera. Sé que por entrar en la cueva ha dejado marchar solo a Teodosio, y sospecho que debe de andar en busca de algún tesoro. Vos sabréis lo que guardáis allí.

Pacomio perdió el color y estuvo a punto de caer desmayado. Tal fué la conmoción que sintió de pronto al oír al escudero.

—¡Ah!—exclamó con voz apenas perceptible.

Y mentalmente repitió, como iluminado por súbito esplendor:

—«A cinco pasos de la boca se tuerce a mano derecha, y a los tres pasos, al pie de un pilar...» ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Iturguru! ¡La fuente de la cruz! Es la cueva del tesoro de Aitor.

Procuró serenarse, y dijo tranquilamente al Complacido:

—¿Cuánto tiempo ha que Petronila entró en la cueva?

—Una hora; menos de una hora.

—Está bien, Joziz, hijo de Joseph; yo me encargo de la loca; del loco, tú. Ya sabes con qué objeto te mandamos levantar las losas de la gruta; ya sabes que sólo Aser Ben Abraham ha de reinar en Vasconia. ¡Reinará! ¡Reinará si su rival queda inutilizado! ¡Vendrán aquí nuestros hermanos del Africa, y todos los hijos de Israel reinaremos con el hijo de Abraham!

Y se alejó murmurando entre dientes:

—Aún es tiempo; la sorprenderé con las manos en la masa.

De loco había calificado el rabino a Teodosio, que a la sazón era digno ciertamente de ese nombre. Corría desalado hacia su valle, como si le faltara tiempo de llegar y sorprender a la pérfida que tan miserablemente lo engañaba.

Oyó los tres silbidos de su escudero, oyó también los de Pacomio; pero no se detuvo, no reflexionó siquiera sobre aquel incidente raro y sospechoso a deshoras de la noche.

Por el contrario, creyó que los silbidos continuaban, que la naturaleza inanimada se burlaba de él, que los

árboles y los riscos, confusamente iluminados por la luna, eran fantasmas que le salían al encuentro para burlarse de su boda, tantos años preparada y tan vergonzosamente concluída. Pero había decidido atropellar por todo y romper por medio de fantasmas, apariciones de arriba o de abajo, humanas criaturas, vestigios o feroces alimañas.

Iba a terminar la noche y aún tenía que andar cerca de media legua; asustábale la idea de que por cualquier acontecimiento imprevisto se entorpeciera su marcha y desapareciera la prueba material, el insigne, el irrecusable testimonio de la traición que, según la voz del orgullo, legitimaba la venganza.

Para él las pruebas estaban ya demás. Por increíble, por inverosímil que fuese, patente aparecía el crimen. Eudon se lo había anunciado para que le sirviese de tormento y desesperación en la agonía; el ermitaño, de parte Dios salía de las soledades, o más bien, según imaginaba, descendía de los cielos y tomaba humana forma para decirsele y darle avisos y consejos saludables a su honra, y por último, el escudero, sin querer, todo se lo acababa de confirmar y poner en claro.

No tenía la esperanza de ser engañado; no podía buscar ni aun el angustioso refugio de la duda. La llegada del duque a la choza del carbonero coincidía con la hora del incendio y de la lluvia; la alegría locuaz, indiscreta y elocuente del criminal era esa imprudencia de la vanidad, compañera inseparable de su delito.

Deteníase únicamente el ofendido esposo a beber, o por mejor decir, a refrescar sus labios secos y ardientes en los arroyuelos que tenía que cruzar; sus ojos espantados, su mirada vagarosa, su frente cargada de negros pensamientos, sus mejillas encendidas, todo

denotaba insensatez y fiebre. Llegaba algunos momentos al colmo del delirio, y andando desesperadamente parecía que no se movía, sino que las rocas, los bosques, los desfiladeros, iban acercándose a él y pasaban de largo.

Otras veces se sentía en completo estado de lucidez, y pensaba en Dios; pero tenía miedo de este pensamiento. Seco, desabrido, desconfiaba de la oración, o más bien reconocía en el fondo del alma su eficacia, porque hufa de orar temeroso de que la oración le hiciese vacilar y desistir de sus malos propósitos.

El, hombre de fe, comenzaba a ser tentado de la duda, inseparable sombra del pecado; él, que iba a tomarse la justicia por su mano, quería poner en tela de juicio la justicia de Dios. En estos delirios y visiones, sin saber cómo ni por dónde, hallóse frente a frente de Jaureguía y Gastelúzar. El corazón le palpataba fuerte y descompasado; nube de sangre pasó por sus ojos; temió quedarse ciego, desmayado, sin fuerzas para llevar a cabo la venganza. Tal era su principal, su único temor. Temor infundado desgraciadamente, porque con la exacerbación de la fiebre los miembros de su cuerpo recobraron inusitado vigor: sintióse tan ágil y con tanta energía como si en aquel instante fuese a emprender la jornada.

—¡Allí!—exclamó mirando a Jaureguía.—¡Allí están robándome la fe y el amor a que yo tenía derecho!

Pero en aquel punto recordó las últimas palabras del escudero. Eudon, según ellas, prometía dar un golpe que a todos asombrara y aturdiera: ser proclamado rey en Pamplona, ser reconocido, sin duda, como legítimo esposo de Constanza. Si el duque había de cumplir su audaz propósito, tenía que salir

furtivamente de Val-de-Goñi muy antes de amanecer, en las tinieblas de la noche. Era posible que los criminales se hubiesen escapado ya; que aquellos fuesen los momentos críticos de la fuga. Podían haber tomado distinto camino del que Teodosio traía; podía éste hallarse con la afrenta sin dar ni entonces ni nunca con la venganza.

Espantóle idea semejante. Si el duque de Cantabria se refugiaba en Pamplona con su cómplice; si de allí arrojaba a los vascos y García, ¿cuándo, cuándo se pondrían los infames adúlteros al alcance de Teodosio? Miró con atención a todos lados, pero a nadie vió: reinaba el silencio. O los criminales se habían fugado ya, o seguían en Jaureguía. Tomó por un atajo el camino más corto de su casa, la cual en el fondo del barranco se le ocultó por algunos momentos; pero tenía delante, tenía encima a Gastelúzar, donde sus ancianos padres dormían tranquilos, bienaventurados, soñando quizá en la felicidad del único hijo que el acero de los godos había respetado.

Dormían como niños inocentes, sin pecado, sin remordimientos, mientras la próxima aurora les traía noticias de los nuevos lauros de Teodosio en Iruña, del rescate y libertad de los vascos; mientras el nuevo sol presenciaba la reunión de los Doce señores a la sombra del árbol del Batzarre, la elección unánime de Teodosio, sin disputa, sin discordia, por aclamación quizá.

—Ellos, que ni de pensamiento se han ofendido nunca; ellos, que ni conciben acaso tan enorme culpa—exclamaba el desposado,—¿cómo han de imaginarse la deshonra de su propio hijo, el negro crimen de Constanza? «No la mereces, me decía mi padre poco

ha; vale cien veces más que tú», y la miraba con embeleso, y no se hartaba de mirarla. El desengaño ha de serles funesto; les va a costar la vida. Pero el golpe es inevitable ya. ¡Oh! ¡Que al menos, al tener noticia del agravio, la tengan de la venganza!

Subió por fin a la era principal; alzábase el palacio a muy breves pasos, y todo seguía tranquilo, solitario y silencioso. No había miedo de que alborotaran los perros. Plácida había dicho pocos meses antes con terrible exactitud y como en triste profecía: «Teodosio puede entrar y salir de casa a cualquier hora de la noche sin que los perros le ladren». Harto lo había experimentado él cuando, henchido de amor y de ambición, sin rival en la gloria y ventura a que aspiraba, volvía del lejano valle de Butron, y subía a su cuarto por aquellas puertas que nunca se cerraban.

Su madre le solía esperar con luz, con lumbre y cena... Mas ¡ay! su madre, ciega y engañada como él, había abdicado cuidados y desvelos en la pérdida que tanta prisa mostraba en venderlo como en tomar posesión del tálamo y honor de Jauregía. A su palacio se dirigía también ahora; pero ¡con cuán distintas ideas, con cuán diferentes planes y sentimientos!

La venganza le exigía implacable la vida de su mujer, la de su antiguo amante, por de pronto; y luego, poco más tarde, como inevitable consecuencia, la vida de los ancianos, casi seculares, que sucumbirían al dolor y la vergüenza de la deslealtad y del oprobio... No le importaba; todo menos el perdón, todo menos la clemencia, todo menos confiar el castigo de sus ofensas a otras manos que las del ofendido. Los ídolos son insaciables. Al pie de la casa, notó que en una de las habitaciones del piso superior había luz. En aquellos

momentos cualquiera circunstancia, por insignificante que fuera, tenía que llamarle la atención.

—¿Qué será?—dijo para sí.— Pero esa luz no está en el aposento de Constanza. ¡Esa luz me recuerda las vigi-
lias que por ella, por esperarme a mí cuando venía de
verla, ha pasado mi buena, mi santa madre! ¡Oh! ¡La
primera noche que mi madre falta de casa, es la noche
de mi primera afrenta!...

Y con toda precaución para no hacer ruido, dejó la
gucia y requirió y desenvainó la espada. Hecho esto,
abrió la puerta, cerrada sólo con tarabilla; entró, la
entornó y tomó la escalera secreta.

¿Seguiremos la relación, a que la pluma se niega hor-
rorizada? Lo exige la historia, y hasta el reconocimien-
to de la falibilidad de los juicios humanos, pues de los
sucesos mismos que nos aterran, la divina Providencia
sacó resultados de suma trascendencia para aquellos
pueblos. Por mal que nos veamos, siempre será el ma-
yor de los crímenes perder la esperanza en Dios.

Puesto en el claustro Teodosio, pocos pasos le falta-
ban ya para llegar a la estancia que sus padres habían
cedido a los nuevos esposos. Acercóse a tientas, apo-
yándose en las paredes, porque temblaba de pies a ca-
beza. Delante ya de la puerta, algo había sentido que
disipaba las dudas o temores que a cada paso le asal-
taban. Estaba escuchando con el alma entera clavada
en el oído.

Por de pronto quedó sobrecogido de la más sinies-
tra alegría. El tálamo nupcial estaba ocupado; los cri-
minales no habían huído. Nadie, nadie en el mundo po-
día arrebatarse ya el placer de vengarse por su mano.
Si mataba a los dos, si no perdonaba a ninguno, la ley
le absolvía. Más él entonces no se acordaba de leyes, y

por encima de todas las del universo hubiera saltado para satisfacer su rencor.

Pero luego, a tan triste y criminal complacencia siguió un rayo de purísima alegría, capaz de matar al hombre más fuerte si fuese duradera. La esperanza penetró sus entrañas, y por todo su cuerpo circuló como sacudimiento eléctrico. Había sentido la tranquila y regular respiración de una persona que duerme sin agitación, sin remordimientos. En sus transportes de felicidad hubo de exhálarsele del pecho algún suspiro, algún quejido involuntario, al cual parece que respondía dentro de la alcoba otro suspiro, otro aliento distinto del anterior.

—¡Oh! Seamos cautos — exclamó Teodosio, próximo ya a precipitarse con frenética alegría en brazos de su fidelísima esposa.—Nadie me acompaña; nadie sabe que estoy aquí. Si Constanza es inocente, si las revelaciones del anacoreta son falsas, volveré en silencio por mi camino, sin que mi esposa llegué a saber nunca que he puesto en duda su fidelidad. Pero si fuese culpable, sería el colmo del escarnio despertarla ufano, gozoso, enamorado...

Y se detuvo aquí, porque realmente aquella ráfaga consoladora y refrigerante iba desvaneciéndose como estela de naves en el mar, como luz de estrellas errantes en el cielo. Teodosio percibía claramente el respirar de dos distintas personas en el lecho.

—Quizá alguna amiga, su prima Olalla quizá le hará compañía. Hay mucha gente en casa, dormirán juntas.

Dió tres o cuatro pasos adelante sin hacer el menor ruido, y no podía dudar: eran dos las personas que allí reposaban. Hallábase a la cabecera de su propio tálamo,

y el corazón quería saltársele del pecho. Alargó la mano izquierda hacia la almohada, y tentó el rostro de un hombre con fuerte barba. Era imposible equivocarse; la que a su lado yacía era una mujer. Fué a levantar la diestra, pero la sintió pesada, parálitica, como si el acero que empuñaba fuese una montaña. ¿Qué pasó entonces en su mente?

Una idea que le espantó. Aunque entregado a sus pasiones, aunque presa de Satanás, tenía fe, y vió que iba a perder dos almas para siempre, por toda la eternidad. Última inspiración de la gracia, postrer auxilio de Dios para arrancarlo de la culpa. Teodosio lo rechazó también.

Levantó la espada y la clavó en la garganta de la mujer, y con la sangre humeante la volvió a clavar en el pecho del varón. La primera de las víctimas no lanzó ni una queja ni un suspiro. O murió en el acto, o conoció la mano que le hería y no quiso denunciarla con sus gritos. El hombre dejó escapar terrible clamor inarticulado, y todo al punto volvió a quedar en silencio. Se había propuesto el homicida bajar por la misma escalera sin hacer ruido; pero en momentos tales no está el ánimo de nadie para seguir planes trazados de antemano.

Por aturdimiento cerró de golpe la puerta de la cámara, y arrojó la espada, y por la fuerza de la costumbre se encaminó maquinalmente a la escalera principal. Sus pasos eran tremendos y resonantes; su conciencia le decía que acababa de perpetrar un crimen; pero sus pasiones le gritaban que se había vengado, y llevaba en el corazón la soberbia de la venganza satisfecha. Pero al volver hacia el corredor que daba a la escalera, al entrar en aquel tránsito... ve luz, luz ar-

tificial... ¡Gran Dios! Una mujer se le presenta con una lámpara en la mano. Constanza, al ruido de los pasos, salta de otro aposento.

—¡Teodosio!—exclamó para no dejarle duda de que era ella, ella misma, y no ilusión o fantasma de imaginación errada.—¿Qué es eso? ¿De dónde vienes?

El caballero, yerto, inmóvil, con rostro de condenado, no le contestó.

—Te esperaba, amor mío, esposo mío. Mi corazón me decía que habías de volver, y me quedé haciendo las veces de tu madre. ¡Te esperaba rezando, pidiendo a Dios que te trajese presto vencedor, salvador de los vascos! Pero tú has creído que dormía en nuestro aposento...

—¡Ah! ¿Pues quién...—exclamó Teodosio con acento inexplicable,—quién duerme ahí?

—¡Tus padres! (1).

Y sin proferir una sola palabra huyó el infeliz des-pavorido.

(1) Por nefando y horrible que parezca este hecho, es innegable y no puede prescindirse de él en la historia de los vascos del siglo VIII. Constante y perpetuamente tradicional, referido por todos los autores que tratan de la aparición de San Miguel de Excelsis en Navarra, apoyado en manuscritos de la Edad Media, tiene además en su favor el irrecusable testimonio de monumentos y restos arqueológicos completamente auténticos. Ha dado origen a la fundación de monasterios, basílicas y ermitas; está consignado en libros, cuadros y estampas con tal minuciosidad, que lo copioso, por excepción de la regla, perjudica más que favorece al novelista.

Respecto de la época del suceso, varía, o mejor dicho, no se cuida la tradición. Yo sigo la opinión de los dos únicos historiadores de la aparición de San Miguel, que la fijan en los tiempos calamitosos de la pérdida general de España.

Pero lo raro y sorprendente no es tanto el hecho en sí

CAPITULO VII

Cómo se celebró la gau-illa de Miguel y Plácida en Jaureguía.

Después de los vaivenes y agitaciones del día precedente; después de la comida, que se prolongó cuasi hasta la cena, que terminó cerca de media noche, todas aquellas gentes de corazón sano, de conciencia limpia y de temperamento de bronce, dormían profundamente en Jaureguía.

Sólo Constanza estaba despierta; sólo ella había sentido el grito de Miguel, el ruido de la espada en el piso de madera, el soberbio andar del asesino, que desdeñaba precauciones y cautelas.

Salió con luz de su habitación, sorprendiéndolo casi en fragante, momentos después del crimen, del cual ella sin duda era objeto, pero causa inocente también.

como el haberse repetido con las mismas circunstancias en Cataluña, según es de suponer, donde se celebra la festividad de San Julián, el hospedero de pobres, en el mes de Agosto. El santo perpetró el involuntario parricidio, también por infundados celos de su esposa.

En cuanto al atrevimiento de presentar este episodio en un libro como *Amaya*, sírvame de excusa: primero, que tratándose de tiempos en que los hechos históricos escasean, no podía desechar éste; el segundo, que la tradición de Goñi y las leyendas de que está revestida caracterizan sombriamente y admirablemente al siglo en que se engastan, y por último, que Lope de Vega ha puesto la vida de *El dichoso parricida San Julián*, o *El animal Profeta*, no ya en novela histórica, sino en el teatro.

Sencilla, delicadamente, quizá por vagos temores de que ni siquiera sabía darse cuenta, había suplicado a los ancianos esposos que siguiesen ocupando una noche más el lecho que nunca prestaron a nadie ni dejaron desierto en diez o doce lustros de honrada y felicísima vida conyugal; y para obligarlos más, les decía:

—No podré dormir tranquila en ese aposento que no está destinado para mí sola.

—Tiene razón esta pobre chica—contestó Plácida, que la comprendía mejor que nadie:—yo te daré otra habitación cerca de tus padres.

Constanza tenía más de una razón para el cambio que pedía. No obraba por capricho. ¿Cómo encerrarse donde pocas horas antes entraba y salía Asier, donde éste se había escondido para recordarle su antiguo amor y reclamar soñados títulos y derechos?

Verificóse la mudanza tan funesta para todos, y muy principalmente para los ancianos padres del novio, y Pacomio, según lo hemos podido inferir de las palabras que mediaron entre él y su cómplice Joziz Aben Joseph, tuvo conocimiento de ella.

La novia velaba. Se había despedido de sus padres, que le dieron la bendición; hábala pedido también de rodillas a los padres de su marido, los cuales la abrazaron y cubrieron de besos con efusión de cariño, con paternal ternura.

—¡Qué buena es!—exclamó Miguel cuando se quedó a solas con Plácida.—¡Qué ángel nos ha traído a casa Teodosio!

—Démosle gracias a Dios—contestó la anciana.—Y ya que no podemos acompañar a nuestro hijo en los peligros, acompañémosle, aunque de lejos, en su heroica abnegación, y ofrezcamos al Señor, si es necesario para

el bien de la cristiandad, el sacrificio de nuestra vida.

—¡Corto sacrificio es ya, Plácida mía!

—Corto o largo, hagámoslo de todo corazón. Si somos pobres de espíritu, con dar a Dios todo cuanto tenemos, ricos pareceremos a sus ojos, esposo mío.

Y se arrodillaron delante de la cruz de madera. ¡Dulce espectáculo el de aquellos ancianos casi seculares que se decían amores como el día primero de su amor, y depositaban el corazón juvenil y enamorado en el regazo del Señor, al pie de la cruz! Y después de orar, se acostaron como dos niños, se durmieron como dos ángeles, para despertar entre sus amigos los ángeles del cielo. Constanza quiso pasar en oración, como Tobías, la primera noche de su desposorio.

Estaba en vela cuando Teodosio cometía el crimen. Salió al ruido, y todo lo que no podía ver lo adivinaba en la mirada, en el semblante de su marido, cuando le dijo: «Tus padres son los que duermen en el lecho que para nosotros habfan destinado».

Después de la primera impresión de inevitable espanto y horror, el primer impulso de su alma fué de lástima y perdón; el primer acto de su voluntad fué la resolución de ocultar el parricidio y de salvar, por consiguiente, a Teodosio.

Con el heroísmo vulgar en pechos femeniles habría para inmortalizar a cien hombres, para conducirlos en triunfo de la puerta Capena al Capitolio, si el sacrificio de las pasiones, si la abnegación cristiana aspirasen a coronas de laurel. Constanza se vió a sí propia muerta y deshonrada por su marido en la sangre de que éste venía manchado, y contestó al ultraje con el firme propósito de sacrificarse por quien la había creído infiel y con la intención asesinado. Con varonil resolución se

lanza al teatro de la catástrofe, vuelve la puerta sin vacilar y se encierra con los dos cadáveres para registrar el aposento y borrar en las huellas del delito cuanto pudiera revelar el nombre de Teodosio.

—Sébase—pensaba, sentía, o parecía sentir y pensar,— sébase que se ha perpetrado un asesinato; pero ignórese por siempre el parricidio.

Ante todo tenía que cerciorarse del hecho, atender a las víctimas, si aún era tiempo. La mirada que para ello tuvo que dirigir al tálamo nupcial fué un acto de verdadero, de heroico valor. Miguel y Plácida yacían inmóviles. Su sangre inocente se unía y juntaba en la muerte, como en sesenta años de vida se habían unido sus corazones. Uno de ellos palpitaba aún. El venerable anciano, que al parecer dormía regaladamente, abrió los ojos con dulzura y suavidad al resplandor de la cercana luz, y dijo con voz apenas perceptible:

—¡Constanza!... ¿Quién nos quiere tan mal? ¿Qué daño hacemos a nadie... por lo menos a sabiendas?

—¡A nadie, padre mío!—exclamó la desposada, cayendo de rodillas al pie del lecho, tomando entre sus manos la diestra del moribundo, y besándola con toda su alma, con todo su corazón, entre gemidos y sollozos.—¡Dios os quiere para sí! ¡Los cielos se abren ya como impacientes por recibirlos!

—¡Hija mía!... Quienquiera que sea... que le perdone Teodosio, como yo le perdono... en mi nombre y en el de ésta... ésta...

No dijo, no pudo decir más. Volvió los ojos hacia el cadáver de Plácida, y expiró.

—¡Padre de mi vida!—exclamó Constanza.—¡Perdónalo desde el cielo como acabas de perdonarlo en la tierra!

¿Cómo no se desmayó, cómo de pena y dolor no cayó muerta allí la pobre niña? Dios le dió fuerzas; la idea, el sentimiento del deber, la sostenía. Tuvo el nuevo valor de levantarse, y haciendo sobre sí misma inconcebible y sobrehumano esfuerzo, tendió por el cuarto miradas escudriñadoras, halló en el suelo la bien conocida espada de Teodosio, teñida en sangre desde la punta hasta el pomo. Asíóla con presteza, y sin perder momento abrió la puerta con el hierro en una mano y la luz en la otra, miró y quedó aterrada.

Un hombre se dirigía al aposento. Sorprendida con los vestidos ensangrentados, con el arma homicida y saliendo de aquella habitación, estaba perdida. ¿Quién dejaba de imputarle el crimen? A Constanza, sin embargo, ni siquiera se le ocurrió semejante idea. Quedó aterrada, sí, porque le asaltó el temor de que la ezpata que llevaba en la mano descubriese al criminal. Instintivamente trató de ocultar el instrumento parricida. Por fortuna, aquel testigo era un monje, era el abad de Goñi: nada había que temer. Era la única persona necesaria en tan espantoso trance. Llegaba a tiempo, sin duda, porque el cielo lo enviaba.

—¡Silencio!—la dijo Juan de Vergara.—Lo sé todo; no os asustéis. Acabo de ver a Teodosio, que se ha postrado a mis pies y suplicado que venga en auxilio de las víctimas. Dadme la lámpara y retiraos.

—¿Y dónde está el infeliz?

—Se ha marchado a Pamplona por consejo mío. El Obispo dispondrá de él (1).

(1) Una y otra circunstancia son históricas.

Exornada la leyenda por la imaginación de los siglos, hoy se presenta con detalles absurdos. El novelista ha procura-

Entró el párroco; absolvió bajo condición a los que yacían en el lecho por si aún conservaban algún soplo de vida; recitó la recomendación del alma y se volvió a la iglesia después de haberse cerciorado de que no existían ya.

Entre tanto Constanza había escondido el acero de Teodosio, y rendida, agobiada por la insoportable pesadumbre de tantas emociones, se arrodilló en su cuarto, pidiendo a Dios misericordia para el matador y los muertos, y cayó en el pavimento completamente privada de sentido.

El compañero de Teodosio, que había seguido con el mayor sigilo todos los pasos de la hija de Aitor, el judío Joziz Aben Joseph, sectario de los astrólogos a las órdenes del infame Abraham Aben Hezra, se apoderó de la espada, y se marchó con ella por la escalera excusada.

Vuelta en sí la desdichada esposa, aún le quedaba mucho que sufrir. Sus vestidos, la espantosa transformación de su rostro, su mismo desmayo, la acusaban; pero, digámoslo en honra suya y en la de todas aquellas gentes sin doblez: nadie la creyó autora del crimen. Las apariencias la condenaban, pero la absolvían su candor y su virtud; la sencillez del sentido común es también más perspicaz que la malicia. ¿Ni qué le importaban a Constanza murmuraciones, hablillas y sospechas, mientras éstas no recayesen en Teodosio? Su sacrificio y abnegación eran completos; su idea, siempre la misma, fija, inalterable.

Pero tenía que responder a las preguntas que se le

do escoger los más racionales, dando la posible verosimilitud al hecho, indubitable en el fondo.

hacían; porque no negaba, no podía negar que al sentir ruido en el aposento de los ancianos asesinados y hallándose despierta, como lo atestiguaban su lecho intacto y su lámpara encendida, había acudido en socorro de sus suegros; tenía, sobre todo, que asistir a la tremenda ceremonia de la *gau-illa*, para todos grave, solemne, imponente; para la desposada, terrible, pavorosa. Había llegado la hora.

Era la *gau-illa* la noche de la muerte, la noche que precede al entierro, celebrada entonces con singulares y patéticas ceremonias, de las cuales todavía se conservan muy grandes reminiscencias. En la misma cámara del festín de boda alzábanse dos féretros con sendos cadáveres amortajados de monjes.

Los criados, pastores y zagales de la casa de Goñi se disputaban el pío honor de alumbrar, con teas en la mano, los inanimados restos de Miguel y Plácida, y no pudiendo concurrir todos a la vez, se relevaban de hora en hora.

Habíanse retirado del fúnebre aposento las mesas del banquete, colocándose los escaños contra la pared, colgada de negro. En la testera, y ocupando los principales asientos, los ancianos ricos hombres o gobernadores de Navarra presidían el duelo. No eran ya más que once. Seguíanles los deudos de los difuntos. Inmediatamente después de los ancianos, el primer lugar era el de Teodosio, a quien se había mandado llamar, reservándole un sitio; aquel sitio estaba vacío. A su lado se sentaba Constanza, y luego Pedro y Columba, y otros muchos señores y señoras, cubiertas éstas con mantos como si estuviesen en el templo.

No toda la gente cabía en los escaños; aún había mucha de pie, cerca de las puertas principalmente. El

silencio de tantas personas como allí se reunían, el dolor y quebranto general, las luces, el humo de las antorchas de pino, los negros paramentos, los ataúdes destapados, daban a la sala el más lúgubre aspecto. Decoración y actores, todo estaba en armonía en aquella escena. El silencio, sin embargo, no era absoluto. Percibíase leve, sordo rumor de impaciencia o de cansancio.

—No viene Teodosio—decían unos.

—Los primeros propios que se le mandaron a Iruña volvieron con la noticia de que no se había presentado allí, ni parecía muerto ni vivo por ninguna parte. Nuestros montañeses en cambio están haciendo prodigios de valor.

—Le habrán asesinado como a sus padres.

—Eudon, Eudon lo habrá alcanzado en el camino. Esto es obra de Asier. Aquí anda la mano de los judíos.

—¡O de los paganos! ¿Quién sabe si los de Aitor-mendi?... Quién dice que esto no es cosa de Amagoya?...

—En fin, ahora se ha de ver. La *gau-illa* nos lo ha de decir. ¿Por qué no empieza? ¿Quién falta?

Tal es la muestra, la síntesis de la conversación general, confusa y temerosa, murmullo que apenas turbaba el silencio. Hasta los más leves rumores cesaron cuando entró Juan de Vergara revestido de blanca estringe sacerdotal, y seguido de un acólito con el acetre del agua bendita. Dió principio la ceremonia, y todos los circunstantes se arrodillaron.

El abad recitó en latín preces y responsos, a los cuales contestaba muy poca gente con los labios; con el corazón y con gemidos, todos. Siguió la aspersion, cuyo uso era ya antiquísimo en la Iglesia, y se retiraron los ministros del altar.

El presidente del duelo rezó después en idioma vulgar, y entonces se levantó clamor general de voces y llanto. Así comenzaba siempre *la noche de la muerte*.

Terminada la parte religiosa, entraba la que podemos llamar civil o secular, y aquí llega lo propio y característico de la ceremonia vascongada, que trasciende fuertemente a costumbre oriental.

Todos los deudos y allegados del difunto, principiado por los más próximos y de mayor edad, se iban levantando uno por uno, y después de dar vueltas alrededor del féretro, se detenían delante del cadáver, y mirándolo frente a frente, decían en su elogio o vituperio cuanto les parecía; le dirigían preguntas, le hacían cargos, aclaraban los misterios de su vida, le juzgaban, en una palabra; pero generalmente, y sobre todo desde la conversión de los vascos al cristianismo, le juzgaban con benignidad y misericordia, excitando la piedad de los fieles en favor del alma del finado.

Llamábanse *cantos fúnebres* estas oraciones o juicios, que si no póstumos, en cierto modo podemos llamar de residencia. Por lo general se hacían en verso. El genio de la lengua, como hemos visto, se presta admirablemente a ello; pero quien no sabía o no quería improvisar, echaba mano de la prosa, o se valía de cantos conocidos, acomodándolos a las circunstancias presentes.

«Ahora que la envidia no oculta los beneficios que has hecho, ni el temor tus delitos, ni el interés tus vicios o virtudes, ahora es tiempo de dar cuenta de tus acciones. ¿Qué has hecho?»

Así preguntaban los egipcios a los muertos para decidir si había de dárseles sepultura, y éste era el fondo de la *gau-illa* y de los cantos fúnebres vascongados.

La noche fúnebre de Plácida y Miguel excedía a cuantas en memoria de aquellos pueblos se conservaban. Eran los personajes más respetados y aun venerados en Vasconia; eran también los más queridos. Cayó con su muerte el luto en las montañas; pero con el crimen rarísimo, descomunal, apenas concebible ni conocido, toda aquella tierra se cubrió de horror y espanto.

Y eso que no se sabía aún ni remotamente se sospechaba el parricidio. Si apenas se concebía que nadie en el mundo fuese capaz de atentar a la vida de los ancianos más inocentes, caritativos, hospitalarios y amables de Vasconia, ¿en qué cabeza, por suspicaz y maliciosa que fuera, cabía la idea de que el hijo único de los patriarcas, y el día de su boda, y en vísperas de ser coronado rey, asesinara a sus mismos padres mientras dormían en su propio lecho? Constanza era la única de los presentes que sabía la verdad. Pero guardaba el más profundo silencio. Su silencio, su apartamiento de las gentes, habían sido generalmente respetados durante el día, porque se creía que reservaba sus declaraciones para la noche.

Con estos antecedentes se acabará de comprender la importancia y solemnidad de la *gau-illa* de Miguel y Plácida. Más que el juicio de los finados era el proceso de un crimen horrendo y misterioso perpetrado por manos aún no conocidas. En aquella sala estaban los jueces: los ricos hombres de Vasconia tenían que pronunciar la sentencia. Sin embargo, como todo en aquellos tiempos y entre personas rudas y poco habituadas al crimen, se hacía sin aparato de tribunales, no se alteraron los ritos y costumbres de los cantos fúnebres: las oraciones, los versos y elegías debían ser proceso, acusación y defensa.

El caso era descubrir la verdad; los medios importaban poco, y los ordinarios y tradicionales debían ser preferidos.

En ausencia de Teodosio, Pedro de Butron habló el primero. Dió dos vueltas en torno de los cadáveres, que parecían estatuas yacentes de un sepulcro de familia en la Edad Media. No se atrevía a mirarlos, y eso que el rostro dulce, tranquilo, casi risueño de los difuntos, no inspiraba horror ni repugnancia. Movía los labios como si rezara o pidiese al cielo inspiración, y al fin se detuvo, besó los fríos pies de los que enfrente yacían, alzó los ojos nublados por el llanto, y con sordo y lastimero acento dijo:

«El agua estancada se corrompe con el tiempo; pero la vida del justo se purifica con los años. Más limpia y diáfana la vuestra que manantial entre rocas, nada tenemos que preguntaros; todo lo habéis dejado patente, desde la superficie hasta el fondo, desde la espuma hasta las arenas.

»En vuestra vida hallamos dolores, sacrificios, virtudes y ejemplos; no vicios, ni secretos, ni misterios.

»¡Tinieblas de la noche, humo de sangre, vapor del crimen ciñen y cubren en cambio vuestra muerte!...

»Niños de cien años, ángeles de blanca cabellera, levantaos, y con esos labios no manchados jamás por la mentira, decidnos el nombre de vuestro matador, aclarar el misterio de la muerte: sea vuestro sepulcro tan diáfano como vuestra vida.»

«¡Misterio! ¡Y os lo pregunto a vosotros, que ya no podéis contestarme! ¡Y lo pregunto aquí, donde me está contestando todo!

»Ayer tarde, ayer, poco después de la boda, puesto en pie sobre el pavimento mismo donde yo pongo las plantas, ¿quién, señor de este valle, tuvo la audacia de pedirte en justicia la mano de la esposa de tu hijo? ¿Quién salió por esa puerta despechado, confundido, fulminando con los ojos y llevando en cada mirada un rayo de venganza? Ningún vasco, ningún cristiano, es capaz de este crimen; sólo un judío puede concebirlo y perpetrarlo.»

—¡Eudon, Eudon es el matador!—exclamaron a un tiempo mil voces.—¡El duque de Cantabria es el asesino!

—Sí, él es—repuso, ya en prosa, Pedro de Butron;—ha querido asesinar a Constanza y Teodosio en el tálamo nupcial o cebarse como lobo rabioso en la primera presa que ha caído bajo sus garras. Que hable ahora mi hija.

No sabía Lartaun el golpe que acababa de asestar contra ella al decir estas palabras. Constanza tenía que hablar, no podía excusarse de ello. Como nuera, debía dispensar a sus suegros el honor de la canción de muerte; pero como esposa de Teodosio, como la primera que había acudido al sitio de la catástrofe, era necesario, era absolutamente preciso que hablara. Su testimonio valía en todos conceptos más que ninguno.

Sabíase que en su cuarto hubo luz toda la noche; que no se había acostado; que estuvo al lado de las víctimas agonizantes; podía, por consiguiente, ha-

berlo presenciado todo, o por lo menos podía haber oído de labios de los ancianos moribundos algo que confirmara el juicio generalmente formado. Pero al acto de hablar de dos cadáveres, de suyo imponente y terrible, agregábase el deber de poner en claro la inocencia del acusado, desmintiendo a su padre y acusando a su marido. De sus palabras tenía que salir la defensa de Asier, su antiguo amante, y la acusación, la denuncia, la delación de su esposo. Eso no podía exigírsele; eso era imposible. Negóse a hablar.

—No tengo valor—decía;—estoy enferma... no puedo mirar a esos dos inocentes... apenas puedo sostenerme en pie.

—Que hable sentada desde su escaño—dijeron los ricos hombres.

—¡Por Dios, señores; por Dios, padre mío!—exclamó cayendo de hinojos y retorciendo las manos suplicante.

Y cuanto más se empeñaba en callar, mayor era el ansia de todos los circunstantes por oírla.

—Lo sabe todo, todo lo ha visto—decían,—y no quiere acusar al compañero y amigo de su infancia.

—¡Hablad, hablad!

—¿Queréis que hable?—exclamó de pronto con una energía semejante a la desesperación.—Fues bien, oid: hablen por mí los profetas.

—«¿A quién te compararé, hija de Aitor, a quién diré que te pareces, noble escualerria? ¿Con quién te igualaré y cómo te consolaré, reina destronada sin ocupar el trono? Grande como la mar es tu quebranto; ¿quién te remediará?

»Tus profetas te anunciaron falsas profecías...»

—¡Eso no! ¡Eso no! Eso ya nos lo habrá dicho el monje en sus latines.

—Siéntate, Constanza de Butron—dijo en aquel punto el más anciano de los gobernadores que presidían el duelo.—¿Cuya es la sangre de tus vestidos de boda?

—De esos dos; es la sangre de mis padres.

—¿A quién viste en la cámara de Miguel de Goñi?

—A nadie vi.

—Y fuera de ella, en el corredor, ¿a quién?

—Al abad Juan de Vergara, a quien veda comparecer aquí el sigilo sacerdotal.

—Sí, ya sabemos que el abad fué llamado para auxiliar a los agonizantes. ¿Lo llamasteis vos?

—No.

—¿Quién fué?

—Preguntádselo a él.

—Él no puede declararlo.

—Yo tampoco.

—¿Viste a Eudon, a quien llamamos Asier?

—No.

—¿Viste al escudero de tu marido, amigo de Asier, y como Asier, natural de Aquitania?

—No.

—¿Crees tú, como tu padre, que Asier es el asesino de tus suegros?

—No; mi conciencia me obliga a decir que no. El, por lo menos, no ha clavado el hierro homicida.

CAPÍTULO VIII

De cómo terminó la noche de los muertos.

Estalló entonces murmullo general contra Constanza.

—¡Esas son ya demasiadas contemplaciones!—decían unos.

—Le ama, le ama todavía—exclamaban otros.

—¡Mentís! —repuso Constanza con valor y dignidad.—El amor que debo a los padres de mi marido no es incompatible con la verdad que debo a Dios.

—Dinos, pues, toda la verdad.

—Con verdad os he contestado, y mi palabra basta para convencerlos de que no he mentado.

—Constanza de Butron, ¿sabéis quién es el matador de los padres de Teodosio?

La esposa guardó silencio.

—Mirad que si os obstináis en callar, las sospechas vuelven a recaer en Eudon.

—No seríais nobles, ni vascones, si lo afirmaseis vosotros después de haberlo negado yo.

—Pues tú conoces al asesino.

Nuevo silencio.

—En nombre de la justicia os conjuramos a que habléis. ¿Quién es el asesino de los señores de Goñi? Constanza tampoco despegó sus labios.

—Por última vez, Constanza: vais a echar sobre vuestra honra indeleble mancha; vais a hacer que al fin las sospechas recaigan en vos. Y eso sería cruel.

—Eso sería infame después de negarlo yo, como lo niego también.

—Decidnos el nombre del matador de Plácida y Miguel.

—¡Su hijo! ¡Su hijo Teodosio!

Quien tales expresiones profería no era, como podrá suponerse el lector, Constanza de Butron, que se había propuesto perderlo todo, hasta la vida, hasta su reputación, si necesario fuese, antes que acusar a su marido: era una mujer alta, delgada, cubierta como todas las presentes con negro manto, la cual se adelantó hacia los dos féretros, saliendo de la muchedumbre, que permanecía en pie junto a la puerta.

Enfrente de los cadáveres alzó el velo, y al escándalo y sorpresa que habían producido sus palabras se añadió el espanto que infundía la expresión de su rostro. Era Amagoya, que a pesar de su abatimiento en Aitormendi, no quiso abandonar la causa de su hijo adoptivo, y venía denodada a defenderlo. Aprovechándose del estupor que sellaba todos los labios, sin excepción ninguna, exclamó:

—¡Jaureguía, Jaureguía! ¡Mi maldición ha caído sobre ti; la maldición de Aitor, la maldición de Jaungoicoa! ¡Te quisiste sublimar sobre Aitormendi, y desde lo alto de los vientos has caído desvanecida! ¡La sangre que aún brota de esas heridas es tu propia sangre; sangre de tu cuerpo, estrellado contra la promesa de Aitor, más firme que la roca!

Calló un momento, sin que nadie osara contradecirla, y prosiguió:

—¡Miguel, señor de Goñi; Plácida, esposa de Miguel, no hay nada más respetable que la ancianidad! Vuestros años os hacían semejantes a los patriarcas Aitor y Amagoya: yo os saludo en su nombre.

Y así diciendo, les besó los pies, y añadió:

—Matar a un anciano de noventa años es más que un homicidio, semeja un sacrilegio. Este crimen, por honra de la escualerría, no puede quedar impune; mas no será vengado con la horrible iniquidad que vais a cometer. Ancianos gobernadores de Vasconia, este delito, no sólo es cobarde asesinato y espantoso sacrilegio: es un parricidio. Su autor, Teodosio de Goñi. Haced justicia.

—Mirad lo que decís, Amagoya. Su autor es vuestro hijo adoptivo Asier, por otro nombre Eudon, duque de Cantabria— dijo Pedro, cuñado de la acusadora.

Entonces ésta, sacando debajo del manto la espada de Teodosio, toda ensangrentada, la arrojó al suelo y exclamó:

—Ahí tenéis el acero homicida: decid si lo conocéis.

No hay palabras con qué pintar el terror que aquella irrecusable prueba produjo. El silencio era ya pavoroso; el mismo Lartaun enmudeció y cayó en su escaño, convicto, abrumado por tan insigne testimonio. Pero esta vez el terror y el silencio tuvieron una excepción. Levantóse Constanza, la niña inocente, la doncella tímida y cobarde, convertida en leona, en mujer fuerte, desde que era esposa cristiana, y dirigiéndose valerosa a su segunda madre, en cuya presencia hubiera temblado antes como azorada, le dijo:

—Esa arma estaba escondida en mi aposento. Vos sois incapaz de haber entrado en él para buscar pruebas contra vuestra propia sobrina. No está en vuestra condición tamaño abuso de confianza... ¿Quién os ha entregado ese acero?

—¿Qué importa el saberlo?

—¿Quién os lo ha entregado?—tornó a decir con voz más fuerte.

—El escudero de Teodosio.

—Llevaba dos: el Disgustado y un forastero. ¿Cuál de ellos?

—Ese forastero, que es vasco del Adur.

—No es vasco, aunque ha nacido entre los vascos de Aquitania; es judío, amigo y compañero de vuestro hijo adoptivo.

—¿Y tú también serás capaz de acusarlo?

—Por defender a Eudon como debía y en lo que debía, por sostener la verdad, he dado lugar a terribles sospechas, he comprometido mi honor. Vos, en cambio, hermana de mi madre, venís de lejos y asaltáis la *gau-illa* como una tigre para acusar a mi marido.

—¡A tu marido!

—A mi marido, sí; a Teodosio, a quien amaba antes, a quien amo ahora, a quien debo amar siempre, porque es mi marido. Esa espada es suya, no lo niego; yo la recogí al pie del lecho en que yacían esos cadáveres; no tengo por qué ocultarlo. Se ha perpetrado el crimen con ese acero; así parece. Pero ¿qué mano lo ha empuñado? ¿Quién lo ha hundido en el corazón de esas víctimas? Eso yo no lo he visto. ¿Qué interés podía mover a Teodosio? ¿Acaso el de suceder a sus padres en el trono que nunca han ocupado, y para el cual iba a ser elegido? ¿Qué interés pueden tener los que le acusan? El de incapacitarlo para reinar.

»Suponed que el matador fuese el hijo de Miguel y Plácida; pues tenéis que seguir buscando a los verdaderos autores del infame atentado: el parricidio sería involuntario, y contra la voluntad del ejecutor. En la conciencia de todos está esa verdad. Si a un ciego le dan un puñal y le dicen: «hiere, tienes necesidad de herir para castigar a un culpable», y el ciego hiere, y

en vez de matar al reo, mata a su propio hijo, a su mismo padre, ¿quién es el matador: el ciego, o quien ha puesto al inocente debajo del puñal? Suponed que se me calumnia, que se prueba con apariencias de verdad que soy infiel, adúltera... Nuestras leyes autorizan al marido ofendido a castigar ese crimen, con tal de que el marido mate a los dos criminales, sin distinción, sin acepción de personas... Suponed que Teodosio sea el agresor: ¿quién es el matador? ¿quién es el asesino? ¿quien hiere ciego, con un derecho que la ley le concede, o quien ha puesto a sus padres debajo de su espada?

Amagoya quedó confundida. Confundida por la fuerza de la verdad, que hablaba muy alto en el fondo de su conciencia; confundida por el valor, por la energía, por la abnegación de aquella niña que tomaba en boca palabras que queman y escaldan los labios de toda mujer, y las pronunciaba en defensa de un hombre que le había inferido la mayor de las ofensas imaginables. Y esta mujer amaba ciertamente a Teodosio cuando con él se había casado; mas no se había mostrado nunca locamente apasionada: su cariño de doncella era un afecto racional, prudente, sensato; no dejaba sospechar esa multitud de rasgos heroicos, de grandes sacrificios, de inmenso amor, que vinieron después de la boda; digámoslo claro: con la gracia y virtud del santo matrimonio.

¡Oh! Si la pagana de Aitormendi no hubiese estado ciega, allí, allí mismo hubiera caído a los pies de su sobrina, y clamado con grandes y compungidas voces: «¡Constanza, Constanza! No eres tú quien habla así; es Dios, que te mueve el corazón y se expresa por tu boca. De rasgos semejantes sólo es capaz una mujer cristiana».

Pero Amagoya, después de la sorpresa y asombro sintió la herida de su orgullo, y exclamó:

—¡Tú también, hija mía! Tú también has aprendido a calumniar con la compañía de los cristianos! ¡No! Niego que Asier sea judío; acabo de recorrer la tierra en que ha nacido, y lo conozco. Niego que se haya mezclado para nada en el crimen de Teodosio. Y mientras no presentéis testigos irrecusables, mientras él no lo confiese...

—¿No os lo ha confesado Asier?

—¡No!

—¿No os lo ha revelado vuestro amigo Pacomio?

—¡No, mil veces no!

—¿Ni siquiera Uchin, el escudero, al entregaros la espada de Teodosio?

—Tampoco. Uchin acusa al hijo de los muertos.

—¡Que salga ya, que salga quien tiene que salir!— exclamó Constanza mirando hacia la puerta.— Que venga aquí quien todo lo sabe y quiere volver por mi honor y confundiros.

Y en la puerta del fúnebre aposento apareció Petronila, descollando sobre todos los circunstantes, que le abrieron paso.

—Amagoya —dijo mirando a su eterna rival de arriba abajo:—¿es para ti fidedigno el testimonio del padre de Eudon?

—Su padre ha muerto: Asier no tiene padres.

—Asier es hijo de Pacomio, judío, cristiano renegado, sectario a quien se debe la pérdida de España, y Pacomio vendrá, será arrastrado ante el tribunal, porque yo lo tengo preso dentro de su misma cueva. Vendrá Uchin, cuyo verdadero nombre es Joziz Aben Joseph, que va perseguido y será, Dios mediante, captu-

rado. ¿Queréis más? Os traeremos a vuestro hijo adoptivo; comparecerá también el hijo del judío Abraham Aben Hezra, vendrá el duque de Cantabria, a quien tiene preso y acorralado García en Iruña.

—¿Dónde?

—En el alcázar, que es ya su postrer refugio. Nobles señores de Vasconia, aquí tenéis los mensajeros de García, que acaban de llegar de la ciudad, pidiéndoos que le mandéis todas las armas de Gastelúzar para acabar de tomar el Dominio de la metrópoli... en nombre de Teodosio.

—Se acabó la *gau-illa*—dijo el presidente del duelo;—todos iremos a llevar armas y pertrechos a García. Amagoya, quedaos esta noche en Val-de-Goñi para que mañana beséis la mano a Teodosio, a quien los ricos hombres de Vasconia proclamaremos rey.

—¡Rey un parricidal

—No creemos en ese crimen, Amagoya: Pacomio, el escudero que os ha entregado la espada, Eudon, cualquiera, menos Teodosio, ha podido perpetrar el asesinato—repuso el presidente.

—Y Teodosio—añadió Pedro—hace más de treinta horas que salió para Iruña y no se ha presentado allá. En su lugar se nos trae aquí su espada. ¿Dónde está su dueño? ¿Dónde está nuestro caudillo?

—Pacomio, Uchin y Asier responderán. Id vosotros a traerlos.

—Esperad—dijo Amagoya, que sintió miedo y turbación por vez primera.—La *gau-illa* no ha concluído; falta mi canción.

Todos se detuvieron y se apiñaron en torno de la Adivina, comprendiendo, por la palidez de su semblante y la alteración de su voz, menos firme que nunca,

la lucha de su corazón, la herida de muerte que había recibido.

La más anciana de las hijas de Aitor, viendo a todos inmóviles y en silencio, prosiguió:

—La *gau-illa* no es una costumbre nacida en los valles y picos del Pirineo: es más antigua que Aitor. Nuestros padres la trajeron del Oriente. Algo la habéis alterado vosotros los cristianos; pero conserva siempre su primitivo carácter, su solemne gravedad.

Harto conocía la viuda de Basurde que andaba por rodeos; pero no se atrevía a discurrir en línea recta. Su abatimiento y humillación eran grandes, y procuraba disfrazarlos con el ropaje de la antigüedad.

—Jamás—continuó diciendo—en estas augustas y venerandas exequias han disimulado nuestros mayores la verdad. Petronila, en nombre de aquellos cuyos usos estamos perpetuando, no mintáis, no me engañéis por el vano deseo de vengaros de mi desdén: decidlo todo.

—En el nombre de Dios, que condena la mentira—contestó la mujer de Lope;—delante de esos ancianos, que en cerca de cien años de vida no mintieron jamás, y en presencia de la muerte, con la cual no hay engaño, yo os prometo decir lo que siento.

—Pues bien, quiero saberlo todo. Si han de venir aquí Pacomio y Asier a confesar que he sido por ellos miserablemente engañada, decidlo vos... No dividáis la *gau-illa* entre judíos y vascos, poniendo a la decana de la familia de Aitor con los primeros.

—La verdad será amarga para vos, Amagoya.

—La falsedad, el artificio, son hiel para las hijas de Aitormendi.

—Amagoya, vuestro marido no era de pura raza éuscara.

—¡Petronila!—exclamó la viuda, saltando como la sierpe.

—¡Cierto, Amagoya, cierto! Yo os lo juro delante de estos cadáveres.

Y al decir esto alargó la diestra y la puso sobre los helados pies de Miguel de Goñi.

—Vuestro marido—prosiguió la loca—entró en la secta de los estrelleros, y se hizo esclavo de Pacomio.

—Os he cogido en falsedad. Pacomio vino muchos años después de tierra de godos. No era entonces conocido en la escualerria.

—Con ese nombre, es cierto. Pero sí con el de Abraham Aben Hezra, cabeza de los conjurados que han llamado a los sarracenos para entregarles la España entera, y con ella a los hijos de Aitor.

—Pero Asier, mi hijo adoptivo...

—¡No es tal Asier, madre infeliz! El nombre de Asier es parte de vuestra exaltada fantasía, siempre en descarrío por odio a todo lo cristiano. Vuestro hijo se llama Aser, es hijo del rabino, es judío...

—Entonces no es, no puede ser mi hijo.

—Cierto; como no es ni puede ser marido de Constanza, aun cuando hubiese contraído con ella esponsales con nombre y religión supuestos.

—¡Basta ya! ¡Basta, Petronila!

—No basta, no, Habéis de conocer el abismo adonde os han precipitado. Vuestro marido arrancó a Lorea, a vuestra hermana Paula, el secreto de Aitor, para entregar el tesoro a los sectarios que fraguaban ya la perdición de España; ese secreto ha pasado a vuestras manos, y de las vuestras a las de Aser.

—No lo niego.

—Y Aser se lo entregó a su padre.

—¡A Pacomio! ¡Nuestro tesoro en poder de ese malvado!—exclamaron multitud de voces.

—¡Respirad, amigos míos; sosegaos!—contestó Petronila con sonrisa de triunfo.—Las señas de Basurde no eran exactas; las escribió de prisa o las entendió mal. Dios nos protege. El tesoro estaba en Mendiguru, en el cerro de la Cruz, y cuando el rabino fué a robarlo se encontró sin él; yo lo había salvado, y yo que vi al ladrón sepultarse en la gruta determinado al delito, eché encima la losa de la puerta, y allá lo tengo encerrado.

Un grito de satisfacción y gratitud resonó en la sala, pero fué breve.

—¿Podrá escaparse? ¿Podrá huir y esquivar el castigo que le espera?—preguntó el presidente con un interés que expresaba el sentimiento unánime, el afán de todos, sin exceptuar Amagoya.

—¡Oh! ¡Perded cuidado!—siguió diciendo Petronila.—He puesto piedras sobre la losa.

—¡No basta, no basta!

—Tenéis razón; y como todo es poco para asegurar al criminal, unos cuantos montañeses y amigos de confianza guardan la boca de la caverna.

—¡Bien, Petronila, bien!—exclamó el presidente de los ancianos.

Y poseídos del más vivo entusiasmo, todos repitieron:

—¡Bien! Nos habéis salvado.

Hubo una excitación indescriptible, para calmar la cual los ricos hombres dispusieron que inmediatamente partiese gente del valle a Mendiguru, con orden de traer muerto o vivo al fingido ermitaño. No era aquel conato de robo su mayor crimen; había salido de

Pamplona en busca de Eudon, y lo encontró cerca de las Dos Hermanas, cuando más desalado corría éste a Val-de-Goñi contra Teodosio y Constanza.

Pacomio le increpó duramente por haberle dado mal las señas del tesoro. El despechado amante no estaba en aquellos momentos para escuchar reprensiones ni cargos, para detenerse ni escatimar prendas ni palabras.

—Ayudadme en la venganza—le contestó,—y si equivocación hay, se deshará, y todos los diamantes de Aitor serán vuestros.

Pacomio entró de lleno en las miras de su hijo, de cuya desesperación esperaba sacar todo el partido posible para conducirlo hasta el casamiento con Eila y la entrega de la Vasconia a los sarracenos. El le sugirió la idea de disfrazarse de Basajaun, y le proporcionó los medios de realizarlo en la cueva de Mendiguru.

Cuando el duque de Cantabria salió de la gruta dejando en ella a Teodosio, su rencor y saña quedaban satisfechos. Con rostro despavorido, en que se pintaban los remordimientos que amargan el siniestro placer de la venganza, miró alrededor de sí y vió que su rival iba a morir indefectiblemente abrasado por el fuego de la selva, y atormentado además por la ponzoña de los celos, de que le había henchido el corazón. Pero a los pocos pasos que dió huyendo de las llamas, y sin saber siquiera a dónde dirigirse, aturdido y con el pecho despedazado, se estremeció al sentir que le llamaban:

—¡Aser, Aser!

Era su padre, era el rabino Abraham, que venía a buscarlo ¡imposible parece! con proyectos de venganza aún más cruel.

—Ya he logrado mi objeto—le contestó Eudon;—ahí queda mi rival, ahí pasará su primera y última noche de novio.

—Pues es necesario que salga de ahí inmediatamente.

—¿Quién?—exclamó el duque, no dando crédito a sus oídos.

—Teodosio. Los viejos, a ruegos de Constanza, no dormirán esta noche en Gastelúzar, sino en Jauregufa, en el mismo lecho que destinaban a los desposados, en el aposento que han ocupado toda la vida. ¿Comprendes el partido que podemos sacar de este súbito cambio de cosas, si conseguimos que el marido, atormentado por los celos, vuelva a su casa esta misma noche?

—Sí, lo comprendo—contestó Eudon con sombrío acento;—pero esa idea me espanta; ese plan me horroriza. ¿Que necesidad tenemos de sacrificar a esos pobres viejos, los que menos parte quizá han tomado en mis desventuras?

—No sirves para nada—repuso el astrólogo con satánico desdén.—¿Y eres tú el hombre que por su ingenio, por su audacia y sabiduría, se ha encumbrado tanto?

—Por la audacia y la fortuna, sí; por crímenes tan odiosos como el que intentáis, no. ¡Hacer que esos infelices mueran a mano de su propio hijo!

—¿Pues qué adelantas, mal pecado, qué vas a lograr con que perezca el rey de los nazarenos, si no matas su monarquía? ¿Ha de faltar en estos valles, o por ventura en estos presidios góticos, un caballero cristiano que te dispute y arrebate la corona? Es preciso que un crimen inaudito, un suceso tremendo, inesperado, los aturda y anonade; que sientan el golpe

de la fatalidad, que inutiliza y aterra a los ambiciosos. Ese crimen se verificará: ya está preparado. El emisario de Munio, Joziz Aben Joseph, se encarga de levantar esas piedras, y de conducir a Teodosio al tálamo nupcial, espada en mano.

Eudon no hizo más resistencia; el odio a su rival lo cegó, y Pacomio, viéndolo vencido, trató de recoger todo el fruto de su victoria.

—Ahora—le dijo—no serás tan necio que vuelvas a recordar tus fútiles amores de mancebo.

—No podré olvidarlos nunca—exclamó el duque;—pero, desgraciadamente, tengo que humillar la cabeza y desistir. ¡Humillarme y desistir! No sabéis cuán duras son estas palabras para un hombre que ha podido ser altivo porque hasta ahora ha sido afortunado. Público es ya quién soy, cuál es mi origen. En puridad, nada tengo que alegar contra el matrimonio de Constanza, y no me queda otro recurso...

—Que entrar de lleno en la conjuración de tus hermanos, y llamar a los musulmanes, que nos necesitan y tienen que entregarnos las armas y fortalezas que van conquistando; hacerlos dueños de la Vasconia y Cantabria para que te nombren emir...

—¡No es ese el cargo ni el título con que yo había soñado!

—Pero es el único a que puedes aspirar entre los hijos de Ismael; y para los de Jacob, lo mismo significa emir que duque. Luego que te veas imperante en Pamplona, reconocido por los sarracenos y al frente de las aljamas, pensaremos en otros títulos, en mayores glorias. Mi ambición no cede en nada a la tuya, y no en vano he hecho creer a los nuestros que tú eres el Prometido.

—Sólo falta —repuso Eudon con abatimiento— que después de haber perdido en Goñi la mujer en quien idolatro, me deje arrebatat en Pamplona el mal seguro ducado, que ya me está disputando García.

—A Pamplona, pues, que aquí no haces falta ninguna. Joziz y yo bastamos para lo de Jaureguía. Confiemos en nuestra buena estrella, que por algo nos llaman estrelleros.

Marchóse el duque, huyendo de aquellos tristes lugares, pero no pudiendo huir de sí mismo ni arrancarse la espina que llevaba en sus entrañas. Marchóse Eudon, pero los dos principales autores del crimen de Jaureguía, según lo que Petronila acababa de indicar, iban a llevar al fin su merecido. Poco después de haber salido los montañeses para traer a Pacomio, volvieron con la noticia de que tanto éste como su cómplice Joziz venfan conducidos en parihuelas.

—¡Salgamos de aquí!—dijo el presidente.— No profanemos la *gau-illa* de estos ángeles de Dios con el aliento de tan inmundos reptiles.

Y salieron todos a la era. Pero no venfan los dos astrólogos judíos, sino sus cadáveres. Joziz Aben Joseph, después de haberse escapado de Jaureguía, se ocultó en el próximo bosque de hayas con la ezpata de Teodosio, con el cuerpo del delito.

Cuando al amanecer se tuvo conocimiento de él, esparciéndose la fatal noticia con la celeridad del rayo, toda la gente del valle acudió a Goñi consternada. Salió entonces el judío del casi impenetrable hayedo en busca de Pacomio, y después de haber traspuesto la sierra por caminos solitarios, hallóse en el barranco que forman las opuestas vertientes del Aralar y Andía, y a la margen del río Araquil, donde ya nada tenfa que temer.

¿Qué hacía de la espada? La robó con intención de presentársela al rabino para que éste sacase de ella todo el partido posible; pero andando andando hacia las Dos Hermanas, vió venir a la Adivina, que se dirigía a Goñi en ayuda de Eudon. Como vengarle era principal objeto del crimen, dejando inutilizado al rival en todo afortunado, Joziz no titubeó un instante en entregar el hierro del parricida a la madre adoptiva del duque de Cantabria. La venganza era segura en manos de Amagoya. Nada, sin embargo, le dijo acerca de la intervención que él y Pacomio tuvieron en tan horrendo crimen.

Hecho esto, se encaminó a Mendiguru, donde esperaba hallar a su jefe y maestro. Iba satisfecho y con la esperanza de que le hiciese partícipe del tesoro, en vista del éxito felicísimo de su abominable empresa, y más aún, en consideración a los terribles secretos de que era sabedor. Al aproximarse a la cueva vió a los montañeses apostados por orden de Petronila, y trató de esquivar su encuentro, escurriéndose en silencio. Los guardianes del cerro de la Cruz lo columbraron, y no tardaron en darle alcance. Mientras disponían el modo y manera de conducirlo a Goñi, determinaron encerrarlo en la gruta. Al apartar la losa de la entrada se les presentó Pacomio de rodillas, trémulo, cadavérico.

—¡Salvadme — dijo balbuciendo; — soy inocente! Este es el único autor del crimen.

El rabino tenía noticia de lo ocurrido, porque los montañeses, sentados a la boca de la caverna, no habían tenido en todo el día otra conversación. Joziz Aben Joseph le miró con indignación y desprecio, y sacando un puñal se lo clavó en el pecho. Los montañeses se apresuraron a cerrar la cueva para impedir

que ninguno de los infames estrelleros se les escapara.

Oyeron gritos, gemidos, imprecaciones. Al cabo de algunos minutos, ya no oyeron nada. Tornaron a separar la piedra que servía para cerrar la gruta, y entraron en ella con teas, y a los pocos pasos que dieron con las debidas precauciones, en el hoyo mismo que había hecho Petronila para sacar el tesoro vieron a los dos malvados muertos y encenagados en su propia sangre.

Así terminaron los más odiosos personajes de nuestra historia, no tan repugnantes y detestables, sin embargo, como otros varios que figuran en aquella época, aunque sólo de pasada los hayamos mentado. Nombre más infame dejan, por ejemplo, Juliano, conde de Ceuta; Opas, obispo de Sevilla, cuya maldad es todavía inexplicable por lo monstruosa y ciega.

La de los mismos hijos de Witiza, que aguardaron a pasarse al enemigo en los momentos críticos de la batalla llamada de Guadalete con la esperanza de ser elevados al trono por los sarracenos vencedores, nos parece hoy mismo tan estúpida como abominable. Y aun los que, a trueque de conservar una parte de sus riquezas, hicieron pactos con los enemigos de Dios y de la patria, y doblaron la cerviz a la coyunda sin valor ni resistencia, son quizá más dignos de execración y menosprecio que los judíos españoles y africanos de aquel siglo, que ofrece al historiador lo más selecto de los caracteres épicos, con lo infando de los traidores melodramáticos.

Con la muerte de los dos judíos, el parricidio de Teodosio quedó envuelto en las sombras del misterio. Nadie dió crédito a las acusaciones de Amagoia; nadie

pensaba en el hijo de las víctimas, como no fuese para compadecerlo y darle ayuda en la venganza. La pagana misma, escarmentada con tantos desengaños, llegó a dudar de la palabra de Joziz.

Cuando los montañeses que traían su cadáver le dijeron que Pacomio había llamado autor del crimen al oficioso escudero de Teodosio de Goñi, no dudó ya. La rectitud y altivez de su carácter la obligaron a confesar que también en esto había sido engañada por los hebreos. Pero la presentación del acero que parecía el cuerpo del delito, infundía nuevos temores.

La espada era de Teodosio; pero ¿de quién la sangre en que estaba teñida? ¿De Teodosio mismo por ventura? La sospecha era fundada, gravísimo el temor, porque el caudillo de los montañeses aún no se había presentado en Pamplona, ni en ninguna parte parecía. ¿Qué había sido de Teodosio después que salió de Val-de-Goñi? ¿Por qué no acudía ni a socorrer a García Jiménez, ni a las exequias de sus propios padres?

CAPITULO IX

De la entrevista que tuvo García Jiménez con Ranimiro en la puerta del Poniente.

Tiempo es ya de volver los ojos a cuadros más apacibles.

García, a quien dejamos a salvo, gracias a Petronila, y dueño de la puerta occidental de Pamplona, por donde iban entrando los refuerzos que poco a poco llegaban de los valles, quiso aprovecharse del desaliento y consternación de los godos, de la autoridad

que sobre ellos le daba el decreto de Teodomiro, y sobre todo de la impericia de Munio y la ausencia del duque de Cantabria. No tenía tiempo que perder.

Jamás se presentaría a los vascos ocasión semejante, y no era aquel mancebo, a pesar de sus pocos años, para desconocerla ni desperdiciarla. Temeridad, demencia, parecía querer con algunos centenares de hombres, que aún no llegaban a mil, tomar una ciudad mucho más populosa entonces que ahora, dividida en barrios con sus respectivas murallas, y dominados todos por la ciudadela, dentro de la cual se alzaban el alcázar y la torre central del Dominio; pero precisamente esos golpes de mano, esas locuras del valor y la audacia caracterizaban a la raza ibérica, de cuyo genio parecía poseído el hijo único de Jimeno.

Lo primero que se necesita para el éxito de semejantes aventuras es valor personal, desprecio de la vida, resolución de sacrificarla sin vacilar por el bien general, y de esta cualidad le hemos visto dar tan insignes pruebas, que no podemos temer que en ocasión tan crítica le faltara.

Pero en ella se requería además que toda aquella gente le fuese fiel hasta el último trance y permaneciese completamente unida. Si los pocos hombres con quien contaba se dividían en contrarias opiniones; si algunos de ellos siquiera llegaban a sospechar que García los llevaba a morir sólo por eclipsar con sus hazañas la fama de Teodosio, por interesantes miras ambiciosas, por disputarle y arrebatarle la corona en vísperas de ceñirla, el golpe que intentaba era perdido.

Pelearían con flojedad, introducirían en el pequeño ejército sitiador la discordia y desconfianza, y nadie respondería con denuedo y vigor al llamamiento de la

religión y la patria. El señor de las Amezcuas veía más claro en este negocio que todos sus amigos: la perspicacia del genio y la grandeza del corazón, le daban la prudencia de la madurez. Hacíale falta el nombre de Teodosio, y dar a todos ejemplo de verdadero desinterés, de abnegación completa, y como ésta en él era sincera, fácilmente la impuso a los demás.

El primer estorbo que tenía que vencer era Petronila. Aquella mujer, de carácter enérgico y de propósitos firmes y tenaces, sentía por Teodosio incorregible antipatía, la cual no reconocía quizá otro origen que el singular cariño que la loca profesaba a Amaya, cuyos intereses estaban en oposición con los de Goñi.

Los últimos sucesos de la puerta occidental, aquella lucha a brazo partido entre él y Petronila, empeñada en que las tropas le proclamaran rey, era insostenible, desmoralizadora y comprometida para la temeraria empresa que el defensor de la cruz, el camarada de Pelayo y Teodomiro trafa entre manos.

No había remedio: Petronila le estorbaba, y por doloroso que fuera, tenía que desprenderse de tan poderoso auxiliar, tenía que despedirla. Y lanzarla de Pamplona era desterrar a su marido, a quien tanto debía en ocasión tamaña, que otra igual no habían conocido los siglos. García, sin embargo, estaba decidido a todo. Cuando iba a cumplir con un deber, nunca le detenían miramientos ni respetos humanos.

Dichosamente dispuso Dios las cosas de manera que Petronila tuviese que dejar la ciudad sin que el caudillo vascón se lo mandara. Había vuelto a casa de Ranimiro, donde se sabía ya que Eudon y Amagoia conocían el secreto de Aitor. El hecho era público desde que el duque de Cantabria lo alegó tres días antes en

el valle de Millán para arrastrar a la muchedumbre allí congregada.

La amiga, la albacea de Paula, la patrona, por decirlo así, del tesoro, estaba tranquila, sin embargo.

—Hay más de lo que habéis oído—dijo a sus amigos.—Los pasos que dió Pacomio la noche del domingo me infundieron algún recelo; de su inquietud y talante infiero ya que Eudon le ha revelado cuanto Amagoya sabe acerca del secreto. Pero no temáis: el legado del patriarca éuscaro está bajo la protección especial de Dios.

Petronila tenía acerca del particular la fe ciega, la confianza casi supersticiosa de todos los vascongados. Crefase generalmente imposible que las promesas de Aitor saliesen fallidas.

—El dote de la futura reina de Vasconia—añadió la mujer de Lope—no faltará el día y hora señalados.

—Pero esas esperanzas y esa fe, que yo admiro, descansan en motivos puramente humanos—contestaba el decalvado,—y lejos de excluir, reclaman y exigen todo linaje de precauciones racionales y prudentes.

—Aunque loca—dijo sonriendo Petronila,—en la razón me fundo para no abrigar temores por ahora. Cuando el judío Rab Abraham Aben Hezra se muestra tan desabrido y mal humorado; cuando sale a los caminos en busca de Eudon después de haber registrado grutas y sudado cavando la tierra, ese decantado descubrimiento es ilusión o jactancia de Amagoya...

—Mera equivocación quizá de algún nombre o circunstancia.

—No importa. Siempre resultará que el tesoro está bajo el amparo de la divina Providencia.

—Cuyos altos juicios no debemos excrutar. Petroni-

la, si la conservación de ese caudal consiste en un yerro, en una inadvertencia, no parará Pacomio, puesto ya en la pista...

La gigante vascongada se quedó pensativa.

—La incredulidad es contagiosa—dijo murmurando.

—No soy incrédulo: quiero ser prudente y precavido. ¿Qué se diría de nosotros si, poseyendo Amaya el secreto, nos dejásemos arrebatarse el depósito que su madre le confió? Y ahora que os hablo de Paula, recordad que de iguales temores fué asaltada, que no se detuvo en descubrir el tesoro.

—Basta, Ranimiro: seguiré su ejemplo. Vos, como godo, no podéis volver por ahora a la montaña, ni siquiera acercaros a ese caudal...

—Ni yo ni mi hija.

—¡Iré yo! Veré lo que sólo Paula ha visto después de Aitor; removeré las losas o tierra que ella ha tocado; renovaré la memoria de mi amiga, y con lágrimas de duelo regaré el polvo que ella regó sin duda con su llanto de gratitud por el milagro que atestiguaba la honradez y probidad de nuestra raza.

Se abrazaron al despedirse, y Petronila volvió a la puerta de los vascos para dejar la ciudad y despedirse también de García.

—Tú te alegras de que te deje—le dijo ésta sonriendo.

—No os lo niego, Petronila: sois la piedra del escándalo y cabeza de motín. Vuestro cariño me estorba, vuestro entusiasmo dará al traste con mi reputación. Si habéis de seguir amándome tan ciega, marchaos de aquí.

—Me marchó, sí; mas no te alegres demasiado. Yo me voy; pero en castigo te dejo a Amaya.

Todo lo había dicho con esta palabra, que le llegó a García al corazón. La hija del godo le amaba más y no quería sublimarlo menos que Petronila. Era el escollo en que se estrellaba su valor y naufragaban las resoluciones de su conciencia. No había mayor peligro para su empresa. Sentíase con bríos para luchar con Petronila; contra Amaya, no. Conociendo su propia debilidad, no quiso combatir de frente, y mandó llamar a Ranimiro. Encerróse con él en una de las torres, y le dijo: —He resuelto intimar a Munio, en nombre del rey Teodomiro, que me entregue la ciudad, y os ruego que aceptéis el encargo de llevarle mis órdenes.

—Paso inútil—le contestó el decalvado;—Munio no os obedecerá.

—Lo sé; presumo que, sin negarse abiertamente, procurará ganar tiempo, diciendo que está esperando a Eudon; pero yo, antes de que ese duque llegue, quiero tomar el Dominio por asalto.

—¿Cuántos hombres tenéis?

—Cerca de mil.

—Habrá que dejar escalonados, para asegurar la retirada y comunicaros con los vuestros, más de la mitad. Con quinientos hombres, mal provistos de armas, no podéis intentar el asalto de la fortaleza.

—Espero nuevos socorros. Vendrá Teodosio.

—Se renovará la guerra.

—Por un día.

—¡La guerra, que ya puedo llamar civil! ¡Correrá nuevamente la sangre entre cristianos a vista de los judíos y musulmanes, que se gozarán en nuestras discordias y se aprovecharán de ellas!

—Ranimiro, la discordia existe y sólo con sangre se puede ahogar. A mí no me asusta la sangre cuando

es necesaria. Hoy lo es como nunca. Por no derramar a tiempo la de los hijos, deudos y partidarios de Witi-za, Rodrigo ha muerto, y lo que es peor, ha matado a España. Si por no verter más sangre en Vasconia dejamos que Eudon nos lance de esta torre y recobre a Pamplona, la ciudad y todos los presidios de los godos muy en breve serán entregados a los árabes.

—Pero sin lucha, sin desenvainar el acero puedo quizá conseguir que los godos se os sometan; los nobles obedecerán las órdenes que traéis de Teodomiro; Eudon y Munio se quedarán solos.

—Paso inútil, contesto yo a mi vez—repuso García levantándose del tosco banco en que estaba sentado;—paso inútil, pero al cual no me opongo; dadlo, intentadlo. Perderemos el tiempo, y como sabéis perfectamente, perder hoy el tiempo es comprometer la victoria. Puedo, sin embargo, equivocarme.

—Y de seguro os equivocaríais—repuso con denuedo el penitente—si me autorizaseis a prometer a los godos que se han de cumplir estrictamente las órdenes de Teodomiro, que no han de someterse a Teodosio ni reconocer otro rey que vos.

García entonces, sin ser dueño de sí, cogió la mano del decalvado, se la llevó al corazón y le dijo con voz casi ahogada por los sollozos:

—No sabéis, Ranimiro, no podéis figuraros el daño que me hacéis con esas palabras. No me impongáis, por Dios, condiciones que no me es dable cumplir. No podéis exigir melas de veras. Permitid que dude de vuestra sinceridad, por seguir creyendo en vuestra grandeza. Os amo con toda mi alma, amo a vuestra hija aún más que vos, y si otras fuesen las condiciones de mi vida, de rodillas os pediría la mano de

Amaya como la aspiración más alta de mi corazón, como recompensa inmerecida de un amor que no reconoce igual. Pero, amigo mío, la causa de la cristiandad pide a los unos la sangre de sus venas, y pide a los otros la sangre de su alma. A mí me exige las dos: el combate y el sacrificio, la vida y la renuncia de mi amor.

—¿Por qué?—le preguntó Ranimiro, casi tan conmovido como el mancebo.

—¿Por qué, decís? Porque no se logrará la unión debida si no cortamos con la cuchilla las ambiciones de Eudon, que nos estorban, y con la abnegación mis locas aspiraciones, que no nos estorban menos. Porque es preciso que, vencido Eudon, se quede sólo uno de nosotros: o Teodosio, o yo.

—¿Y por qué no se ha de retirar Teodosio? Si los godos lo exigen, si el Obispo se lo manda...

—Iba a deciros porque no quiere; pero os contestaré con más exactitud y caridad: porque no puede ya. Tiene a su favor el voto unánime de los Doce ricos hombres que han de hacer la elección, y está casado con la hija de Aitor. Su alzamiento sobre el escudo es forzoso, necesario, fatal, si queréis. Si él se viera en el caso de renunciar y desistir de sus pretensiones, creedlo, Ranimiro, cien pretendientes surgirían en nuestros valles, y de estos ciento, el más desvalido, el último de todos, sería yo.

—No lo comprendo.

—Sí, yo sería el más desvalido porque soy el más joven, y los años entran por mucho en las condiciones que para reinar reclama un país gobernado siempre por los más ancianos.

—Pero vos, García, tenéis ya la investidura de rey:

mandáis por Teodomiro en toda la Vasconia gótica...

—Y el otro manda más cierta y positivamente en toda la Vasconia vascongada. ¿Oís?

En aquel momento se sentía entre torre y torre, bajo el mismo dintel de la puerta conquistada, gran algazara y tumulto. Dominaba en aquel vocerío el nombre de Teodosio.

—¿Lo oís?—tornó a decir García.—Nuestro rey acaba de entrar en la capital de su reino.

—¡Poco menos!—exclamó Lope de Echeverría, que al abrir la puerta de la torre había escuchado estas últimas palabras.—Yo no me equivoco nunca; pero esta vez estuve errado, *herrado* con seis clavos en cada herradura. No viene Teodosio, pero llegará presto; vendrá después del festín de boda. Entre tanto ha mandado por delante la gente de sus cinco pueblos, la cual se une a la nuestra para aclamar a Teodosio, marido ya de la hija de Aitor. Y yo... ¿qué queréis? Ahora que no nos oye mi mujer, también he gritado como los demás: ¡viva el rey! No hay remedio: cuando todos rabian, hay que rabiar; cuando todos beben, hay que... Eso no, y sobre todo delante de ti, García; hay que beber... agua pura, hasta criar ranas.

—¿Cuántos son los de Val-de-Goñi?—preguntó el mancebo.

—¡Unos quinientos hombres!

—¡Quinientos sobre mill! Está bien, Echeverría—contestó el caudillo.—Con los godos o sin ellos tomaremos la plaza; y ahora que no está aquí tu mujer, ni yo he de verlo, porque me quedo un rato más con este amigo, puedes beber y gritar lo que gustes, que yo, para el asalto del Dominio, necesito gente que no críe ranas en el estómago.

Con semejantes órdenes del caudillo, desapareció el buen Lope como un rayo. Entonces dijo Ranimiro:

—Y amando tú, como amas, a mi hija, ¿vas a despojarla de sus derechos?

—¡Eso no! Yo no la privo de ninguno.

—¿Vas a pelear para que su madre quede eternamente deshonrada?

—¡Eso tampoco! ¡Eso jamás!

—Pues yo, que no dudo de tu sinceridad ni de tu grandeza de alma, dudo en esta ocasión de tu buen juicio, de tu consecuencia—le dijo con viril acento Ranimiro.—O Constanza, o mi hija. Si ésta, suyo es Aitormendi, suyo aquel valle, aquel palacio, suyo el tesoro, suyos son cuantos derechos, prerrogativas, importancia y valor estáis dando los vascos al vaticinio de Aitor. Si Constanza, todo es de ella; de Amaya, nada. Y de Amaya no, siendo como es la primogénita, porque su madre lo perdió todo al casarse conmigo: su honor y su herencia. ¿Estás viendo por qué al pelear por Constanza y Teodosio vas a pelear por la deshonra de mi hija y de su madre?

—Pero Amaya puede renunciar sus derechos en favor de su prima Constanza, y ésta reconocerlos y aceptarlos en virtud de la renuncia; con lo cual, al honor de la madre se junta la gloria de la hija...

—No lo conseguirás.

—¿Por qué?

—Porque Amaya te ama, y sólo ve en ti la salvación de Vasconia.

—¡Me ama! ¡Y su padre me lo dice!

—¡Su padre, que con el alma y el corazón te llamaría su hijo si Amaya te escogiera por esposo!

—Pues bien, amigo mío, padre mío—exclamó loco

de amor, embriagado de felicidad el caballero;—yo no puedo más, no resisto más. Esta prueba es superior a mis fuerzas. Ranimiro, haced de mí lo que queráis. Sois prudente, discreto, caballero... Amaya, princesa, dama, rica hembra... Me entrego a vuestras manos. Ni ella ni vos habéis de proponerme nada que sea indigno de vosotros y de mí. Vamos a ser unos; mi honor es el vuestro. ¡Ahí lo tenéis!...

Y así diciendo, García abrazaba al monje y le besaba en su frente decalvada. Ranimiro le correspondía con sus brazos, mas no con su palabra.

—Id—proseguía el mancebo en la efusión de un alma enamorada,—id a los nobles; decidles que soy yo el duque y vos el conde de Pamplona. Tomad desde ahora el mando de la ciudad.

—¡Yo!

—Vos. Entonces sí que podremos contar con la adhesión de los magnates, gardingos y tiufados. Nadie nos faltará; se darán todos por satisfechos y honrados con veros al frente de la guarnición; la misma tiufadía de Munio se desbandará por seguir al nieto de Chindasvinto, al guerrero más temido y peligroso que hemos tenido los vascos.

—¡Pero eso... eso es imposible, García! Mira estos hábitos, esta tonsura, este cingulo, estas sandalias.

—¿Qué importa? Aún no habéis pronunciado los votos ni ratificado los que un malvado y cobarde hizo en vuestro nombre. Sois libre.

—No lo soy. La fuerza de la costumbre, las preocupaciones de nuestra raza me atan y me obligan.

—Pero sois superior a semejantes preocupaciones, y en estos momentos en que el imperio gótico se derrumba...

—¡En estos momentos—exclamó Ranimiro con voz entera y terrible y sublime acento,—en estos momentos en que mi raza sucumbe, en que los visigodos desaparecen de la haz de la tierra, yo quiero morir con ellos, y morir abrazado a mis mismas nobles y santas preocupaciones! Soy godo, siempre he sido godo, y como godo he de morir. No renegaré de mi casta, no censuraré sus defectos, ni aun con achaque de reformarlos, porque ha llegado el día de la desgracia y ha pasado el de la reforma.

—¿Qué decís? ¿No veis que con esas palabras estáis condenando mi conducta?

—Yo la hubiera condenado ya si creyese tus propósitos hijos de firme y arraigada voluntad, y no de veleidad y flaqueza pasajeras. Volverás en ti pasados estos instantes de pasión, de ofuscación, de debilidad, y verás que tu raza adolece también de preocupaciones y faltas, que son quizá la exageración de sus más generosas cualidades.

—Pero mi raza triunfa, mi raza va a llegar a su completa restauración, y puede perder sus defectos, y los perderá. Yo haré que los pierda.

—Y esa decisión es otra prueba más de que tú debes ser el rey; porque rey no es quien se deja arrastrar, es quien rige. Por eso Amaya y yo, Marciano y Petronila, todos los que te amamos y amamos a Vasconia, te queremos rey de los Pirineos. Y rey te querrá Dios. Sigue tu camino. Amaya, sí... Amaya te ama, como ella sola es capaz de amar; y yo, yo lo mismo, bien lo ves. Pero entrambos te queremos tal como eres, tal como has sido siempre, generoso, noble, desprendido, sin ambición; sacrificándote por Teodosio, que no te ama; exponiéndote a morir por él y despre-

ciando por él, no sólo un trono en Vasconia, sino el trono en el corazón de Amaya. Así te queremos, y si fueses de otra manera pasarías a ser un hombre vulgar, y habrías desmerecido para mí y para mi hija.

Entonces García, arrojándose a sus brazos y estrechándolo contra su pecho, exclamó:

—¡Bendito seáis, padre mío, que me habéis dado la mano en mi debilidad! ¡Bendito seáis, vos que habéis querido ser el único testigo de mi cobardía y mi miseria! Calladla, guardad silencio acerca de ella; que no lo sepan mis gentes ni mis soldados, porque son de vuestro mismo temple, y no seguirían a un cobarde cuando tengo que llevarlos a morir.

—No serías hombre si no hubieras sido débil, hijo mío. Aquí donde me ves, viejo ya y con hábitos de penitente público, también yo vacilo y tiemblo... no por mí, sino por Amaya. Ella será más fuerte que yo; ella me sostendrá en la resolución que acabo de tomar, y que la tuya reclama.

—¿Qué resolución?—preguntó García aterrado, temeroso de alguno de los rasgos de Ranimiro, que le dejaban helado.

—García, tú lo has dicho antes de ahora: cumpla cada cuál con su deber, y suceda lo que quiera. El deber rige al hombre, la Providencia no desampara nunca a quien cumple con su deber.

—Yo reconozco el mío—contestó García cada vez más alarmado;—pero ¿cuál es el vuestro?

—Mañana mismo voy a los pies de Marciano a ratificar mis votos.

—Norabuena si os sentís con esa vocación; norabuena, si esa que juzgáis obligación no es un acto de debilidad que os hace sucumbir a la costumbre

de vuestro reino, que ya no existe; pero ¿después?

—El reino de los godos existe o puede volver a ser, García. No me arranques esa ilusión, de la que tú estás siendo vivo testimonio. ¿Quién sino un godo te ha cedido libre y espontáneamente la Vasconia gótica? ¿Por quién has recobrado en un día nuestras conquistas de trescientos años?

—Sí, por Teodomiro.

—Teodomiro es el caudillo de los godos, es todavía rey de España; Teodomiro el sucesor inmediato y legítimo de Rodrigo. Donde esté ese rey está el reino de los godos de Occidente, y donde esté ese reino debo estar yo para ser el último de los godos.

—¿Y queréis ausentaros, quereis dejarme aquí solo?

—Ese es mi deber, García.

—¿Y querréis tal vez que vuestra hija os acompañe?

—Ese es el deber de Amaya.

—¿Y qué vais a hacer en un reino con trazas de instable campamento, vos que ya no podéis embrazar el escudo ni empuñar la francisca?...

—Vivir entre los míos, o morir con ellos. Si a vivir me destina Dios, mi vida será quizá más fecunda con el sayal que con la loriga. Si no puedo pelear como Josué, me quedaré en el monte, a semejanza de Moisés, con las manos alzadas durante la batalla. En guerras de religión, tanta falta hacen monjes como soldados.

—Pero Amaya...

—Amaya no puede quedar aquí; la hija tiene que seguir a su padre. No hay remedio, García. O tomas, o no tomas a Pamplona. Si no la tomas, queda en poder de Eudon, o lo que es igual, de los árabes musulmanes, a merced de Tárik y Muza. ¿Ha de vivir mi hija entre sarracenos?

—No. Pero si conquisto la ciudad...

—La conquistas para Teodosio, que será aclamado rey; para Constanza, que será la reina. Y siendo como es Amaya la primogénita, verdadera hija de Aitor, legítima reina, y como tal única depositaria y responsable del tesoro de sus padres, ¿ha de vivir bajo el mando de Teodosio, rival perpetua de Constanza?

—Tampoco. Pero hay un medio de...

Y el pobre García no se atrevió a proseguir.

—Lo comprendo; tu timidez y turbación lo explican —dijo Ranimiro.— Tú pretendes que Amaya se quede en Abárzuza o las Amezcuas con su marido, con tu madre, y que para eso renuncie todos sus derechos en Constanza de Butron. Pero hasta ahí no alcanza mi autoridad, llega sólo mi consejo.

—¿Y cuál es vuestro consejo?...

—Pudiera ser favorable al matrimonio y contrario a la renuncia, si no me hiciese cargo de que no he de exigir que dejes de ser vasco cuando yo quiero permanecer godo hasta la muerte.

—Explicaos... no lo entiendo bien.

—Pudiera proponerte que, después de dar a Teodosio el reino de Vasconia, volviesses a pelear por el de los godos con Teodomiro...

—¡Eso no!

—Y por lo mismo que eso no puede ni debe ser, aconsejaré a mi hija... ¿Qué le aconsejarías tú? ¿Qué le dirías tú en mi caso?

García no le contestó; pero su anhélito y congoja, el extravío de sus miradas, el subir y bajar de su pecho, indicaban harto significativamente la respuesta.

—¡Sí, padre mío! ¡Padre de un día, de una hora, de un instante; nunca os volveré a dar tan dulce nombre!

¡Idos; pero si os vais, nunca os volveré a ver ni a vos ni a mi Amaya!... ¡Oh! ¡Perdonad que también la haya llamado mía! ¡Lo ha sido un día, una hora, un breve instante!

—¡Valor, amigo mío, valor!

—Cumplamos nuestro deber. Si éste exige que yo pierda hasta la esperanza de que Amaya vuelva a ser mía...

De nuevo se detuvo García. Ranimiro se arrojó a sus brazos, diciéndole:

—Te queda la seguridad de que nunca será de otro, y la gloria de que no hay ningún hombre en el mundo que más la haya merecido.

Así terminó aquella entrevista. El decalvado, sólo en bien de la paz y porque nada quedase por intentar, aceptó el encargo de dar a conocer a Munio las órdenes de García respecto a la entrega de la ciudad.

El vicario de Eudon, como se esperaba, queriendo dar tiempo a la llegada del duque, pidió para reflexionar hasta la hora de prima, o sea hasta la salida del sol. El caudillo vasco no accedió a semejantes pretensiones, cuyo peligro y trascendencia él más que nadie conocía.

Además del valor que el tiempo tenía en aquella ocasión, habíase apoderado de García una especie de ardor que no nos atrevemos a llamar desesperación, pero que se le parecía mucho. Su actividad, su energía y su resolución se acrecentaron hasta lo increíble. Diríase que nada tenía tanto como detenerse; dejaba sospechar que la reflexión era su único peligro.

Todo lo mandaba, y todo se lo encontraba hecho. Sólo se reservaba para sí los pasos de mayor compromiso. Con semejante conducta nadie le replicaba,

ni menos le desobedecía. Hasta el mismo Lope depuso aquel talente de maestro y hombre de experiencia, que algunas veces le sentaba bien, pero que las más era insoportable. Así logró García aquella misma noche apoderarse de la aljama, que estaba amurallada y dividida de la navarrería; así tomó todo el burgo, hasta llegar al Dominio, donde se había encerrado Munio.

La situación de García era, sin embargo, falsa y por demás aventurada, porque carecía de hombres suficientes para retener lo conquistado. Los nobles godos, aterrados con la pérdida de España y desmoralizados con el tumulto y desórdenes del día anterior, no habían opuesto gran resistencia a García. Algunos de ellos se daban por satisfechos de ser conquistados; pero no se resolvían a seguirle mientras no lo vieran apoderado del alcázar y del Dominio.

Esta era, por decirlo así, la piedra angular del edificio, el punto decisivo del combate; pero cuando García iba a dar principio al asalto recibió el aviso que menos esperaba, la orden a que menos podía faltar.

Amaya le suplicaba que, suspendiendo todo ataque contra el Dominio, fuese inmediatamente a su casa. ¡Terrible ápuro! ¡Tremendo compromiso! Pero la dama fué obedecida con todo el apresuramiento que el caso requería. Excusado es decir si el corazón del mancebo iría o no tranquilo y sosegado al obedecerla. Presentóse turbado, profundamante conmovido, a la princesa. Ranimiro estaba con ella.

—García—le dijo ésta con afectada serenidad, que los músculos todos de su bellissimo rostro desmentían,—os he llamado para enteraros de lo que pasa dentro del Dominio, antes de que os decidáis a tomarlo.

—Sé—le contestó el mancebo—que Munio a duras

penas puede hacerse obedecer de su misma tiufadía; sé que la disciplina está ya relajada, y que ha llegado el momento del asalto.

—Os equivocáis, García; y como la equivocación pudiera seros fatal y desastrosa, no he vacilado en llamaros. Eudon está ya dentro del Dominio, y resuelto a defenderlo hasta el último trance.

—¿Será cierto? ¿Quién os lo ha dicho? ¿Por dónde lo sabéis?

La dama contestó con voz apagada por la más profunda emoción:

—Mi padre y yo vamos a emprender un largo viaje... He tenido que entenderme para los preparativos de marcha con gentes de la aljama, las cuales están muy enteradas de todo cuanto sucede en lo interior de la fortaleza.

—Lo comprendo todo.

—Eudon tiene dinero en abundancia, y prometiendo montes de oro, ha dispuesto que vengan en su socorro las guarniciones de los presidios góticos más próximos.

—Es preciso tomar el Dominio antes que lleguen.

—¿Y podéis tomarlo con la gente de que disponéis?

—Sin un milagro de Dios, no. Pero no importa: nuestro deber es atacar, y atacaremos; nuestro deber morir, y moriremos todos. Podéis estar seguros de que no quedará vivo ningún vasco que pueda empuñar un arma.

—Os llamaba principalmente—dijo entonces Amaya—para oír esa respuesta, para que mi padre la oyes de vuestros labios. Padre mío, en vuestras manos está la salvación de Vasconia. Decidme, García: si contaseis con los tiufados y godos de Pamplona, que ya

no están a las órdenes de Munio ni de Eudon, ¿os comprometeríais a tomar el Dominio?

—Lo intentaría— contestó modestamente el joven,— y cualquier otro en mi caso, ganaría la fortaleza.

—¿Pronto?

—Lo que tardasen en ponerse los godos bajo mi mando. Una, dos horas después.

—Pues bien, en vuestras manos, padre mío, tenéis la decisión de los godos. Suspended algunos días la ratificación de los votos; poneos al frente de los vuestros...

—¡Con esta, con esta armadura de caballero!— exclamó Ranimiro tentándose, como en otra ocasión, sus hábitos de penitente.

—Con esa armadura no sólo salvaréis a Vasconia, sino que evitaréis a los godos, a vuestros hermanos de lengua y de raza, el mayor oprobio, la mayor de las ignominias, la de ser mandados por un judío, por el hijo del traidor y renegado Pacomio, que es uno de los primeros que entregan la cristiandad de España a los infieles.

—¡Eudon!— exclamó Ranimiro, irguiéndose con el vigor de sus mejores tiempos.

—Eudon, cuyo nombre es Aser Ben Abraham, hijo del rabino, del jefe de los astrólogos. Todo lo sé, padre mío; todo me lo ha revelado Petronila, que lo sabe todo.

—¡Al asalto, García, al asalto!— tornó a exclamar el antiguo tiufado.—Preparadlo todo, prevenidlo todo, y contad dentro de una hora con los godos de Pamplona. ¡Yo te los llevaré; yo saldré predicando por esas calles la guerra santa contra judíos y traidores; yo blandiré la francisca! Todo, todo me es permitido; todo se me impone ya como suprema obligación.

García no quiso oír más; no podía perder ni un solo momento, y salió del palacio de Ranimiro dirigiendo a su Amaya una mirada de triunfo, de amor, pero de amor sin esperanza.

CAPITULO X

Del terrible y descomunal encuentro de Eudon y García Jiménez.

Cuando Eudon se acercó a Pamplona, ciudad escogida por él para capital del gran ducado de Cantabria, todo estaba en poder de García; todo, menos el Dominio. Pero las noticias de Amaya eran ciertas; el duque había entrado en la ciudadela, para cercar la cual con el rigor debido le faltaba mucha gente al sitiador. Así que Eudon se puso al frente de los sitiados, cambió por completo la faz de las cosas.

En el camino del cerro de la Cruz a la metrópoli atravesó la zona de los godos; desde ella mandó emisarios a las plazas militares próximas, y aun a los pueblos más granados de la cuenca iruniense y ribera del Arga, pidiendo auxilio contra los vascos, y prometiendo recompensar liberalmente el celo y fidelidad de los súbditos, y sobre todo a quien primero se presentase en la ciudad con fuerza armada.

Como era tan grande su fama de rico y generoso, y tan notoria la codicia de los magnates, no dudaba de que éstos acudirían al cebo de las libras de oro prometidas. Sostenerse nada más que un día; conservar el Dominio hasta la llegada de los tiufados y gentes de los lugares inmediatos, era cuanto había menester para

arrojar luego de Pamplona a los montañeses, poco expertos en la lucha de las calles, e incapaces de resistir al combinado ataque de dentro y fuera de la ciudad.

Contaba también con otros recursos. Los moradores de la aljama, si abiertamente y desde luego no se alzaban en su favor, que a tanto no se atrevían, le facilitaban dinero, y se comprometían, en llegando la ocasión, a repetir las asonadas y tumultos de la víspera; los nobles godos, apolillados de deudas, si por vergüenza no se ponían al pronto de su parte, cuando le viesan derramar el oro a puñados, acabarían por doblar la cerviz y encorvarse para recoger del suelo las monedas.

Su principal confianza se fundaba, sin embargo, en la perturbación, espanto y abatimiento que había de producir en los montañeses la muerte de los patriarcas de Val-de Goñi, el parricidio de Teodosio. De este rival se había deshecho ya; quedábale sólo García.

Al salir de casa de Ranimiro volvió con presteza el caudillo de los vascos al centro de la ciudad, apretando en lo posible el cerco del Dominio y apercibiéndose al asalto. Sólo esperaba ya que le llegase gente de refresco, suya o de los godos. Deseaba con preferencia el socorro de éstos; anhelaba por él como un paso más hacia la indispensable unión de las dos razas cristianas, para lograr la cual había dado el primero. Tan poseído estaba de este pensamiento, tanta importancia le daba, que no sentía hasta cierto punto la extraña, la ya inexplicable tardanza de Teodosio.

—Si como piensa Ranimiro—decía el montañés,—mi amigo es poco grato a los godos, su presencia pudiera comprometer el éxito de las generosas tentativas del príncipe decalvado, debidas a la inspiración de

Amaya. Vale más que, al entrar Teodosio en la ciudad, se encuentre con los dos pueblos enemigos peleando juntos bajo una misma enseña. Las asperezas de la preocupación se suavizarán con el roce del combate. Cada batalla ganada es una especie de feliz alumbramiento, y los que de ella salen juntos quedan por siempre unidos como hermanos.

Comprendiendo, sin embargo, García que el verdadero peligro de su empresa estaba en dilatarla, y viendo que el tiempo transcurría y los godos no se le presentaban acaudillados por Ranimiro, quiso atropellar por todo y comenzar el ataque. Es verdad que carecía de hombres, de armas y arietes, y necesitaba dejar bien guarnecidas y aseguradas por lo menos una o dos puertas de la ciudad, sujeta y defendida la mal denominada judería, y del centro de la población a la salida, tomados algunos puntos estratégicos para el caso de retirada.

Pero el trance era crítico, y el momento decisivo; la tiufadfa de Munio que guarnecía el Dominio, mal dispuesta a resistir con vigor bajo la floja mano que hasta entonces la había dirigido, desde el punto en que apareció Eudon sentía la fuerza y dureza de los puños, que látigo y riendas manejaban. Con el nuevo caudillo no había sino vencer o morir. El capitán de los vascos, no menos resuelto, dió la señal del ataque, y unos y otros peleaban como desesperados. Entrambos jefes supieron comunicar su propia bravura y decisión a sus respectivas tropas.

Tenía el duque en su favor la gran fortaleza del recinto, cercado de muy altas y robustas murallas, en cuyo promedio se alzaba el *castro* o torre central, inconquistable a viva fuerza, y que sólo por hambre podía ser tomado. García, en cambio, aprovechando las

lecciones de arte militar que en la Bética recibió de Pelayo y Teodomiro, había mandado construir una torre de madera con ruedas para aproximarla al muro y dominar las almenas. Pero en vez de arrimar la máquina a cualquiera de los lienzos de la muralla, la aproximó a la puerta, y bajo el amparo del improvisado torreón, se empeñó en hacerla astillas.

La operación era tan arriesgada como costosa, porque los sitiados se defendían con toda clase de proyectiles, y principalmente con líquidos inflamados que devoraban tablones y maderos. Los vascos, poco acostumbrados a semejante linaje de guerra, iban ya a cejar; y lo hubieran hecho mil veces a no contenerlos el ejemplo de su capitán, que de ningún modo quería retirarse del punto de ataque. Peleaba como un león; no se acordaba de la muerte, y si pensaba alguna vez en ella parecía que era para buscarla.

Cuando más desesperanzados se hallaban, cuando mayor era el apuro, apareció Ranimiro, inerte, con hábitos de penitente, es cierto, pero al frente de los godos pamploneses, reducidos al fin al reconocimiento y obediencia de García Jiménez. El príncipe decalvado, además de tropas numerosas, traía noticias de la llegada de alguna gente de Goñi, que buscaba a Teodosio para comunicarle la muerte alevosa de sus padres, ocurrida en la noche que acababa de transcurrir. La tardanza del futuro rey inspiraba ya serias inquietudes, y aun era objeto de murmuración entre los vascos que por él peleaban en Pamplona.

—Norabuena—decían—que se haya quedado a celebrar la boda; pase también que participara algún rato del festín; pero ¿no ha tenido tiempo de acercarse a la ciudad durante la noche?

Aquella inesperada y pavorosa nueva lo explicaba todo. Sabíase que Teodosio había salido la tarde precedente de Jaureguía, y de aquí se dedujo que los asesinos se aprovecharon de su ausencia para perpetrar el crimen. En el camino, sin duda, supo la muerte de sus padres, y retrocedió a Val-de-Goñi. Esto se creía, y aunque poco conforme con la verdad y ajustado al tiempo, no estaban los ánimos a la sazón para cálculos y reflexiones.

Alzóse clamor general contra Eudon, a quien unánimes atribuían aquella maldad, llevada a cabo sin más objeto que inutilizar para el asedio el valor y prestigio de Teodosio; y de tal manera se exaltaron los combatientes con las sospechas de tan atroz infamia, que puertas, murallas, cubos y almenas, todo les pareció ya pequeño estorbo a la furia de que estaban poseídos.

Encendióse de nuevo el entusiasmo por el suspirado rey; todos los montañeses lo aclamaban sin cesar con frenéticos vivas. Suponiéndole agobiado por la pesadumbre de su terrible desventura, parecía deber y empeño de todos aliviarle cada cual con su propia sangre, y darle al menos el consuelo de la victoria.

A tan descomunal empuje de ira y valor cayeron al fin las puertas del Dominio, y por ellas, con ímpetu vencedor, entraron revueltos godos y vascos, que no tardaron en derramarse por el interior de las murallas. Eudon se retiraba en orden y con la gente más escogida al castro o torre del centro. Tras él iba García. Los dos caudillos se encontraron a la puerta del castillo, y se embistieron como hambrientas fieras.

Aquel singular combate, en medio de la lucha general, no podía durar mucho tiempo: entrambos campeones tenían necesidad de concluir presto. Pero aún

fué más breve de lo que se imaginaban; porque García Jiménez cayó herido, no a los golpes de Eudon, sino por una flecha que mano desconocida le había dirigido sin respetar cierta ley tácita de guerra que en semejantes casos ha prevalecido siempre.

Eudon iba a concluir con él al verle tendido y encharcado en su propia sangre; pero Ranimiro, que estaba allí, no pudo contenerse, y aunque sin armas, se abalanzó al judío, le arrebató la espada, y le hubiera abierto con ella el corazón a no haber dado un salto atrás el hijo de Pacomio, escondiéndose en la torre y cerrando la puerta de aquel su postrer refugio.

Menos el castro, todo lo había perdido; pero todo lo daba Eudon por bien empleado con tal de que hubiese muerto García. Menos le importaba la victoria que la venganza. Pero además, ¿a quién podía temer, si Teodosio quedaba aniquilado con el crimen de Jaureguía, y sin vida el caudillo de los vascos, señor de la Vasconia gótica por Teodomiro? La herida era muy grave, mas no mortal. La saeta, dirigida al corazón, se había corrido debajo del brazo.

Ranimiro, que a fuer de soldado desde la niñez, tenía el ojo certero de un cirujano, mostróse un tanto esperanzado al hacerle por sí mismo la primera cura, arrancándole la flecha que se había detenido en un hueso de la espalda, después de lo cual mandó llevarlo a su propia casa.

—Quedaos aquí, Ranimiro—le dijo García; ^{le} que no se pierda lo conquistado. Quedaos hasta que llegue Teodosio. Él hará lo demás.

Y luego añadía con voz tan débil que apenas se le entendía:

—Lo demás es obra del tiempo.

García, transportado en parihuelas a casa de Amaya, llegó ya sin conocimiento por la mucha sangre que había perdido. Los vascos que lo condujeron lo desnudaron y lo dejaron en el lecho. A la cabecera se sentaron luego Amaya y una liberta. La primera mandó inmediatamente aviso a la madre del herido. Al fin éste volvió en sí, y con la mayor sorpresa se vió en magnífico lecho a la moda bizantina, predominante a la sazón en muebles y utensilios, en que imperaba el gusto de las damas. Era de maderas finas y olorosas, con adornos e incrustaciones de bronce y marfil.

—¡García!—exclamó la enfermera, que parecía más próxima a la muerte que el paciente.

—¡Amaya, Amaya!—contestó.—¡Siempre tan cerca de ella, y nunca llega!...

—¿Cerca de quién?—contestó la princesa, reanimándose al oír otra vez aquella hermosa voz que creía extinguida para siempre, y profundamente herida al propio tiempo con aquel eco tan lastimoso que le partía el corazón.

—¡Tan cerca de la corona!—repuso García.

La dama creyó que el enfermo deliraba, y le miró espantada y con los ojos encendidos, pero secos y sin lágrimas.

—¡De la corona!—repitió.—¿Tú buscando ahora la corona que has mirado siempre con desprecio?

—¡La corona del martirio!...

—¡No! Tú buscabas la muerte, García, y por eso no te ha concedido Dios el martirio. ¡Lo vi en tu postrer mirada al despedirte de mí! ¿Por qué deseas morir? ¿Por qué te ha de espantar el vivir amando y sufriendo?

—¡Tienes razón!—exclamó el mancebo con abati-

miento.—A tu lado soy un cobarde. No me siento con valor para dejarte partir, para no volver a verte.

—Vive, García—repuso la dama tan conmovida, que no se cuidaba ya de dominar sus más íntimos afectos.—¡Vive para tu patria, vive para mí!...

—¡Viviré!—contestó el caudillo vasco!—¡Viviré! ¡Pídele a Dios que me conserve la vida!

Y cerró los ojos como adormecido, como si nada más quisiera ver ni oír en el mundo, tal vez por no sentirse ya con fuerzas para ver ni oír más. Poco tiempo después percibió Amaya los pasos de su padre, y salió al peristilo adonde daba aquel aposento.

—No me ocultéis la verdad, padre mío. Hablad sin temor, con la franqueza de siempre: ¿está herido de muerte?—le dijo clavando en el penitente una mirada ansiosa, suplicante, con ojos en que ya brotaba el llanto.—Vos que le habéis curado la herida, decidme si es peligrosa; decidme si nuestro amigo y libertador puede vivir.

—¡Harto veo que es necesario que viva—contestó el padre — si no he de quedarme sin él y sin tí!

Calló Amaya avergonzada. Las palabras de su padre le hicieron caer en la cuenta de su propio estado, y ella, que tanto miedo tenía de faltar a su propia dignidad, se quedó sin saber qué contestarle.

Pero aun aquel silencio le parecía indigno disimulo de su falta, y dijo al fin:

—Tenéis razón; si él muere y vos os retiráis del mundo, ¿qué he de hacer yo en él?

El decalvado prosiguió:

—¡No vas a tener fuerzas para dejarle! ¡Y es irrevocable mi resolución de partir!

—¡Dejarle en ese estado! ¡Sería cruel!

—Vendrá su madre.

—Pero le abandonaremos nosotros. No podemos marchar en esa incertidumbre.

—Procuraremos que cuanto antes salga de peligro.

—¡Eso sobre todo! ¡Que viva García, y que sea de mí lo que Dios quiera!

—Llamaremos a los físicos judíos.

—De ninguna manera, padre mío. Motivos hay para sospechar que esos médicos, instigados por Munio, agravaron vuestra enfermedad hasta ponerlos en el caso de ser decalvado. Prefiero que sólo vos le curéis la herida.

—Grave responsabilidad sería para mí, perdurable dolor si hubiese una desgracia. Entremos por de pronto a darle una buena noticia, que puede influir mucho en su curación.

La grata nueva que traía Ranimiro se la comunicó al herido en breves palabras.

—Ya sois dueño de Pamplona—le dijo.—Eudon se ha fugado por el camino subterráneo que va de la torre al foso de la ciudad, y Munio, que no ha querido acompañarle, se ha rendido.

—¿Quién queda mandando en el Dominio?

—Ochoa, Lope, Echeverría, o como queráis llamarle, con una guarnición mixta de godos y vascos.

—¡Loado sea Dios—exclamó García alborozado,—que por primera vez desde que Iruña es plaza fuerte hace a los vascos dueños de esta ciudad! ¡Bendito sea también porque ha dispuesto que en la victoria de los vascos hayáis tomado tanta parte! Ahora lo que importa es que vascos y godos, unidos, no perdamos nunca la fortaleza que hemos rescatado del cautiverio de los judíos.

—El peligro es que Eudon se nos ha escapado.

—¿Qué puede hacer ese infeliz, rechazado de todas partes?

—Volver con árabes y africanos.

—¡Buen rey saldrá a recibirlos, Ranimiro! Castigar a Eudon corre a cargo de Teodosio.

El decalvado no quiso contradecirle porque era inútil, y no creyó tampoco que su joven amigo estaba en disposición de excitarse y seguir hablando. Mas a pesar de todos sus temores y precauciones no hubo medio de lograr que guardase la calma y reposo necesarios.

Los vascos, enseñados por él a considerar todas las victorias y conquistas como acrecentamiento de la gloria del presunto monarca, en honra y prez de Teodosio, recorrían las calles aclamando al señor del valle de Goñi, cuya reciente desgracia le hacía más grato a los montañeses. Ranimiro y el venerable Obispo Marciano, que había venido a visitar al enfermo, pudieron conseguir a duras penas acallar aquella gritería; pero momentos después estalló en tumulto.

Era ya de noche, era precisamente la hora en que se celebraba la *gau-illa* de Jaureguía. Suponíase en Pamplona que Teodosio estaría a la sazón presidiendo aquel terrible duelo, cuando se presentó a la puerta del Poniente el desdichado, cuyo paradero nadie a punto fijo sabía. Venía desfigurado, como si hubiesen pasado por él diez o doce años. No traía ni escuderos ni gente ninguna que le hiciese compañía. El rostro pálido, la cabellera matizada de canas, la barba bronca y desaliñada, el cinturón sin la espada, el sayo y las manos con manchas de sangre. Todo el día había permanecido en la soledad, entre breñas, sin comer, sin beber, llorando, clamando al cielo de hinojos y postrado.

Cuando se presentó en el portal conquistado el día anterior por García, costó trabajo conocerlo a los que estaban de guardia. Fué menester que él les dijese:

—Soy Teodosio de Goñi; quiero ver al Obispo.

Los vascos atribuyeron tan imponente cambio al dolor que le causaba el asesinato de sus padres, y parecióles hasta obra de misericordia darle vivas, prorumpir en imprecaciones y gritos contra el asesino, jurar venganza.

—¡Callad, callad!—les decía asustado el infeliz.—
¡No maldigáis a nadie! ¡El Obispo! ¡Quiero ver al Prelado!

Pero su voz sombría y cavernosa no era escuchada. Esparcióse en la ciudad la noticia de la aparición de Teodosio, y de todas partes salían los vascos aclamándole; y aun los godos, que a la verdad estaban recelosos y descontentos, comenzaban a sentir la comezón del entusiasmo.

—¡Callad! ¡Dejadme! ¡No me atormentéis con vuestro amor!

—¡Viva Teodosio! ¡Viva nuestro rey!—proseguían diciendo.

—¡Silencio, por Dios! Me desgarráis las entrañas... ¡Yo soy el matador! ¡Yo el parricida!

Pero sus voces se perdieron en el tumulto. Afortunadamente, se sabía que el santo Obispo Marciano estaba en el palacio de Ranimiro, y la distancia era corta. El suplicio de aquellos gritos atronadores, de aquel entusiasmo, feroz para el parricida, fué breve, por consiguiente. Cuando éste llegó al vestíbulo mandó cerrar el pórtico, y por primera vez respiró en libertad. El Obispo, Ranimiro y Amaya habían salido a su encuentro. Apenas vió a Marciano, que con su habitual dul-

zura le miraba y procuraba sonreirse, sabedor ya por Juan de Vergara de su gran infortunio, se puso de hinojos, se postró a sus pies, clamando a voz en grito:

—¡Soy un monstruo, santísimo Prelado; ved mis manos teñidas en la sangre de mi padre y de mi madre!

—Calmaos—le dijo Marciano, reprimiendo su conmoción y espanto;—si pedís a Dios perdón, para todo pecado alcanza la misericordia infinita.

—¡Marciano, Marciano! ¡He asesinado a mi padre y a mi madre por matar a mi esposa, a quien sin motivo ni pretexto he creído infiel!

—Alzad y calmaos.

—¡No, padre santísimo; quiero que sea pública mi confesión, como público ha sido mi delito!

—Os lo prohibo.

—No me levantaré del suelo sin que me hayáis impuesto la debida penitencia.

—Os lo prohibo. Ni una palabra más. Levantaos y seguidme.

Sincera debía de ser la contrición de Teodosio, porque obedeció sumiso, y humilde y cabizbajo fué en pos del Prelado. Encerróse con él en un aposento solitario.

—Soy un parricida—tornó a clamar arrodillado.—He dado muerte a mis padres, los más inocentes, venerables y dignos de ser queridos y respetados debajo del cielo. Soy un malvado; soy el mayor pecador de la tierra, y no hay penitencia bastante para borrar mi culpa.

—Teodosio, grande es, en efecto, tu pecado—le dijo el Obispo;—pero todos los que a Dios ofenden gravemente no sólo son parricidas voluntarios contra Aquel a quien llamamos «Padre nuestro, que estás en los

cielos», son más, infinitamente más: son deicidas; y porque quieren, por su voluntad y gusto, prefieren a Barrabás, gritan contra Jesús y vuelven a crucificar a su divino Redentor. Tu culpa es grave; pero tu parricidio, involuntario; y si a todos inspira universal horror, ¿por qué no ha de inspirárnoslo igualmente esos otros parricidios, esos deicidios que con tanta suavidad nos tragamos, o presenciamos con tanta indiferencia?

—Pero ¡yo atentar a la vida de los que me han dado a mí la vida!

—¡Y todos los pecadores atentan contra Dios, a quien debemos la vida, el alma, la redención, la providencia, cuanto somos, cuanto podemos ser, cuanto bien concebimos y mucho más de lo que ni ahora ni nunca podemos comprender ni somos capaces de esperar! El mundo se espanta y horroriza de tu crimen, porque sin quererlo tú, sin recelarlo ni presumirlo siquiera, has cometido un parricidio material. Pero si hubieses muerto a tu mujer infiel y a su cómplice, tal vez no estarías arrepentido de tu crimen, tal vez te ufanarías con él, y ese mismo mundo te hubiera absuelto y aplaudido, y sin embargo, Dios te habría condenado. Por eso creo que estás en el caso de escarmentarnos a nosotros pecadores, enseñándonos cuán graves son las culpas que el mundo tan fácilmente absuelve y tan ciegamente aplaude.

»Estás llamado a grandes penitencias, a vida muy austera, para la cual sólo el Sumo Pontífice te puede autorizar. Ve a Roma, y si Constantino, nuestro Santísimo Padre, no ha vuelto desde el año pasado, en Bizancio lo encontrarás. Ve, Teodosio, y con la gracia divina, de gran pecador puedes convertirte en santo. Miremos estas cosas de diferente manera que el

mundo. Lleva al menos el consuelo de que, piadosamente pensando, tus inocentes víctimas son felices, eternamente bienaventuradas.

—¡Padres de mi vida—exclamó Teodosio sollozando,—rogad a Dios por mí!

—Y ruegan por ti. No lo dudes. Por ti y por otros, y el Señor los oye, y desde este momento cambiará la faz de las cosas—añadió el Prelado, que a la grande contrición de Teodosio respondía como su divino Maestro, con gran misericordia.—Escucha, hijo mío: al acostarse anoche tus padres, viendo que sus vasallos en día tan solemne habían salido para Pamplona dispuestos a sacrificar su vida por el bien de sus hermanos, viendo que tú también el día de tu boda dejabas tu mujer, tus padres y tu casa con el mismo santo fin, se miraron y se dijeron el uno al otro: «¿Y nosotros, qué hacemos?» Y aunque podían poco, no se desalentaron, y le ofrecieron a Dios lo poco que tenían, que no era más que su voluntad; pero se la ofrecieron toda, por completo, sin la menor reserva. Llamaron al abad, que aún no se había retirado de Jaureguía, y se lo dijeron, y Juan de Vergara los animó y los bendijo. Dios aceptó el sacrificio de los inocentes porque era sincero y absoluto, porque Dios se complace en aceptar el corazón de los humildes, que cuanto más lo son, mayor recompensa obtienen de su abnegación. No lo dudes—añadió paternalmente el santo Prelado,—¡yo los he visto!

—¡Vos, padre mío!

—Yo los he visto gozando de Dios. Ve a Roma, Teodosio: hasta tu crimen ha permitido el Señor que llegase el poder del demonio; es de creer que desde tu arrepentimiento comience la misericordia de Dios con-

tigo y con su pueblo. Ve a Roma y completa la obra de los buenos. Que aprenda el mundo cómo con hijos que matan a sus padres, y con padres muertos por su hijo, se pueden hacer prodigios que no somos capaces de imaginar. Sobre Pedro, que negó tres veces a Jesús, y con Saulo, que le perseguía, se ha edificado la Iglesia. Que la inocencia y el arrepentimiento se den la mano. Los días de mercedes, de gracias y regocijo extraordinario en el cielo son los días en que se convierte un pecador.

El Obispo se retiró al Conclave canonical. Teodosio pidió permiso a Ranimiro para ver a García. Así que entró en el cuarto del herido, se arrodilló junto al lecho. El joven hubiera querido impedirlo, pero no podía moverse.

—¡Perdóname, García, amigo mío!—exclamó el desdichado parricida.—¡También contra ti he pecado! También te ofendí mil y mil veces por celos, por envidia de tu gloria; y sólo tu virtud, tu desinterés y abnegación heroica han hecho que no dejara de quererte.

—Levántate, por Dios; levántate, Teodosio, y acércate, a ver si puedo darte un abrazo.

—Espera—contestó muy humilde el arrepentido pecador poniéndose en pie;—no debo acercarme a ti, ni menos abrazarte todavía.

Y viendo en la alcoba una aljofaina de plata con agua, se lavó las manos, llorando y diciendo entre sollozos:

—García, ésta es la sangre de mis padres; la conservaba en mis manos para mi propio horror y confusión; pero el Obispo me manda lavármela, y debo ante todo obedecerle. El dolor de mi culpa no ha menester de semejantes recuerdos: queda, no lo dudes, queda esta sangre indeleble en lo más vivo de mi con-

ciencia. No quiero que llegue a tocar a nadie; no quiero manchar con ella a hombres tan buenos como tú.

Enjugóse, y engañando piadosamente a García, que le tendió uno de los brazos, en lugar de estrecharlo contra su pecho, le besó la mano.

—¡Por Dios, Teodosio!—le decía el mancebo.—¡Ten compasión de mí! ¡No me destroces el corazón!

—Sosíégate, amigo mío; tienes que escucharme primero; el abrazo, si me perdonas, vendrá después.

Sentóse el parricida, dióle cuenta de su delito, y García le contestó enternecido:

—Teodosio, eres víctima de un rival implacable en la venganza; tu culpa es involuntaria. Los ancianos lo comprenderán así, y te elegirán rey. Mira el estado en que yo me encuentro; mírame quizá herido de muerte. Urge que vayas al Dominio, y que en nombre del rey Teodomiro y del pueblo de la tierra vascongada tomes posesión del alcázar, si como rey no, mientras no te proclamen los ancianos, como caudillo al menos y duque de Vasconia.

—Para mí ya no hay reinos, ni ducados, ni alcázares, ni Dominios en el mundo—exclamó cada vez más compungido el parricida;—para mí no hay más que llanto, duelo y penitencia. Escucha: el Obispo me impone la obligación de acudir peregrinando a Roma para que el Padre Santo me ordene la vida que he de llevar en adelante. No me atrevo a volver a mi casa, ni a presentarme delante de mi mujer, a quien tantas ofensas he hecho, y a quien amo y respeto más que nunca, hoy que tal vez he de separarme de ella para siempre. Díselo así, García; a ti te doy este encargo. Dile que se quede en Jaureguía, dueña y señora de todos mis pueblos, tierras y rebaños; y como ella no ha de

mandar las huestes del valle, te las encomiendo a ti, en caso de guerra. Tú, y nadie más que tú, ha de llevarlas al combate, cuando salgas al frente de tus amezcuanos. Y nada más, García, nada más, hasta que el Padre Santo disponga de mí, imponiéndome la debida penitencia.

Y así diciendo, Teodosio tendió los brazos y añadió:

—¡Y ahora, pues eres tan bueno que lo deseas, pues no quedarías tranquilo de otro modo, venga el abrazo prometido, y adiós para siempre!

Y como se aproximase al rostro del mancebo, djole murmurando al oído:

—¡García, según Marciano, ya están gozando de Dios!

—Así lo creo; pero si mi sangre, si toda mi sangre es aceptable en satisfacción de cualquiera leve falta que tengan que purgar aún, aquí está; recíbala el Señor con la voluntad que se la ofrezco.

—No, no es necesario ya ese nuevo sacrificio. Me lo ha dicho el prelado, que es un santo. Vive, García, vive para reinar en Vasconia; vive para ayudar a Pelayo y Teodomiro en la reconquista de esta pobre España, que nuestras culpas, y muy especialmente las mías, han perdido.

—¡Tus culpas, infeliz! Tu culpa principal ha sido involuntaria.

—¡No, García! No creas tú también en la fatalidad; adora conmigo la Providencia. Suave y dulcemente Dios me estaba llamando para sí, y yo me hacía el sordo, y me negaba al amoroso llamamiento. Mi empedernido corazón necesitaba el grito... el grito de un padre moribundo, que ha conmovido las entrañas de estas sierras. Tremenda ha sido la voz; pero proporcionada a mi obstinación y rebeldía.

Aquella misma noche emprendió Teodosio su marcha hacia los Pirineos, dirigiéndose a Tolosa, capital de Aquitania, y de allí a Marsella, donde se embarcó para Roma.

Llevaba su traje ordinario de bragas y túnica corta, pues la esclavina, que los de Occidente tomamos de los orientales, no empezó a usarse por los peregrinos antes del siglo XII. Un zurrón y un palo fueron todos sus preparativos de viaje. Contaba con llegar a Roma pidiendo limosna. Cuando salió de Pamplona, todos los vascones, con excepción de Lope de Echeverría y algunos amezcuanos, habían abandonado la ciudad, volviéndose a las montañas. Nadie dudaba ya del parricidio.

CAPITULO XI

Que sería el último si no le siguiesen otros.

Ranimiro había vuelto a su casa con la grata nueva de la victoria, pero también con el triste convencimiento de que la amalgama de los dos pueblos, hasta aquel día enemigos, era sólo aparente y efímera. Hallóse, en cambio, con el peligro real y positivo de que la pasión de Amaya por García Jiménez traspasara los términos de lo razonable y conveniente. De aquí su insistencia en ausentarse de Vasconia, en abandonar para siempre aquella tierra querida, impregnada de sus amores y glorias, y de sus penas y lágrimas también.

Aunque le hubiese permitido la casi mortal herida del vencedor caudillo de los vascos pensar en el casamiento de Amaya, habría tenido que desechar la idea

por mil y mil dificultades, punto menos que insuperables. En el mismo altar de la conciliación surgía el fuego de la discordia. ¿Qué mano disparó la flecha contra García cuando éste y Eudon sostenían combate singular? Los vascos atribuyeron la alevosía a los godos auxiliares; éstos, a los vascos.

—Traidores son por índole y costumbre—decían los montañeses;—como tales han vendido a su rey y se han pasado a los moros en la Bética, y por envidia y vergüenza asesinan a García Jiménez en Iruña.

Lós godos, por el contrario:

—García ensordece la fama de Teodosio, y los vasallos de éste han querido desembarazarlo de su rival.

Entre los últimos mensajeros de Val-de-Goñi encargados de informar al parricida de la muerte de sus padres, vino el Disgustado, el cual, después de la toma del Dominio, se presentó a Ranimiro reclamando el molino y tierras de Errotalde.

—Toda vez que los vascos hemos vencido—le dijo,—razón es que los godos nos devolváis las haciendas que nos habéis usurpado.

De la pretensión de los unos nació el espanto de los otros. Los magnates y señores que poseían terrenos en Vasconia consideraron amenazada su propiedad, y exclamaban:

—¿Qué más pueden hacer los sarracenos que despojarnos de nuestros bienes? Vengan, pues, los árabes, y con ellos podremos capitular. Teodomiro nos ha entregado a García sin pactos ni condiciones, y García a los vascos sin tratos ni asientos también.

No había manera de fallar el litigio a gusto de ambas partes, porque los intereses eran opuestos, y la codicia, insaciable y tenaz. La tremenda, inexplicable

noticia del crimen de Teodosio vino a complicar el estado de las cosas, acrecentando los obstáculos de la conciliación.

Todos los montañeses que acababan de tomar a Pamplona quedaron al principio estupefactos; todos cayeron luego en desmayo y descorazonamiento.

Habíanse acostumbrado a ver en Teodosio la personificación de las glorias y esperanzas de la patria; mirábanle como predestinado al cumplimiento de las profecías de Aitor, como el hombre a quien nadie podía disputar el cetro, y sucesos maravillosos iban robusteciendo y confirmando la general creencia.

Llega el momento crítico; llega el día en que el ídolo popular contrae vínculos indisolubles con la heredera de Aitormendi y va a ser proclamado rey; los ancianos se congregan en Goñi para elegirlo; García le hace dueño en breves horas de las conquistas de los godos, y para él recobra lo perdido en tres centurias.

Nada le falta: ni títulos, ni gloria, ni siquiera el esplendor de la gloria. Espérasele en Pamplona para llevarlo en triunfo desde la puerta de la ciudad al alcázar; las águilas éuscaras ya no pueden remontarlo más, cuando, herido por la mano de Dios, cae de repente, revuelto en sangre y horror, y sin esperanzas de levantarse nunca.

—¡A casa! ¡a casa!—exclamaron los vencedores, acobardados y poseídos de pánico.—Si ahora no lo quiere Dios, volveremos cuando Dios lo quiera.

Lo primero fué huir, retirarse al hogar; lo último de todo darse por vencidos ni por los hombres ni por la fortuna. Eran así los vascones, y sin conocer a fondo su carácter, ni se explica ni se comprende la historia de aquel pueblo, principalmente en el período visigó-

tico. Lope de Echeverría y los amezcuanos, más considerados con García Jiménez, quisieron contener la indisciplina.

—¿Y García?—dijeron.—¿Qué va a ser de nuestro caudillo? ¿Cómo abandonarlo?

—Que se arregle como pueda con sus godos; a nosotros nos ha ido muy mal con semejante compañía.

Esta respuesta nos revela el verdadero estado de los ánimos; la unión no pasaba de las manos y las armas: no había llegado todavía a los corazones. Persuadido de ello Ranimiro por lo que acababa de observar después de la toma del Dominio, no quiso diferir más tiempo la ratificación de los votos hechos en el Viático.

Avergonzábase del retraso, notable ya y desusado, de la ceremonia; echábase a sí propio la culpa del mundanal bullicio y desasosiego en que había vivido los últimos días, y los lauros que le alcanzaban en el asedio y toma de la ciudadela parecíanle corona de espinas.

La ceremonia, aunque sencilla y sin ningún aparato, era solemne, y Amaya no quiso dejar de asistir al templo, donde escuchó los votos de su padre.

Para la princesa tenían gravísima significación: eran preludio de la ausencia, el primer preparativo del viaje que padre e hija iban a emprender en busca del reino de los godos; la separación eterna del hombre a quien ya ciegamente amaba y a quien amaba más cada instante que transcurría.

Sin embargo, hija sumisa y cariñosa, respetando la vocación y grandeza de carácter de su padre, nada le dijo, y aun se esforzó por no darle a entender el inmenso dolor de su corazón.

Cuando volvieron ambos a casa halláronse con la novedad de haber llegado la madre de García, que estaba ya al pie del lecho contemplando a su hijo con las manos cruzadas, derramando silenciosas lágrimas y sin conseguir que éste la conociera ni en ella fijara siquiera una vez sus ojos. El estado del paciente se había agravado.

—Esto no puede continuar así—dijo Ranimiro.

—No debe continuar—contestó la madre.

—¿No tenéis los vascos quien os asista en caso de enfermedad?—preguntó la dama.

—Nadie se dedica especialmente a la profesión de curar, pero hay muchos que conocen la virtud de las plantas. La familia de Aitor, entre ellos, y principalmente Amagoia. La he llamado ya desde Abárzuza, y no se negará a venir.

Así sucedió; la madre de Asier tenía muy vivos deseos de salir de Goñi, donde sólo la detenía el temor de aparecer abandonando el campo derrotada. Aprovechó, pues, motivo tan plausible de dejar aquellos lugares y de acudir a Pamplona, donde esperaba depurar la verdad de los hechos en que Eudon había intervenido; y en medio de todo le halagaba que se contase con ella, que se la creyese necesaria para salvar al héroe de los vascos.

Era, sin embargo, difícil y embarazosa su entrada en el palacio de Ranimiro. Mucho tacto, mucha discreción y prudencia exigía el recibir a la exaltada Adivina de Aitormendi, y Ranimiro y la madre de García lo confiaron todo al talento y, digámoslo de una vez, al interés de Amaya. Ibale a ésta la felicidad en la curación de García, y tenía que hacer prodigios; pero principió bien, porque principió confiando en Dios más que en

sus propias fuerzas. Cuando le dijeron que Amagoya estaba ya en el pórtico, salió a recibirla al vestíbulo y le dijo:

—Bienvenida sea la hermana de mi madre. Os esperábamos con impaciencia. La vida del caudillo de los vascos está en vuestras manos.

—¿Quién se acuerda de mí en estas casas, en estas calles, que se parecen tan poco a las nuestras?

—Todos sabemos que sois la depositaria de la sabiduría de Aitor; ni nosotros ni la madre de García queremos encomendarlo a físicos godos; sólo vos nos inspiráis confianza.

Amagoya miraba recelosa a todos lados.

—¿Eres tú mi sobrina Ámaya?—preguntó.

—La hija de vuestra hermana.

—Tú no has cambiado de nombre—repuso la Adivina con amargura.

—Conservo el mismo con que fui bautizada.

—¿Por qué tienes tanto interés en salvar al capitán de los vascos?

—Porque le amo con todo mi corazón.

—Poco ha de poder tu tía si no lo salva—replicó Amagoya, reconocida a la franqueza y confianza con que le hablaba su sobrina.

—¡Entrad, hija de Aitor, entrad! Dios, que os ha traído, Dios os ayudará.

Pasaron al primer patio, a una de cuyas galerías daba la habitación del herido; Amagoya se acercó al lecho y llamó al enfermo por su nombre.

No le contestó.

—Le ha cogido el sueño.

—¿El de la muerte quizá?—dijo Amaya, procurando en vano aparecer serena.

—No, el sueño de la fiebre.

Amagoya se retiró, y preparó al enfermo cierta posición. La dama seguía con atención todos sus movimientos, y no hacía más que mirarla al semblante para descubrir en él algún pronóstico de la salud del paciente, por cuyo estado no se atrevía a preguntar.

Llevaronle la pócima, que tomó García maquinalmente pero con afán. En seguida se despejó.

—¿Me conoces?—le preguntó la Adivina.

—¡Quiero vivir, Amagoya!—le dijo García.—Sois la hija de Aitor; quiero que me salve la sabiduría de nuestros padres.

—Respira—dijo Amagoya a su sobrina.—Vivirá.

Amaya, sin poderse contener, abrazó a su tía, no ocultando el vivísimo gozo que de repente inundó su corazón, y se retiró con ella.

—Pedidme lo que queráis; exigidme los mayores sacrificios en reconocimiento del bien que nos habéis hecho—dijo la princesa a su tía.

—Yo nada tengo que pedirte, ni tú puedes darme nada.

Amaya iba a decir una palabra, pero se contuvo por no ofender a la Adivina, cuyo corazón pagano no la hubiera comprendido.

—Es cierto—le dijo;—nada puedo daros ya, porque ya tenéis todo mi cariño.

—A mí no me quiere nadie; a mí me engañan todos, todos: mi sobrina, que me llamaba su segunda madre, el miserable a quien adopté por hijo.

Y pronunció Amagoya con tal amargura semejantes palabras, que Amaya se conmovió visiblemente. Y clavando en ella sus ojos negros, rasgados, expresivos y fascinadores, exclamó:

—Miradme bien, hija de Aitor, cuya sangre corre por mis venas; miradme bien y decidme si yo puedo engañar a nadie cuando le diga que le amo.

—¡Dichoso García que puede creerte!

—Y vos, ¿seréis todavía capaz de dudar de mí?

—¡Dichoso García que puede corresponder a tu amor!

—Y vos, ¿no tenéis también un corazón vascongado como el de García?

—No, yo no tengo corazón: me lo han robado; me lo han estrujado, sin dejarle una gota de sangre ni de cariño; me lo han saturado de hiel y de orgullo.

—El mío os desmiente. Mi corazón me dice que os engaños, que todavía podéis amarme, y que en lo más recóndito del vuestro siempre habéis conservado algún amor a mi misma madre.

Amagoya quedó sorprendida, y quiso mostrarse como escandalizada de estas palabras; pero eran ciertas, y la altivez de su carácter no le dejaba mentir.

—Tienes razón—contestó,—nadie me ha conocido mejor que tú.

—Y vos, ¿me conocéis ya?

—Sí, y porque te conozco bien te repito que viviré. He de hacer cuanto pueda, cuanto sepa, para que viva. ¡Y en la casa de Aitor se sabe mucho!

—No me basta; quiero más, aspiro a más.

—¡Más!

—Mi padre se ausenta; yo le acompaño, y aquí se queda García.

—¡Oh! ¡No te ausentes de aquellos a quien amas—exclamó la madre de Asier, recordando el olvido de Constanza.—Pero yo, ¿qué puedo hacer para detener a tu padre?

—Amagoya, podéis hacerlo todo; después de salvar a García...

—Lo salvaré.

—Reconocerlo como duque o señor de Vasconia.

—Lo reconoceré si lo nombran los ancianos.

—Podéis hacer un pueblo de los dos que hoy habitan en la escualerria.

—Eso no: a tanto no se extiende mi poder, ni mis fuerzas, ni mi voluntad. Ni puedo, ni quiero.

—Sí lo queréis: porque me amáis y queréis mi felicidad, queréis que yo sea esposa de García.

—Los iberos unidos con los celtas formaron un pueblo, pero distinto del vascongado. Reniego de los hijos de Aitor que no conserven la pureza de su linaje.

Amaya se acordó entonces de su madre, y con la dignidad de rica hembra contestó:

—¡Hija de Aitor, si Dios os hubiera dado sucesión, la sangre de vuestros hijos también estaría mezclada!

—Tienes mi orgullo y mi terquedad, Amaya.

—Soy hija de vuestra hermana: tengo vuestra sangre.

—Tienes mi orgullo, y al salir por tu madre te has olvidado de que en mis manos está la vida de García.

—¿Cómo olvidarlo, cuando la creo salvada ahora más que nunca?

—Tienes la habilidad de decirme cosas muy duras sin ofenderme.

—Y la debilidad de amaros como nadie.

—Y yo la necesidad de creerte. En el desamparo y soledad a que me veo reducida, en la sequedad de los desengaños, Dios me ha traído a tu casa...

—¡A la casa de mi padre! Del más cumplido caballero y del varón más justo y más inicualemente calumniado.

—Dios te ha inspirado ese lenguaje—prosiguió Amagoya, dejando pasar como inadvertida la valerosa y noble interrupción de la hija de Ranimiro.—Tu cariño va esponjando mi corazón. Escucha: me remuerde ya la conciencia de haber sido menos severa con el *otro* que contigo. También él traía título de duque firmado por los godos; también él se negaba a expusarlos de la escualería.

—García no trae nombramientos, sino la entrega del territorio conquistado. García no depende, como Eudon, del rey de Toledo, y todo se lo debe a su valor y al generoso arranque de pelear por la cruz, y al arranque y valor de los vizcaínos que por la cruz han muerto peleando. Ya no hay godos en España: no hay más que invasores que nos quieren cautivar, y defensores de la independencia común, en principados independientes. Salvad a García, y García será rey de Vasconia libre...

—¿Y tú?

—¡Si García es rey, yo seré reina! Y reina tengo que ser si queréis que la palabra de Aitor se cumpla, si una de vuestras sobrinas ha de sentarse en el trono vascongado.

¡Cuál sería la fuerza, la decisión y firmeza de Amaya al pronunciar estas palabras, cuando la indómita Adivina quedó ante ellas como inferior sin parecer rebajada! Era el reconocimiento de una superioridad legítima, el homenaje que no humilla rendido a la potestad que viene de lo Alto.

—Confía en mí—contestó Amagoya;—ya no te diré «no quiero». Cuando no pueda ser, te repetiré: no puedo. Ahora vamos a ver a García.

—¡A mi padre!

—A tu padre también.

Dos días después de estos sucesos salían los ancianos de las postreras exequias que se celebraban en Goñi por el alma de los señores del valle, y se sentaban bajo la copa del roble del Consejo con tal consternación, que nadie podía despegar los labios. Todos estaban mustios, cabizbajos, sin saber qué decir y proponer, ni aun que pensar.

—¡A buena hora nos ha hecho García dueños de Iruña!

—Nombrémosle rey.

—¡Eso no! Dicen que está mal herido. Pensar en elegirlo sería como condenarlo a muerte. Tal es la fatalidad que pesa sobre nosotros.

—No pudiendo reinar la hija de Aitor, nos pasaremos sin rey.

Entonces Petronila, que formaba parte del público, se adelantó hacia el árbol, y dijo:

—Tenéis una hija de Aitor que es la verdadera, hija de Paula, la primera cristiana de la familia del patriarca. Para ella he salvado el tesoro de los vascos.

—No tenemos valor para meternos en esas honduras—le contestó el presidente.—Dejadnos en paz con vuestras defensas de la hija de Ranimiro.

—Es la única heredera de Aitormendi en quien pueden cumplirse ya la profecías.

—¡Las profecías!—exclamó el anciano moviendo tristemente la cabeza.—Juan de Vergara dice que esas profecías no son de los profetas.

Nueva, por cierto, era aquella opinión en el país vascongado, y nadie se hubiera atrevido a sostenerla, ni aun anunciarla, pocas horas antes; pero tan abatidos y preocupados estaban a la sazón los ánimos, que a nadie escandalizó.

Por el contrario, algunos señores que, en defecto de Teodosio de Goñi, se creían con derecho a ser elegidos para el trono de Vasconia, dieron a entender que, efectivamente, las profecías de Aitor no estaban escritas ni en los Sagrados Libros ni en parte ninguna, y que podían haberse adulterado y corrompido con el tiempo.

Considérese, pues, cuál sería la sorpresa cuando oyeron asegurar a Petronila que Aitor no lo había fiado todo a la tradición, y que algo dejó consignado por escrito.

—Novedades son esas a que no debemos dar crédito—le contestaron.

—¿De dónde sacas tú eso de los escritos del patriarca?

—Lo he sacado del arca en que se encierra el tesoro de Aitor.

Y así diciendo, la antigua amiga de Paula presentó a los ancianos una lámina de cobre muy delgada y toda llena de extraños caracteres, toscamente grabados a punzón y martillo.

El escrito pasó de mano en mano; pero dado que aquello fuese inscripción o leyenda, nadie sabía descifrarla ni entender siquiera una letra. Después que todos, ancianos y mozos, reconocieron y confesaron sin el menor empacho su ignorancia, el presidente devolvió la plancha de metal a Petronila, diciendo:

—¿Y qué significan esos garabatos, que bajo tu fe, no más, creemos que son letras?

—Lo ignoro; yo tampoco he sabido leerlos.

—Pero afirmas que estaban guardados...

—En el arca de mármol que encierra el tesoro.

—¿Y quién dice que esas son letras y no puntos de la solfa que se canta en el templo?

En efecto, aquellos caracteres tenían cierta semejanza con la escritura musical usada por los godos. Esta última especie hizo pensar en el abad Juan de Vergara, el cual se apresuró a comparecer ante el Consejo, y después de haber examinado tan extrañas figuras, declaró grave y solemnemente que no eran solfa, sino letras que nada se parecían a las hebreas, griegas ni romanas.

—¿Y habéis encontrado esta leyenda con el tesoro?—preguntó a Petronila.

—Dentro del cofrecillo que encierra las piedras preciosas.

—Pues indudablemente la escritura es de Aitor; estos caracteres de puntos se remontan a su época. Dudo que nadie sepa ya descifrarlos, a no ser que en la casa del patriarca...

—¡Amagoyal!—exclamaron todos a una voz.

—Ella, en efecto—dijo Petronila,—debe de conservar la tradición de nuestro primitivo alfabeto. Pero aguardad; tal vez mi cuñada Columba, tal vez Constanza, educada por la pagana...

Ni una ni otra supieron leer aquel escrito. Algo debió de comprender Constanza, sin embargo, porque dijo a su tía:

—A todo trance debéis procurar que Amagoya vea y descifre esa leyenda.

La Adivina seguía en Pamplona cuidando del herido, cuya salud iba mejorando en términos de que, tanto su madre como Ranimiro, convinieron en informarle del estado de las cosas, que era gravísimo y sobremanera delicado y peligroso.

Los ancianos se habían retirado de Val-de-Goñi, donde no podían permanecer durante el duelo. Este

era terrible, feroz en la montaña; los deudos y amigos de los difuntos acudían de cerca o de lejos y se hospedaban en la casa mortuoria, concurriendo algunas horas al templo, y otras muchas a la mesa, de la cual solían levantarse más alegres de lo que exigían los negros paramentos de la iglesia y del estrado.

Los dueños de la casa, con preparar almuerzos, comidas y cenas, camas y pienso, no tenían tiempo de llorar ni aun de sentir, y aun rendidos de cansancio y falta de sueño, se quedaban dormidos en el escaño del duelo. Sólo Plácida y Miguel lo hubieran soportado con gallardía y desembarazo; pero no podían presidir sus propios funerales.

Terminados éstos, todas aquellas gentes se desbordaron, llevando el terror y desaliento a los últimos senos de los valles. Mirábase con indiferencia hasta la toma de la ciudad, nunca por los vascones conquistada. Aquella tribu parecía azotada y herida de muerte por la mano de Dios.

Al espanto del castigo general de España se agregaba el pavor que infundía el particular de los vascos, atribuido por muchos a querer alterar el antiguo modo de gobierno.

—¿Quién les habla ya de que se sometan a un hombre, de que se dejen gobernar por un rey?—decía Ranimiro.

—Yo—le contestó García.

—Capaz seréis—repuso el penitente sonriendo tristemente,—capaz seréis de confiar todavía en Teodosio.

—¿Y por qué no? El rey he de ser yo, y para llegar a serlo confío en vos, en los vascos y los godos, en todo el mundo menos en mí. Ese infeliz, involuntario

matador de sus padres, es hoy un pecador arrepentido, y con la divina gracia puede convertirse en santo; vos...

—Yo soy un penitente público, con solemnes votos que me separan de los negocios temporales. En cuanto recobréis del todo la salud, me ausentaré de aquí para dejar a mi hija en las Asturias al lado de Favila.

—¡No, Ranimiro, no os la llevaréis! ¡No saldrá Amaya de la escualerria!

—¿Por qué?

—¡Porque os lo ruego, os lo suplico yo! Porque la necesita mi corazón; porque el suyo me necesita a mí para ser feliz.

—¡García!... Eso es imposible... Si no lo fuera, te daría a mi hija por esposa. Te lo había prometido; pero no sabes tú cómo está la Vasconia... Nos has oído a tu madre y a mí... mas no parece que nos has comprendido. Los vascos tendréis que abandonar a Pamplona; la hija de un príncipe godo no puede vivir en tus Amezcuas...

—Ranimiro —exclamó el mancebo con todo el amor y la convicción de su alma,— con Amaya nada temo; sin ella todo me arredra, todo me espanta. Escuchad: si se han de unir las dos razas que pueblan esta tierra vascongada, es preciso que el señor de toda la de los godos, y de un buen pedazo de las montañas, dé el ejemplo de cómo es ya virtud lo que ayer hubiera sido escándalo.

—Pero los vascos ya no quieren rey.

—Ni yo serlo hasta que ellos lo quieran.

—García—dijo el decalvado después de un momento de reflexión,—yo veo que los vascos piensan en sí

y no en los demás. Si han querido hacer rey a Teodosio es por engrandecer a un hombre, por dar cumplimiento en él a las visiones no muy bien averiguadas de otro hombre, no por el bien de España ni de la cristiandad.

»No se acuerdan de auxiliar a Pelayo y a Teodomiro, que estarán haciendo proezas heroicas por contener la invasión. Bien hallados los montañeses con la paz y sosiego que disfrutaban, acaban de tomar el territorio que nosotros habíamos conquistado, y seguirán tranquilos, y pasado este primer momento, más dichosos que nunca si les dejamos su escualerria completa, su confederación tradicional...

—Seguirán como decís, y harto harán en conservar las montañas cuya custodia les ha encomendado la Providencia. Pero tengamos calma, Ranimiro; no vienen los reinos cuando los hombres los buscan, sino cuando Dios los necesita. Ese Eudon, que se escapó de la torre tan impensadamente, ese nos traerá la unión, y Dios nos dará la fuerza.

—¿Cómo?

—Cuando venga el impostor a ganar lo perdido al frente de las huestes invasoras; cuando godos y vascos vean con sus propios ojos al enemigo en las márgenes del Ebro. Si hasta entonces seguimos tranquilos, nuestra serenidad será el mayor auxilio que podremos prestar a los que sólo luchan antes que nosotros porque Dios ha puesto sus montañas delante de las nuestras.

—Pero los invasores os encontrarán divididos por la oposición de intereses...

—Con Amaya dispondremos del tesoro de Aitor, que en nada mejor puede invertirse que en vencer esas dificultades.

—¿Y quién persuadirá a los vuestros de que la hija de Ranimiro es la verdadera *hija de Aitor*?

—Todos y todo; Amagoia, Petronila, Marciano mismo, y yo. ¡Todo! El derecho, la necesidad, la conveniencia. ¿Queréis decirme cómo queda la palabra del patriarca éuscaro si no se cumple en Amaya?

—Pero en ese caso la memoria de Paula...

—Por la restauración de su nombre ha de principiar nuestra obra.

—¡García!—exclamó el monje con alborozo, pero se contuvo y prosiguió:—García, la pasión te hace ver las cosas como no son en realidad.

—Ranimiro, ¿creéis en mi amor?

—Sí.

—¿Creéis que mi felicidad, mi vida acaso, depende de vuestra palabra?

—Así lo creo.

—Pues bien, no me deis esa palabra mientras el nombre de vuestra esposa no sea bendito y ensalzado en toda la escualerria.

Entonces Ranimiro, arrojándose a los brazos del mancebo, le dijo con ternura:

—Hombre de fe, la mano de mi hija no es todavía digna recompensa de un corazón tan grande como el tuyo.

—Padre mío—le contestó García no menos conmovido,—no es todo fe. Hace rato que estoy oyendo un canto de Amagoia. Abrid esa puerta, y escuchad.

No era Amagoia quien cantaba a la sazón, sino Amaya.

—¿Qué es esto? ¿Por qué canta mi hija en días de luto y aflicción?

—Esta mañana ha traído Petronila un escrito de

Aitor encontrado con el tesoro. Salid y enteraos de él, que Amagoya lo habrá descifrado.

Efectivamente, aquel mismo día había llegado la amiga de Paula y hablado a solas con García y Amaya, a la cual entregó la plancha de cobre para que la presentara a la Adivina con los miramientos que exigía su carácter susceptible y altanero. Hallándose Amagoya en el aposento de la princesa, ésta manifestaba a su tía la más viva gratitud por la curación del caudillo montañés, y añadió:

—Estoy admirada de vuestra sabiduría.

—No tiene por qué extrañarte; en la casa de Aitor se conserva, como archivada, la ciencia y doctrina de nuestros mayores.

—¿Por ventura se conserva en algún escrito?

—Nada; todo se fía a la tradición y a las canciones.

—Nuestros padres, sin embargo—dijo Amaya,—conocían la escritura.

—Sí, el alfabeto que trajo Aitor de la Iberia oriental, alfabeto propio y peculiar de los primitivos éuscaros; pero nosotros, malos cultivadores de las letras, lo hemos abandonado por el de los romanos.

—¿De manera que el nuestro se ha perdido?

—En la casa de Aitor no se pierde nada. Tu madre lo conocía, yo lo guardo, y tu prima Constanza, educada por mí, lo aprendió en sus primeros años y debe de saberlo, si no lo ha olvidado... como otras cosas.

—¿De manera que vos sabrías leer una inscripción de los tiempos primitivos?

—Si es una verdadera inscripción ibérica, ¿por qué no?

—¡Miradla—exclamó la dama sacando la lámina de un escritorio.

Cuando Amagoya la tuvo en sus manos, después de darle algunas vueltas, perdió el color y exclamó:

—¡De rodillas, Amaya, de rodillas! ¿En dónde se encontró esa joya? ¡De rodillas, Amaya! ¡Esta es la escritura de Aitor!

Y las dos cayeron de hinojos. Pero Amagoya se levantó al punto, y preguntó con rostro desencajado:

—¿Quién te ha dado a ti eso? ¿Cómo han venido a parar a manos de godos los escritos de mi padre?

—Vuestros padres son los míos, Amagoya.

—¡Mentira, mentira! Tú eres hija de un godo. Esta inscripción ha sido robada.

—Robada estaría, Amagoya, y en poder de judíos, si yo no hubiese procurado que se salvara.

—¡Y esa lámina, esas palabras trazadas por el patriarca éuscaro aparecen en el palacio de un godo antes que en la casa de Aitor!

Y no sabiendo aquella mujer, que en tales casos se exaltaba hasta el frenesí, cómo expresar su despecho, sin acordarse dónde estaba, soltó la voz con un cántico sublime, arrebatador, última inspiración del Genio de la antigüedad pagana, que se desvanecía al soplo creador del Cristianismo.

Era una elegía en labios de Amagoya; rico manto funeral tendido sobre el cadáver de lo pasado, sobre la tradición mal entendida, sobre las ilusiones y esperanzas de una vida incompleta.

Las plantas no se nutren sólo por la raíz; la tradición es un astro que gira alrededor del sol de la verdad, única inmóvil en el firmamento.

Siglos y siglos que no se podían contar, caían cual hojas secas en torno del tronco robusto que se alimentaba con sus mismos despojos, con la luz, con el aire,

con la lluvia, con lo pasado, lo presente y lo futuro. Amagoya gemía, no por el dolor de la herida que acababa de recibir, sino por el amor y respeto que le infundía la mano que la hería.

—¡Adiós, escualerria, adiós!—le decía la Adivina.— ¡También Aitor se vuelve contra mí! ¡También Aitor se ha hecho cristiano!

Amaya no quiso detenerla en su improvisación. Por el contrario, la estuvo escuchando con atención, con gozo, por el involuntario testimonio que daba de la verdad quien más obstinadamente la negaba, sin miedo y sobresalto ya del término de tan extraña escena, hasta que, callando Amagoya, tomó ella el salterio, y entonó también la última estrofa del canto de Aníbal, con algunas leves variantes, acomodadas a las circunstancias:

Pájaro de dulce canto,
cántame así de contino.
Más desdichada que yo,
nadie en el mundo ha nacido.

Perdí a mi madre, perdí
mi hogar, mi valle nativo...
¡Nunca, nunca cesarán
de llorar los ojos míos!

Amagoya la escuchó con asombro, con embeleso, como quien percibe real y verdaderamente los ecos con que ha soñado.

—¡Amaya!—exclamó.—¡Tú eres hija de Aitor! Eso no se aprende: eso se transmite, se hereda... ¡Amaya! ¡Tu madre cantaba así! ¡Tus antepasados cantaban así! ¡Yo canto así! ¡Amaya! ¡Tú no eres extraña en la familia de Aitor! ¡Su casa es tu casa!

—Y en ésta se han conservado fielmente—respon-

dió la princesa—las tradiciones y cantares de la patria de mi madre.

Entonces, levantando Amagoya entrambas manos al cielo, las dejó caer sobre la frente de la joven, exclamando:

—¡Hija de Aitor, oye las palabras de tu padre! Ellas me condenan, ellas engrandecen y glorifican a mi hermana; pero no importa: son palabras de Aitor, y yo no debo ocultarlas ni disimular la verdad.

Y tomando la lámina en la mano, leyó:

«El fin de los tiempos de expectación será el principio de los tiempos de nuestra redención. ¡Bendito sea el primero de mi familia que abrace la nueva ley! ¡Su memoria debe ser venerada en toda la escuela!»

—¡Ah! ¡Bendita seas, madre mía!—exclamó Amaya arrojándose en brazos de la Adivina con el ímpetu del gozo en que se anegaba su corazón.

—¡Bendita vos, de cuyos labios sale al fin glorificada la memoria de mi madre! Amagoya, no morirá la escuela; quien se postra ante Dios no cae, se levanta. ¡De rodillas! os digo yo a mi vez. ¡De rodillas, y alzad los ojos al cielo, donde adorando la cruz veréis a nuestro padre Aitor y a vuestra hermana Paula!

Amagoya permaneció en pie, seca y dura como el pedernal. Ya no cantaba, y ya no sentía.

Amaya, volviendo en sí, pensó en su padre, en García, en Petronila, a quien era deudora de tanta felicidad.

Y salió del aposento.

No creyó prudente, sin embargo, dejar sola mucho tiempo a la Adivina, que realmente quedaba en situación menesterosa de muchos miramientos.

—¿A quién has transmitido las palabras de Aitor?—
le preguntó su tía.

—A mi padre, que ha ido a comunicarlas al obispo; a Petronila, que ha salvado el tesoro y ha traído la plancha de cobre, y a García, que acabará de recobrar la salud con tan grata nueva.

—¡Petronila! ¿Dónde está Petronila?

—Petronila parte a las montañas para que todos los euscaldunas conozcan la voluntad de Aitor. Pero no quiere marchar sin daros un abrazo.

—Ese abrazo—contestó Amagoya frunciendo las cejas—será el sello de su triunfo y padrón de mi ignominia.

—No la conocéis. Petronila nos ama como nadie, y profesa por la familia de Aitor el respeto más profundo. Sólo aborrece a los malvados que han abusado de vuestra buena fe, y desde que ha conocido la grandeza de alma y la entereza con que todo lo habéis sacrificado a la verdad, está impaciente por deciros cuánto os admira.

—Pues que venga; pero que no me diga una palabra.

—Una sola—exclamó Petronila entrando en el aposento:—perdón, Amagoya, por no haberos conocido antes.

Las dos terribles enemigas se abrazaron; pero Amagoya, no pudiendo dominar su orgullo herido, no le contestó.

Petronila se marchó, y la Adivina, como si nada hubiese pasado, siguió diciendo a su sobrina:

—Amaya, no en balde llevas ese nombre; no en balde lo has conservado. Tú representas el fin.

—Y García, García Jiménez, el principio. Toda la escualerria será ya cristiana.

—Sí, todos mis hijos de Aitormendi se convertirán y serán bautizados.

—Al instante, no lo dudéis. Estaban deseándolo, como los de Butron, y desde el punto en que vean que la voluntad de Aitor es que se bauticen... cuando vos les déis el ejemplo...

—¡Jamás! No volveré a la casa de Aitor, no volveré a mi valle.

—¿Por qué no?

—Aitormendi es tuyo; tuyo el palacio de Aitor. Petronila tensa razón: he sido una usurpadora.

—¡Habéis poseído la casa y el valle de buena fe, y nadie os lo ha disputado! Ahora será vuestro; yo no puedo vivir allá; ¡que siga viviendo en él la hermana de mi madre!

—¡Eso no! No quiero vivir de limosna en la casa de mis padres, no quiero vivir al pie de la torre donde tuve encerrada a mi hermana mayor; donde Lorea pereció abrasada en las llamas del palacio que le pertenecía, la hermana de tu madre no quiere volver a la roca de Aitormendi, que los nuevos cristianos llamarán con escarnio la roca de los paganos, la peña del plenilunio. Déjame, Amaya, déjame. Quiero morir como he nacido; yo no me mudo, yo no me convierto. Cuando yo muera se irá conmigo todo lo pasado; yo seré el fin.

—Pero nuestro padre Aitor quiere que todos sus hijos reconozcan la ley de Cristo.

—Yo no. Si no soy como nuestro padre dice, seré como nuestro padre fué. Moriré en su ley, en la ley en que él murió. De puerta en puerta, de caserío en caserío, iré por todas partes sin reposar en ninguna. Iré diciendo: la hija de Aitor es la hija de Ranimiro.

Amaya comprendió que era inútil insistir por entonces con aquella alma que se obstinaba en el error, cuando su error estaba combatido por el principio de respeto a lo pasado, en que todas sus acciones se fundaban. El enemigo capital del arrepentimiento es la soberbia, y más que la soberbia todavía, la vanidad.

Entre tanto, había hecho un bien indecible en aquella casa. Merced a sus cuidados, García pudo trasladarse al alcázar.

No habría permanecido en él mucho tiempo con el debido prestigio, si Amagoya y Petronila no hubiesen esparcido en todo el país vascongado la leyenda que enaltecía y restauraba por completo la memoria de Paula.





LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

De cómo principió la reconquista en España.

Pocos años después de la batalla que nosotros llamamos del Guadalete, y las crónicas árabes denominan del Lago (1), el monje Ranimiro llegó al alcázar de Pamplona, donde moraban sus hijos Amaya y García Jiménez.

Hacia tiempo que el antiguo príncipe faltaba de Vasconia, y volvía a poner en noticia de su yerno, por mandato expreso del rey Teodomiro, las grandes novedades que ocurrían más allá del Ebro.

La generalidad de los vascos sabía muy poco a la sazón de lo interior de la Península. Las escasas comunicaciones que habían establecido los godos, estaban

(1) Nuestros modernos arabistas creen generalmente que este Lago es el de la Janda, cerca de Algeciras; pero no falta, entre ellos, quien, tratando de conciliar en lo posible la historia musulímica con la constante tradición española, suponga que la celebérrima batalla se dió entre Medina Sidonia y Jerez, donde hay indicios de lagunas o pantanos, que han podido desaparecer al cabo de once siglos.

interrumpidas; nadie se atrevía a mover el pie fuera de las poblaciones; iban y venían los sarracenos por donde se les antojaba, guiados siempre por la codicia del botín, y llevándolo todo a sangre y fuego, dominaban por el terror, y el silencio y la consternación abrían y despejaban el camino de las conquistas.

El anciano monje, que por no trillados senderos venía de la Cartaginense, esquivando el encuentro de los enemigos, pocas noticias dió que sorprendieran a García, siempre vigilante y en inteligencia con los cántabros y astures. Este, sin embargo, las oyó como si no supiese nada.

—En Octubre del año 711—le dijo Ranimiro,—y a los tres meses de haber derrotado a las huestes de Rodrigo, Tárik, caudillo de los musulmanes, tornaba a la imperial de Toledo, cargado de laureles y despojos. Ecija, Granada, Montesa, Compluto, habían caído también en su poder. Desde esta última ciudad atravesó la cordillera carpetana, saltó a los campos góticos, llegó hasta Cantabria, y entró en Astorga y en Amaya.

—¡Sí! ¡En tres meses!—contestó, moviendo tristemente la cabeza, el vencedor de Pamplona.

—¡Tres meses y un puñado de hombres le bastan para conquistas tan dilatadas!

—Pero bien comprenderéis que tales hazañas no han podido verificarse sin auxiliares poderosos entre los cristianos. ¿Quién le llama? ¿Quién le ayuda?

—Dios en el cielo, de cuya airada diestra es el azote, y los judíos en la tierra.

—¡Los judíos!—exclamó García.—¡Los judíos, cuyo barrio forma gran parte de la ciudad en que vivimos.

—Tárik los deja de guarnición en las plazas con-

quistadas. Ayúdanle también algunos alevos, con la esperanza de salvar sus riquezas.

—Esos, esos quizá más eficazmente que los otros.

El monje prosiguió:

—Esperanza ruin y necia por añadidura. El musulmán, por de pronto, lo promete todo; pero una vez dueño del codiciado territorio, nada cumple de lo ofrecido. El quinto de las tierras y tesoros que gana es para el califa de Damasco; las cuatro partes restantes, para los conquistadores. Únicamente las tierras reservadas al califa vuelven a los cristianos, pero en arriendo y con la carga en renta de cuasi todos los productos.

—¿Y no hay quien se subleve y oponga resistencia a tanta crueldad?

—Sí, los hay. Tú los conoces; tú los viste en otros tiempos. Teodomiro, duque de Aurariola y de la Bética, rey y sucesor de Rodrigo, ni un día siquiera sucumbe a la ignominia. Él dió la primera batalla, y fué derrotado. Recoge los restos del ejército disperso, vuelve a presentarse a los alárabes delante de Écija, y es derrotado también. Se refugia en su nativa Aurariola, y en esta provincia, nueva batalla y nueva derrota. ¿Creerás que se desmaya y rinde? De ningún modo. No se da por vencido, aunque ya no era Tárik su vencedor, sino Abdelaziz, hijo de Muza (1). Deseando el nuevo emir completar su victoria, corre a la cercana capital del ducado y último baluarte del duque rey, que tan poca fortuna había tenido contra los musulmanes.

•Por muy veloz que vaya, le precede Teodomiro, el

(1) Hay en lo que sigue algún pequeño, insignificante, anacronismo, que, cuanto más entendido sea el lector, más fácilmente lo perdonará en interés del relato.

cual, viéndose ya sin gente para defender la ciudad, arma de chuzos y lanzas a las mujeres, suelto el cabello por hombros y espaldas al uso varonil, y cubierta la cabeza con bruñido capacete. Con este ejército fingido, con femeniles huestes, inútiles para el combate, aparecen tan profusamente coronadas las almenas, que el árabe vencedor tiene miedo al combate. Llama a Teodomiro y le propone la paz. ¿Qué más podía esperar el rey cristiano? La acepta, firma pactos con el emir, en virtud de los cuales es reconocido como soberano independiente de la provincia de Aurariola, mediante un tributo que anualmente ha de pagar a los invasores. El califa Suleiman confirma poco después este convenio.

Y ahí tenéis a Teodomiro, con un reino de godos enclavado en el suelo hispano, perdido ya para la cristiandad, y haciendo prodigios de valor, sagacidad y prudencia para conservarse temido y respetado por los musulmanes, que le cercan y acosan, sin dejarlo extenderse un paso fuera de los límites trazados en la concordia. Dentro de ellos, sin embargo, es soberano.

—Pero tributario —repuso García, a quien la altivez de vascón no le dejaba admirar tanto como debía la portentosa resistencia de su antiguo amigo de la Bética.

—Tributario, sí, hasta que otros príncipes cristianos le ayuden en la santa empresa de la reconquista—le replicó Ranimiro, dándole a entender con su acento que sobre el parentesco ponía él los fueros de la justicia o de la raza gótica.

—Y no le faltarán, sin duda; no le faltaremos los que al yugo no estamos enseñados.

—Uno de ellos se lo prometió, y cumple heroica, milagrosamente, la promesa: mi sobrino Pelayo. Retí-

rase a los terribles montes asturianos, y allí reúne un ejército compuesto de todos los hombres aptos para las armas, los cuales principian por aclamarlo rey. Reino de selvas, rocas y desfiladeros, pero no importa; es reino de cristianos. Rey de España se llama Pelayo, y ese nombre suena con terror en el oído del musulmán, que a toda prisa manda contra los salvajes astures al africano Otsman ben Abn Nicañ, el caudillo que más confianza inspira a Tárik. Lleva consigo numeroso escuadrón de godos traidores, mandados por Opas, el obcecado obispo de Sevilla. Pelayo los espera detrás del monte Auseba, en valle profundo, al último del cual se divisa la negra boca de una gruta llamada Covadonga.

»Era difícil llegar al torvo escondrijo, que no tiene otra garganta que el desfiladero, por donde corren las aguas de fuentes y cascadas. Pelayo dió orden a sus soldados de esconderse entre las breñas, sin oponerse a la entrada de los invasores. Cuando todos éstos se hallaban dentro del valle, el rey cristiano se presenta a la boca de la cueva, y los picos y faldas de la sierra aparecen coronados de guerreros, que cortan la retirada al ejército musulmán. En el fondo de Covadonga ven los astures a la Madre de Dios, a quien invocan, y los infieles caen aterrados y heridos con sus propias flechas, que se vuelven contra ellos.

»Terrible fué el desastre para los enemigos; era el primero que sufrían después de la invasión. Ciento veinticuatro mil hombres perecieron allí, según cuentan, entre ellos el caudillo Otsman. El obispo cayó prisionero, y fué condenado a muerte. Los pocos sarracenos que lograron escapar de la carnicería se refugiaron en la concavidad de un peñón. Pero se levanta

descomunal y aterradora tempestad, rómpense las cataratas del cielo, desplómase la roca, y aplasta y sepulta a cuantos en ella se habían refugiado.

—¡Dios lo quiere!—exclamó García.—Ha comenzado la reconquista, y no cesará hasta que España vuelva a ser enteramente cristiana.

—Y ahora nos toca a nosotros; ahora a ti, García—repuso el monje.—Tárik y Muza, divididos por los celos de gloria y mando, se han puesto, por orden de su califa, al frente de sendos ejércitos, que operan por diversos puntos. Tárik ha permanecido un mes en Mérida, apercibiéndose a grandes y temerosas empresas, y sale de allí para sitiar a Cesaraugusta, movido por la fama de sus riquezas. Muza, al saberlo, se vuelve raudo desde las cercanías de Cantabria; pero su rival había tomado la población.

—¡Cesaraugusta, la ciudad de la Virgen y de los mártires, en poder de los infieles! Padre mío, si los reyes de Toledo la han perdido, los hijos de Vasconia la salvarán.

—¡La Virgen del Pilar en cautiverio, y dos ejércitos victoriosos, fuertes y aguerridos, derramados orillas del Ebro y rugiendo impacientes por caer sobre Vasconia y devorarla!

—¡Padre y señor—exclamó García, levantándose brioso y conmovido,—ha sonado la hora!

—¿Cuál?

—¡La hora en que los vascos rechazan a los celtas; la hora en que son saludados con respeto por Aníbal; la hora en que con ellos celebra paces Octavio César, dueño del orbe; hora en que godos y vascos saldremos unidos como hermanos a pelear contra los enemigos de Cristo y su Santísima Madre!

—Sí; pero, a semejanza de los cristianos de Asturias y Aurariola, debéis salir con un rey.

—No he pensado en el rey; pero ni un solo día he dejado de pensar en el reino. Vascos y godos están a punto de formar un solo pueblo, y nuestros godos se muestran ya tan bravos y celosos de su independencia como los vascos.

—¡Oh! ¡Si esa ha sido tu obra durante mi ausencia, no has perdido el tiempo, García; de bendiciones te colmarán los siglos venideros!

—Caigan todas sobre vuestra frente y la de Amaya vuestra hija, porque sin ella y sin vos, que me la disteis por esposa, nada hubiera podido hacer.

—Expílicate, García—repuso el monje, que, a pesar de sus hábitos y rostro demacrado, no podía olvidar que era padre, y muy sensible al honor que se dispensaba a su hija.

—¡Padre mío!—exclamó el caudillo de Pamplona.—Si la hora de la reconquista resuena hoy en valles y montañas cual eco de los pasos del ejército musulmán, esa hora está sonando para Amaya y para mí desde el momento en que fuimos esposos. El ejemplo que dimos a dos pueblos hasta la sazón enemigos, necesario fué, y no ha sido infecundo. Dios ha querido que los infieles no se hayan acercado hasta el día de la unión de entrambas razas, porque mientras esta obra no estuviese terminada, salir a pelear era salir a la derrota.

»Nosotros, los vascos, sabemos vencer a semejanza de Teodomiro, sabiendo ser derrotados; pero si en los reveses de fortuna buscábamos el acostumbrado refugio de montañas y desfiladeros, teníamos que abandonar a los godos, que no podían seguirnos. ¿Cómo consentir

jamás en la amputación de esta parte de nuestro cuerpo, no ya sanable, sino robusta y vigorosa con el tiempo? Ahí la tenéis, padre mío: ha llegado el momento de ponerla a prueba. Si la prueba sale mal, torpeza mía será, desdicha irreparable. Cuando me vi dueño de Pamplona y sin tener un vascón de prestigio a quien entregar el mando de la ciudad, me quedé con ella. Casado con Amaya, los godos me obedecieron dócilmente. Tomé posesión de cuantos presidios nos habíais ganado desde las orillas del Ebro hasta Ondaribia, hasta las mismas raíces del Pirineo.

»Tenía para los vascos mi señorío de Abárzuza y las Amezcuas; tenía el valle de Goñi, que, según la voluntad de Teodosio, su mujer Constanza de Butron ha conservado para mí en casos de guerra. A vuestra hija Amaya pertenecía también el valle de Aitor, como heredera del patriarca y progenitor éuscaro. Pero debo más a mi mujer: le debo el respeto de toda la gente que puebla el solar vascongado. ¡Oh! ¡No sabéis bien cuánto nos ha valido la rehabilitación de la memoria de Paula, vuestra inolvidable esposa! Mas no lo ha podido todo, Ranimiro.

—Lo comprendo; fundir los dos pueblos en uno era empresa poco menos que desesperada. Llevábamos más de trescientos años de guerra, y no se apaga de un soplo el fuego de tres siglos. Los rencores...

—Los intereses. Una de las mayores dificultades con que teníamos que luchar, era la propiedad de las tierras conquistadas por los godos, y que en otro tiempo pertenecían a los señores primitivos. Amaya la resolvió desprendiéndose generosa de las haciendas que aquí en Vasconia poseía. Los vascos que las recobraron, movidos por la liberalidad y bizarría de vuestra

hija, se obligaron a pagarle un pequeño canon o renta, como en testimonio de gratitud. Tampoco este ejemplo fué perdido, y la conducta de Amaya sirvió de base para el arreglo general. Las riquezas del patriarca éuscaro hicieron lo demás.

—¡El tesoro de Aitor!

—Era de Amaya; pero ésta lo reclamó ante el Consejo de los doce ricos hombres, que no podían negárselo, ni por derecho ya reconocido, ni por el objeto a que principalmente lo destinaba. Con estos caudales pudo indemnizar a los godos cuando era necesario o parecía conveniente que restituyesen a los vascos algunas de las tierras a que tenían éstos más afición y cariño. El diezmo del tesoro se destinó a la Iglesia, para la reparación de templos y fundación de monasterios. Ni una sola perla, ni la más pequeña piedra preciosa ha brillado jamás en la frente y brazos de la hija de Aitor. En vista de tan noble conducta, ¿extrañaréis, por ventura, que reclame bendiciones del cielo y tierra para la esposa que me habéis dado?

El monje, conmovido y con los ojos cuajados de lágrimas, que le salían de lo íntimo del corazón, asió la mano de García y se la apretó fuertemente.

—Hijo mío—exclamó,—las bendiciones del cielo alcanzan también a tu modestia.

—No, Ranimiro, nada de eso me corresponde. ¿Queréis saber la parte que me toca en la preparación de la reconquista? Os lo diré con franqueza. Desde que Teodomiro me dió el mando de los godos de Vasconia, y Dios, como recordáis, puso en mis manos esta ciudad, sólo a Teodosio de Goñi quise ceder mis señoríos, porque él sólo podía utilizarlos en bien general. Incapacitado Teodosio para el mando, yo me lo reservé

por completo, dejando que siguiesen los vascos con su gobierno de tiempo inmemorial.

»Era necesario, sin embargo, que vuestra raza tuviese alguna parte en el Consejo, porque los doce sabios y ancianos de la tierra ignoraban las leyes, usos y costumbres de sus buenos amigos; y con este objeto, a los ricos hombres se agregaron el Prelado y su Conclave, los abades de monasterios y principales magnates. Estas disposiciones habrán podido contribuir a la paz y armonía entre dos pueblos que se odiaban por juro de heredad, pero más que nada, el terror que infunden los sarracenos, y la confianza que a todos inspira la independencia, nunca domada, del país vascongado.

García Jiménez no quiso decirle más, pero es lo cierto que las dotes de valor, prudencia y sabiduría que demostró en época tan crítica y azarosa fueron admirables, y parecieron a Ranimiro superiores a todo encarecimiento. Sin embargo, el antiguo príncipe de los godos echaba algo de menos.

—¿Y cómo—le decía,—cómo no has tratado de ponerte de acuerdo con Teodomiro?

—A la distancia en que estamos y en las condiciones de su famosísima concordia, que ya conocía, de nada nos podíamos servir el uno al otro. Ni él ha de salir de los límites trazados a su territorio en el convenio, ni yo, por ir en su auxilio, puedo despoblar imprudentemente nuestras montañas, dejándolas desguarnecidas y francas al árabe insaciable y corredor. Pero si no con él, padre mío, estoy de acuerdo con Pelayo, con quien me doy la mano por las sierras de Cantabria.

—¡Con Pelayo!

—Pelayo, bien lo sabéis, tenía en Vasconia la fortaleza que descuella sobre Lucronio y Varia, colonos y

vasallos godos que en él idolatraban; pero éste es el vínculo más débil que nos une. El principal es la fe, la resolución firmísima de no dejarnos avasallar por los enemigos de la cruz. Yo los espero tranquilo en las montañas; los espero con vascos y godos, a quienes Dios ha infundido ya un mismo espíritu de independencia y una misma confianza de no perderla jamás. Los espero, sobre todo, desde que Munio, el antiguo vicario de Eudon, ha desaparecido de Pamplona.

—No han tomado los musulmanes ninguna fortaleza cuyas puertas no les haya abierto la traición.

—Yo no podré deciros si Munio trata o no de vendernos; pero sí os respondo de que he tomado mis medidas, y aún pienso tomar otras más severas, para prenderlo si tiene la osadía de volver a Pamplona. Su conducta es sospechosa hasta el extremo. Se ha dirigido a la orilla derecha del Ebro; y ¿sabéis quién viene guiando las tropas de Muza? Eudon, el vengativo Eudon, cuya saña no se aplaca con el infando crimen que hizo cometer a Teodosio.

»Viene Eudon, y es de creer que haya llamado a su antiguo vicario para entenderse con él en daño de los cristianos; viene, y Respha, la hermana de su padre, le espera, y los judíos de la aljama le proclaman en sus sinagogas como el Prometido redentor de su raza. De aquí mi inquietud, de aquí mi recelo. Es verdad todo cuanto os he dicho: os tengo un pueblo. Pero este pueblo es todavía la estatua inanimada a quien le falta el rayo celestial que le infunda aliento, espíritu y vida.

—Esa vida vendrá con el combate, García; no lo dudes.

—Para salir al combate le hace falta esa vida; pero la tendrá.

—La tendrá si te pones al frente de las cristianas huestes.

—¿Lo dudáis? Padre mío, cuando se trata de pelear, soy ambicioso. No sé si Dios me inspira el ansia de vencer, la locura de confiar en la victoria, o si vuestra hija me ha pervertido—dijo García sonriéndose.—Pero quien ha de darme el triunfo es quien arranque al cielo el fuego en que todos nos hemos de abrasar; y ese hombre es el de siempre, Ranimiro, es Teodosio de Goñi, a quien Dios confundió en sus iras porque quería ser rey antes que todo y antes de tiempo, pero a quien Dios ha ungido con dones de santidad para que en favor del reino de Vasconia haga milagros por la fe.

»Por la fe, que le ha inspirado siempre, que nunca en su corazón ha desfallecido; por la fe, que le ha salvado como tabla que sobrenada en las espantosas saucedidas de la tormenta. Al lado de esa fe y de las virtudes que resplandecen ya en el desdichado parricida, vuestra hija y yo quedamos eclipsados. Nosotros podremos llegar a ser reyes; Teodosio será más que rey: será un santo, el autor de nuestra salvación, el alma de la reconquista.

—¿Y cuentas para ella?...

—Cuento desde luego con nuestra pobreza y nuestra unión, que nos dan fuerza; así como la codicia y la discordia reducen a menos el poder de los invasores. Esos que vienen, al parecer, en apretadas falanges, son árabes, berberiscos, egipcios y siros, divididos entre sí. No han logrado infundirme miedo. Con buenos apóstoles para predicar la guerra santa no me faltará nadie, ni siquiera Amagoya.

—¿Vive todavía la viuda de Basurde?

—Vive, y de todos cuantos vascos y godos moran

entre nosotros, ella es la única que no está bautizada. Cumple desgraciadamente su palabra. Desde que el valle de Aitor se hizo cristiano, no ha vuelto a poner los pies en él. Vuestra hija se lo ha suplicado mil veces; pero siempre en vano. Ha querido obligarla en cierto modo, no permitiendo que nadie habite en el caserío de Aitormendi; pero esta atención, este respeto, no han producido hasta ahora ningún resultado.

—¡Y dices, sin embargo, que cuentas con ella en defensa de la cruz!

—Ella no irá a defender la fe, pero sí la independencia de la escualerria contra los nuevos invasores. No lo dudéis, padre mío; vibrarán las cuerdas de su arpa con más vigor que nunca. De su ya cansado pecho, de su ya bronca garganta, saldrán los antiguos sonos, como de un león moribundo salen los últimos y más valientes rugidos.

—Está bien, García; veamos ahora tus medios de defensa, tu plan de campaña.

—¡Mi plan de campaña! Necesito consultarlo primero con el Obispo.

Ranimiro se le quedó mirando con alguna extrañeza; pero el rostro del caudillo expresaba tal sinceridad y firmeza de resolución, que no se atrevió a replicarle.

Por mucha confianza que su juvenil ardor le inspirase, no veía el monje las cosas bajo aspecto tan halagüeño como García. Acababa de cruzar la Península casi de Sur a Norte, y donde no tuvo que saltar por ruinas y escombros, cruzó por entre gemidos y clamores de espanto y desolación.

En el mismo territorio vasco proyectábase la sombra del musulmán como la de un eclipse de sol en claro día: los pueblos de las riberas y los llanos contaban

con el triunfo en definitiva; pero contaban por de pronto con el sacrificio inevitable, con el próximo aunque no largo cautiverio.

Humanamente pensando, no podía ser otra cosa: cada uno de los emires agarenos había recorrido la España entera precedido de la victoria, amiga inseparable del terror que infundían los conquistadores; pero juntos, unidos los dos caudillos, estaban tan seguros de vencer, que casi desdeñaban los preparativos ordinarios de toda empresa militar.

Después de haber permanecido García Jiménez breves momentos en el Conclave canonical, conferenciando con Marciano, tornó al alcázar, desde donde se le vió adoptar algunas disposiciones que denotaban un plan fijo y bien meditado. Por lo menos no se le veía titubear en nada ni perder un instante siquiera. Mandó buscar a Petronila, que se hallaba en su castillo de las Dos Hermanas, y a la Adivina de Aitormendi, cuyo paradero se ignoraba; y sobre todo dispuso que se practicara el más escrupuloso registro en la judería.

Si realmente trataban los musulmanes de conquistar la tierra vascongada, debía de suponer que Pamplona era por de pronto el punto objetivo del ataque, y que en esta plaza, como en todas las demás donde estaban tolerados los hebreos, contaban los invasores con la aljama tan seguramente como podían contar con sus propias huestes. El registro, hecho sin miramientos y a la luz del sol, era ya rompimiento de hostilidades, intimación a los musulmanes de no guardar con ellos ni sus auxiliares contemplación alguna.

Y realmente aquel aviso tenía bastante importancia, porque se observa generalmente que el miedo de los cristianos en los primeros tiempos de la invasión era

tal, que alcanzaba hasta el respeto a los judíos. No parece sino que existía la profunda convicción de que iban a convertirse en amos los que a la sazón habían pasado en concepto de siervos.

El registro general de la aljama proporcionó a García muchas armas y municiones de guerra; el de la casa de Respha, algunas cartas en hebreo que confirmaban la complicidad de los israelitas y su acuerdo con Tárík y Muza.

Con las pruebas del delito en la mano, mandó prender García a la hermana de Pacomio y príncipes y cabezas de la Sinagoga. Ni respetó siquiera a los físicos amigos de Munio. Cerró las puertas de la aljama, y la acordonó, amenazando a sus habitantes con darla fuego por los cuatro costados a la menor señal de sublevación. El guante estaba arrojado, y si los musulmanes vacilaban en la arremetida, si, como algunos decían, trataban sólo de pasar de largo para las Galias, con esta provocación tenían que detenerse aunque no fuese más que para castigar la insolencia de los provocadores.

Al propio tiempo, con el fin de impedir que Munio o sus emisarios volviesen a la metrópoli, mandó que diferentes partidas sueltas vigilaran los dos caminos que a ella conducían: el Arga y Burunda.

Después de lo cual tornó a conferenciar con Ranimiro y Amaya.

—Hablemos ahora de mi plan de campaña—dijo el caudillo.

Y como la princesa quisiese retirarse, añadió su marido:

—Quédate, Amaya; no tengo para ti ningún secreto, pero aunque éste lo fuese, tú tendrías que descubrirlo

dentro de breves horas, porque te advierto que entra en mis planes de guerra el disponer de tu padre.

Amaya no pudo disimular su alegría. Dolfase tal vez en su interior de que en ocasión tan grande y solemne permaneciese ocioso el valor del antiguo insigne capitán de los godos.

Pero Ranimiro le atajó exclamando:

—García, no te olvides de mis votos, y piensa, ya que no en mis muchos años, en los pocos arreos militares de que me ves aparejado.

—Por no haberlo olvidado he tenido que acudir al Obispo. Mi plan, padre mío, no puede ser más sencillo: consiste en no ceder a los infieles ni un solo palmo del terreno de la Vasconia amenazada; en no dejarlos vivir ni sosegar ni aun en los llanos.

—¿Y dónde están tus medios de resistencia? ¿Dónde tus fuerzas para la descomunal batalla que se te prepara? ¿Dónde huestes disciplinadas que oponer a esos ejércitos aguerridos, hechos a ganar campales batallas que suelen durar cerca de una semana? Tu pensamiento generoso denota corazón muy esforzado, pero grande inexperiencia en cosas de guerra.

—¿Pues qué? ¿pretendéis que ceda a los enemigos de la cruz?...

—Lo que siempre habéis tenido que ceder: las riberas del Ebro, la tierra llana. Vuelve los ojos a todas las invasiones que recuerdan los cantares o la historia: siempre, García, siempre vuestros enemigos se han apoderado de esos brazos que parten el Ebro y se enlazan en Pamplona. Esas riberas las habéis perdido siempre; y porque habéis aprendido a perderlas, habéis sabido haceros invencibles en la montaña. No me eitarás un ejemplo en contrario. Por Dios, García, de-

siste de ese plan, que considero funesto y desastroso; vencido en el Arga y la Burunda, no tendrás gente ni aliento para resistir en los desfiladeros y riscos, conocidos de todas nuestras victorias.

—Ranimiro, lo tengo bien pensado: de esta tierra, que ha sido la última en hacerse cristiana, no cedo a los infieles más que el hoyo que necesito para enterrarlos. Orillas del Ebro, que lame los cimientos de un cerro que ya conocéis, dando sombra a dos pueblos que serán fácil albergue del invasor, porque yacen a la margen opuesta del río, álzase el castillo de Cantabria, que pocos años ha pertenecía al padre de Pelayo, y hoy pertenece a vuestra hija Amaya. Presidio que lleva estos nombres, fortaleza de Amaya y de Pelayo, no ha de caer en poder de sarracenos—dijo García con su acento más enérgico y sus ojos más enamorados.

Amaya se sonrió; resplandecía en su rostro, no sólo la aprobación, sino el agradecimiento y hasta el orgullo de tener aquel marido.

Su padre contestó, después de haber contemplado a su hija:

—Veo que mi voto no puede prevalecer en este singular y extraño consejo de guerra; pero no importa: no dejaré por eso de intentar atraeros a la razón. ¿Conoces tú, García, ese castillo donde Amaya ha pasado algunas temporadas? ¿Sabes, por ventura, que pueden llegar hasta allá flechas disparadas desde Lucronio? ¿Cómo se defiende aquello? ¿A quién pones allí de guarnición?

—¡A vos, a vos, padre mío, con los antiguos colonos de Favila! ¡El cerro de Cantabria tiene para vos el recuerdo del ciego duque, de Amaya y de Pelayo! No me digáis nada, no me repliquéis: tengo el permiso,

más todavía, tengo el precepto del Obispo para que sirvais a mis órdenes como guerrero, y yo, como capitán, os mando allá. No sois sacerdote: habéis pasado de penitente a monje; habéis salido del estrecho círculo en que os encerraba la decalvación. Obedeceréis al prelado. Iréis allá.

—Iré; mas no a vencer: iré a morir.

—Y no moriréis solo—le contestó Amaya,—yo os acompañaré.

—¡Tú!

—Yo, padre mío; mirad si estaré segura de que me habéis de salvar.

—¡Pero eso es una locura!

—Cierto; la locura que echa de menos mi marido: la locura de la cruz.

García no pudo contenerse, y alargó la mano a su esposa, diciéndole:

—Si otro fuese tu padre, si otra fueses tú, te diría: «No vayas.» Pero te conozco, Amaya; cedo a tus impulsos, que parecen inspiración. Ya no haces falta aquí; vete a preparar tu viaje; partiréis esta misma noche.

Así que se quedaron solos, Ranimiro dijo a García:

—Norabuena que yo vierta toda mi sangre, pero ¿qué vas a conseguir con encerrar a mi hija en aquella fortaleza?

—Que la fortaleza no caiga nunca en poder de los musulmanes. ¿Creéis que los godos pueden consentir en que perezca Amaya? ¿Creéis que no ha de morir hasta el último vascongado por salvar a la hija de Aitor? Id allá, Ranimiro; aquel castillo, situado en medio de las dos vías que conducen a esta ciudad, no será tomado por los sarracenos, y mientras no lo tomen, no se atre-

verán a llegar hasta aquí. Los que antes invadieron nuestro territorio no encontraron la resistencia de la fe, que vale más que la del suelo y la del hogar. De encender la fe, de inspirarnos hambre de gloria y sed de martirio, Marciano queda encargado.

»Cuando veáis que estas montañas se conmueven; que los gigantes Pirineos, al sentir los pasos del musulmán, se estremecen y quieren caer encima del invasor; cuando veáis que las mujeres, a ejemplo de Amaya, no se hacen sordas al apellido ni se tienen por exentas de la ley de guerra; en una palabra: cuando todo parezca trastornado y confundido en el orden humano, pero todo ordenado, todo bien dirigido en la mente suprema de la Providencia, no preguntéis cómo se han de hacer las cosas: se hacen cuando Dios las quiere; no como las disponen los hombres, sino como las quiere Dios.

—¡García, García!—exclamó Ranimiro abrazando a su hijo.—Cuenta con un loco más; dispón de mí.

CAPITULO II

De la visita que tuvo el solitario de Aralar.

Dos días después de la llegada de Ranimiro a la metrópoli vascónica, el venerable Obispo Marciano estaba celebrando misa en la iglesia de Santa María de Zamarce, a la falda meridional de la sierra de Aralar, no lejos del sitio que hoy ocupa la villa de Huarte Araquil, y poco más o menos a distancia igual de Alsasua y las Dos Hermanas. Era ya antiguo este templo, debido a la piedad de los visigodos, y en la clave del pórtico se

distingufa apenas, toscamente cincelado, redondo escudo de piedra con el lábaro de Constantino, y el *alpha* y *omega* que los monumentos religiosos ostentaban desde que los reyes españoles abjuraron del arrianismo.

Arrodillados cerca del presbiterio, asistían muy devotamente al incruento sacrificio Petronila, cubierta con luengo manto, y García Jiménez, armado y apercebido al combate, como se infería de los corceles y gente de guerra acuartelada en la hospedería de monjes, contigua a la iglesia.

Después que el prelado acabó de celebrar, dió gracias no muy largo rato, y acompañado del párroco, se retiró a la abadía, única vivienda a la sazón en las inmediaciones del templo, pues la villa de Huarte no fué hasta el siglo xiv trasladada a la opuesta ladera, donde se indica en primitivos itinerarios.

Allí se desayunó Marciano frugalmente; no obstante lo cual dijo sonriéndose al abad que le servía:

—Es necesario que hoy me exceda un poco. Tengo que hacer muy ruda y áspera jornada.

—¿Hemos de acompañaros los monjes?—le preguntó el párroco.

—No; sólo García Jiménez vendrá conmigo.

—¿Con todos estos guerreros que han venido con él?

—El y yo subiremos solos a la cumbre del monte.

—Por cierto, señor Obispo, que nadie se arrima ya a la peña ni para guarecerse de nublados. Hasta los cabreros huyen de la gruta de algunos meses a esta parte.

—¿Por qué?

—Los unos, por miedo; los otros, por respeto al santo anacoreta.

—¿No le han conocido?

—¡Ay, padre! Ni su misma mujer acaso le conocería ya.

—¿Tan desfigurado está?

—Es un esqueleto vivo. Los pastores, que alguna vez lo sorprenden o columbran, han esparcido la voz de que la peña de Aralar está habitada por fantasmas.

—¡Fantasmas en aquel sitio de oración y penitencia!

—¡Qué queréis, santísimo padre! El vulgo es así; y recordando no sé qué historias de diabólicas apariciones del Basajaun y de ermitaños por estos sombríos bosques y barrancos, la gente está indecisa y recelosa temiendo que el solitario, que entre nieblas, nubes y relámpagos divisa, sea el mismo infernal fantasma que indujo al parricidio a Teodosio de Goñi.

—Pues hoy verán—contestó el prelado,—hoy verán que el Obispo de Pamplona y el caudillo y señor de esta tierra llevan el santo Viático al fantasma, y lo tendrán en veneración. ¿No lo habéis hecho vos también alguna vez, desde que servís esta iglesia?

—Siempre que lo habéis dispuesto. Pero he subido solo y en secreto, como así lo ordenabais, al tenor de la extraordinaria vida del penitente, del misterio en que está envuelta y del mandato expreso que, según parece, ha venido de Roma. Pero, como práctico, os advierto que ni García ni vos llegaréis a la cumbre en toda la mañana; el camino es muy expuesto para los que no le conocen. Necesitáis un guía.

—Lo tengo ya. ¿Os parece si será buena Petronila, la mujer de Lope de Echeverría?

—El mejor. Petronila, que vive hace tantos años detrás de las Dos Hermanas, conoce a palmos toda la sierra, y os llevará por senderos en que yo mismo correría riesgo de perderme, y que relativamente pueden

llamarse fáciles y suaves; la antigua loca de las Dos Hermanas nunca ha tenido miedo ni a fantasmas de Aralar ni a gentes de carne y hueso, y es la única que, sin entrar en la gruta, se acerca alguna vez a la mesa y planicie del monte.

—Ella y García me esperan en la iglesia; llamadlos.

—¿Almorzarán también?

—Aquí no. García se desayunará en la cumbre, y como supongo que no ha de hallar muy bien provista la despensa del solitario, no estará demás que lleve de aquí el almuerzo.

Al poco rato se presentó la mujer de Lope, con el manto en la cabeza y poco menos altiva y gallarda que de costumbre; los años la habían encorvado, amenguando realmente su arrogancia y estatura. Detrás de Petronila entró García, en cuyos ojos se traslucían cierta inquietud y aun impaciencia, contenidas, sin embargo, por el respeto.

—¿Le habéis avisado?—preguntó Marciano a Petronila.

—Desde ayer está prevenido.

—¿Y cuáles son las noticias más recientes que podéis darme de él?

—Las de siempre: no le hablo jamás; ayer tarde por vez primera entré en la gruta, ¡y le dirigí la palabra. Quedé espantada de su rostro y conmovida y edificada al propio tiempo. ¡Qué desnudez de vivienda! ¡Qué falta de todo humano recurso! ¿Cómo pueden vivir así terrenales criaturas? En el verano, cuando hay yerbas en abundancia, sólo de ellas se sustenta. Cuando escasean, en una próxima roca le dejo mendrugos de pan áspero y moreno, porque si es entero y blanco no lo prueba. He intentado alguna vez depositar en el sitio

de costumbre alimentos más nutritivos y substanciosos; es inútil: los pájaros se los han comido. ¡Oh, padre mío, vida semejante es un milagro continuo! Los fríos y hielos del invierno hienden allí las rocas, que crujen resquebradas; con nieve se ciñe la peña la mayor parte del año, y, sin embargo, allí no se ve el humo, ni allí señal de fuego. Hambre, frío y soledad; y ese pobre penitente sin más abrigo que túnica y capa bien raídas, ni más lecho que las losas, ni más cabezal que un guijarro. ¡Oh, padre mío, sacadlo de allí, ya que no por él, por su mujer siquiera! Si grande fué su pecado, grande es su amor y grande su penitencia.

—Sacadlo de allí—repitió García—por la salvación de la tierra vascongada. Cuando los montañeses vean que Dios ha hecho un santo del que ellos querían hacer un rey, ¿qué combate será temerario? ¿Qué victoria imposible?

—Pédídselo a Dios—contestó Marciano, enternecido con tales súplicas;—pedidle que le dé fuerzas para descender, y que los preceptos del Sumo Pontífice le permitan volver al mundo y presentarse a los hombres. Vamos a subir los tres: disponeos inmediatamente.

Desde Santa María de Zamarce principia el camino de Aralar, agrio y penoso hoy mismo por los árboles, raíces y matorrales que le interrumpen, pedregales y lastras resbaladizas que se inclinan con frecuencia al precipicio. Era mucho más peligroso entonces, que apenas había senda abierta.

El Obispo salió de la iglesia llevando colgada al pecho una cajita de plata, a modo de relicario, donde encerró sin duda la Sagrada Forma, como en los primitivos tiempos del cristianismo, cuando se llevaba la comunión a los mártires.

García Jiménez había dispuesto que a la salida del templo su escolta rindiese las armas, y dejó instrucciones para que se le avisara de cualquier novedad que ocurriese durante su ascenso a la montaña. Críticos y apurados eran aquellos momentos para el caudillo vasco; los árabes no habían cruzado todavía el Ebro, pero seguían remontando el río desde Zaragoza, y presumía el señor de Abárzura y las Amezcuas que el ataque principal se verificaría en Alava, por suponer los musulmanes que en aquel punto, como más alongado, cogerían a los cristianos desprevenidos.

Ranimiro y su hija habían salido el día anterior para el castillo de Cantabria, en cuyas cercanías se formaba, por decirlo así, la vanguardia de las vascónicas huestes. Los cristianos comprendían todo el valor e importancia de aquel acto heroico. O la Vasconia entera se salvaba, o la hija de Aitor, la esposa del caudillo vasco, perecía.

No era extraño, pues, que García Jiménez se arrodillara delante del altar de Santa María de Zamarce, implorando el celestial auxilio que visiblemente se había manifestado en Covadonga, ni tampoco que quisiera acompañar al Obispo para hacer que bajara de la cumbre de Aralar aquel solitario, cuya sola presencia debía de infundir insólita y superior bravura en los corazones.

Iba García con la cabeza descubierta, alumbrando con un hacha de pez en la mano, y recitando con el Prelado los himnos y salmos que sabía de memoria. Petronila les precedía también con teas, que renovaba de cuando en cuando.

Como la subida era de unas dos horas, el anciano Obispo tenía que hacer alto y descansar algunos ratos;

mas no pudo conseguir que sus dos acompañantes se sentaran; mientras él reposaba breves instantes, García y Petronila se arrodillaban en profunda adoración. Las nubes tendidas desde la cordillera de Andía a la de Aralar servían de dosel; de trono, el monte; las aves que cruzaban cantando por el espacio, por superior instinto revolaban sin cesar en torno del Sacramento.

A pesar de estas pausas y detenciones, mucho antes de medio día llegaron a la cumbre. En ella vieron arrodillado al solitario, que los estaba esperando.

Teodosio de Goñi, fornido en otro tiempo y de recia y membruda complexión, les pareció tan flaco y extenuado, que apenas tenía más que huesos y piel. No le hubieran conocido; entre la barba y cabellos blancos, crespos y erizados, mostrábase apenas el rostro cadaavérico, macilento y curtido por la intemperie; en aquel rostro sólo llamaban la atención los ojos. Eran el foco de la vida, luz y calor que sustentaba el cuerpo.

¿Vió Teodosio a los que venían? ¿Los conoció? No puede concebirse que no los viera ni conociera; pero tampoco puede explicarse cómo hallándose de improviso al lado de García Jiménez, a quien dejó herido y moribundo en el lecho, y volvía a ver en toda la fuerza y vigor de la juventud, permanecía inmóvil, sin la menor distracción, con la mirada fija en el relicario, imán que le robaba el corazón, y luz que le fascinaba.

Cuando Marciano, al llegar a la verde y aterciopelada planicie del peñón, pasó delante del solitario, éste se prosternó hasta besar el suelo, y al caer se sintió el crugir de la cadena de hierro que llevaba sujeta, con pretina también de hierro, a la cintura. Aquella cadena, que aún hoy día se conserva, pesaba más de dieciocho libras.

Entró el Obispo en la gruta, donde, en efecto, nada había que revelara la existencia de humana criatura. Pero no; algo se notaba allí preparado por los hombres, algo mostraba que la negra concavidad no era albergue de fieras.

Una de las peñas, blanca, limpia y lustrosa, sobresaliendo un poco de las demás, servía como de altar y pedestal de tosca cruz de madera, al pie de la cual, sobre un lienzo más cándido que el alabastro, ardían dos velas, puestas a prevención entre zarzas, cuajadas de rojizas y doradas flores. Sobre aquel paño, que parecía la gala y lujo del solitario, depositó el Obispo la caja de plata, y después que todos la adoraron, se dirigió al sitio más hondo y apartado para confesar al anacoreta.

García no se movió del altar, y con el corazón de Magdalena permanecía cerca de Aquel de quien todo lo esperaba. Marta, es decir, Petronila, mostraba otros cuidados, y preparaba el almuerzo.

Terminada la confesión, se acercó Teodosio al rústico improvisado altar para recibir la comunión, que Marciano tenía prisa en darle. Mas no fué a él sólo; iba también a comulgar el caudillo de los cristianos, García Jiménez.

Para trazar aquel cuadro sencillo y majestuoso se necesita el pincel con que el Dominichino pintó la comunión de San Jerónimo anacoreta: las miradas de Teodosio; su pecho levantado y palpitante, en que no cabía el corazón; aquella ansia de llegar a quien se le acercaba; aquel vuelo con desmayos, y temor y confianza en el amor confundidos, parecen realmente indescriptibles.

Gozaba el solitario muy de tarde en tarde, y sólo

cuando el Prelado lo disponía, del inefable consuelo de la comunión; y esperararlo, y guardarlo después que se derramaba por toda su alma, era el afán, la ocupación, el acontecimiento principal de su vida contemplativa.

Con una comunión atesoraba para mucho tiempo espiritual deleite y dulcedumbre, y preparaba el horno del corazón para la otra, teniendo bien encendido el fuego, y cuidando de que ni un átomo siquiera del celestial calor se le escapara.

Pero la comunión de aquel día era extraordinaria; recibíala de manos del Obispo, y participaba de ella aquel amigo a quien no había vuelto a ver desde los días del parricidio. La presencia de García le renovó la memoria de su delito, y el rostro del caudillo vascón hízole presentir algún extraordinario acontecimiento, algún suceso importante, que, salvando los confines de la soledad, debía de poner en contacto el yermo con el mundo.

Cuando Marciano sacó la Sagrada Forma del relicario y la tomó en sus manos, parece que cesó de repente la insensibilidad de lo más duro, inerte y bronco de la naturaleza, y que toda entera se conmovía, asociándose a la augusta ceremonia. ¡Sublime escena! Aquella cumbre, la más alta de todas, se erguía como un altar digno de las gigantescas montañas que le cercaban; recibían los Pirineos el sello de santidad, y respondían a su vocación de montes cristianos. Las nubes se rasgaron, y el sol entre ellas, cerca ya del cénit, enviaba sus rayos más apacibles y cariñosos para ceñir con ellos hostia y altar, ministro y acompañantes. Las aves enmudecieron; no tenían voces dignas de aquel acto. Diríase que no querían interrumpir al sacerdote cuando decía:

—He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Pero había quizá otro corazón más conmovido que el de Teodosio, otro pecho más enarcado y férvido todavía.

García Jiménez se atraía en aquel momento las miradas de la cristiandad; montes y collados de Vasconia fijaban en él los ojos como en su única esperanza. En derredor de aquella montaña superior, sobre la que descollaba de hinojos, sonaban los ayes y clamores de un pueblo nuevamente amagado por la servidumbre, y cual nunca por la impiedad; y se alzaban también sus gritos de guerra, su juramento de vencer o morir. El corazón de García Jiménez sentía en aquel momento todas las angustias y esperanzas del pueblo vascongado.

Pero el joven caudillo, que por infundir fe ciega y salvadora confianza se había desprendido de lo que más en el mundo amaba, lanzando a su Amaya delante de las cristianas huestes, para que éstas, sin miedo a morir, se arrojasen a libertarla, necesitaba infundir a los suyos un valor, por decirlo así, sobrenatural, y encender el fuego que no se detiene ante ningún estorbo ni valladar; sólo de esta manera podía salir incólume la hija de Aitor, y la tierra de Aitor con ella.

Por eso pedía a Dios en aquel momento que moviese las entrañas de Teodosio; que le diese fuerzas para descender y abrasar con sus miradas y palabras el ejército de godos y vascos con que iba a dar la batalla. Sin esta ceguedad del valor, la batalla era perdida; los ejércitos agarenos de Muza y Tárik parecían invencibles, y a los ojos de la razón, temeraria empresa la de oponerse en campo raso al vencedor.

Por espacio de algunos minutos después de la comunión, dejó el Obispo a Teodosio y García entregados a los singulares transportes y unción de la gracia; pero el tiempo urgía, y el Prelado se acercó a sus dos amigos, diciéndoles:

—Venid; hora es ya de que hablemos, y de que toméis algún alimento.

El penitente obedeció sin la más leve muestra de disgusto; parecía que toda su voluntad, toda su virtud, se cifraba en la obediencia.

Como era verano, sacó de su despensa unas yerbas y raíces que había cogido el día anterior; pero el prelado le dijo:

—Por hoy no, Teodosio; habéis de participar del almuerzo de vuestro amigo.

Teodosio le obedeció sin replicar.

—Necesitáis robusteceros un poco, porque tendréis que salir de aquí.

—Explicaos, santísimo padre—repuso el solitario.—¿Disponéis que busque otro yermo?

—¿Cuánto tiempo hace que carecéis de noticias de lo que pasa en el mundo?

—Del mundo, santísimo padre, nada sé desde que vine de Roma, que fué a los tres meses y veinte días después de la batalla en que murió Rodrigo.

—Pues bien; es necesario que os enteréis de todo, y para eso ha venido aquí García.

—En breves razones te lo puedo indicar—dijo el caudillo navarro:—los infieles son dueños de toda la Península española, excepto de algunos montes de Asturias, donde Pelayo levanta la enseña de la cruz, y del ducado de Aurariola, en que Teodomiro se ha proclamado independiente. Dejando a entrambos a la

espalda, vienen los musulmanes, se apoderan de Cesaraugusta, y desde la orilla derecha del Ebro van a caer sobre nosotros.

—¿Por el Arga?

—Por el Arga amagan; por Victoriaco y esa parte del Burunda probablemente darán el golpe. Entren por donde quieran, me encontrarán dispuesto a perder mil vidas que tuviera, antes que nuestra religión e independencia. He mandado a Ranimiro al castillo de Cantabria, primer baluarte de nuestra defensa. Su hija está allí, Amaya, mi esposa, o como primera víctima, si Dios nos impide el sacrificio de todo nuestro pueblo, o por prenda de la victoria.

—¡El godo Ranimiro!

—No hay ya en Vasconia vascos ni godos; todos somos cristianos. Pero no basta; es preciso para vencer que todos salgamos dispuestos a ser mártires.

Teodosio se estremeció; se encendieron sus ojos, se enrojecieron sus mejillas.

El Prelado le dijo entonces:

—Este es uno de los motivos que he tenido para venir a veros; el peligro es tan formidable, que para conjurarlo se necesita el concurso de todos los fieles.

—¿Y qué puedo hacer yo, padre mío?

—¿Puedes dejar esta gruta? ¿Puedes suspender siquiera por unos días la vida que llevas hace tantos años? ¿Puedes ir de ciudad en ciudad, de valle en valle, predicando la guerra?

—Cuando por vuestro mandato fui a Roma para que el Papa me impusiera la penitencia que merecía mi pecado, el Sumo Pontífice Constantino, que a la sazón se hallaba en Bizancio, me mandó ceñirme al cuerpo esta cadena de hierro, y que hiciese penitencia con vida so-

litaria hasta que la cadena desgastada se me desprendiese de la cintura; y bien lo podéis ver, señor Obispo, por ahora no hay trazas de que el ceñidor se rompa.

Y al decir esto se puso en pie, y alzando un poco los brazos, dejó ver el duro y bronco cinturón que traía.

Sus tres amigos le miraron conmovidos y edificados al propio tiempo. Petronila prorrumpió en sollozos. Marciano y García tuvieron que hacerse violencia para disimular su espanto.

La argolla de la cadena, rompiendo el sayal de la túnica, se le metía en la carne; y aunque el penitente remendaba el hábito como podía, bien se dejaba ver que toda la cintura debía de ser una llaga.

No era esto sólo; Teodosio, debilitado por la penitencia, no tenía más que espíritu, y apenas podía sostenerse en pie. Quizá el fuego de la comunión le hacía temblar todavía; tal vez en el fondo de su pecho hervía el furor de las batallas. ¿Quién sabe? Por ventura, la presencia de todas aquellas personas, que para él representaban el mundo ya olvidado, le traía los recuerdos de su pasada vida, glorias y pecados, hazañas y delitos, amores, odios y rivalidades.

Parecía un cadáver que vacilaba y no podía sostenerse; parecía próximo al término de su penitencia con el de su vida.

García quedó desconsolado. Era una crueldad pedirle que se moviera de la planicie de la montaña. Con aquella cadena, con aquel temblor, con aquella falta completa de vida corporal, ¿cómo insistir, ni siquiera pensar, en que diera un paso, ni recorriera montes y valles, bosques y breñas, caseríos y ciudades, predicando la cruzada?

—Ya veis—añadió el solitario—que todavía tengo penitencia para largos años. Un solo eslabón de la cadena se me ha desprendido hasta ahora.

—¿Cuándo?—le preguntó Petronila.

—Antes de fijar mi morada en esta cueva. Como una de las obligaciones y reglas que el Padre Santo me impuso era no entrar jamás en poblados, ni dejarme ver de las gentes, andaba yo de desierto en desierto, abandonando un sitio apenas por casualidad era en él conocida o sospechada mi existencia. Bajando una vez de las cumbres del frontero monte de Andía, llegué insensiblemente al fragoso bosque de hayas que está delante de mi pueblo. Al verme en él, al respirar el aire de mi casa, sentí tan fuerte tentación de permanecer oculto entre los árboles para contemplar un momento siquiera a mi mujer, cuando fuese al amanecer de Jauregufa a la iglesia, que no supe hacerme superior a mi deseo, y me escondí con este afán en un tronco, decidido a pasar allí la noche. Bien pronto me arrepentí de mi flaqueza, y resolví alejarme del bosque, sin permitirme siquiera volver los ojos a la confusa claridad que despedían las llamas y teas del hogar en las casas de Goñi. Entonces me vi detenido por la cadena, que se enredó en el árbol; hice algún esfuerzo, y allí se quedó un eslabón. En memoria de este favor divino, dejé en el tronco una cruz.

Marciano, conmovido, le contestó:

—Se necesita un milagro para que ese hierro se quebrante. Pues bien, Teodosio, debéis obedecer al Vicario de Jesucristo; y es preciso, García, que a su voz inclinemos todos la cabeza. Cuando el Papa así lo ha dispuesto, para gloria de Dios será. Pero si no es posible que salgáis de aquí, cual yo quería, desde aquí

podéis pedir a Dios que mire con ojos de piedad y misericordia al pueblo que nos está encomendado.

—Eso sí, santísimo padre—respondió Teodosio.—Redoblaré mis oraciones y penitencia.

El Obispo se sonrió. Petronila exclamó sin poderse contener:

—Eso no, Teodosio; querer redoblar la penitencia parece ya desesperación. Eso no, porque es imposible.

—¡Imposible! ¡No sabéis la vida que me espera después de la prueba en que Dios acaba de ponerme!

—Confiad en la providencia y misericordia de Dios—le dijo el Prelado.—Quien se ha mostrado pródigo en milagros con la empresa de Pelayo, no los escatimará con la de García. Alienta, hijo de Jimeno; yo mismo voy a empuñar la cruz y a llamar a los pueblos al combate.

Levantóse el Obispo, y Teodosio, arrodillado a sus pies, le pidió la bendición.

Decía bien el solitario: mayor que todas sus austeridades y privaciones era a la sazón el sacrificio de su voluntad, el permanecer por obediencia en aquella cumbre y ver marchar al martirio quizá a sus amigos.

Silenciosos y cabizbajos descendían los tres, cuando a los pocos pasos exclamó Petronila:

—¡Y no ha preguntado por ella!

—No pregunta jamás por nadie—contestó Marciano,—y este silencio es una de sus mayores mortificaciones.

Entonces aquella mujer, que sólo se movía por arranques del corazón, con bruscos ímpetus que parecían resabios de demencia, volvióse a la gruta, y en las mejillas del penitente, que los iba siguiendo con la mirada, vió señales de llanto.

—¡Teodosio—exclamó,—tú también lloras, tú eres hombre también! ¿No te acuerdas de tu mujer? ¿No quieres saber nada de Constanza?

—Nada tengo que saber cuando nada me habéis dicho. Pero si ha muerto, no me lo ocultéis para encomendar a Dios su alma.

—No, no ha muerto.

—¿Vive?

—Vive en Goñi; vive donde vos la habéis dejado, y haciendo la vida que la habéis prescrito. Vive y os ama.

—¡Gracias, Dios mío!

—¡Vive, y os espera! Todo el mundo os cree muerto en lejanas tierras. Constanza es la única que os aguarda...

—¡Pero hace tantos años!

—Todos y cada uno de los días de esos años.

—¡Decidle que me siga amando, que siga esperándome! ¡Oh, no, Petronila! Vale más que no le digáis nada. ¿Para qué alimentar inútiles esperanzas? Esta cadena tiene más vida que yo. Sólo la mano de Dios puede quebrantarla, y yo soy cada vez más indigno de este favor.

—¿Y ella, Teodosio?... Ella, que también es una santa, ¿no arrancará del cielo ese milagro?

—¡Oh! ¡No me habléis de ella! ¡No me habléis de nada en el mundo! ¡Dejadme! ¡Me habéis destrozado el corazón! ¡Petronila, tened compasión de mí!

Dijo Teodosio, y huyó precipitadamente a postrarse delante de la cruz de madera, cubriéndose el rostro con ambas manos.

CAPÍTULO III

Que no yerra quien obedece al superior.

Por insignificantes que los sucesos de la gruta nos hayan parecido, formaban época en la vida del solitario de Aralar, émulo de sus predecesores en la Tebaida.

Por vez primera en su retiro percibía los murmullos del mundo, y sentía estímulos y halagos terrenales; por primera vez se enteró de las cosas públicas, habló de su mujer, de su casa y amigos; y con estas imágenes y memorias desapareció la serenidad de su espíritu, vióse acometido de mal adormidas pasiones, y quedó profundamente perturbado. Era un santo, pero hombre siempre de carne y hueso; y si con superior voluntad glorificaba a Dios, con alas corporales volaba rastreando al dulce son y reclamo del mundanal acento.

Habíanse adelgazado las fibras de su pecho y abierto copiosamente las fuentes de su ternura. Lloraba como un niño, y se dolía del llanto que le arrancaba el recuerdo de tantas personas queridas, creyendo que aquellas lágrimas eran robadas a Dios y al dolor de sus pecados. Con razón había insinuado que desde aquel día se redoblaba para él la penitencia con el quebranto de la voluntad y mortificación del espíritu.

Después de orar al pie de la cruz, la fuerza misma de sus pensamientos llevóle al extremo de la planicie para contemplar de lejos la ciudad codiciada por los musulmanes, y más cerca la vía romana que tenían

éstos que seguir en el caso de acometer a Pamplona por el flanco izquierdo.

—¡Oh!—decía Teodosio, disculpando el vivo interés que le devoraba.—Si hasta aquí llegan, aquí tiene que darse la batalla; y yo la presenciare con las manos alzadas, hasta alcanzar del cielo la victoria.

No veía señal ninguna de combate, ni siquiera de paso de tropas; pero llamó su atención la carrera velocísima de un jinete godo, que montaba caballo árabe de pura sangre. A pesar de la distancia, no podía dudar de la nacionalidad del caballero; el caracala de escarlata, la cota y capacete de brillante acero, lo indicaban.

¿Por qué corría a todo escape y con apariencias de fugitivo en tierra amiga?

Bien pronto se aclaró el misterio. A cierta distancia aparecían como persiguiéndole jinetes vascos. ¿Se habría renovado súbitamente la guerra entre éstos y los godos?

Difícil era dar alcance al perseguido; pero los montañeses, conociendo la inutilidad de sus esfuerzos, apelaron a recurso eficaz y de éxito seguro en aquellos momentos, en que el valle, y aun el camino, debían de estar muy vigilados.

Lanzaron el grito de alarma que acusa la presencia del enemigo y encomienda a cualquiera su captura y muerte en caso necesario.

El godo estaba perdido; y conocedor, sin duda, de la significación de semejantes voces, saliéndose del camino llano y ribereño, enderezó la carrera del impetuoso corcel hacia la falda del monte para perderse en lo fragoso de la sierra, por entre selvas y peñascos.

El caballo árabe, poco acostumbrado a correr en

terreno de pizarras y lanchas resbaladizas, salta asustado de un precipicio para asomarse a otro, y estremecido y horripilado perdió al fin hasta el instinto de salvación, y cerca ya de la cumbre, se le fueron los pies y cayó derrumbado.

Verlo Teodosio, y correr hacia el sitio de la catástrofe, todo fué uno. No se acordó de que estaba descalzo ni de la pesada cadena que ceñía; por entre espinos, peñas y matorrales descendió al precipicio, formado por altísimas rocas que cortaban verticalmente profunda torrentera, seca a la sazón y cubierta de arbustos y malezas.

Al pie de la tajada peña yacían inmóviles caballo y caballero, a dos o tres pasos el uno del otro.

El jinete, con rostro ensangrentado y la copiosa cabellera en desorden, parecía cadáver. Teodosio tomó el capacete que vio a corta distancia, lo llenó de agua en un pequeño manantial que brotaba de las rocas, y limpió la cara del despeñado.

Era éste un hombre de edad madura, sin ninguna señal de vejez, con barba y cabellos negros, ensortijados y lustrosos, facciones varoniles de grande energía, y, sin embargo, hermosas y agraciadas.

Parecióle que no respiraba ya; pero deseando salir de dudas, le soltó el sayo militar, le aplicó la mano al corazón, y con grande alegría observó que aún palpaba. Tornó a rociarle el rostro, con lo cual principió el moribundo a dar señales de vida.

No podía dejarlo a la intemperie y en sitio tan sombrío y desamparado, donde era probable que fuese acometido y devorado por las fieras. Trató, pues, de llevarlo a la gruta.

Al descubrirle el pecho, se le habían desprendido de

lo interior del sayo dos pergaminos, que Teodosio recogió para devolvérselos a su dueño.

Al guardarlos, no pudo menos de advertir que estaban escritos en caracteres que no conocía. La escritura de cada uno de los pergaminos era distinta de la del otro. Ni tenían entre sí la menor semejanza, ni se parecían a la vulgar.

Cargó en seguida con el cuerpo inanimado del caballero, y por el camino menos áspero, aunque más largo, discurrió con harta pena y dificultad a la cima de la montaña.

Como puede figurarse el lector, era empresa muy ardua para el extenuado penitente; y llevarla a feliz remate, punto menos que un milagro requería.

Pero de estos milagros se apacienta la caridad. Con los pies ensangrentados, la cintura en carne viva y el peso de argolla y eslabones de hierro, pudo salir de la hondonada con el herido en hombros.

A tiempo fué, porque entre brezos y carrascales sintió el aullido de lobos, que al olor de la sangre venían alegres a cebarse en el caballo. Si el jinete hubiera quedado allí, también habría sido pasto de su voracidad.

Descansó Teodosio un momento al borde ya del precipicio. El caballero daba de cuando en cuando lastimeros gritos, que le arrancaban, sin duda, los dolores, el quebranto y movimiento.

Aquellos ayes le partían el corazón al solitario, que no se acordaba ciertamente de sus propias llagas y fatigas.

Terribles eran éstas cuando llegó a la gruta. Desprendióse de la carga, y era tal su debilidad y el anhélito de su pecho, que no se sabía cuál de aquellos dos

hombres estaba más próximo a expirar. Pero en medio de tantas angustias, volvió Teodosio los ojos al desconocido, cuyas lastimosas miradas le taladraron el corazón, y se avergonzó de su propia flaqueza.

—¡Fuerzas, Dios mío!—exclamó en alta voz.—¡Dadme fuerzas para salvar a este desdichado!

Y como Dios hubiese acudido a su ferviente oración, sintióse reanimado, y preparó un lecho lo mejor que pudo. Entonces y sólo entonces echó de ver su completa falta de recursos, la terrible desnudez y agreste desamparo de su morada.

—¡Oh—tornó a decir murmurando,—cuántas cosas me faltan!

Todo, en efecto, estaba de más para el penitente; todo le parecía poco para su huésped. Iba y venía de un lado a otro, buscando lo que no hallaba; salía a la boca de la caverna para dirigir la vista al peñón donde Petronila solía depositar sus limosnas, y tornaba desconsolado.

Al fin pudo reunir algunos helechos parduzcos, y con ellos y la burda capa que tenía por abrigo formó un lecho, donde acomodó al herido, después de haberle quitado la cota y cubierto con el manto de grana que llevaba.

—Agua—dijo al fin el caballero;—me ahoga la sed. ¡Agua y reposo!

Gran dicha fué para Teodosio poderle proporcionar entrambas cosas. Ni su propia madre hubiera dado al moribundo el cuenco de agua con tanto amor, con tan vivas ansias como Teodosio. Este, sin pensar en descansar, al apartarse del lecho tornó a caer de hinojos delante de la roca que pocas horas antes había servido de altar. Al lado de ella se abría la sima por donde

años atrás, según recordará el lector, se había aparecido Petronila.

La oración era el descanso del anacoreta, el cual, con la impaciencia del deseo y el afán de la caridad, se levantó y salió de la cueva, mirando a todas partes, como si algo quisiera hallar para alivio del paciente.

Tampoco el herido podía sosegar, y lo contemplaba todo sin acertar a comprenderlo. Aquella soledad, aquella austeridad, aquella falta absoluta, no ya de todo regalo, sino de lo más indispensable para vivir, le sorprendían y asombraban. Y de que la falta era real, de que su salvador le daba cuanto poseía, no podía dudar: el semblante del solitario lo expresaba, los ojos, que por primera vez se espantaban de la pobreza, descubrían el inmenso amor de un corazón caritativo.

Pasmábase de que un hombre, viejo al parecer, cubierto de canas, con los pies destrozados, lligada la cintura y arrastrando pesadísima cadena, hubiera podido transportarlo hasta allí, y que al llegar a la cueva no pensara en descansar ni tomar alimento, sino que, olvidado de sí mismo, sólo por compasión y lástima de un desconocido echara de menos algo, y sólo por él orara con paternal y fervoroso ahinco.

Al poco rato volvió Teodosio trémulo y espantado, mirando con temor y recelo hacia la subida de la planicie.

Poco tardó el caballero en conocer la causa del espanto.

Sintió cerca de la gruta ruido de armas y voces de mucha gente. Eran sus perseguidores.

—Hombre o fantasma—gritó uno de ellos al anacoreta,—quienquiera que seáis, entregadnos al traidor.

Y aunque al principio turbado y medroso, acabó de

presentarse audaz delante de la gruta, porque tras él llegaron algunos montañeses, y en casos tales siempre infunde valor la compañía.

—Hombre soy, aunque miserable pecador—contestó muy humilde Teodosio;—pero esta cueva es mi casa y este infeliz mi huésped.

—Mirad que viene del campo de los moros, y debe de ser pájaro de cuenta y enemigo de los cristianos.

El solitario vaciló un momento, pero contestó en seguida:

—Es un desgraciado que ya no puede haceros daño alguno.

—Estamos apostados por García Jiménez para perseguirlo.

—Dios me ha puesto aquí para protegerlo.

—Preguntadle si es Munio, el amigo del judío Eudon.

—¡De Eudon!—dijo el solitario balbuciendo.

Era la primera vez que el nombre del antiguo duque de Cantabria llegaba a los oídos de Teodosio desde que se había retirado al yermo. Ni García, ni Petronila, ni Marciano mismo, se habían atrevido jamás a tomarlo en boca.

Al repetir el nombre de Eudon, el marido de Constanza se estremeció de pies a cabeza; pero contestó luego, procurando dominar su horror y aparecer sereno:

—Bien conocéis vosotros mis deberes; a un huésped nada se le pregunta, no se le molesta en nada.

—Aquí traemos un godo que conoce a Munio; dejadle entrar, y él nos dirá si es el magnate que buscamos.

—Por el amor de Dios, amigos míos—exclamó el pe-

nitente cayendo de rodillas y extendiendo los brazos temblorosos en forma de cruz;—tened compasión de un pobre moribundo; tened siquiera lástima de mí.

El soldado godo que venía entre los vascos se había adelantado hacia el fondo oscuro de la cueva, aprovechándose de la postura de Teodosio, y retrocedió diciendo:

—No, no es Munio.

—¡Ya lo oís! No es el hombre a quien buscáis. Dejadlo en paz.

—No es Munio—repitió el soldado;—pero esa cara no es de godo. Es un espía, es sospechoso.

—¡En nombre de nuestro caudillo García Jiménez, paso a la justicia!—exclamaron los perseguidores.

Y se agolparon todos a la boca de la gruta.

Pero con maravillosa rapidez tomó el solitario la cruz que se alzaba en el altar, y con grande energía contestó, saliéndoles al encuentro:

—¡Atrás! ¡Atrás, en nombre de Dios, que es todo caridad!

Y cayeron de hinojos, y momentos después retrocedieron, y se alejaron avergonzados.

Teodosio hincó de nuevo en la roca el signo de nuestra redención, y se volvió hacia el caballero desconocido, reparando entonces que efectivamente no eran sus facciones de la raza visigoda.

—Tranquilizaos, amigo mío—le dijo.—Son buenas gentes... Tienen mucha fe... Quienquiera que seáis, podéis estar tranquilo. ¡La cruz os salvará!

El caballero, que a pesar del tristísimo estado en que se hallaba, todo lo había visto, no era Munio ciertamente; no tenía tampoco ninguno de los rasgos de las razas que por espacio de tres siglos habían

dominado en la Península; su rostro estaba maltratado por el golpe, pero nosotros lo conocemos a pesar de hallarse tan desfigurado: era el antiguo duque de Cantabria, el vencido rival de Teodosio y García Jiménez; era Eudon, que venía a poner el sello a su venganza.

Amigo de los árabes por el despecho, estimado entre ellos por sus grandes cualidades de corazón y entendimiento, misteriosamente reverenciado por los judíos, que no conocían un hombre de su casta más enaltecido, traía el encargo de sublevar la aljama iruniense desde el momento en que viese a las cristianas huestes comprometidas a rechazar la próxima invasión.

Con ánimo o no de cumplir la promesa, Muza, en nombre del califa damasceno, le había ofrecido nombrarle emir si abrazaba el islamismo, y darle a Eila por esposa; pero el hijo de Abraham Aben Hezra aplazó su resolución para después del triunfo.

Más que la ambición, le dominaba el odio; quería inutilizar y humillar a García, como había inutilizado a Teodosio. ¿Quién sabe? Suponiendo a éste muerto y olvidado, quizá abrigaba en lo más profundo del corazón la esperanza de casarse con la que él creía viuda del parricida, porque el rescoldo de su antiguo amor se conservaba vivo todavía entre la ceniza del tiempo y la balumba de tantos y tan descomunales acontecimientos, de tantas y tan insensatas pasiones.

¿Cómo un hombre entregado a ellas y a los vaivenes del mundo, y ensordecido al eco de los combates, había de comprender ni explicarse la vida santa, espiritual y milagrosamente sostenida del solitario de Aralar? Al antiguo conde de los Notarios, duque de Vasconia y presunto libertador del pueblo israelita, por cuya mente cruzaban fantásticos pensamientos de un

reino en Jerusalén, aquella austeridad, aquel apartamiento del mundo, unido a tanta caridad y amor al prójimo, debían semejarle visiones de cerebro enfermo y trastornado. Ensueño y delirio febril le parecía todo, hasta que las últimas palabras de Teodosio: «La cruz os salvará», le hicieron volver los ojos a la cruz que perseguía, al signo aborrecido bajo el cual se amparaban sus mortales enemigos.

Lumbre interior iluminó de repente las más tenebrosas profundidades de su entendimiento, y todo lo vió con súbita claridad, y lo comprendió todo. Vida eremítica inexplicable, inverosímil de puro sencilla y austera; penitencia atroz, caridad heroica y sin testigos, de Dios solamente conocida; sacrificio del cristiano por un hombre sospechoso para los cristianos, ¡cuán admirables le parecieron, y sólo inspirados y sostenidos por gracia sobrenatural!

El estremecimiento, el involuntario horror del anacoreta al oír su nombre, le revelaron que la fama de sus empresas y aventuras había llegado a la soledad; que su protector, aislado completamente en el mundo, conocía, sin embargo, qué planes y proyectos podía abrigar Eudon al dirigirse a Pamplona.

Y apartando mentalmente los ojos del cuadro que aquella gruta le ofrecía, volvíalos hacia su propia conciencia, hacia lo pasado y lo presente de su azarosa vida, y quedaba espantado. El contraste acabó de herirle el corazón, y sintió en el alma dolor tan fuerte, que ante él quedaron mudos y desvanecidos los dolores corporales, que momentos antes se sobreponían a su estoico sufrimiento.

La gruta había quedado sola; no tenía en ella Eudon más compañía que la cruz, y de aquella cruz se des-

prendían dardos de fuego que le taladraban las entrañas. Tenía miedo, miedo a la soledad, miedo al silencio, miedo a la luz, y cuando vió aparecer nuevamente a Teodosio, le miró como el único amigo que le quedaba en el mundo. El rostro del solitario estaba transfigurado por la alegría. Venía cargado de provisiones, debidas a la caridad de Petronila; quería hacer lumbre, dar al despeñado algún alimento substancioso; traía zaleas para su lecho, podía proporcionarle algún alivio, y era feliz.

Acercóse al doliente, y le dijo:

—La Providencia me depara todo esto para vos. Tened paciencia, amigo mío, mientras enciendo lumbre. Esperad; dejadme abrigar con estas pieles vuestra cama.

—No, padre mío—contestaba Eudon con acento compungido;—yo no necesito nada. Me muero sin remedio, y lo único que deseo, lo que en nombre de Dios os pido, es que no os apartéis de mí. Sentaos a mi lado; no me dejéis solo ni un instante. Tengo miedo de morir abandonado.

—Tranquilizaos, caballero—repuso el ermitaño.—Dios os dará la salud si os conviene; confiemos en su divina bondad. Mirad: yo no tenía aquí nada con qué aliviaros, ni cama, ni fuego, ni alimento, y el Señor, inspirando a personas caritativas, me lo envía para vos. La misericordia divina es grande.

—Tiene que ser infinita para que me toque a mí.

—A todos, a todos llega cuando alcanza a este pobre solitario, que es el mayor pecador del mundo. Miradme a mí, que he recibido hoy al Señor dentro de mi pecho, y sin embargo, he sido el más odioso criminal; he llegado adonde no llegan las criaturas más

abyectas de la tierra, adonde las fieras mismas se detienen por instinto. ¿Me veis a mí? Quizá por mi penitencia, quizá por mi extraña vida y lo poco que por vos he podido hacer, me tengáis alguna estimación; desechadla, amigo mío, despreciadme, pues soy indigno de vuestro agradecimiento. He sido un malvado, mis manos están teñidas en sangre, en sangre de mis padres: ¡soy un parricida!

—¡Teodosio!—exclamó Eudon aterrado.

—¿Me conocéis? ¡Bendito sea Dios, pues conociéndome ya no necesito deciros cómo merezco ser tratado!

—¡Teodosio—tornó a exclamar Eudon;—mayores, mayores que los vuestros son mis crímenes! Vuestra humildad me confunde, vuestra penitencia me anonada, vuestra vida me asombra y Dios me ilumina; yo os quiero confesar mis pecados.

—No soy sacerdote, no puedo absolveros, no debo, por consiguiente, escucharos. ¿Queréis que descienda al valle y os traiga un confesor?

Eudon se sonrió; aquel rasgo, que la postración, la falta de fuerzas, la flaqueza del exánime penitente hacían heroico, le pareció la baladronada más generosa y sublime que podía salir del pecho de un cristiano.

—No hay tiempo—le contestó;—ni yo tampoco puedo hacer mi confesión a modo vuestro; no estoy bautizado, y a pesar de los arreos con que me veis, no soy cristiano.

—¡Godo y no ser cristiano!

—Quiero serlo, Teodosio; me habéis convertido; Dios me ha iluminado. Pero antes deseo que me oigáis, para reparar en lo posible los males que durante mi vida he derramado.

—Hablad; si es para eso, hablad.

—Vengo de Cesaraugusta, que Tárík acaba de conquistar; él y Muza trataban de seguir a las Galias, tendiendo las palmas del desierto por toda la cristiandad de Europa; pero yo los he detenido para que no se dejen atrás los montes de Vasconia. Iba a Pamplona a preparar a los judíos para auxiliarlos; conmigo traía cartas para la aljama...

—Yo las he recogido y las guardo.

—Quemadlas, destruidlas; que ningún isrelita lleve a saber las instrucciones de Tárík y Muza, ni en perjuicio de los vascos se aproveche nadie de ellas.

Teodosio rasgó delante de él los pergaminos escritos en árabe y hebreo, y le dijo:

—Ya estáis satisfecho.

—Y ahora oid otra confesión más dolorosa para mí y más terrible para vos todavía. Teodosio, si vos involuntariamente y creyendo matarme a mí y a una esposa culpable, fuisteis parricida, aquí tenéis al miserable que os indujo al crimen.

—Eudon—exclamó con voz terrible y cavernosa el solitario, sintiendo pasar delante de sus ojos nube de sangre y horror que le cegaba.

—Eudon soy yo; aquí tenéis al causador de todas vuestras desdichas, al autor de vuestro crimen.

—¡Callad, Eudon, callad! No me habléis de eso; no digáis una palabra más.

—Sí; yo calumnié a Constanza en Mendiguru; yo quise vengarme a un tiempo de vos y vuestra inocente esposa; yo sabía que en vuestro tálamo dormían vuestros padres aquella noche; mi padre y yo armamos vuestra diestra con el puñal. ¡Perdón, Teodosio; yo fui causa de vuestro parricidio!

Teodosio de Goñi no pudo oír más. Levantóse bruscamente, con presteza y agilidad que no podían esperarse de los muchos años que representaba, de su extenuación y del peso de su cadena, y sin despejar los labios se salió de la gruta con ojos de loco.

Luzbel; no, Luzbel era poco para tamaña empresa y tentación; todas las legiones de ángeles condenados, todo el infierno junto, le seguía y le acosaba.

La memoria de su delito, la venganza, el odio y el despecho le acompañaban rugientes, sañudos, implacables. Ni en el cielo, ni en la tierra, ni en su fantasía, ni en su corazón, alcanzaba a ver otra cosa que el placer, el inmenso placer de decir a Eudon: «¡Muere; has venido a morir a mis manos; muere ahí desesperado, muere sin que te alcance salvación ni misericordia, muere atormentado en presencia de aquel a quien has privado de su mujer, de la corona, de la felicidad, del trato y comunicación con los hombres! ¡Muere maldonado por mí, torturado por mí, pasando en una hora todos los tormentos que me has hecho sufrir años enteros! Ni piedad, ni lástima y compasión para un malvado como tú. Muere pronto, si no quieres que el corazón te arranque con mis manos».

Pero a la salida se vió detenido por un gemido del moribundo.

—¡Perdón, Teodosio!—exclamaba el desventurado con entrambas manos en el suelo y haciendo inútiles esfuerzos para incorporarse. — ¡Perdón! —repetía. — Si es tan grande la misericordia de Dios, a quien ofendí primero, ¿no has de ser tú también misericordioso?

—¿Qué me queréis?—preguntó el solitario, volviendo un poco el rostro, pero sin atreverse a fijar todavía

los ojos en aquel hombre a quien el infierno entero le presentaba por blanco de sus odios.

—¡El bautismo! Quiero ser cristiano... quiero morir como cristiano. Venid a la voz de Cristo, que os llama por mi voz.

Entonces Teodosio acabó de volverse hacia su enemigo, y como sacudiendo de sí las tentaciones y anticipando su perdón al arrepentimiento, hizo la señal de la cruz, y se serenó. La legión infernal había desaparecido.

Con paso grave y rostro dulce y apacible acercóse al lecho del moribundo, y le dijo arrodillado junto a la cabecera.

—Eudon, ¿creéis en un solo Dios Todopoderoso?

—Sí creo—contestó el catecúmeno, estremecido de gozo al ver tan inequívocas señales de la dicha que esperaba.

—¿Creéis en el misterio de la Beatísima Trinidad?

—Sí creo.

—¿Creéis en Jesucristo?

—¡Sí creo, sí creo!—repetía el que nació judío y quería entre los suyos pasar por el Mesías.—Creo en Jesucristo, que encarnó en las entrañas de María Virgen y murió crucificado por mis padres; creo en Jesucristo, que os infunde tanto valor y tanta caridad, y por cuyos méritos espero ser perdonado.

—¿Deseáis ser bautizado?

—Con todo mi corazón, con todas mis ansias, con toda mi alma lo deseo.

Y al decir esto procuraba Eudon esforzar la voz, cada vez más apagada.

—¿Os pesa de todos los pecados que habéis cometido?

—Sí, me pesa de todo corazón también, y con toda mi alma—contestó el caballero, contrito y fervoroso.

—Pues bien, Eudon; yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y con el agua que tenía al lado le roció la cabeza.

Entonces Eudon, con entrambas manos estremecidas de júbilo tomó la diestra del solitario, y llevándola a sus labios, exclamó:

—¡Dios te lo premie, Teodosio!

Y expiró.

¿Qué pasó entonces en aquella gruta?

El solitario quedó como extático, con su mano entre las de Eudon. Parecióle oír rugidos espantosos, y que de la sima de la peña salía un dragón horrible que iba a caer sobre él y devorarlo.

—¡San Miguel me valga!—exclamó el penitente.

Y sobre el dragón se presentó entre vivísimos resplandores el bienaventurado arcángel, que dió muerte a la infernal serpiente. Al arcángel acompañaba un coro de bienaventurados, entre los cuales creyó distinguir el solitario a su padre y a su madre, a Miguel y Plácida.

Desaparece la visión, y Teodosio se pone en pie.

Las cadenas que llevaba ceñidas estaban en el suelo; la argolla de la cintura se había hecho pedazos.

Milagro fué; pero de milagro tan patente están dando testimonio todavía las cadenas y la argolla.

Es indecible el gozo del anacoreta; quizá la misma mano que había quebrantado el hierro cicatrizó de repente sus heridas; quizá la gracia y el gozo interior acabaron de infundirle el vigor y energía que le faltaban. Sintióse un hombre nuevo. Había cumplido la penitencia que el Sumo Pontífice le impuso; había

prestado debida obediencia a sus mandatos; sentíase ahora con fuerzas para correr por el mundo y lanzarse a la predicación de la cruzada; después de haber obedecido al Papa, tenía que obedecer al Prelado.

Vefa a su pueblo en trance de muerte, al caudillo que no había titubeado en lanzar a la animosa hija de Aitor delante del ejército cristiano, y ardía en deseos de contribuir a la salvación de todos.

Pero a sus pies yacía el cadáver de Eudon, cuya alma acababa de volar al cielo, limpia y hermosa con el agua bautismal. Se arrodilló, le besó los pies y exclamó:

—¡Eudon, bienaventurado Eudon, ruega a Dios por mí!

Y tomando la cruz de madera, la puso a la cabecera del lecho.

Al salir de la cueva vió a Petronila que en la peña de costumbre, con incansable solicitud, iba a depositar algunos nuevos objetos para el herido.

—Ya es inútil, amiga y bienhechora mía—le dijo Teodosio;—pero como siempre, venís oportunamente. Ahí queda el cadáver de un cristiano, a quien acabo de bautizar. Dadle sepultura.

—Pero vos, ¿adónde vais?

—¿No veis mi cuerpo libre ya de cadenas? ¿No veis el milagro que Dios ha hecho, movido sin duda por las oraciones y virtudes de Constanza y de mi pueblo? Voy a predicar la cruzada contra los infieles. ¡Dadme un abrazo, Petronila; voy a abrazar también a mi esposa!

CONCLUSION

La repentina aparición de Teodosio en la Burunda, con el inmenso prestigio de santo penitente y la fama del milagro de Aralar, acabó de sublimar el entusiasmo en las huestes, cada vez más numerosas, de García.

Una de las mayores dificultades con que éste luchaba era ignorar el punto por donde debía ser atacado; pero el fervor y la fe resolvieron presto. Amenazada la línea del Ebro, hacia el Ebro se agolparon todos, sin dejar de tomar altura ni desfiladero de verdadera importancia. Para tan dilatado campo de batalla se necesitaba un pueblo entero; García Jiménez disponía de dos: el vasco y el godo.

Esta era su obra, o como él decía con modestia y ternura: «Esta es la obra de Amaya». Ante aquel desprendimiento de las montañas sobre la ribera, los musulmanes se detuvieron y vacilaron. Venían como a cosa hecha; Eudon les había prometido entregarles a Pamplona; los judíos irunienses los apretaban con ahinco, y Tárik y Muza, que sin cuidarse de vascones, desde Zaragoza trataban de pasar a las Galias o correrse hacia Cataluña, acudieron a la conquista de la metrópoli creyéndolo diversión militar de pocos días.

Pero las medidas adoptadas por el caudillo cristiano para refrenar la soberbia y cobarde alevosía de la aljama, la muerte de Eudon y el frenesí que se apoderó de los montañeses y ribereños, sin distinción de castas ni edad, les hicieron detenerse.]

Con la muerte del soñado libertador israelita coincidió la captura de Munio, que se dirigía a Pamplona

por la ribera del Arga; y si no cayó víctima del odio popular, debido fué a la clemencia e intervención del caudillo navarro. El antiguo vicario del duque, sincera o cobardemente, declaró que, llamado por Tárik para corromper a los godos, se había negado a tan villanos propósitos, y volvía a pelear como último soldado entre los leales. En prueba de su fidelidad reveló a García el plan de los enemigos, que era amagar por la parte del Zadorra y Tudela, y arremeter por los cerros y alfoques de Cantabria.

Desconfiaba García de aquel magnate, cuyo carácter y antecedentes le parecían harto sospechosos; pero si decía verdad, Amaya y Ranimiro estaban en gran peligro; Cantabria, pueblo abierto y fronterizo, sería inmediatamente tomado por los sarracenos; el castillo mismo, que era su única defensa, no resistiría muchas horas; casi desde la orilla derecha del Ebro podía ser a mansalva destruído.

Agregábase a tan alarmantes noticias la de que precisamente entre Varia y Lucronio acampaban las terribles tropas de Muza. Cualquiera que sea el juicio que ciertos escritores quieran hoy difundir sobre la supuesta caballerosidad y tolerancia de los agarenos, en calificar la conducta del bárbaro walf que pasó el estrecho para reforzar a Tárik, no cabe discordancia. La relación que de sus crueldades nos ha dejado Isidoro Pacense no puede destruirse; su sistema era el terror; incendiaba pueblos y pasaba a cuchillo a sus moradores; crucificaba a los cautivos, sin perdonar niños ni ancianos. García Jiménez lo sabía bien, y tembló por Amaya y su padre, arrepintiéndose quizá de haberlos dejado en puesto tan peligroso. A remediar tamaña imprudencia se dirijan ahora todos sus afanes.

El Obispo Marciano le había precedido; al descender de la sierra de Aralar se lanzó a las orillas del Ebro para animar y sostener la fe de los pueblos más inmediatamente amenazados. Comprendiendo el peligro de Ranimiro y el sublime arrojo y abnegación de la augusta familia, íbase acercando a Cantabria para sostener y levantar el espíritu de aquellos campos, como ninguno abiertos al ímpetu de los invasores. Pero cuando más fervoroso estaba en su predicación, gruesa partida de musulmanes, que había cruzado el río como exploradora, cayó de improviso sobre los cristianos, y se los llevó prisioneros a todos, incluso el Obispo.

También la anciana de Aitormendi, enamorada del sacrificio y valor de su sobrina, recorría los valles más próximos exaltando el nombre de Aitor al son de sus canciones; pero en aquellos momentos se necesitaban otras cuerdas en el arpa de Amagoia: aquellas glorias, cada vez más sospechosas de paganismo en labios de la Adivina, se eclipsaban ante los resplandores que salían de la peña de San Miguel, como ya desde entonces principiaba a llamarse la de Aralar; la luna de los tiempos patriarcales era astro pálido y sin fulgor ante el nuevo sol enseñoreado de todo el firmamento de Vasconia.

Desengañada Amagoia de la esterilidad de sus esfuerzos, herida en lo más vivo de su orgullo, fué avanzando, despechada, hasta dar con el ejército musulmán.

Cuando las olas del entusiasmo llegaban a su mayor braveza; cuando la tempestad del pueblo en peligro llegaba al colmo de magnífico desorden, súpose que los musulimes se retiraban de la parte superior del Ebro, y los vascos, creyéndose vencedores, gritaban:

—¡Viva nuestro rey y señor García Jiménez!

Pero el caudillo aclamado no estaba allí: cruzando sierras se había dirigido con Echeverría y sus hijos, con sus amigos más bravos, hacia los puertos que dan vista a la campiña donde a la sazón se habían aglomerado las tropas musulmanas.

García preguntó a Lope por su mujer, extrañando no haberla visto en aquellos momentos.

—Nosotros—le contestó el castellano de las Dos Hermanas—hemos nacido para enterradores. A mí me tocó abrir el hoyo de un judío; a mi mujer, el de otro. Apuesto a que se ha ido al castillo de Cantabria sólo por el capricho de enterrar al moro Muza.

—Si Petronila está con Amaya, ella la salvará.

—Es bien seguro que no ha ido allá con ánimo de darla sepultura.

Al asomarse el caudillo vascón a los desfiladeros de la cuenca del Ebro tendió la vista por espaciosa y alegre llanura de viñas, mieses y olivares, y quedó sobrecogido de espanto. El cielo, de ordinario diáfano y azul, estaba obscurecido por el humo del incendio; los campos eran presa de las llamas, que dejaban en pos horribles manchas negras; inmensas hogueras, parduzcas a la luz del sol, sólo por el humo y el estrago se distinguían. Pueblos y caseríos, sembrados y alamedas, todo era pasto del fuego; los edificios de Cantabria, y quizá entre ellos el castillo de Favila, el albergue, la única defensa de Amaya, también.

García Jiménez levantó los ojos angustiado, temeroso, suplicante. Sólo por milagro Amaya y Ranimiro podían haberse salvado de aquella devastación. El brazo del caudillo no alcanzaba hasta allá; aunque tuviese alas para volar, García llegaba tarde.

Precipitóse, sin embargo, por derrumbaderos hacia la ribera; seguíanle todos los suyos con no menos bríos y temores, ni con menos afán tampoco de vengar aquel desastre. Conforme iban descendiendo se les agregaban gentes en auxilio de Amaya y Ranimiro; por ellos supo García la suerte del Obispo Marciano y de Amagoya, y con estas nuevas se acrecentaron sus temores y ansiedad.

Recogiendo todos los hombres dispuestos al combate, llegó a reunir un cuerpo de ejército respetable, cuando el cierzo, disipando la humareda que se levantaba al Sudeste, dejó ver el cerro de Cantabria, que es quizá el que llaman los árabes *Peña de Pelayo*.

Quemado se veía el pueblo; pero el castillo en pie, y en los adarves, detrás de las almenas, una mujer vestida de blanco que levantaba la enseña de los cristianos.

—¡Cantabria por la cruz!—gritó la hueste de García.

—¡Amaya! ¡Amaya!—exclamó el caudillo.

—¡Y mi mujer, la loca de mi mujer que la defiende con el escudo de las flechas enemigas!—añadió el buen Lope.

—Sí, sí; dos personas hay... ¡Amaya y Petronila!... ¡Y la batalla en torno del castillo!

—¡De rodillas, hijos míos! Adoremos la cruz que enarbolan nuestras mujeres. Y ahora... ¡San Miguel y a ellos!

Dijo García; y se lanzó al combate.

Ranimiro lo sostenía, pero muy apurado ya, en grave peligro de ser derrotado.

Cuando Muza cautivó al Obispo, mandó un mensaje al defensor de Cantabria, prometiendo dejar en libertad a Marciano si entregaba el castillo.

A la negativa del antiguo tiufado siguió la devastación y el incendio. Tan cobarde conducta acabó de encender la sangre del monje guerrero, que, no pudiendo permanecer más tiempo encerrado en la fortaleza, quiso intentar una salida. Amaya le estimulaba; Amaya fué la primera en hacer salir fuera del castillo a su padre, el cual, por medio de las llamas que devoraban al pueblo, cayó sobre el enemigo, haciendo prodigios de valor y esfuerzos inauditos para salvar el alcázar.

En lo más recio de la pelea estaba cuando se presentó García atacando al enemigo por la espalda.

Los árabes y berberiscos huyeron espantados, precipitándose en desorden por los valles y puentes de barcas, que se hundían al peso de los fugitivos.

Después de la victoria, García Jiménez, acompañado de Ranimiro, se retiró al castillo de Pelayo, y abrazó a su Amaya.

Con ella y Petronila permaneció en las riberas del Ebro hasta asegurarse de que los enemigos habían desaparecido de la orilla opuesta. Con ella también quiso remontar el río para asegurarse de que no quedaba atrás un solo musulmán que osara amenazar otra vez la incolumidad del suelo vascongado. Al retirarse a Pamplona y divisar la cumbre donde habían dado principio los milagros con que inició la independencia de toda la Vasconia, y cerca de la falda del monte Uruela, Teodosio de Goñi les salió al encuentro.

— De aquí no pasarás, García — le dijo sonriendo el penitente. — No has de volver a Iruña sin cetro y corona; en esa ermita de San Pedro Apóstol los Doce ricos hombres te esperan para alzarte sobre el pavés y ceñirte la espada.

—Cetro y corona me darán, espada no—respondió García,—que ceñida la traigo ya, y Dios la ha puesto en mis manos.

Y en efecto, con ella al costado subió a la ermita.

Tenía que velar sus armas en la iglesia, asistiendo por la mañana al sacrificio de la misa. Sólo para la ceremonia de la vela consintió en quedar desarmado. Pero al ir a tomar el presidente de los ancianos la espada del caudillo vencedor para ceñírsela después de bendita, García se adelantó y se la puso a sí propio, diciendo a los ricos hombres:

—No la he recibido de vosotros, sino de quien me ha dado la victoria; y así quede establecido para mí y para mis sucesores.

Y así quedó: así lo hicieron siempre los reyes y señores de aquella tierra.

La gente que lo oyó, murmuraba diciendo:

—Había nacido para rey.

Los ancianos le hicieron jurar sobre los Santos Evangelios, que era el más solemne y apretado juramento que se conocía, las cláusulas siguientes, obligatorias para todos los reyes de Navarra:

Que tendría sus pueblos a derecho, manteniéndolos en tranquilidad y justicia;

Que les había de mejorar, y no empeorar sus fueros;

Que los defendería de las fuerzas o violencias;

Que partiría los bienes de la tierra entre los naturales, aunque bien podían ser admitidos al gobierno y sus honores cinco extranjeros, en caso de que lo fuese el rey en adelante; y por último:

Que no haría paz ni guerra, ni otro hecho granado, ni ejercería el poder judicial, sin consejo de los Doce ricos hombres, ancianos o sabios de la tierra.

Tales fueron los principios de aquella monarquía, fuerte al propio tiempo y popular.

El nuevo rey sabía bien lo que se hacía dando a Dios el origen de su autoridad, y no negando a los hombres nada de lo que le pedían para ser gobernados en justicia.

Instituyóse también por fuero que el rey ofreciese de su moneda en el templo el día de la coronación; pero esta ceremonia no pudo entonces verificarse, y García Jiménez se contentó con ofrendas de paños de púrpura, que representaban la majestad.

En seguida fué levantado sobre el escudo, y por tres veces gritaron los ancianos:

—¡Real, real, real! (1).

(1) Al exceptuar los mismos autores árabes de las conquistas de Muza y Tárik, en la vertiente meridional de los Pirineos, «los montes de Pamplona y Caracoxa y la Peña de Pelayo», según el eruditísimo discurso de D. Francisco Codera y Zaidín, leído ante la Real Academia de la Historia el día 20 de Abril del año corriente, sin grande esfuerzo puede sostenerse que exceptúan toda la Vasconia comprendida desde la orilla izquierda del Ebro hasta la cima pirenaica. En efecto: quitemos de las conquistas la ciudad de Pamplona, donde notoriamente, y como lo confirma el silencio de aquellos autores, no entraron entonces los musulmanes; quitemos igualmente los montes de Pamplona y *Caracoxa*, nombre y región desconocidos por el mismo Sr. Codera, y que bien pueden aplicarse a la expresada parte del reino de Navarra; y por último, quitemos la *Peña de Pelayo*, ¿qué resta de las conquistas de Muza y Tárik en la Vasconia, sino el territorio que cae a la margen derecha de aquel río, es decir, lo que en expresión geográfica no se considera como solar propiamente vascónico?

Tampoco se conoce en Navarra población, comarca, término ni lugar con el nombre de *Peña de Pelayo*. El único a que pudiera aplicarse esta denominación es el cerro de Cantabria, donde, según tradición, hubo un pueblo y casti-

De la gente del pueblo, la primera que le besó la mano fué la esposa de Echeverría.

El caudillo derrotado por García Jiménez no fué enterrado por Petronila, como queria Lope, pero cayó en desgracia. Él y Tárík fueron llamados por el califa a los dos o tres meses, y no volvieron a España.

Furiosos los musulmanes por haber sido rechazados al otro lado del Ebro, se volvieron contra el Obispo Marciano, a quien llevaban prisionero, y contra la pobre anciana de Aitormendi, de la cual se apoderaron también por creerla una de las que más habían sostenido el espíritu de los cristianos con embelecos y brujerías.

Amagoya protestaba contra esta última acusación.

—Yo no soy cristiana—decía;—pero soy tan enemiga vuestra como los bautizados.

Los musulmanes, al oirla, sólo comprendieron que no estaba bautizada, y creyéndola judía, la soltaron, pero dieron martirio al santo Obispo, cortándole la cabeza.

Marciano, al expirar, clavó los ojos en las montañas vascongadas con una mirada de inefable dulzura, de santa caridad, que recordaba, aunque a distancia infinita, las miradas de Jesús.

—¡Yo quiero morir como ese!—dijo Amagoya.

—Anda, ve donde quieras; tú no estás bautizada—le contestaron.

llo propio de Favila, padre de Pelayo. Si la tradición es cierta, no hay violencia ninguna en dar al *cerro de Cantabria*, que se alza entre Viana y Logroño, el nombre de *Peña de Pelayo*.

La época en que los *Anales de Navarra* suponen que fué proclamado García Jimenez coincide con la arremetida de Muza y Tárík de que nos hablan las crónicas arábigas.

—Quiero morir como los cristianos.

—El alfanje de los creyentes no se mancha con sangre de judíos.

—No soy judía, ni mahometana, ni cristiana.

—Pues eres una loca.

Y por tal la dejaron abandonada.

Herida la hija de Aitor por el desprecio, acabó, en efecto, de perder el juicio, y a semejanza de los antiguos oráculos, enmudeció para siempre.

Amaya la llevó al alcázar de Pamplona y quiso despertar su razón a fuerza de cariño y al arrullo de sus canciones.

—El arca de la tradición ha pasado a tus manos—le dijo Amagoia con tristeza.

—Sí, madre mía. Ese es el tesoro que Aitor ha legado a los reyes: la tradición y la cruz.

Pero la Adivina no podía permanecer encerrada entre paredes, aunque revestidas de mármoles y oro.

Su sobrina la condujo un día al valle de Aitormendi con la esperanza de que la conmoción que sintiese al ver, tras larga ausencia, aquellos lugares solariegos de la escualerria, pudiera hacerla recobrar el juicio.

Amagoia no puso resistencia, ni al parecer llegó a conocer el sitio en que se hallaba. Pero la primera noche de plenilunio cogió su arpa y se dirigió a la roca.

En ella se la encontró al día siguiente muerta de frío.

Teodosio de Goñi se reunió con su mujer, que había llevado vida no menos admirable y santa que la suya.

Nunca se movió Constanza de Butron de Jaureguía, dedicada al servicio de Dios y al gobierno de su casa

Con él y con sus grandes obras de caridad, la hacienda de Goñi se acrecentó sobremanera.

Rico Teodosio, pudo emprender y llevar a cabo en breve tiempo la construcción de dos templos en honor de San Miguel Arcángel: el uno a corta distancia de su casa, en el hayedo donde se desprendió el primer eslabón de la cadena; el otro en la cumbre del monte Aralar, en que la cadena cayó repentina y milagrosamente rota.

Aún subsiste esta pequeña iglesia tal cual fué edificada por Teodosio, pero convertida hoy en capilla de la gran basílica que se construyó a principios del siglo XII, y encerrada en medio de ella, como el coro bajo de algunas catedrales. En el angosto y sencillo pórtico de esta primitiva ermita se ve también colgada, al cabo de once siglos, la cadena que ciñó por algunos años el cuerpo del venerable penitente.

Este no se contentó con las indicadas fábricas, y ayudado por García, fundó en la cima del monte un monasterio, convertido hace muchos años en hospedería.

Cuidando del templo y de los piadosos peregrinos que acudían a venerar el sitio y los instrumentos del milagro, Teodosio y Constanza, después de haber hecho votos monásticos, vivieron largo tiempo.

De los demás personajes de nuestra historia, poco nos resta ya que decir. De muy avanzada edad murió Teodomiro, sucediéndole por elección, en el reino de Aurariola, el opulento y pródigo magnate Atanahildo. También a Pelayo sucedió su hijo Favila en Asturias, e Iñigo García Arista a su padre García Jiménez en el reino de Vasconia.

No tuvo este nombre en los principios. Dedúcese de

algunas palabras del libro de los Fueros que se llamaba *reyno de España*. Igual denominación debió de tener el de Pelayo, como en señal de que entrambos iban encaminados a la unidad católica, pensamiento dominante, espíritu vivificador, y sello perpetuamente característico de la monarquía española.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO





I N D I C E

	Págs.
CAPÍTULO III.—En que el santo Obispo Marciano se muestra cada vez más prendado de García.....	5
CAP. IV.—De la falta que cometió Amaya, y del castigo que recibió.....	20
CAP. V.—En que todo da vueltas, menos la veleta..	38
CAP. VI.—Aventuras de García Jiménez durante el motín de Pamplona.....	59
CAP. VII.—En que Petronila vuelve a las andadas, y acaba por dar insignes pruebas de cordura.....	82
CAP. VIII.—En que el príncipe decalvado echa de menos su cabellera y su francisca.....	103
CAP. IX.—De cómo García, más que navarro, va pareciendo aragonés.....	113

Libro tercero.

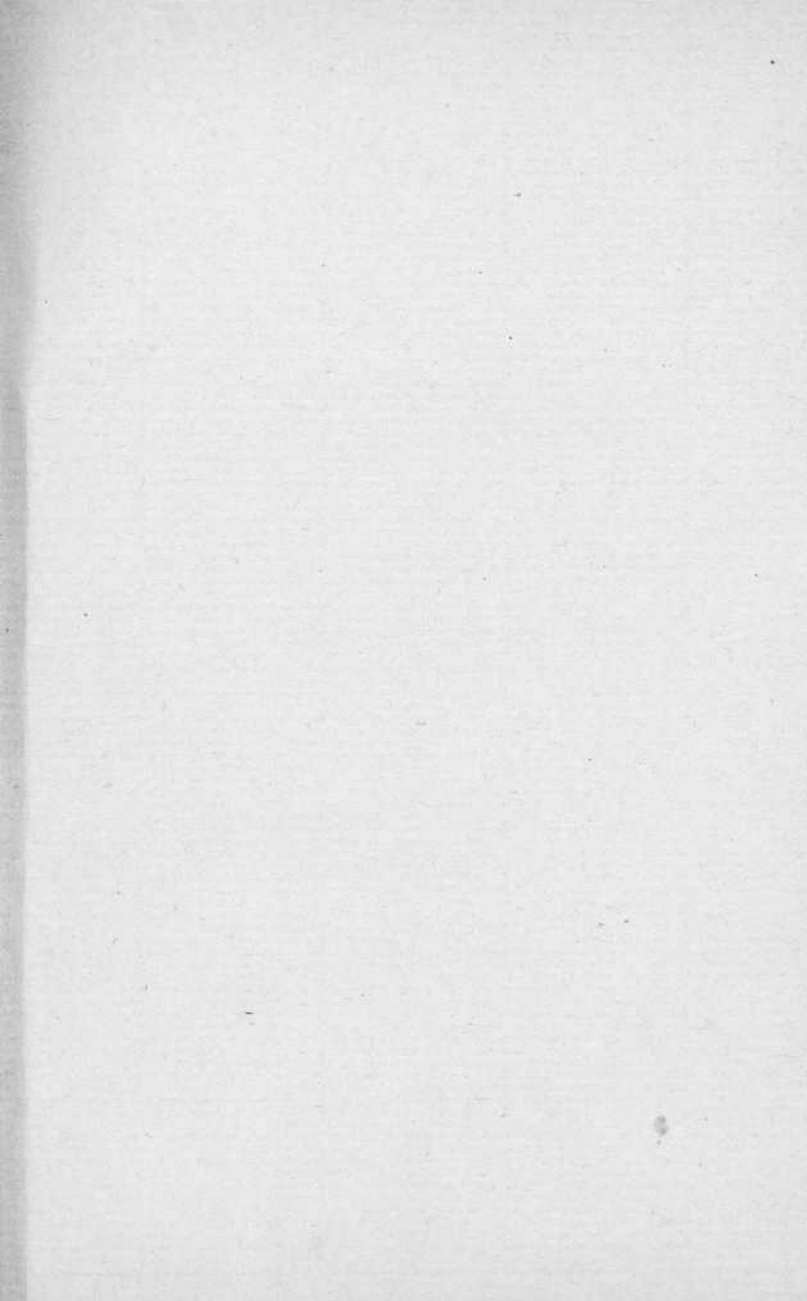
CAPÍTULO I.—En que Teodosio de Goñi hace llorar a su padre.....	135
CAP. II.—De cómo el abad aconsejó a Teodosio lo que éste quería.....	155
CAP. III.—De cómo las niñas dicen las verdades de las locas.....	179
CAP. IV.—En que se dice quién era el Basajaun, y qué significa su nombre.....	200
CAP. V.—En que no se dice quién era el escudero, ni quién el ermitaño.....	223
CAP. VI.—En que la historia obliga a decir más de lo que se quisiera.....	243

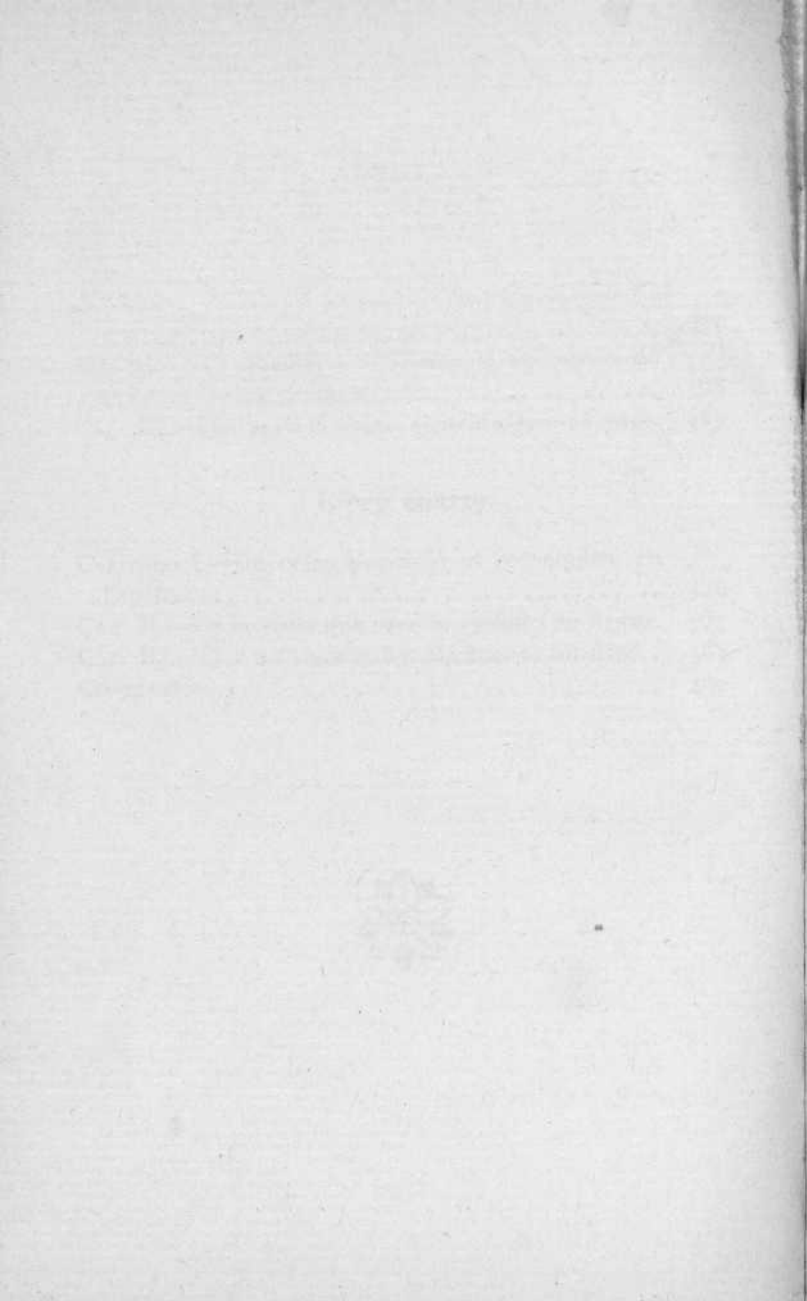
	Págs.
CAP. VII.—Cómo se celebró la <i>gau-illa</i> de Miguel y Plácida en Jaureguía.....	259
CAP. VIII.—De cómo terminó la noche de los muertos.....	273
CAP. IX.—De la entrevista que tuvo García Jiménez con Ranimiro en la puerta del Poniente.....	289
CAP. X.—Del terrible y descomunal encuentro de Eudon y García Jiménez.....	308
CAP. XI.—Que sería el último si no le siguiesen otros.	325

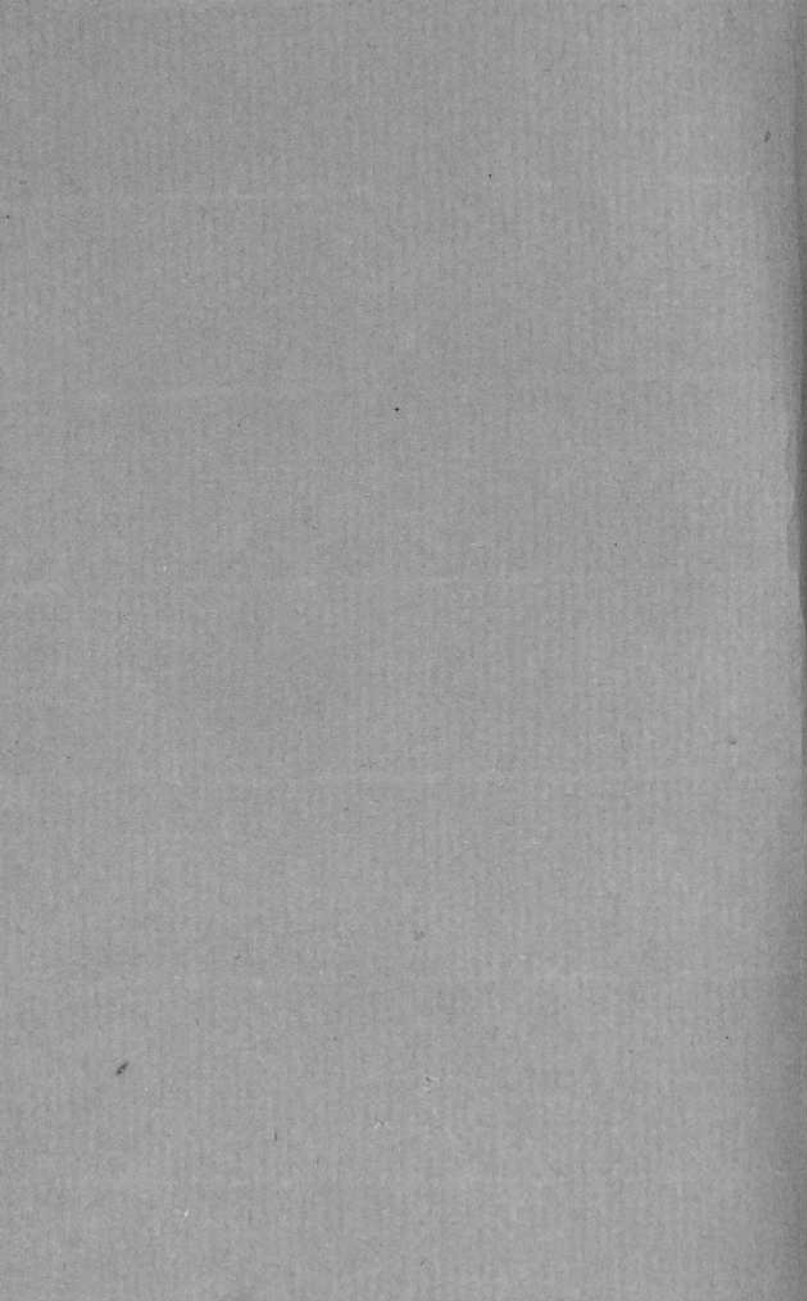
Libro cuarto.

CAPÍTULO I.—De cómo principió la reconquista en España.....	349
CAP. II.—De la visita que tuvo el solitario de Aralar.	367
CAP. III.—Que no yerra quien obedece al superior..	383
CONCLUSIÓN.....	400













N. Villoslada

Amaya



TOMO III